

FAUSTO LUCIANO PANICACCI

# EL SILENCIO DE LOS LIBROS



# EL SILENCIO DE LOS LIBROS

FAUSTO LUCIANO PANICACCI

Primera traducción al Español, 2019

Copyright 2019 by Fausto Luciano Panicacci  
*Todos los derechos reservados*

Título original  
*O silêncio dos livros*

Traducción:  
*Naylien Barreda Leyva*

Portada  
*Project Nine Editorial*

Créditos de las fotos  
*Todas las fotos, a excepción de la imagen de la portada, son de Fausto Luciano Panicacci*

Imagen de la portada  
*Shutterstock*

P15s

Panicacci, Fausto Luciano

El silencio de los libros / Fausto Luciano Panicacci; traducción *Naylien Barreda Leyva*.

—São Paulo, 2019

322p; 6" x 9"

Título original en portugués: *O silêncio dos livros*

Literatura brasileña. 2 Ficción. I. Título

CDD869.93

*Para Gabrielle, João, Benício y Liz, con Amor.*

Agradecimientos: a mi madre Maria Bernadete Rochetto y a mis tíos, quienes me condujeron, desde muy pequeño, al mundo de los libros; a las profesoras que me incentivaron el amor por la Literatura y por nuestro maravilloso lenguaje; y a los valiosísimos amigos que leyeron el original o de cualquier otra forma participaron en la realización de esta obra.

*festina lente*  
(apresúrate lentamente)

## PREFACIO (I)

LOS MUCHOS DICHOS DE UN SILENCIO: *EL SILENCIO DE LOS LIBROS*

*Beatriz Virginia Camarinha Castilho Pinto*  
*Máster en Lingüística*

*El silencio de los libros* es una gran metáfora sobre el papel de los libros en la vida de las personas. Es una declaración de amor por la Literatura y también a la Lengua Portuguesa, cuya historia se recrea místicamente. También es una trama novelesca sobre la madurez.

La novela tiene lugar en un futuro cercano, donde los libros están prohibidos y la relación de las personas con el mundo —y consigo mismas —está mediada por la tecnología. En ese entorno, circulan un hombre que sólo virtualmente interactúa con mujeres, una madre cuya única ocupación es mirar la televisión, una adolescente que se relaciona con el mundo sólo a través de las redes sociales y una niña que ama las historias —pero estas están prohibidas. El conflicto se intensifica cuando llega a la ciudad un extranjero empeñado en la liberación de los libros, llevando siempre consigo, un misterioso pequeño cuaderno de anotaciones.

La historia se inicia en Vila Nova de Gaia, Portugal, contada desde el punto de vista de la niña: *Fue uno de esos períodos de la Historia tan trágicamente adultos que lo absurdo sólo se hace visible a los ojos de la infancia*. La segunda parte de la novela está ambientada en Brasil, narrada desde el ángulo de visión de un personaje misterioso, mientras que la tercera parte tiene lugar nuevamente en la región del río Douro, una vez más desde la perspectiva de la niña.

Hacer que el lector vea el mundo a través de los ojos de un niño es uno de los grandes hallazgos del novelista, que, con tal recurso, lleva al extremo el efecto de lo extraño y la sensación de lo absurdo. El lector siente junto con la niña, siente aquello que ella siente.

*El silencio de los libros* es una novela que se saborea no sólo por su trama llena de tensión y suspenso, sino también por los detalles de su construcción, como el trabajo con el lenguaje, las descripciones impactantes y la elección de los nombres de los personajes. El nombre de la niña es Alice, pero su familia sólo la trata por “niña”. ¿Qué significa para alguien no ser tratado por su nombre? ¿Y por qué el autor eligió el nombre de Alice? ¿Quién es Alice (Alicia) en el universo de los libros, ya que estos son el tema de la novela? ¿Y su hermana, por qué lleva el nombre de Beatriz? ¿A qué personaje literario se refiere este nombre? ¿La Beatriz de la novela es un espejo o un espejo invertido de la musa de Dante Alighieri? Recuperar la memoria literaria de los nombres es una forma de exigir la participación activa del lector y, así, agregar nuevos sentidos a la obra.

Al manejar un lenguaje poético y preciso, el autor crea metáforas sorprendentes, ya sea con adverbios: *períodos trágicamente adultos*; ya sea con expresiones adjetivas: (la niña) *inundada de ausencias*; ya sea con verbos: *el ruido de los platos bailando en el fregadero de la cocina*. También explora recursos estilísticos como el oxímoron: *comodidad de una serenidad agitada*; la

sonoridad: *el olor era de plumas y pieles en brasas*; y el polisíndeton: *Repitió todo con el segundo hoyo, y con el tercero, y con el otro, y otro, y otro más...* Sabe invitar al lector a revelar sólo los significados apenas sugeridos, interpretando un silencio hecho sin decir, pero lleno de posibles significados.

La novela se encaja en la mejor tradición de la cultura occidental, con sutiles menciones a libros, poemas y vinos, a mitos clásicos y folklore, a obras de arte y teorías científicas, sin ningún rastro de pedantería. Por otro lado, se encamina por las grandes discusiones de la contemporaneidad, como la programación genética, la privacidad invadida por cámaras y dispositivos de grabación, la cuestión de la identidad en el mundo virtual, el derecho al olvido, el papel de la literatura, el libre albedrío.

Este libro puede ser entendido como una novela de formación, en la medida en que muestra la madurez y el dolor que se experimenta en ese proceso. Al crecer, la niña está marcada de cicatrices: *ser sabia da un maldito dolor*. Para crecer, debes apurarte lentamente. Tal es el epígrafe de la novela: *festina lente (apresúrate lentamente)*, oxímoron que retrata el delicado equilibrio entre rapidez y precisión. A lo largo de la narración, la frase se ilustrará con el dibujo de un ancla entrelazada por un delfín, que aparece tanto en el logotipo del editor renacentista Aldo Manuzio, como en un colgante. En el límite, la frase —al igual que la imagen— simboliza las paradojas de la vida humana, exprimida en la delgada frontera entre el bien y el mal, la cordura y la locura, equilibrándose sobre el torbellino que separa al yo del otro.

Además de la lectura literal, la novela, por su carácter simbólico, también puede interpretarse de muchas otras maneras, siendo una verdadera obra abierta.

Por todas estas cualidades, *El silencio de los libros* exhibe un escritor maduro, con pleno dominio del arte literario, capaz de realizar un recorrido por las tierras, las personas y por el lenguaje de Brasil y Portugal, invitando al lector a sumergirse en el abismo de los grandes problemas humanos.

Diciembre 2018



## PREFACIO (II)

*EL SILENCIO DE LOS LIBROS: PROSA POÉTICA DE BELLEZA INCONMENSURABLE*

*Maria Jose Gargantini Moreira da Silva  
Especialista en Lengua Portuguesa y Producción de Texto*

*Learn by heart this poem of mine  
Books only rest a little time  
György Faludy (1983)*

TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO.

FESTINA LENTE: APRESURATE LENTAMENTE. Como en *Felicidad clandestina* de Clarice Lispector, en la que la niña posterga la lectura de un libro muy deseado, para así prolongar su placer al leerlo, lo mismo ocurre al tener en manos *El silencio de los libros*, como si eso realmente pudiese ocurrir.

Así, como Alice/Alicia (¿por coincidencia?) del *Pais de las Maravillas*, que revela mundos fantásticos y paralelos, el lector de *El silencio de los libros* se ve entre caminos laberínticos que conducen a cada puerta/camino/línea y llevan a un nuevo descubrimiento, un nuevo acceso a los maestros de la Literatura universal.

Este libro, repleto de “insinuaciones”, nos conduce a un paseo por entrelíneas ajenas, a través de metalenguajes velados y muy bien ubicados durante la lectura.

Con el letrero insistente “TENER LIBROS ES UN CRIMEN, DENÚNCIELO”, se forma el trasfondo de esta novela/denuncia (a)temporal y muy pertinente en los tiempos modernos, en que la supervivencia de las editoriales y librerías se ve amenazada. El recuerdo de *Fahrenheit 451*, la novela distópica de Ray Bradbury, se hace presente sutilmente.

El incendio de una residencia, como si se convirtiera en cenizas todo un pasado, también se refiere a *La ladrona de libros* de Marcus Zusak, donde el personaje Liesel “robaba” libros que serían incinerados para poder sobrevivir en la vida real, al final estaba en la edad en que “*el día siguiente era todo lo necesario para superar traumas*”.

La referencia al *gen-C* hace una interlocución con el romance de Aldous Huxley, que en el *Un mundo feliz* trata de un Londres futurista que anticipa la manipulación genética.

Al igual que los narradores de Yahweh, dos personajes intentan mantener el registro de sus memorias para que no se sumerjan frente a una sociedad que se desvanece en su cultura, historia y tradición.

Los diálogos a los que se enfrenta el lector al entrar en el “*bosque – puerta para el futuro*”- al desentrañar los misterios del libro —son contruidos de tal manera y con tal habilidad que el ávido lector de descubrimientos no puede silenciar...

¿Silenciarlos? ¿Como? Con los libros “*Con los libros podemos trascender la banalidad de nuestro cotidiano*”...

Son ellos que, “*más allá de lo que ya revelan en la superficie*”, nos conducen a los “*recónditos*” de nuestras vidas, “*y a través de los personajes conseguimos observar el mundo con otros ojos, saboreando vidas distintas a las nuestras y, así comprender mejor a quienes nos rodean*”.

Y, entonces, imaginó “*una mujer que le trae libros [...] un océano de libros, libros hechos de mar, las olas vertiendo en él los libros y alejándose, tomando un poco de él y dejando un poco de ella, ella, ola, ella, mar*”...

Diciembre 2018

# PRIMERA PARTE



*A través de los ojos de Alice:  
El desconcierto del mundo y el Extranjero  
que contaba historias*

## TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO.

Era la última tarde de invierno y el viento se sumergía en las grietas del muro cuando ella atravesó la calle bajo el cielo gris, con los ojos gachos, evitando el letrado sombrío. Fue uno de esos períodos de la Historia tan trágicamente adultos que lo absurdo sólo se hace visible a los ojos de la infancia: en un mundo de señal invertida, la base de la montaña, es su punto más alto, y su pico, es el vértice del abismo; no por otra razón, lo que sucedió allí sólo podía ser contado a través de los ojos de Alice.

Había letrados iguales por todas partes, es verdad, pero aquel, pegado en el muro, bien a la entrada del bosque, empeoraba todo. Algo así como una alerta máxima —TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO —recordando a la niña los peligros que corría por guardar su libro en casa. Eran apenas unas páginas viejas, pensaba, con la dedicatoria de la abuela y todo, pero habían sido prohibidas. Y era el único remanente de la antigua colección de su tío, un regalo escogido de la estantería repleta de libros que invitaban a una amistad genuina y encantaban a la niña incluso antes de que ella aprendiera a leer: de vez en cuando, todavía muy pequeña, la niña veía un lomo de libro saltar del estante como si la desafiara “ven, devórame, descíframe” —y ella se metía entonces en devaneos, embriagada con los colores, texturas y olores del papel. Pero luego su tío fue arrestado por coleccionar libros y todos los volúmenes fueron destruidos, menos aquel, de historias, que su abuela había logrado ocultar en la vieja máquina de coser.

No siempre había sido así: la niña había oído hablar de una época remota y mágica, en la que se permitían leer historias en libros —lo cual, siendo algo bueno, ahora tenía la cara de un mito.

A la niña le gustaban las historias, pero no tenía quien se las contara. Los contadores de historias se habían ido, y ella andaba a la búsqueda de alguien que narrase el mar, los desiertos, las colinas. En aquel tiempo no sabía nada sobre el crimen, los grandes proyectos arquitectónicos o la Biblioteca de Babel, y entendía poco sobre los dolores y las cicatrices de las personas adultas. En aquel tiempo ella quería ser sabia.

Bajo el ataque de remolinos de polvo, ella cruzó la puerta de bronce y entró en el bosque. Niebla. Levantó el cuello de su abrigo para protegerse las orejas del frío, descendió alrededor de los sauces, tomó el puente de piedra y siguió el sendero favorito desde el que podía ver tramos del amistoso río. Las aguas del río Febros iban paseando por Vila Nova de Gaia, aquí y allí más rápidas sobre las piedrecillas amontonadas, después de nuevo serenas. Las aguas eran sinceras.

Alejándose del río, la niña se dirigió hacia la parte alta del bosque, pasó la mansión neoclásica, cerrada durante mucho tiempo, y finalmente llegó a la casa de hormigón rojo con paneles azules y amarillos: era su hogar, su fortaleza de tranquilidad y seguridad. Pero bastó abrir la puerta para ser agarrada y arrastrada escaleras arriba, rumbo al escritorio, bajo gestos mudos e inconfundibles que impusieron silencio. La niña fue arrojada a una esquina como tirar un papel

arrugado a una cesta de alambre, y con la boca quieta y los ojos dilatados, esperó el siguiente acto, atormentada por lo que ya sabía que vendría después.

Sólo se escuchaba el sonido del papel siendo rasgado.

La niña escuchó el ruido, después otro igual, y otro, y otro más, las hojas de su precioso librito siendo arrancadas, las letras rotas, el libro desmantelado. La trituradora de papel fue encendida y la niña vio la portada a color desvanecerse en ella. Luego fue el turno de la hoja con la dedicatoria de la abuela. Después otras más. La niña iba viendo sus mundos convertidos en fideos sosos, la máquina escupía tiras de papel y letras, masticando el alma del libro, masticando a la niña. Y otra hoja, y otra, y otra más, las tiras de papel pareciendo nieve sucia. La niña lloraba sin hacer ruido, y quería creer que aquello se estaba haciendo sólo por protección; pero dolía saber que no podría haber reclamaciones —era una regla de la madre —y que nada se diría al padre — otra regla. Metida en el camión beige (casi siempre era así), la madre se fue sin explicar *cómo* había encontrado el libro: estaba escondido en el sótano entre las latas de queroseno, combustible del viejo modelo de avión de su padre. Con los ojos llorosos, la niña fue hasta la trituradora, abrió el compartimiento transparente, se secó los ojos y recogió su tesoro molido. Recordó cuando lo recibió de su abuela como un grande secreto, recordó las páginas arrugadas, la forma de las letras, la portada a color, los sustos, las risas, las letras dando las manos para formar palabras y el mundo. Intentó recuperar ese pequeño mundo en el papel cortado, pero ahora sólo eran tiras de letras. Aquí y allá identificó una “a” decapitada, una “e” desgarrada, una “s” asesinada; pero era sólo eso, las letras separadas no formaban palabras, ni oraciones, ni historias, ni nada; eran un Nada insuperable. Pensó en las letras como personas, ahora todas separadas, cortadas por la mitad; pensó que cuando las personas se separan, se convierten en personas rotas, y no se forma más nada; la esponjosa pila de papel no formaba ningún mundo en absoluto.

Pero, como por un hechizo, el montículo esponjoso le recordó el cabello nevado de su abuela, y el recuerdo atravesó sus ojos y se hizo agua. Luego se aferró al cabello de papel de la anciana.

Todavía aturdida, a través de la ventana, la niña vio el sol desvencijarse de las nubes en una grieta horizontal. Como un dios moribundo, el sol incendiaba el final del día pintando todo de color naranja y rojo, y se iba deslizando hacia abajo para descansar en el espacio vacío en forma de la letra “v” entre dos colinas, como si descendiera a un abismo.

La niña sonrió: disfrutaba del crepúsculo —especialmente cuando expulsaba el gris del resto del día. Pero ahora era una sonrisa torcida, temblorosa y torpe.

En la tarde de fuego, no había más ningún libro para leer.



Llegó la tarde siguiente y la niña repitió el trayecto; el cartel TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO le parecía más y más repulsivo. (De hecho, en aquel tiempo, “repulsivo”, como tantas otras palabras raras, aún no era parte del vocabulario de la niña, pero sustituyó bien, años después, el adorable término “feo” que encontró anotado en uno de sus cuadernillos).

La niña había pasado la noche llorando por el libro, retorcida en la cama. Estaba muy triste. Pero también estaba en la edad en que el día siguiente era todo lo necesario para superar traumas para siempre jamás (para siempre jamás equivaliendo a unos veinte años) y podía alegrarse de nuevo con las trivialidades de la vida: enderezó a un escarabajo y sonrió cuando vio volar al animal. No era diferente cuando algún pajarillo golpeaba en los cristales de la ventana de la casa: ella lo levantaba rápidamente del piso, le dejaba correr agua fría de la tornera por el pico y después era sólo esperar el vuelo. Había sido así con un estornino manchado semanas antes, justo el día del cumpleaños de la niña. Pero fue una fecha de nada, sosa; no había globos, ni pastel, ni

nada. En aquel tiempo, los días de los años ya no se celebraban, ni siquiera el de los niños pequeños —algo que a ella le parecía tan estúpido como destruir pequeños libros.

Al entrar en el bosque, inundada de ausencias, la niña pensó en el libro destruido y en la madre; y también en el padre y en la hermana. Los amaba. Pensaba en sus padres y en su hermana como bonitas cajas de zapatos, de las que se apilan en las tiendas, muy juntas, pero sin verse una a las otras por dentro, sin ver a la niña. Ellos le tenían algún amor tal vez —un amor raquítico, si acaso -, y a veces incluso hubo ternura; pero fueron tan pocas las veces que el tiempo degolló la memoria: cuando de algo se tiene poco, aférrse con ahínco a ese poco; pero cuando ese poco es menos que poco, desaparece y se pierde en el polvo.

Los padres decían que la niña molestaba mucho a los adultos, no necesitaba saberlo todo, tenía que parar con aquella historia de historias —unas asnerías de esas. La llamaban loca. Entonces ella iría a la selva a la espera de algún evento fantástico: podría ser una fruta, un conejo, un pío, un espejo. No era exactamente una selva, pero a la niña le gustaba pensar que el bosque era bien sabio y podía convertirse en una.

Recordar el bosque da un impulso urgente de llorar.

Después del puente de piedra, la niña avanzó a lo largo del sendero acompañante del río y siguió encantada con el aroma del bosque, el susurro de las hojas y la robustez de los árboles. Como de costumbre, comenzó a recapitular los nombres de las cosas conocidas del bosque y también a inventar otros para las desconocidas. Distraída por el vuelo de una garza-real, llegó el tropiezo, y con él, su rodilla raspó el suelo. Enderezando sus medias, ahora desgarradas alrededor de su rodilla lesionada, se puso de pie. Rayos de luz caían del frondoso dosel, desentrañando parches azules del cielo y decorando el suelo con círculos iluminados. Acariciada por la brisa, que hacía su música en el bosque, la niña caminó sin prisa hasta que notó que se abrían las ventanas de la mansión —una novedad en meses. Ella se aproximó con rapidez, las hojas secas susurrando debajo de sus zapatillas y la casa del vecino fue creciendo en sus ojos: las columnas parecían carretes de hilo blanco, y las ventanas y los arcos daban ojos a las paredes de color paja, pudiéndose ver ahora encendida, en el interior, una lámpara de alabastro. Se detuvo, curiosa.

Un hombre salió de la parte trasera de la mansión con una de las manos bien cerradas y la otra agarrando un martillo. El cabello negro peinado hacia atrás le daba una gran seriedad, y sus rasgos revelaban sabiduría y rectitud de carácter, su semblante mostraba la tranquilidad de alguien que, si no estaba despojado de pecados, al menos tuvo una buena pelea con ellos. (En realidad, estas cosas la niña aún no sabía, pero le gustaba pensar que las personas tenían sus almas publicadas en la frente).

El hombre tomó el camino hacia la cerca blanca hecha de estacas con puntas suaves. Él se agachó y su mano se abrió. Colocó el martillo en una esquina y con su mano libre tomó dos clavos de la otra mano y se los llevó a la boca. Sacó uno, lo sostuvo y lo condujo a través del agujero en la bisagra suelta, colocándolo en el lugar delineado por la antigüedad. Retiró el martillo y dio el primer golpe, pero el clavo se inclinó y tuvo que sacarlo haciéndole palanca. Empujó para sí una piedra de superficie plana, apoyó en ella el clavo que ahora parecía una cimitarra y, con golpes de quién sabe lo que hace, devolvió el clavo a la forma original, midiendo bien la fuerza para que no fuera de más ni de menos. Como si forjase una espada. Recomenzó. Esta vez los golpes fueron precisos y el clavo se fue mezclando con la madera, el orden regresando al bosque, el hombre agigantándose al clavar de la forma correcta, el clavo correcto, en la madera correcta.

Tomó el segundo clavo, brillante y sublime. Pero era otro clavo obstinado que se negó a doblarse y, con el golpe, brincó. El hombre se levantó y cruzó la abertura de la pequeña puerta; reclino la espalda, ancha como el Atlántico, se arrodilló, se dobló las mangas de la camisa y con

la mano derecha fue tanteando la vegetación rastrera.

La niña se deslizó hasta el borde de la pequeña cerca sin ser notada, con el verde y el rojo de su uniforme escolar mezclándose con el follaje y las flores, su largo cabello mimetizando el marrón del tronco de los árboles. En una de las manos apenas llevaba el *tablet* del colegio y, en la otra el cuadernillo de tomar notas, el cuadernillo que no soltaba —lo que le había valido entre sus compañeros de clase la reputación indeseable de rara, la dolorosa falta de amigos y el apodo de “La cuadernillos” (le decían “Cuadernillos, ven aquí”, “Cuadernillos, tome nota de este insulto en sus cuadernillos” y, con algunos capirotaos que ponen a arder las orejas, “Cuadernillos, ve a hablar con los viejos, que gustan del papel”).

Ella dio unos pasos más y se detuvo dentro de sus zapatillas —siempre de numeración mayor para poder mover los deditos, como le gustaba. Movi6 sus deditos.

—¿El señor vio por ah6 una gata? —pregunt6 la ni6a.

Todav6a arrodillado, el hombre se mostr6 sorprendido. Su cabello parec6a revivido con tinta, leves arrugas revelaban que 6l sonre6a con todo el rostro, sus orejas eran peque6as; pero fueron los ojos los que intriguaron a la ni6a, pareci6ndole a ella dos esferas pulidas, de la tonalidad que se ve en el horizonte cuando sale el sol. El hombre la miraba, como lo har6a un chico de la edad de ella —como si en aquel rostro adulto hubieran plantado ojos ingenuos de un ni6o.

—V6 un gato temprano —respondi6 6l.

—¿De qu6 color?

—Creo que era negro, marr6n y beige —dijo, levant6ndose, robusto y rocoso, ahora luciendo como un *moai*.

—Entonces no era un gato. De tres colores, solamente hembras. Al menos mi abuela dec6a eso. Ella era la due6a de la gata.

—Su abuela...

—Mi madre dice que ella se convirti6 en una estrella. Pero s6 que muri6. Finjo no saber, para que mi madre no se ponga triste. Mi abuela dec6a que, cuando ella muriera, vivir6a en la gata; para protegerme y para que yo no la extra6ara. Tambi6n dec6a que, si un d6a la gata se fuera, era porque ya no necesitaba m6s de su protecci6n. ¿El se6or va a vivir ah6?

—Eso mismo. Estoy haciendo algunas reparaciones.

—¿No quiso llamar a alguien para arreglar eso? —pregunt6 la ni6a, se6alando a la peque6a puerta de madera.

—Me gusta arreglar las cosas.

—¿Eres portugu6s?

—No. Vengo de Brasil.

—¿Usted tiene una hija para jugar conmigo?

—Infelizmente no tengo familia. Vivir6 solo aqu6. ¿Y t6, d6nde vives?

—All6, soy tu vecina. Siempre vuelvo de la escuela por el bosque. Artemisa normalmente me espera en el camino, pero desde ayer no aparece.

—Artemisa...

—Mi gata.

—Entiendo... Pero, ¿por el bosque? ¿Y sola? ¿No es peligroso?

—S6lo si el se6or tuviera miedo de comadreas. Hay muchas de ellas. Son mis amigas. ¿Puedes venir a mi casa?

—Bueno... tengo varias cosas que hacer aqu6 y...

—Mi pap6 siempre dice eso. 6l siempre tiene cosas que hacer. A m6 me gustaba mi abuela y mi t6o. Ellos ten6an tiempo para los ni6os, contaban historias. Ahora nadie m6s cuenta.

—Disculpa. También me gustan las historias.

—Mi abuela y mi tío contaban unas muy buenas.

—¿Y en la escuela? ¿No leen buenas historias allí?

—Aburridas. Ellos dan una historia y todo el mundo cambia todo. Cuando el príncipe se encuentra con la princesa, llega un aburrido y hace que el príncipe muera en la historia. Luego viene otro y lo hace vivir de nuevo. Ahí viene uno y hace que la princesa ya no quiera más al príncipe. Viene otro y lo cambia todo, diciendo que no hay más príncipes ni princesas. Nunca termina. Un fastidio. Realmente me gustaban las historias de mi tío y de mi abuela. Tenían un principio y un final.

—¿Medio también?

—Eso. Medio, principio y fin.

—¿Cómo te llamas, señorita?

—Alice Maria Crástino. Pero en casa sólo me llaman “niña”. Usted puede llamarme Alice. Si quieres.

—Es un placer conocerla Alice. Me llamo Santiago —dijo, inclinando su cuerpo en una reverencia.

—¿Sólo Santiago?

—En verdad, Santiago Pena.

—¿Sólo eso?

—Está bien, ya me tienes. Santiago Pena de Jesús.

—Ahora sí, señor Pena. ¿O debería llamarlo de otra manera?

—Puedes llamarme Santiago. Si quieres.

—Muy bien, señor Santiago. Ahora me tengo que ir.

La niña abandonó el lugar con gran satisfacción: sabía que a partir de ahí surgiría una gran amistad, algo que cambiaría su vida.

En verdad, ella no sabía nada, pero así era como gustaba de contar la historia.



La mañana siguiente presentó sorpresas para la niña: su madre, generalmente refractaria a las novedades, interrumpió su leche con tostadas para insistir en encontrarse con el hombre que acababa de mudarse a la mansión. El padre intentó eludir, habló de compromisos, se quejó de la falta de tiempo, dijo que no había razón para meterse con los vecinos. Como de costumbre, fue vencido, y cuando terminaba el pastel de nata, cabizbajo, estuvo de acuerdo. Metido en unos pantalones plisados más ajustados de lo que debía, su padre se puso la corbata —la punta, como siempre, por encima del lugar correcto -, teniendo el collarín apretándole el cuello gordo, todo confiriéndole un aire divertido e inofensivo de un pelícano. Cuando no estaba con sus electrónicos o colecciones, el padre era cariñoso e incluso le enseñaba cosas a la niña, hablaba de la importancia de hacer todo con seguridad, ser medido, ser puntual. La niña adoraba a su padre. También adoraba a su madre y a su hermana, aunque con ellas tenía menos prosa.

Conducido por la madre de la niña, antes de ir a trabajar, el padre caminó hasta la residencia de su vecino —la última de la Calle del Bosque y la única que hacía divisa con el terreno de los Crástinos. Agachada detrás del arbusto, la niña vio a su padre presentarse e invitarlo a cenar; avergonzado, el señor Santiago, quien insistió en ser llamado sólo por su primer nombre, aceptó. Solamente después de que el padre se fue, la niña dejó el escondite, asumiendo una leve culpa —su madre siempre la llamaba de chismosa, quería saber demasiado, debía de parar con aquello, no tenía que hablar con todo el mundo. De hecho, la niña era todo eso y, por lo tanto, actuaba según el



derecho de todos los niños: ser chismosa. Le gustaban las aventuras, conocer cosas, el sonido de las palabras —especialmente las que evocaban viejas historias. Le gustaba escuchar conversaciones y repetir las líneas de los demás para sí misma, imitando las voces para memorizar. Como coleccionista de palabras, anotaba todo en sus cuadernillos. No entendía muy bien lo que decían los adultos, pero abrazaba las palabras de todos modos —para cuando fuera grande y sabia.

Más tarde, al regresar de la escuela, la niña se encontró con un hombre de traje gris plomo parado al lado de la casa del señor Santiago. Sacando del bolsillo de su pantalón un catalejo retráctil, el hombre espío por el vidrio de la ventana al interior de la casa, y con el movimiento ascendente de sus brazos, se levantó la chaqueta del traje, revelando colgado en su cintura, el objeto reluciente: un arma.

Repetió el procedimiento en dos ventanas más. Luego, señalando al chico que estaba al lado de un coche de policía, sacudió la cabeza en señal negativa. Se fueron a toda prisa.

Seguramente no era nada, pensó la niña, que, con la expectativa para la cena, veía que aquel día de primavera se desarrollaba en una larga espera, una ansiedad desenfadada que sólo terminaría en la tarde.



—¡Ha llegado el extranjero! —Gritó la madre de la niña desde el fondo de la casa.

A las 20:27 por el marcador digital de la televisión, tres minutos antes, Santiago se paró frente a la casa de los Crástinos, sosteniendo una botella de vino en la mano. La niña estaba en el sofá con sus ocho muñecas, y por la rendija lateral de la puerta consiguió ver al invitado allí parado, su chaqueta negra sobre el chaleco del mismo color, el tronco erguido en una altivez de roble.

Diminuto en sus pantalones anchos, su padre abrió la puerta y, con las manos empapadas de sudor, dio la bienvenida a su vecino. Mientras desempañaba sus espejuelos rectangulares, su padre dijo que no era necesario Santiago haber traído vino, pero aquel era de los buenos y que algo así no se negaría. Detrás de su padre llegó su madre con tacones que ella no había estado usando durante mucho tiempo, metida en un vestido blanco satinado con hombros desnudos y senos casi en exhibición, entre los cuales había un collar que combinaba con los pendientes de piedra azul, todo en insidiosa armonía.

—Buenas tardes, señor Cícero Crástino —dijo Santiago ceremoniosamente al padre de la niña.

—Buenas tardes, señor Santiago. Esta es mi esposa, Louise.

—Encantada de conocerla, Sra. Louise. Gracias por su invitación.

—El placer es todo mío. Y gracias por aceptarlo —respondió la madre, torciendo la boca con una sonrisa inusual, mientras mantenía su voz áspera y sus ojos siempre desviados (la madre enfrentaba a los niños, pero desviaba los ojos cuando un adulto le hablaba).

—Si me permite la curiosidad, ¿la señora es brasileña?

—Portuguesa, ciertamente —respondió la madre.

—Me disculpe —dijo Santiago avergonzado. —Aunque he estado viviendo en Portugal durante meses, todavía no me he acostumbrado al hecho de que en las ciudades más grandes se habla como allá en Brasil.

—Hablamos el mismo idioma, ¿no? —interfirió el padre.

—Sí, pero me refería al antiguo acento portugués —respondió Santiago.

—Ah... Bueno, como ya sabrás, ya no hablamos así —dijo el padre.

—¿Vino con la familia a Portugal? —era el turno de la madre.

—No. Vivo solo aquí.

La niña se acercó, pero se quedó mirando, sin decir nada.

—Hola, Alice.

—Hola, señor Santiago —habló ella, temblorosa, emocionada de ser llamada por su nombre.

—¡El señor vino hasta mi casa! ¿Ya puedes contarme una historia?

—¿Qué es eso, niña? No molestes al señor Santiago —se irritó el padre, apretando el hombro de su hija.

—Ve a jugar con tus muñecas —corrigió la madre.

—De acuerdo, Alice. Quizás en otra ocasión pueda contar una historia —dijo el invitado.

—Papá siempre dice eso. En otro momento...

—¡Calma, niña! —dijo el padre severamente —Subiré con nuestro invitado a la oficina.

—¿Vas a molestar al vecino con tus colecciones, querido? —¿Los bates y esas viejas cosas de vinilo de rock? Después no volverá más aquí...

Santiago cortésmente interfirió:

—Está bien, señora Louise.

Los hombres subieron las escaleras, solemnes como si integrasen una procesión fúnebre. La madre fue a la cocina, y el ruido de los cubiertos vino de allí. La niña estaba alineando las muñecas en dos filas de cuatro mientras escuchaba a su padre explicarle a Santiago el origen de cada bate, sus efectos sobre la pelota y el nacimiento de su pasión por el béisbol en la juventud cuando estudió en los Estados Unidos. Con un grito, su madre anunció la cena y ellos bajaron las escaleras.

La madre se sentó en la silla tapizada de rojo, se miró en el rombo pulido de la pared opuesta y se alisó el cabello hacia atrás, exponiendo su cara triangular con pecas claras; como de costumbre, se quedó golpeando las puntas de las uñas recién pintadas de marrón, en los pies de la mesa.

—Cariño, ¿dónde está Beatriz? —el padre tenía expresión seria.

—Ella dijo que vendría más tarde. Disculpe, señor Santiago. Nuestra otra hija también debería estar aquí para recibirlo. Adolescente. Ya sabe como es.

—No se preocupe por eso, por favor —dijo Santiago, moviendo el enorme reloj que cubría su muñeca y el dorso de su mano.

Enmarcada por el papel de pared beige con diseños abstractos, su madre, que ahora parecía una pintura cubista, dijo que había hecho dos de sus especialidades: caldo verde y lamprea. Destapó la sopa transparente y el refractario, liberando olores por toda la sala y, manipulando los platos con bordes decorados con espirales rojas, sirvió al invitado, luego a sí misma, luego a la niña; le pasó el cucharón al marido sin mirarlo y se volvió hacia Santiago:

—¿El señor va vivir allí?

—Me quedaré por mucho tiempo. Tengo algunas actividades para desarrollar en el Puerto.

—Si no me equivoco, el señor mencionó estar en Portugal hace algunos meses. ¿Negocios? —preguntó la madre, desplegando lentamente la servilleta de lino.

—No exactamente. Trabajo para una fundación cultural. Desarrollamos colaboraciones para la promoción de las Artes.

El padre se excusó para contestar su teléfono celular y dejó la mesa bajo la mirada de desaprobación de su esposa, quien continuó hablando con el invitado.

—Debes viajar mucho, ¿no? ¿A Brasil también?

—Viajo bastante, pero no he vuelto a mi país desde que me mudé para acá.

—Dijo no estar con la familia. ¿Amigos por aquí?

—No. Estoy realmente solo. Pasé un período en el campo, en Cima-Corgo, con algunas

interrupciones para viajes al extranjero; pero fueron viajes rápidos desde los aeropuertos a las salas de reuniones y viceversa. Tengo contactos en muchos países, pero no puedo decir que haya hecho amigos.

—¡Pues el señor tendrá amigos en esta casa!

—Gracias por la acogida, Sra. Louise —dijo Santiago, inclinándose con su típica reverencia.

—¿Conocías al viejo dueño de su casa? —preguntó la madre.

—Un tal António, me parece. Por lo que supe, un hombre culto y muy ocupado.

—Creo que sí. Nunca se quedaba ahí. La casa siempre estaba cerrada.

Con el largo silencio del invitado, la niña aprovechó la oportunidad para hablar:

—¿Ya puede contarme una historia, señor Santiago?

La madre intervino, era para que la niña se quedara quieta, no molestara. Santiago prometió que después de la comida podría intentar, y en ese momento el padre regresó disculpándose por la interrupción y volvió a sentarse en la mesa. Fue entonces cuando escucharon un golpe en la puerta principal. Beatriz apareció con un pequeño vestido negro y tacones desmedidos que hacían un toctoc irritante, los ojos mediocres de tan pequeñitos delineados con lápiz número 2, su cabello desgarrado por un delgado mechón descolorido. El escote exponía algo de juventud, y en el puño llevaba aros de todos los colores, los que nunca permitía tocar a la niña. Sin ninguna prisa, Beatriz se quitó los auriculares de los oídos, que probablemente contenían *acid jazz* —algo que escondía de sus amigas, pero la niña lo sabía.

—Llegas tarde —dijo el padre. —Saluda a nuestro invitado.

—Hola —murmuró Beatriz, sentándose con soberbia.

Era su forma, inalterable. Incluso en aquellos días, cuando una amiga había muerto por consumir algunas piedritas —algo que la niña no podía entender —, Beatriz no se mostraba preocupada, ni siquiera molesta; sólo distante.

—Sr. Santiago, lamentamos los malos modales de nuestra hija —dijo la madre. —Beatriz, necesitas conocer bien a las personas y...

—¡No quiero conocer a nadie! —gritó Beatriz, quien cuando estaba irritada hablaba de una manera inusual, pareciendo hacer desaparecer las vocales.

La madre reanudó:

—Beatriz, saluda a nuestro invitado. *Adecuadamente.*

Ella ignoró a la madre y colocó un cucharón de caldo verde en el plato hondo. Se quitó los zapatos, apoyó los pequeños pies en la silla de al lado y con el tronco todo retorcido como un sacacorchos, comenzó a comer mientras jugueteaba con su celular. La madre resopló, se llevó una mano a la boca, intercambió miradas con su marido, hizo un ruido con la cuchara tocando el plato. Pero como no había mucho que hacer con la hija que todavía tenía que ser amansada, los adultos reanudaron la conversación, ahora animados por las respuestas que el vecino tenía que dar a las muchas preguntas de los padres de la niña. Los Crástinos lanzaron a la mesa breves notas biográficas, y en aquella noche Santiago supo del negocio del padre en la rama de seguros; supo también que la madre era formada en Comunicación, pero que había renunciado a su trabajo cuando nació su hija menor; también supo que la pareja había decidido que su madre ya no trabajaría —para tener tiempo para los niños, dijo la madre.

—Ya no soy una niña —gruñó Beatriz. —Y mamá sólo mira televisión. Todo el día.

—¡Beatriz! —esta vez la madre gritó.

La hija mayor inteligentemente no prolongó la confrontación, sabiendo que no podía con la madre de quien había heredado el genio —insistente, pero cautelosa. Sin embargo, Beatriz no sacó de la madre, el cabello castaño claro, casi rizado —el de la adolescente era tan negro y lacio

como el de su padre -, ni las pecas, ni los ojos verdes. Aún así, la mezcla era hermosa: con curvas bien definidas, Beatriz parecía una jarra de porcelana china con cabello de india americana.

—Papá, ¿el señor vio el vestido nuevo de Emilia? —preguntó la chica de repente.

El padre no respondió.

—¿Papá. Papáaaaaaa. Papito. Papi?

—Habla rápido —dijo bruscamente el padre, que sudaba más que los otros hombres que la niña ya había visto y siempre se quitaba las gafas antes de hablar.

—¿El señor vio el vestido nuevo de Emilia?

—¿Emilia? Ah, sí, bueno, sí, claro que lo vi... ¿Quién es Emilia?

—Ya te lo he dicho más de mil, más de cien veces, papá. Esa aquí, mira. La que tiene el cabello amarillo.

—Sí... Sí... Oh, muy bonito. Ahora deja que papi converse con nuestro invitado.

La cena se llevó a cabo sin ninguna otra interferencia de las hijas, con una pausa para cambiar los platos hondos por los lisos, y los adultos hablando sobre temas que van desde el cambio climático hasta las posibilidades de que el equipo portugués gane la próxima copa mundial de fútbol. Pero las conversaciones seguían truncadas, comenzaban y morían con risas vacilantes, todo intercalado por las habituales interrupciones de la madre para decirle al padre que comiera más despacio. Pero en un momento, demasiado atenta al invitado, la madre se puso un enorme pedazo de lamprea en la boca, más grande de lo que podía masticar, y se atragantó. Ligeramente se deshizo de la maza envolviéndola en su servilleta, y unos segundos después se levantó para reemplazarla por otra, se apresuro regresando de la cocina; pero tuvo que correr hasta allá de nuevo, furiosa, para buscar un paño —el padre acababa de dejar caer la jarra de agua sobre la mesa.

La curiosidad de los anfitriones se agudizó y las preguntas dejaron de ser genéricas, y la conversación se volvió más informal a medida que las copas de vino continuaban. Abrieron otra botella y otra más. Los padres pidieron detalles sobre los proyectos de tal fundación cultural, y Santiago dijo haber sido invitado para integrar un grupo que reivindicaba el retorno de los libros.

Marido y mujer se miraron estupefactos.

—Pero... ¿Para qué? —preguntó el padre. —Nadie más leerá un libro completo. Los pocos que se aventuran en la pantalla luego usan las herramientas de modificación y crean su propia historia sobre la original. La interactividad sin restricciones, una de las principales ventajas de nuestro tiempo, es democrática; los libros no eran democráticos en absoluto: congelaban la visión del autor.

—Si me lo permiten, yo no estoy de acuerdo —dijo Santiago. Hay varias capas de lectura, y un libro puede convocarnos a la reflexión, confrontarnos, deleitarnos. Revivir el placer de la lectura, es exactamente lo que el grupo pretende. Por cierto, habrá un evento sobre el tema en el Centro de Fotografía de Portugal la próxima semana. Si pueden asistir, será el martes por la noche.

—¿Por qué en un centro de fotografía? —preguntó el padre.

—Son socios de la fundación, y los estamos ayudando a no cerrar sus puertas. No sé si sabe, pero, así como hubo la prohibición de los libros, se inicia ahora un movimiento semejante por el fin de las fotografías impresas y también de las fotos digitales protegidas contra las alteraciones. El argumento es el mismo: “congelarían” una visión del mundo, y por eso sólo deberían ser autorizadas las fotos disponibles en las redes donde cualquiera pudiera hacer modificaciones.

—Comprendo —dice la madre. —Incluso me gustan las viejas fotos impresas. Ya en cuanto a los libros... Nadie más tiene tiempo para leer...

—Bueno, cariño, si vieras menos la televisión...

—¡No es nada de eso! —se molestó la madre. —Es que en los libros no había respuestas inmediatas. Y me gusta tener todo lo que quiero con rapidez.

Hubo un vacío de voces, los anfitriones esperaban que Santiago dijera algo. Pero no lo hizo. La madre miró a la niña y ella entendió el mensaje: “ni una palabra sobre el libro picoteado”. No se había dicho nada desde la trituradora de papel, y tampoco se diría: la madre no permitía que el padre supiera —eso le daría municiones para más burlas sobre la abuela de la niña.

Por obra de la madre, la conversación se dirigió a otras bandas y los adultos hablaron del flagelo reciente en un país africano —algo triste pero necesario para la supervivencia del más apto, dijo la madre (algo más que la niña no podía entender). Santiago eludió y preguntó si no era peligroso para la niña caminar sola por el bosque. Sus padres dijeron que ya le habían ordenado que usara el otro acceso al vecindario, pero la niña insistía en cortar camino por el bosque. El vecino preguntó por la escuela, si era buena, y el padre dijo que sí, había dos de igual calidad en los alrededores, una más lejos y otra más cercana.

—Optaron por la más cercana, imagino.

—En realidad, no —le dijo el padre a Santiago. —Ambas tenían educación bilingüe, que era nuestro requisito. Al final, decidieron por nosotros —finalizó, mirando para la esposa.

—¿El señor quiere decir que *ella* decidió? —preguntó Santiago, sonriendo, con la cabeza inclinada hacia la madre de la niña.

—No es bien así —respondió el padre. —La proximidad sin duda sería una ventaja; pero utilicé dos veces la aplicación de consulta aleatoria y esta indicó la escuela más lejana. Entonces *tuvo* que ser esa.

Con la frente poblada de pliegues de expresión afligida, Santiago miró a la madre de la niña.

—Mejor cambiamos de tema. *Detesto* esas cosas electrónicas que mi marido y Beatriz usan —dijo la madre, cáustica, mirando al padre. —Deciden todo en base de la suerte.

La niña también odiaba las cosas decididas en base a la suerte. En eso, ella concordaba con la madre, con quien, por cierto, había aprendido el verbo *detestar*, copiando la forma divertida de doblar las cejas al decir “detesto”.

—Como puede ver, señor Santiago, mi esposa es resabiada a las innovaciones tecnológicas —resumió el padre. —De lo que ella no se da cuenta es de que el método aleatorio es lo más seguro y justo ya adoptado en toda la historia de la Humanidad. Y eso por una razón muy simple: porque está perfectamente en línea con lo que es el universo, y lo que somos nosotros —una combinación aleatoria de factores infinitos. Hace tiempo que superamos aquellas tonterías sobre elección y responsabilidad, valores, libre albedrío. Nada más ligero para el corazón humano que poner todo en la grandiosa mano de la suerte.

El rostro de Santiago como que se derretía y parecía que iba a decir algo serio; pero la madre se levantó y le pidió al marido, no muy cortésmente, que la ayudara a quitar los platos de allí, evitando así la continuidad del asunto. Desconcertado, Santiago ofreció ayuda, que fue rechazada cortésmente. Desde la puerta que daba para la cocina, la madre le preguntó al invitado si aceptaba postre. Él le agradeció, ya estaba satisfecho. La madre insistió, pero, para suerte de la niña, no consultada, Santiago dijo no ser de muchos dulces y nada más vino a la mesa de cenar.

Ya en la sala de estar, la madre sirvió café en las tazas amarillas —la niña prefería la vieja loza portuguesa, desafortunadamente abandonada en el sótano. Beatriz quería ir a su habitación, pero su padre lo prohibió: su hija tendría que quedarse con ellos hasta que el invitado se fuera. Ella se enfureció, insultando, hablando a golpes como todos los adolescentes de la época, pero finalmente se rindió y se dejó caer en el sofá de la sala.

Después de llenar las copas con vino Oporto, la madre tomó la chaqueta que Santiago había

extendido sobre el brazo del sofá y la colgó en una silla; pero ella no consiguió el equilibrio deseado, la ropa insistía en inclinarse para uno de los lados.

—Hay algo pesado en su chaqueta, Sr. Santiago —dijo torpemente la madre.

—No se preocupe por eso, Sra. Louise —respondió él, tenso en la silla de cuero negra. —Es que llevo un cuaderno de notas en el bolsillo lateral.

—¿Cuaderno de notas? Mira, cariño, tu vieja madre hacía lo mismo —ironizó el padre.

—Y la niña también se hace con algunos cuadernillos, señor Santiago. Escribe todo. Nunca nos deja ver. Es su pequeño secreto —agregó, sirviéndose una vez más Oporto. —Por cierto, Sr. Santiago, ¿qué es lo que se hace con un cuaderno en los días de hoy?

—Una de esas promesas que hacemos y no cumplimos integralmente. Lo obtuve de alguien importante para mí y...

—Qué cosa tan antigua... —interrumpió Beatriz, sin apartar los ojos de la pantalla de su celular.

—Es verdad. Soy anticuado. Y de la promesa, sólo he cumplido la parte de llevar el cuaderno. Para escribir me falta el tiempo.

Santiago pareció distanciarse de allí, como si pensara no en el dilatado tiempo de los niños, pero sí en el achatado tiempo de los compromisos de los adultos.

La niña había dejado la mesa y se encontraba en la puerta del comedor, de pie y en equilibrio; cuando intentó el paso, sin embargo, dos muñecas de trapo cayeron al suelo. Las muñecas no resultaron heridas, por supuesto, pero ella se asustó y sus ojos buscaron los de su madre, pidiendo disculpas y ayuda.

—¡Maldita seas, niña! ¡Siempre esas muñecas de aquí para allá! —se exaltó la madre.

—Ojalá tuviera ocho brazos —dijo la niña, con los ojos puestos en el invitado.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Santiago, sonriendo.

—Uno para cada muñeca. Siempre se caen. Señor Santiago, ¿ahora ya es otra hora? ¿El señor ya me puede contar una historia?

—¡Deja de molestar a nuestro invitado, niña! Señor Santiago, lo siento. Esta niña tiene el maldito gen de la abuela. Debemos protegerlo de ella —afirmó el padre.

Santiago estaba aturdido como si lo hubieran golpeado en la nuca. Al darse cuenta, el padre enmendó:

—Puede estar tranquilo, Señor Santiago. La niña no tiene el gen criminal. Nadie en esta familia lo tiene. Estás a salvo con nosotros. Nadie aquí es capaz de realizar ningún delito. Al hablar de un maldito gen, me refería al hábito de molestar a otros con esta cosa de leyendas, fábulas e historias. Mi suegra era terrible.

—¿Y la historia, señor Santiago?

—Los padres iban a regañar a la niña otra vez, pero esta vez Santiago se adelantó:

—No soy un buen narrador de historias, Alice, pero conozco algunas. Puedo intentar.

—No se preocupe por la niña, señor Santiago. Ella vive pidiéndome eso a mí y a su padre —intervino la madre.

—¡Y ustedes nunca cuentan! Mamá siempre tiene un programa de televisión, papá tiene que trabajar, Beatriz finge no verme. Por favor, Señor Santiago, sólo una pequeña historia...

—De acuerdo, Alice.

La niña se acurrucó en el puf blanco, frente a Santiago, y colocó las muñecas en dos filas de cuatro. Ella sólo tenía ojos para el vecino que ahora contaba una historia corta, pero intensa en los peligros, con isla, laberinto y Minotauro, —la primera de tantas historias que revelarían la atención dedicada de Santiago a la niña.

Había tantos detalles en el relato que, al principio, la niña pensó que el protagonista de la

historia era el propio narrador, el vecino extranjero escondiéndose mientras hablaba como si fuera de otra persona; entonces, algo sorprendente —ya no había diferencia entre el mundo de la historia y la habitación donde estaban; luego un breve regreso a casa cuando escuchó el sonido de una copa siendo puesta en la mesa; y luego, creció el asombro, porque parecía ser ella misma, la niña, que buscaba un hilo en el laberinto.

Al escuchar la entonación que indica el final de la historia, la niña saltó.

—¡Fue como en las historias de mi abuela y mi tío! —se regocijó, abrazando al invitado alrededor de su cuello.

Los padres no dijeron nada.

—¿Dónde el señor aprendió esa historia?

—En un libro viejo, Alice.

—¿El señor tenía muchos?

—Tuve pocos libros, pero antiguamente existían lugares llamados bibliotecas, y en ellas se podía leer libros e incluso tomarlos prestados. Infelizmente, todos fueron quemados.

—Qué triste... —dijo la niña, todavía aferrada al narrador de historias.

La madre sirvió más vino de Oporto y el padre pasó los dedos por su celular.

—Pero *realmente* me encantó la historia —dijo la niña mientras se desprendía de Santiago.

—Qué cosa más estúpida... —se burló Beatriz.

—¡No es no! —se indignó la niña.

—Sí lo es —dijo Beatriz.

—¡Paren ya! —gritó la madre.

La niña estaba perdida en sus pensamientos sobre su abuela y el libro destruido. Tal vez el libro se había ido porque era hora de que llegara Santiago. Tal vez las cosas tendrían que irse, aunque eso fuera triste, para que otras pudieran venir. Pero como se le prohibió hablar del asunto, pensó que también se le había prohibido pensar en el asunto, y entonces detuvo el pensamiento. Recogiendo las muñecas que tenían el aroma de la infancia, las levantó una por una, presentándolas a su vecino: Emília, Azul, Bolinha, Miloca, Faquiolina, Joninha, Lua y Zazá.

-Tuve una idea —dijo Santiago.

El narrador de historias se retiró a la mansión y regresó minutos después con un rollo de cuerda fina de nylon y una tijera; silencioso al abrir la puerta, casi sorprendió al padre de la niña, que se burlaba de la palabrería formal del nuevo vecino. Santiago se sentó en el mismo sillón que antes, cortó un trozo de cuerda de unos tres metros y comenzó a hacer amarres de aquellos que saben los hombres de muchas aventuras en el mar, formando una línea intercalada con lazos suaves. Tomó las muñecas, pasó el pulso de la primera muñeca por el primer lazo y la apretó. Pasó el pulso de la segunda muñeca sobre el segundo lazo y la apretó. Pasó el pulso de la tercera muñeca sobre el tercer lazo y la apretó. Y fue así, siempre bordeando la parte posterior de las muñecas con el propio hilo, que llegó a la octava muñeca. Cortó las sobras, se levantó, abrió los brazos, teniendo cada punta del hilo en una de las manos, y mostró las muñecas, ahora unidas como las letras de un libro.

La niña acompañaba tranquila, parada en la alfombra, mirando a Santiago que, con la espalda erguida y el pecho inflado, parecía un personaje noble de historias olvidadas.

—Listo. Ahora tus muñecas ya no se caerán más —dijo él. —Y ni siquiera necesitarás de ocho brazos.

—Gracias, señor Santiago.

Él se arrodilló, entregándole las muñecas a la niña, y ella le tocó el hombro, como una reina que ordena a su caballero.

—El señor es una persona tan buena... —dijo la niña.

Santiago guardó silencio como si visitado por la sorpresa, como si ese simple comentario lo hubiera arrojado a la memoria de algo lejano. Luego le dio las gracias con una sonrisa, como hacen los genios y los confusos.

—Gracias, Alice. Realmente eres adorable. He estado tratando de... y se interrumpió, como si hablara para sí mismo y su voz menguara.

Levantándose con los ojos húmedos, Santiago dijo que era hora de irse a casa y se disculpó con los adultos por la mala historia —no quería haber causado conflicto entre las hermanas. Los padres le pidieron que disculpara la dureza de la hija mayor y la impertinencia de la niña, que gastó el tiempo de él con tonterías. De ninguna manera respondió Santiago: todo había sido muy agradable.

—El placer fue *todo mío* —dijo la madre, haciendo hincapié en “todo mío” y exhibiendo los dientes azulados de vino, con la boca abierta en sonrisas imprudentes. —Quédese un poco más.

—Me encantaría, señora Louise. Pero no había exagerado en el vino durante mucho tiempo y tengo un poco de sueño —reflexionó Santiago mientras levantaba la chaqueta del traje que se había deslizado de su silla sin que nadie lo notara.

La niña vio algo debajo de la silla y corrió hasta allí. Levantó el objeto, un cuaderno. La cubierta blanca tenía líneas paralelas entre las cuales alguien había escrito un nombre con bolígrafo azul. La niña leyó los escritos: “Hilário Pena”.

—Señor Santiago, esto debe haberse caído de su chaqueta —dijo ella...

El se viró, y parecía aterrorizado. Luego se agachó a la altura de la niña y, recibiendo su cuaderno, le dio las gracias y lo deslizó al bolsillo lateral de su chaqueta, desfrunciendo el ceño aliviado.

En la despedida, su madre confirmó con el vecino la fecha y hora del evento del libro y le preguntó a su esposo si tenía la intención de ir. El padre respondió que dependería de su trabajo, trataría de regresar a tiempo, avisaría a Santiago en su casa. Mejor por el celular, dijo Santiago, comunicando que iría a Lisboa por la mañana y que solamente regresaría el martes de la otra semana, el día del evento.

Tan pronto como Santiago se fue, la madre se paró en la ventana, con los ojos lascivos fijos en la casa del vecino. La niña apareció desde abajo y, copiando a la madre en la postura, puso una de las manos sobre el cristal frío. Beatriz se fue diciendo que iría a una fiesta en Matosinhos y que volvería a las dos de la mañana. Regresó a las tres, cuando la madre dormitaba frente al televisor de la sala, mientras el padre visitaba un sitio de chicas tatuadas, de la edad de Beatriz, que se habían olvidado de ponerse la ropa.

La niña no entendía por qué sus padres nunca se acostaban al mismo tiempo. Parecía que nunca dormían. Ya a la niña le gustaba dormir mucho. Sin embargo, atípicamente insomne esa noche, encendió la luz de la habitación y comenzó a colocar las muñecas en el estante, asegurándose de que ninguna cubriera los dibujos de lavanda del papel de pared —a excepción de los dibujos de plantas lilas, el resto de la habitación tenía aire de clínica, sin decoración, sin cuadros (no dejaban que la niña colgara nada), sólo las paredes de color hielo, la cama pequeña, el armario y la cómoda —escritorio. Después, la niña paseó por la casa y se aferró nuevamente a la ventana que daba a la mansión.

En la madrugada, la casa del vecino bailaba en el bosque sin tocar el suelo.



La niña pasó parte de la noche escribiendo en su cuadernillo la historia contada por el nuevo



residente de la mansión. Pensó en Santiago y que, si fuera padre, podría contarle a una hija historias junto a la cama. Sin duda contaría. Se encantó con la idea. Ahora podría tener dos padres: uno que la conocía desde que era un bebé, y ese, el Señor Santiago, el “padre de las letras”. Le gustaba eso —no veía problemas en tener dos padres. El señor Santiago podría ser su padre de las letras narrador de historias. Mejor, sería el abuelo que no conoció. Sí, el señor Santiago sería el abuelo que ella no tuvo, y seguro sería un abuelo tranquilo como el río Febros que serpenteaba por el bosque de la niña, narrador de historias como la abuela que vivía en la gata desaparecida, un amante de las pipas como su tío que había sido arrestado por guardar libros. Un abuelo que alejara el anhelo por lo desconocido, que llenase el agujero de la ausencia. Un Abuelo de las Letritas.

Ella también pensó en muchas otras cosas: quería saber por qué el mundo era como era, por qué estaban prohibidos los libros, por qué deberían ser denunciados los que tuvieran, y más un puñado de por qué. Esa noche en particular, sin embargo, estaba preocupada con el “cuaderno de Hilário Pena”. Quizás allí el Señor Santiago escribió historias. “Hilário Pena”... El nombre de familia era el mismo que el del Señor Santiago: “Pena”. La niña quería saber qué había en el cuaderno. Y quería saber quién era el tal Hilário Pena. Después ella vería eso con el bosque.

La niña sabía que cuando se deseaba algo en el bosque, el bosque respondía, y que, habiendo pedido a alguien que contase historias, el bosque ya la había complacido. Estaba muy agradecida. También sabía que, si aquel era realmente un cuaderno de historias, algún día, cuando fuese mayor y más sabia, el bosque lo traería para ella. Pero tal vez hasta allá, ella todavía tuviese mucho que crecer. Quizás llegaría a conocer la historia de Hilário Pena a través de sus propios escritos. O tal vez aprendiese sobre Hilário Pena por la voz de Santiago, el Extranjero que contaba historias.

## SEGUNDA PARTE



*A través de otros ojos:  
Hilário Pena y la Biblioteca de Babel*

1  
RÉQUIEM

(*Brasil, muchos años antes...*)

Hilário Pena tenía veintidós años el día del crimen.

El frío de mayo en São Paulo no impedía la concentración de chicos y chicas, y la algazara avivaba la tarde en el barrio bohemio, anteriormente reducto de los ancianos; rayos de sol escapaban a través de brechas en las nubes, aclarando los tejados, y reforzando el amarillo brillante de la acera; desde allí, era casi inaudible la presentación del *chorinho* que ocurría en los fondos del bar. A la sombra del sauce llorón, Hilário esperaba la llegada de los colegas de trabajo —ingenieros del sector de proyectos, sus superiores en la constructora. Meciéndose en la silla, apoyó los codos sobre la mesa y, aprovechando la proximidad del espejo retrovisor de un automóvil estacionado, se arregló los cabellos negros y lisos. Se quitó la chaqueta, dejando ver sus robustos brazos, y se frotó las manos, tanteando los callos que evocaban la época de actividad en la carpintería. Mientras bebía una cerveza, leyó en el tablón de anuncios, montado sobre un barril de roble, la llamada para la rueda de Samba del domingo y el cartel de la campaña para la restauración de la Biblioteca Municipal.

En aquel tiempo Hilário no les daba importancia a los libros, pero la discusión en la mesa de al lado llamó su atención: tres chicas y un rubio enjuto recibieron con abrazos al bajito de aspecto indígena que acababa de llegar de bicicleta; al sentarse, el bajito depositó en la mesa un libro polvoriento que había sacado de su camisa, dando inicio a la contienda.

—¡Esa antigüedad tiene que acabar! —gritó el rubio, y entre risas enmendó que los libros eran detestables y antidemocráticos, que era el momento de ser moderno y prohibirlos como en Suiza, de prenderle fuego a todos.

El bajito se irritó, habló sin vergüenza, ganó apoyo de las chicas; pero luego la discusión fue suplantada por el barullo del bar. Exprimiendo parte de la clientela en la acera, el “Galeriano’s Music Bar”, tenía ese curioso efecto de barajar por instantes las vidas de desconocidos, mezclando voces e impresiones, enlazando miradas, repicando asuntos como pedacitos de vidrio en un caleidoscopio.

El sonido de bocinas hizo que Hilário mirara hacia la calle. Un anciano de piel quemada por el sol empujaba su carretilla recogiendo basura reciclable —obstaculizaba el tránsito y, aunque la lentitud generalmente no incomoda a quien está de paseo, con *aquello* los conductores no tenían paciencia. Hilário se comparó con el viejo, que le pareció un sentenciado a trabajos forzados, pero no demoró en olvidarse de él —en aquella época Hilário cargaba aún el optimismo típico de la juventud, con la certeza del éxito en el futuro: desde la infancia marcada por la pobreza a las burlas en la facultad por usar zapatos simplones, todos sus percances parecían ahora ser superados; la rueda de la fortuna giraría y él alcanzaría la cima, ganaría respeto; y ya percibía que

hasta la misma Cristina, la ingeniera pelirroja con piernas de rascacielos, le era cada vez más receptiva.

Cuando finalmente llegaron los cuatro chicos, felicitaron brevemente a Hilário por la promoción de interno a aprendiz, se sentaron y se pusieron a balbucear sobre el viaje realizado el año anterior, del cual él no participó. Ajeno a la conversación, Hilário alternó tragos de tequila con tragos de cerveza y se puso a observar la jovialidad de las faldas cortas que desafiaban el viento. Ya un poco embriagado, se levantó, serpenteó entre las sillas, mesas y personas a la orilla de la calle, y después fue a revisar el área interna de la barra —el largo rectángulo de paredes forradas de madera, donde colgaban los instrumentos musicales; pero nada de Cristina allí tampoco. Al regresar a su mesa, Hilário percibió que los vecinos habían reanudado la conversación sobre prohibir los libros; iba a mencionar tal asunto a los ingenieros cuando alguien gritó “¡silencio!”, y entonces todas las atenciones se volvieron para el noticiero exhibido en el televisor fijado sobre el toldo de la barra.

La televisión había estado repitiendo la misma materia desde temprano: la decisión judicial era ahora definitiva, no había apelación, y sería aplicada la legislación sobre el nuevo método de reducción de la criminalidad. La técnica consistía en el examen que investigaba la presencia de un gen condicionante de la violencia, y con eso sería posible mapear los posibles delincuentes y aplicar la pena capital a los autores de delitos graves. La noticia hacía eco de aquella de hace unos cuatro años, cuando se publicó la ley, pero de inmediato fue suspendida, y el asunto ahora volvía porque los ministros del tribunal habían escuchado a especialistas, revisado conceptos y cambiado el entendimiento sobre el tema. Las medidas contra el crimen habían obtenido sorprendentes resultados en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, decía el entusiasmado presentador; después fueron adoptadas por toda Europa; y a partir de aquel día se verían en Brasil. El reportaje publicó algunas protestas, manifestantes gritando contra la pena de muerte, mostrando fotografías, amarrándose a los postes, y haciendo confusión con sus carteles. Hilário no le prestó atención.

Ya Túlio, el ingeniero que, por alguna razón ininteligible, era muy estimado por Cristina, celebró: finalmente el Gobierno —o alguien más poderoso que el Gobierno —cumplía su función, resolvía los problemas, los criminales serían todos arrestados, y los ciudadanos comunes podrían beber sus cervezas en paz. Pronto sonaron los teléfonos celulares, alguien recordó un chiste antiguo, otro comentó el partido de fútbol del miércoles, y el asunto fue cerrado cuando llegaron las porciones de chicharrones y pasteles. Llegaron a la mesa frijoladas y caipiriñas, dos horas transcurrieron en la tarde gris de espasmos amarillentos, y todos se olvidaron del reportaje y de los genes. A lo lejos el sol borroso emergía de las nubes y se iba encovando detrás de los edificios; para entonces hasta Cristina ya había llegado irradiando su belleza cúprica, pero ella se limitó a saludar con la mano desde la puerta, entrando al ala interna con sus amigas. Como de costumbre cuando estaba borracho, Hilário fantaseaba sobre alguna actuación heroica que podría adaptarse a él —necesitaba de algo que despertase el interés de los otros, pues tenía la constante sensación de que permanecía excluido de todo, como si en cualquier parte del mundo fuese siempre un forastero.

Llovía fino cuando Tulio se levantó y se paró entre los dos muchachos de la mesa de al lado; hablaba alto, abriendo y cerrando las manos nerviosamente; parecía no haber sido muy respetuoso con la chica de lilas. Todo comenzó con una simple discusión, pero en segundos los brazos entrelazaron los cuellos, piernas alcanzaban alturas inimaginables, cabezas eran golpeadas. Una sinfonía fue compuesta por vasos, botellas y sillas rotas; el barril de roble fue al piso, partiéndose con estruendos, y un “no”, gritado en coral, fue sucedido por el extraño sonido de la piel

rasgándose.

Con los pies en la acera y la espalda en el asfalto mojado, el bajito del libro derramaba sangre por el cuello tiñendo la acera, tiñendo el asfalto, tiñendo todo. Un perro escuálido cruzó la calle y con las patas pintadas fue acuñando la acera, estampando el asfalto, marcando.

Pálido de horror, Hilário Pena tenía en la mano un cuello de botella en forma de daga.



No era la mejor manera de despertarse. El brazo golpeó en la pared estofada por la humedad y pequeñas escamas de pintura cayeron en el rostro de Hilário, impidiéndole abrir los ojos. Qué lugar era ese que él no sabía; había un entorpecedor olor a bodega. Levantó su tronco del suelo áspero, se estregó los párpados y entonces vio, desenfocado, el patrón de varillas alineadas frente a él como soldados pulcros. Intentó recordar lo ocurrido, pero todo parecía envuelto en agua, niebla y vómito.

Había salpicaduras de sangre en su camisa, pero aparentemente no estaba herido. Encontró un esparadrapo pegado en la unión del brazo con el antebrazo. Poniéndose en pie, Hilário se percibió en una celda y con vértigo, agarrándose a las barras de metal para no caer. Vomitó. Segundos después, más erguido, constató estar en un ala de cuatro celdas cúbicas: la suya y la contigua, de un lado del corredor, y otras dos idénticas, del otro lado. Paredes de mampostería gris delimitaban los fondos y uno de los laterales de su celda, mientras que las barandas cerraban el frente y hacían la división con la celda adyacente; no había lámpara en el techo sucio y el piso era de cemento áspero, pareciendo una hoja de zinc arrugada e inmundada. Hilário apartó la cortina beige del lado izquierdo y descubrió el minúsculo baño; había un espejo roto, colgado encima del diminuto lavamanos, un hueco sanitario y una ducha cuya fijación se deslizaba a través de la pared. Un haz de luz proveniente de la pequeña abertura en la pared trasera invadía la celda, proyectando en el suelo, en luces y sombras, el diseño de las barandas. Subiendo en la cama de concreto, estrecha como un catre de campaña, Hilário se puso de puntillas, pero, a pesar de tener casi un metro y noventa de estatura, no alcanzó las rejas de la ventana. Al bajar de la cama, notó su reloj caído en una esquina y se agachó para recogerlo.

—Bienvenido a Babel.

La voz venía del corredor y atrapó a Hilário todavía agachado; él se giró y vio a un hombre de uniforme gris con cara de hiena.

—¿Qué estoy haciendo aquí? Preguntó Hilário, levantándose.

—¿Usted no sabe? Genial. Dígale eso al juez. Quizás él considere su amnesia. Tal vez se olvide de mandar a apretar el botón para freír sus sesos.

—¿Juez? —e Hilário vomitó un poco más.

El estómago le dolía como si un animal venenoso corriera por sus entrañas. Los recuerdos llegaban lentamente: la botella hiriendo el suelo, estallidos, él en la defensa de los amigos. El oficial penitenciario se alejó silbando.

Las venas y las arterias tripudiaban en la cabeza de Hilário, obligándolo a acostarse a pesar del deseo de vomitar, con su olor mezclado al del tequila y las frituras de bar. Aturdido por lo que había escuchado, se quedó inmóvil y acabó durmiéndose. Cuando se despertó, la pantalla digital de su reloj marcaba las 20:01, sincronizada con las manecillas. Encontró recostada a la reja una vasija de aluminio y la abrió, pero el olor de las verduras rehogadas le provocó angustias, y con la bilis en la garganta no hubo forma de poder comer. Recordó los eventos en el bar y no entendía por qué estaba en prisión; aquello era insondable —y un final absurdo. Buscó refugio en un rincón menos frío, lejos de la cama que parecía una tumba y de la mancha de vómito que cubría el piso.

Al usar su chaqueta como manta, se recordó de Doña Marta, la señora que le había regalado aquella pieza de gamuza. De la anciana, el pensamiento saltó para el profesor Andrada, esposo de ella, y para las becas de estudios —de aprendiz de carpintero, Hilário era ahora estudiante de Arquitectura e Ingeniería y estaba a punto de graduarse de ambos cursos. Se recordó de cuando ayudó al maestro, para aquel entonces un extraño, a cambiar los neumáticos en una noche lluviosa; se recordó de la amistad surgida entre el señor culto y el adolescente de uñas sucias, de las tardes jugando ajedrez en la casa de los ancianos, de Doña Marta —siempre conmovida con la historia del huérfano que trabajaba a cambio de un lugar para dormir —enseñándole Música; sin embargo, lo que más conmovía a los ancianos no era la orfandad, y sí la historia de las listas: despojado de cualquier cosa que pudiese llamar suyo, el niño Hilário había capturado todas en la fantasía: eran listas de viajes soñados, de juguetes de vitrina, juguetes de feria, animales, amigos, golosinas, familiares —en fin, listas de ausencias. La memoria inusual también había reunido tesoros etéreos: listas de dichos callejeros, de palabras raras, de ecuaciones insólitas. Hilário no se refugió cuando, algunos años después, el profesor le ofreció las becas y, medio atontado, descubrió que la habilidad de cambiar neumáticos podía valer una facultad. Dos.

La madrugada encontró a Hilário entre el sueño y la vigilia, tratando de recordar lo que le pareció haber sido el día anterior, el sábado en el bar con la gente de la constructora. Al principio los había encontrado presumidos, decepcionándose un poco con los ricos: eran aburridos, siempre contaban las mismas historias sin gracia y se vestían como si pertenecieran al mismo equipo de rugby. Nadie allí había sido atrapado cuando niño, ni necesitaban avergonzarse al tener que llenar el maldito campo “nombre de los padres” en algún formulario estúpido. Pero ellos vivían en casas suntuosas y tenían autos rápidos, y no fue difícil disfrutar de aquel mundo: en pocos meses, Hilário se vistió como ellos, imitándolos en todo. Cristina había sido la propulsora del cambio, es cierto, aunque sin decir nada —una mujer de aquellas no necesitaba hablar nada para mostrar lo que quería. Convencido de que sólo había cumplido con el deber de defender a sus amigos, Hilário se durmió confortado.



Hilário se despertó con gritos de hiena: alguien importante quería verlo. Ciertamente uno de los ingenieros; tal vez Cristina; o incluso el Profesor Andrada.

Conducido por pasillos delgados intercalados por puertas oxidadas y rodeados por celdas vacías, Hilário llegó a una sala oscura, sin ventanas y de aire pestilente. Pronto los ojos se adaptaron a la poca luz y pudo ver algo: había una mesa rectangular, sobre la que colgaba una lámpara sucia que le daba al lugar la apariencia de una casa de juego, además de cuatro sillas y un archivo de metal. Colocado de espalda para la puerta en una de las sillas, notó una escalera de ladrillos en el lateral. Tres hombres con corbata, rodearon la mesa y se sentaron, y el más viejo, de rostro negro vivaz, se presentó:

—Señor Hilário Pena, soy Carlos Castelo, abogado —dijo el sujeto, mientras desabotonaba su chaqueta azul visiblemente cara. —Fui designado para representar sus intereses. Mi actuación será *pro bono*. Gratis. Estos dos señores son de la Comisión de Investigación, Análisis y Ejecución del Ministerio de Política Criminal.

Hilário miró el rostro ovalado que le hablaba sobre la tal comisión de nombre largo y extraño. Los ojos del abogado parpadearon por detrás de las gafas de aros redondos, los dedos ajustaban los gemelos de oro, y los cabellos y la barba blanqueados, recortados a máquina bien cortos, daban contorno perfecto al magnífico cráneo. La primera impresión que se tenía del Doctor Castelo era de un hombre bueno, sincero, de aquellos que se involucran en situaciones extremas

—como hacen los viejos campesinos al pedir la intercepción a un santo.

Desviando para las dos figuras espectrales de la Comisión, Hilário se sintió atrapado en una tina de hielo: vestían trajes negros idénticos y, si no fuera por la larga barba y el cabello largo de uno en contraste con el corte militar del otro, los dos sujetos serían intercambiables, ambos con el mismo rostro pálido y los mismos ojos opacos de verdugo.

Inclinándose hacia atrás en su silla, Hilário provocó un sonido envolvente al golpear con las esposas en la mesa de jatobá.

—Mucho gusto, doctor. ¿El profesor Andrada lo llamó para mi defensa? ¿O fue el personal del trabajo?

—Fui designado por el Estado —respondió el abogado, abriendo una carpeta.

—Debe haber algún error. Estoy seguro de que mis amigos llegarán pronto. Pídeles que se comuniquen con el profesor. Con todo el debido respeto al señor, doctor, prefiero a alguien de la confianza de él.

—El profesor Andrada ya estuvo aquí mientras usted dormía —dijo el abogado con firmeza. — Al enterarse del caso, pidió que nadie más lo molestara. Dejó en claro que tú eras apenas un chico al que él ayudó hace algunos años. No pareció cómodo con la situación.

—Entiendo. Él ya tiene cierta edad, no debe entender estas cosas. ¿Pero qué hay de los chicos que estaban conmigo en el bar?

El Doctor Castelo titubeó, pero Hilário proyectó el cuerpo hacia el frente, en indicación de que el abogado debía responder.

—Sus amigos no vendrán.

—¿Como?

—Testificaron en el 3er Distrito de la Capital y fueron enfáticos: no contestarían ninguna llamada suya.

—¡No puede ser, doctor! —gritó Hilário. —¡Estoy aquí por ellos! Sólo tomé la botella para que nadie más saliera lastimado.

—Cálmese. Mire, soy su abogado, pero sólo podré hacer un buen trabajo si me dices la verdad. *Toda* la verdad. Recapitulemos: mataste a un hombre y nadie confirmó que era para defenderte o...

—¡Eso es ridículo! ¡Yo no maté a nadie! Aquellos sujetos eran los que estaban golpeando a mis amigos. ¡El bajito tenía hasta un revólver, podría haber matado a Tulio!

El abogado hacía girar su dedo índice por su pasta de cuero de avestruz.

—En realidad, Hilário, sus amigos superaban en número, y según ellos, cuando todo ya había sido apaciguado, usted saltó sobre uno de los chicos, se desequilibró, cayó, y mientras se levantaba, se apoderó de una botella de cerveza, la rompió en la acera y clavó el cuello de la botella en la garganta de aquel joven.

—¡¿Quién dijo eso?!

—Voy a pedirle nuevamente que se calme. De lo contrario no llegaremos a ninguna parte. Mire, por los testimonios recogidos, su situación es muy delicada.

—Doctor, yo no hice nada malo. ¡El joven tenía un revólver!

—Por ahora ningún testigo ha hablado de un arma de fuego. De cualquier manera, tenemos una posible ventaja en caso de ser condenado, y es por eso que estos dos señores de la Comisión están aquí.

Hilário se levantó gritando: quería hablar con el profesor Andrada, tenía derecho a una llamada telefónica, alguien debería contactar con el personal de la constructora, alguien tenía que venir y resolver aquella confusión. El abogado le explicó que sí, que tenía derecho a una llamada, pero no, no podía llamar para los amigos que ya habían vetado sus llamadas. La hiena vino hasta la

puerta de la sala con la porra levantada; Hilário se sentó, enterró la cabeza en los brazos y se quedó mirando hacia sus rodillas. El abogado esperó a que volviera a la posición original y continuó:

—¿Tienes a alguien más a quien quieras llamar?

Hilário no tenía a más nadie. Estaba solo. De nuevo. No era más que polvo humano.

Los hombres de la Comisión permanecían inmóviles, se parecían a las gárgolas de una catedral gótica. Hilário quería saber sobre la tal “ventaja”, pero miró de reojo a los sujetos del Ministerio de Política Criminal y les preguntó si tendría una entrevista privada con el abogado. El Doctor Castelo respondió que luego habría tiempo para eso, pero en aquel primer contacto la presencia de los Agentes era de suma importancia para el caso. Sólo entonces los sujetos se presentaron.

—Soy el Agente Martins. Mucho gusto —dijo el hombre sin barba. —Este es el Sr. Supervisor, Agente Meireles.

Hilário los saludó sólo asintiendo y se volvió hacia el abogado, quien comenzó a explicar.

—El día que ocurrió todo, la nueva legislación de seguimiento genético de criminalidad ya estaba vigente. Ahora una buena noticia, más para ti que para el gobierno —dijo el abogado en tono irónico. —Antes de que te trajeran para acá pasaste por el Hospital Central de la Capital. Estabas inconsciente. Por determinación del delegado, se extrajo un poco de tu sangre para el examen de alcohol y narcóticos y...

—¡Yo no uso drogas!

—Sabemos, los exámenes confirmaron. Pero permítame concluir, por favor. Su sangre también fue sometida a los exámenes de mapeo genético. Fuiste uno de los primeros. Y el único con resultado negativo. Puedes escapar de la pena de muerte y...

—¡Pena de muerte?! ¡¿Primero el carcelero y ahora usted también, doctor?! Sólo pueden estar bromeando.

—Infelizmente, todo esto es bastante grave —y el abogado se frotó el pulgar por los labios. — Hace unos cuatro años, fue promulgada una ley que permite el uso de exámenes genéticos para indicar la tendencia de los delincuentes a reincidir...

—¡No soy un criminal!

—Déjame continuar —dijo el abogado, impaciente. —Esa ley fue una copia descarada de la estadounidense e incluyó la posibilidad de ejecución de los condenados, algo hasta entonces inconcebible en este país. Tal vez hayas escuchado alguna cosa en su momento. Integré el grupo que impugnó ese absurdo en el Supremo Tribunal Federal. Desafortunadamente, perdimos: nueve de los once ministros aceptaron la tesis de que con el acto presidencial de “declaración de guerra a la criminalidad violenta”, la pena de muerte prevista en la nueva ley podría ser adoptada en casos de asesinato, violación, tortura, terrorismo y latrocinio. El tribunal también dictaminó que el Derecho debe acompañar las innovaciones científicas y, por lo tanto, el análisis de los genes no implica violación de los derechos fundamentales ni...

—Discúlpeme, doctor —interrumpió Hilário —¡pero toda esa palabrería no me dice nada! De hecho, siempre detesté el derecho y sus términos exagerados. Usted había hablado de “buenas noticias”, pero ahora existe la pena de muerte y antes no la había, ¿no?

Realmente sólo puedo lamentar este punto. Pero no era a eso que me refería. Verás, la nueva legislación permite la ejecución de asesinos, pero sólo delincuentes reincidentes o aquellos que, siendo primarios como usted, han identificado en sus exámenes el gen del crimen. Usted *no lo tiene*. Por cierto, esa es la razón por la cual estos dos señores están aquí: su caso puede representar un agujero en la teoría del gen criminal. En los otros países, en todas las oportunidades en que fueron realizados los exámenes, invariablemente los autores de los



homicidios poseían tal gen, y se recomendó que fueran ejecutados porque, debido a la predisposición genética, probablemente cometerían delitos más brutales. Pero los estudios académicos indican que individuos no portadores de ese gen nunca cometen crímenes violentos. Tu caso es único. Incluso, aunque usted actuó sin ser en defensa propia o en defensa ajena, podemos argumentar que, si no tiene el gen, usted no ofrece peligro para la sociedad, por lo que podría ser liberado en algunos años.

—¡¿Algunos años?! El señor debe estar loco. ¡No hice nada malo! Tomé el cuello de la botella después. Ni siquiera corté al muchacho. Sólo quería defender a mis amigos. Tengo un buen trabajo, dos facultades para terminar y...

—Lamento informarle, Hilário, pero, el portavoz de la universidad ya anunció por la prensa que sus becas de estudios serán canceladas —dijo el abogado. —Y tus papeles de renuncia están en mi carpeta.

De repente, Hilário se sintió débil; sus pies se entumecieron y manchas oscuras invadieron su campo de visión. Bien podría tener un ataque y listo, todo el infierno desaparecería, pensó. Uno de los hombres de la Comisión intentó agarrarlo por los hombros, pero no hubo tiempo y el prisionero cayó.



La noche sin sueños fue interrumpida por apenas seis cortas expulsadas de bilis. Cuando se despertó por la mañana, Hilário se sentó en la cama, dándose cuenta de que ya no vestía su propia ropa, sino un uniforme amarillo hecho de tela gruesa y áspera como una lona de campamento; su abrigo también se había desaparecido. Llamó a gritos al oficial de la prisión, que ahora era otro, y el hombre llegó a los barrotes. Una línea de sombras unía la perilla negra al pelo de las sienes que se juntaba atrás en la cola de caballo atado, dibujando un borde para la calvicie del oficial. El sustituto de la hiena se limitó a decir que el abogado no vendría hasta el final de la tarde.

Con la ayuda de dos vasos de agua, Hilário se tragó el pan marchito, pensando en lo larga que sería la espera hasta la próxima visita del abogado. Pero pronto escuchó el crujido de la puerta de hierro y el oficial reapareció, ahora diciendo que el doctor se había anticipado. Hilário volvió hacer el trayecto del día anterior, yendo a parar a la misma habitación oscura. Estaba allí apenas el Doctor Castelo.

—Espero que ya estés mejor —dijo el abogado.

—Sí, estoy. Gracias. Discúlpeme doctor; no se bien lo que sucedió. Creo haberme desmayado.

—Eso. Hablábamos de cumplir algunos años de prisión.

Esta vez el prisionero se mantuvo firme y preguntó por los hombres de la Comisión, siendo informado del regreso de ellos al Ministerio. No, aquello no causaría ningún prejuicio, explicó el abogado: los Agentes sólo habían venido a conocer el caso que, en el primer día, parecía contrariar toda la lógica del Programa. Hilário dijo no saber dónde estaba y tampoco hace cuánto tiempo, preguntando por qué parecía ser el único prisionero en aquella ala, ya que escuchaba, por la ventana, voces de otros hombres.

Con una voz grave, el Doctor Castelo contó que, después del crimen, Hilário se desmayó, quedándose inconsciente por horas, casi en coma alcohólico; despertó agresivo y tuvo que ser dopado. La policía estaba ansiosa para ver en funcionamiento los exámenes genéticos de criminalidad, pero, como el de Hilário dio negativo, la Secretaría de Seguridad Pública fue notificada de inmediato. Él aún estaba inconsciente cuando, en un ajuste entre el Secretario y la Policía Federal, fue transportado en la madrugada para aquel presidio en Itaí, situado a casi trescientos kilómetros de São Paulo, exclusivo para extranjeros.

—¡Esto es una locura! Como el señor bien sabe, doctor, ¡yo no soy extranjero! ¿Por qué estoy aquí?

—Siéntase feliz. Si usted se quedara en el 3er Distrito de la Capital o fuera enviado para algún establecimiento común, estaría compartiendo una celda más pequeña con unos veinte hombres.

—Todavía no entiendo... ¿Y por qué aislado?

—Este lugar está lleno de traficantes internacionales y contrabandistas, pero en otros pabellones. Su aislamiento es una forma de protegerlo.

—¿Protegerme *de quién*? ¿Y por qué esa cosa de prisión para extranjeros?

—Mire, es probable que su caso gane repercusión en el exterior, y tal vez representantes de otros países vengan a verlo. Investigadores. Quizás incluso alguien de la ONU. Esta prisión se hizo conocida como Babel por albergar hablantes de las más diversas lenguas, y pronto se convirtió en un infierno por el hacinamiento. Sin embargo, hace unos años, después de una visita de observadores internacionales, el gobierno sufrió mucha presión. El edificio fue renovado y ampliado, y se convirtió en una institución de exhibición: hay talleres de artesanía y carpintería, cancha polideportiva, un gran campo agrícola en los alrededores, y es uno de los únicos centros penitenciarios en el país que tiene una buena biblioteca. Por eso estás aquí. Después de todo, si fuese visitado, no sería bueno para la Presidencia que delegaciones extranjeras sean recibidas en un lugar inapropiado. Ni que lo encuentren herido o muerto.

—¿Muerto?! ¡¿Por qué alguien haría eso conmigo?!

—Estás en una prisión, Hilário, y nunca se sabe lo que puede pasar en un lugar como este. Acepte de buen agrado el aislamiento como protección especial. Bueno o malo, en este aspecto usted está con suerte.

A Hilário no le gustó la broma —excepto por las becas de estudios, nunca tuvo la maldita suerte en nada. El abogado le preguntó si estaba dispuesto a escuchar su estrategia de defensa. Con el asentimiento afirmativo del cliente, el doctor Castelo continuó explicando:

—Ayer no pude decir todo, porque algunas cosas no quería que el personal de la Comisión las supiera. Fui a la escena del crimen y descubrí que uno de los edificios en esa calle tiene cámaras de seguridad. La policía parece no haber prestado atención a ese detalle, y me adelanté pidiendo las grabaciones al síndico, quien me entregará una copia —dijo el abogado con una sonrisa de satisfacción y victoria. —El edificio está a unos cuarenta metros del bar, y todavía no sé si las cámaras captaron algo; al menos existe una posibilidad de que la acción haya sido filmada, y ahí podremos ver lo que realmente sucedió.

—¡Genial! Podré probar mi inocencia.

—Eso si las grabaciones confirman lo que estás diciendo.

—¿Usted no me cree?

—No es eso, muchacho... Tenemos que trabajar con todo tipo de posibilidades. Vea: todos los testigos fueron en contra de su versión, y si no tenemos el apoyo de las imágenes, la situación se empeora.

Hilário le pidió al abogado una explicación sobre aquella cosa del gen criminal —nada superficial, enfatizó, porque su vida dependía de ello. Sí, Hilário recordaba haber leído algo en los periódicos, de grupos haciendo protestas; pero nunca estuvo interesado —no era un criminal y no tenía por qué preocuparse; ahora, sin embargo, quería entender todo sobre este Programa. El doctor Castelo consultó el reloj y asintió: tenían tiempo suficiente y él le explicaría en detalle —había estado estudiando el tema durante años. Hilário entonces escucharía una narrativa de suceso científico que durante casi media hora lo secuestraría de la sala de poco aire, sumergiéndolo en un mundo onírico habitado por investigadores geniales que cruzaron jardines indescriptibles para

discutir novedades salvadoras de la Humanidad. Durante el relato, Hilário casi podía tocar a esos hombres que imaginaba grises, de cinturas altas y barbas cónicas cultivadas con lisonja entre un experimento y otro. El doctor Castelo tenía la voz clara de un narrador de historias y, cortando gestos en el aire con seguidos ajustes en los gemelos, fue relatando:

—Hace algunos años, ganó fuerza una teoría según la cual nosotros, los humanos seríamos un mero aglomerado de genes que poseerían voluntad propia y condicionarían nuestras acciones. Según dicha teoría, cada gen lucharía por mantenerse no sólo en el presente sino también en el futuro, buscando perpetuarse —incluso si tuviera que para eso parasitar o destruir—, y la suma de “voluntades” de esos genes daría las coordenadas de la conducta humana. Así, todo lo que consideramos como cultura no pasaría de una visión romántica y tramposa del ser humano, una parábola de ese ser compuesto por micropartículas enfocadas únicamente a la supervivencia y a la reproducción. E incluso la aparición de comportamientos altruistas, tales como arriesgar la vida por alguien o ayudar a un extraño sin ninguna posibilidad de beneficio, no invalidaría la teoría, porque habría ciertos genes que, a pesar de no ser identificados en las pruebas de laboratorio, apartarían esa aparente contradicción: que ciertos comportamientos de apoyo mutuo, bastante útiles a nuestros primeros antepasados en la época en que proteger a todo el grupo era sinónimo de salvaguardarse a sí mismos, se habrían grabados por repetición en la memoria de los homínidos, manifestándose hasta el día de hoy, a pesar de no ser más necesario la preservación individual; y la explicación para esto sería la existencia de genes “no físicos”, “partículas de memoria” transmitidas de generación en generación o, más adecuadamente, genes *virtuales*.

Hilário escuchaba atento, sin entender de qué forma todo aquello podría tener relación con una simple pelea de bar.

—Tales ideas fascinaron la comunidad médica —prosiguió el abogado— y luego surgió la nueva conjetura: que, en el transcurso de la evolución, algunos genes habrían sufrido mutaciones, transformándose en condicionantes de violencia gratuita. Estudios en el sistema penitenciario británico revelaron que todos los prisioneros violentos poseían lo que pasó a ser llamado *gen-C*, el gen de la criminalidad. Y eso llevó a serios cambios en el propio sistema penal de allá: ahora, la presencia del *gen-C* en autores de crímenes bárbaros conduce inexorablemente a la pena de muerte, dada la certeza de la reincidencia. Pero el hecho más impresionante, muchacho, es que su caso, el “Caso Hilário” como bien está siendo tratado por los medios de comunicación, está desafiando todos esos postulados: es el primer registro de autor de homicidio con resultado negativo para el *gen-C*.

—¡Genial, doctor! ¿Y no es eso prueba de mi inocencia?

—La verdad, no. Tal vez la Fiscalía alegue que tienes algún *gen-C* “virtual”— aunque no tengo la mínima idea de cómo pueden probar eso. Y, de todos modos, todas las declaraciones contradicen su versión, ya que nadie confirmó haber visto el tal revólver. Por lo tanto, tendremos que encontrar posibles fallas en la investigación y en el Programa, y quien sabe intentar una sentencia más suave en el Tribunal de Jurados.

—¿Y cómo será?

—Bueno, el viejo sistema de juicio en dos fases ha sido abolido, y ahora todo va desde el principio delante de los jurados. Necesito nombre y dirección de personas que puedan testificar a su favor.

Hilário hizo anotaciones en la hoja que le entregó el abogado.

—¿Realmente corro el riesgo de recibir la pena de muerte?

—Lamentablemente, sí. Hasta hace algún tiempo, casos como el suyo implicarían un encarcelamiento de doce a treinta años si eran declarados culpables por homicidio calificado.

Quizás podríamos conseguir la pena mínima de homicidio simple, seis años, o incluso hasta la descalificación por lesiones seguidas de muerte, con una pena de cuatro años en régimen abierto.

—¡Por supuesto! —Hilário estaba emocionado —Mi vecino violó a una niña y estuvo en prisión por muy poco tiempo. Y un colega de clase desfiguró a su novia a golpes y sólo tiene que ir al foro todos los meses para firmar algunos documentos. Lo que yo hice no puede ser tan serio...

—¡Mataste a una persona, Hilário! ¿No es eso lo suficientemente grave? —los músculos faciales del abogado palpitaban y, después de respirar hondo, empujó la mesa, inclinando la espalda para atrás. —Vea, el hecho es que, después de muchas críticas a la indulgencia del sistema penal, saltamos para el extremo opuesto, y ahora tenemos la pena de muerte. Sabes, me estoy haciendo viejo y aún no estoy acostumbrado a la idea de que un cliente pueda ser asesinado por el Estado. Era algo impensable cuando me gradué...

La forma como el abogado hablaba le daba un aspecto noble, como si estuviera recordando los ideales de la juventud, la justicia, la defensa de la libertad, lo sagrado de la profesión.

—Bueno, era eso —retomó el doctor —Nuestro tiempo se acabó. Tendré que ausentarme del país por algunas semanas, pero volveré a tiempo para su juicio, que debe tener lugar en dos o tres meses. Hasta entonces, como la única actividad permitida para ti es la lectura, le sugiero que eches un vistazo a la biblioteca de aquí y...

—No me interesan los libros.

## CASTIGO

Ochenta y tres días después, alojado con ocho prisioneros más en el camión-jaula azul que hacía el transporte hasta el foro en la Capital, Hilário pasó horas sentado en una viga cilíndrica, le dolía la espalda con cada bache, los hombros apretados con cada curva, la garganta implorando por agua, el estómago e intestinos en un desarreglo amenazador. Las puertas del camión crujían y el viejo motor diésel rugía en las subidas y chillaba en las bajadas. Luego hubo un silbido del freno, el aire y el motor fueron apagados. Cuando Hilário descendió del compartimiento de presos, su visión se vio ensombrecida por el sol que golpeaba en las ventanas del edificio; la humedad del aire causaba refracción, y el edificio del foro, que parecía temblar, ganaba contornos fantasmales.

“Uno a la vez”, gritó el oficial de la prisión, y los otros prisioneros fueron retenidos en el camión mientras Hilário era exhibido a la prensa como un espécimen recién descubierto en algún continente inexplorado. Escoltado por cuatro policías, subió con dificultad la escalera en espiral, ahora enroscando la punta de la chancleta en la rebarba de un escalón, ahora rascando los codos en la áspera pared, ahora desequilibrado por la cadena que le ataba los tobillos. Con cada tropiezo llevaba una escopeta en la espalda. Superando el estrecho corredor por el que serpenteaba un viento cálido e insidioso, Hilário fue colocado en una antesala, desde donde vio a dos mujeres llorando a lo lejos. El cierre de la celda estaba atascado y alguien buscó un martillo para abrirlo.

Hilário fue encerrado allí solo. No había banco ni silla, se sentó en el piso de tacos de madera y apoyó la espalda contra la pared. Con una vista parcial de la audiencia, buscó los rostros de sus amigos y del profesor Andrada. Nada. En el lado opuesto a la cárcel, una ruidosa multitud atravesaba el portal de entrada al salón del Jurado. La mayoría de las personas vestían camisetas y zapatillas de deporte, como si no estuvieran yendo al juicio de un hombre y si a un picnic matutino. Molesto por no saber cuánto quedaba para que comenzara el juicio (no se le permitió usar su reloj), Hilário se frotaba las uñas en el maloliente uniforme amarillo con el número 2001B estampado en la espalda.

La palabrería viniendo del salón del Jurado era como un gotear de agua en una noche de insomnio, y, mareado, Hilário cerró los ojos y se imaginó que todo no pasaba de una noche equivocada, llena de sueños malos y errados. El alivio vino. Y luego se fue.

—Hilário.

La figura del Doctor Castelo apareció al otro lado, a rayas.

—El juicio debe comenzar en instantes. Intente no olvidar ningún detalle. Y recuerde: la confesión puede suavizar su pena.

—Hemos hablado de eso, doctor. Fue en legítima defensa.

—Bueno, la Fiscalía mostrará que ninguno de sus amigos lo confirma.

—¡Ratones ricos!

Eso no servirá de nada... concéntrate en lo que tienes que decir. Lo más importante es mostrarse arrepentido, hablar sobre su difícil infancia y, cuando llegue el momento, minimizar las disputas en el orfanato.

—¿Ellos también saben de eso?

—Ellos lo saben todo.

Hilário esperó a que pasara el aturdimiento y continuó:

—Insisto, doctor. Yo sólo me defendí. A mí y a los otros.

—Todo bien, todo bien.

—¿El señor me cree?

El abogado no respondió.

—¿Me cree?

—Míre, lo importante es que el Jurado le crea.

—¿Y mis testigos? Ellos podrán confirmar que yo no era una mala persona —dijo Hilário, abrazando los barrotes.

—Siento informarle, Hilário, pero Doña Marta falleció hace meses, incluso antes de que te arrestaran.

—¿Y el profesor Andrada?

—No vendrá. Está bastante enfermo y consiguió ser dispensado de declarar.

—¿Quieres decir que estoy solo?

—Enumeré a las personas del trabajo. Pero la fiscalía también lo hizo, ya que todos desmintieron su versión.

El abogado fue llamado a la sala del Jurado.

Hilário pensó en Doña Marta. No debió haber pasado tanto tiempo sin visitarla... bueno, ahora no era el momento para luto. Se levantó, se sentó, se viró, se levantó de nuevo, se rascó las piernas y contuvo el ansia. La distensión temporal causó vértigo —un mal que siempre lo atacaba en las pruebas. El Doctor Castelo regresó y, jadeante, explicó que la Comisión se había habilitado en el proceso y presentó una opinión de alguien con un nombre exótico —según el abogado, un famoso jurista. Adjunto al dictamen había un informe elaborado por el Grupo Especial de Trabajo de la Comisión y, anexo al informe, otro dictamen, con una insignia de universidad inglesa, acompañado de una traducción jurada. Debido a esos nuevos elementos, la Fiscalía y la Defensa acordaron que es inevitable posponer el juicio.

Hilário miró para los surcos húmedos del rostro del abogado.

Se preguntó si el hombre de traje delante de él era realmente digno de confianza.



Pasaron semanas y la única visita recibida por Hilário fue la de un abatido Doctor Castelo. En la sala sin ventanas, el doctor explicó al cliente el significado de toda aquella parafernalia de los términos en latín que constaba dicha opinión jurídica y resumió las conclusiones del Grupo de Trabajo de la Comisión. Según él, el personal del Ministerio de Política Criminal reconoció que la legislación no había proporcionado una solución en caso de que algún asesino no poseyera el gen-C y, por lo tanto, se presentaron cuatro interpretaciones. El abogado las detalló una por una, en un discurso medido en el que predominaban los términos técnicos, como si hubiera sometido el vocabulario a algún tipo de asepsia; sin embargo, antes de consolar a Hilário, la frialdad de la explicación inoculó más miedo, reforzando en él la sensación de que fue víctima de una conspiración macabra.

La primera interpretación propuesta por el Grupo presuponía falla en la metodología de rastreo

del gen criminal: en ese caso, el acusado debería ser encarcelado hasta que la evolución de la ciencia permitiera un método más preciso. La segunda fue en la dirección opuesta: la ausencia de evidencia del *gen-C* y teniendo en vista la brecha en la legislación, ninguna pena podría ser aplicada. Por la tercera alternativa, el acusado sería juzgado de acuerdo con la ley antigua y, si es declarado culpable, recibiría la sanción previamente estipulada, escapando de la pena de muerte. Ya la cuarta, por otro lado, se apoyaba en la opinión de la universidad inglesa: dado que no se admitía falla en la teoría del gen criminal, se concluyó que Hilário tenía el *gen-C*, sólo que virtual; debería, así, permanecer en prisión hasta que se consiguiese demostrar, al menos mediante modelos matemáticos, la influencia de los genes virtuales en el comportamiento humano; entonces sería ejecutado.

El Doctor Castelo informó que, en opinión de dicho abogado, las dos primeras alternativas habían sido descartadas por colisionar con el Nuevo Sistema de Política Criminal. La tercera hipótesis, de aplicación de la antigua ley, también fue rechazada —sería un absurdo utilizar la legislación derogada. Para el revisor, apenas la cuarta alternativa era correcta: por ahora, prisión; después, la muerte.

El abogado contó todo eso con la voz tenue. La postura de victoria anunciada, tan viva en los primeros contactos, había desaparecido, y lo que Hilário tenía ahora ante él era un hombre extenuado, con barba mal afeitada y una mirada afligida.

—A puertas cerradas, el juez anticipó que en caso de que seas condenado él seguirá el consejo jurídico —dijo el doctor Castelo, levantándose rápidamente. —Sólo nos queda intentar, quién sabe cómo, una absolución.

—¿De lo contrario?

—De lo contrario, serás encarcelado por tiempo indefinido, con una fecha de inicio, pero sin fecha para el fin de la pena. Y con el riesgo de ser ejecutado.



Noventa y dos madrugadas pobladas por el insomnio, y el día del juicio por segunda vez había llegado. Superado el tormentoso viaje en el camión-jaula, esta vez en compañía de cuatro prisioneros, después de unos minutos en la celda del foro, Hilário finalmente fue presentado ante el juez. Un juez. Había pasado por esto antes cuando era adolescente, y ahora revivía la sensación de que estaba perdiendo el rumbo de su vida, de que el control era de otros, que otros, siempre otros, dictaban los rumbos de su existencia. El peor recuerdo fue el de su decimotavo cumpleaños: el orfanato no podía albergar a adultos y, a instancias de un juez, fue expulsado, destrozando su precaria ilusión de hogar; la “solución” para Hilário fue residir en la carpintería, sabiendo que, más allá de la caridad, la asignación del cuartito sucio no era más que una artimaña del jefe para evitar quejas, ya que el trabajo también secuestraba a Hilário los domingos. Pero en el juicio que estaba por comenzar había algo aterrador: los jurados eran todos viejos; los *viejos* decidirían su destino; su juventud sería juzgada por la vejez. Lo sentaron con la espalda apoyada en la tribuna de la Defensa, de frente a los siete miembros del jurado que le figuraban siete caras de la muerte. Hilário inclinó el tronco hacia adelante tratando de alcanzar sus tobillos doloridos, saturados por el uso de las esposas, pero algo impidió su trayectoria —no debía moverse, advirtió el policía, sujetándolo por los hombros.

La alfombra morada mostraba signos de antigüedad, aquí y allá carcomido, con un agujero más grande en el centro del Plenario, exponiendo las viejas tablas corridas del piso. La mesa de trabajo de caoba de los jurados evocaba tiempos áureos, aunque era evidente que no había recibido manutención durante años. No era más emocionante que lo que Hilário veía a la

izquierda: el juez, flanqueado por el fiscal y por la abogada contratada por la familia del joven muerto, en un extremo, y una funcionaria joven en el otro —todos en una plataforma elevada, con madera idéntica a las demás de la sala, teniendo en el frente de los muebles, en relieve, la balanza y la espada de bronce gastada. Ya el lado derecho del campo de visión de Hilário era desgarrado por la balastrada, más allá de la cual llegó la audiencia llena de lágrimas, con algunas personas hablando por sus teléfonos celulares y otras riendo, todas sentadas en sillas que parecían cedidas por algún cine en demolición.

Un alguacil proclamó partes del caso 7.5.14.5-3 y la joven empleada arrastró una silla al centro del Plenario, colocándola en el agujero de la alfombra. A la señal de la mujer, el policía de la escolta jaló a Hilário por las esposas de mano hasta sentarlo en aquella silla, cara a cara con el juez, quien leyó la acusación.

Hilário fue interrogado severamente. Trató de presentar su versión, pero fue interrumpido por el magistrado varias veces. Aun así, continuó con firmeza:

—Vuestra Excelencia, lo más importante es que yo estaba defendiendo a mis amigos.

—Soy yo quien decide lo que es importante y lo que no, advirtió el juez de cabellos rizados, cuyas manos estaban pintadas de sol como dos bigornias oxidadas. —Limítese a responder apenas lo que se le pregunte.

La Fiscalía fue inclemente. Primero interrogó al acusado sobre las disputas en el orfanato para sólo después pasar al crimen por el que era juzgado ese día. Cada pregunta era iniciada por un mismo prólogo, dirigido más a la audiencia que al acusado, en el que el fiscal ronco ironizaba la “larga carrera de víctima perjudicada” del prisionero.

Después de casi dos horas de interrogatorio por parte del fiscal y la abogada, Hilário comenzó a responder las preguntas del Doctor Castelo, relacionadas más a las dificultades enfrentadas en la infancia y en la adolescencia que con el crimen en sí. Comprendió la estrategia del abogado y le gustó —ahora podía exponer los males de su vida. Estaba seguro de que sería absuelto. Al final, el abogado le preguntó si estaba arrepentido.

—De ninguna manera. Yo no podía dejar que mataran a mis amigos.

Hubo un descanso para almorzar e Hilário fue reconducido a la celda, con el sudor cayendo por los brazos, la cabeza tomada por las figuras del juez y del fiscal. Hilário quería saber que secretos ocultaban hombres de aquel tipo, impasibles en sus vestimentas negras, maestros de la verdad en esas capas. Se preguntó si alguna vez habrían fallado, si realmente fueran ese depósito de honor, bondad y corrección, si existía, de hecho, alguien así. Ciertamente escondían algo pútrido, una infamia, deslices; pero ahora estaban allí, haciéndose pasar por guardianes de quién sabe qué. Entonces era eso, concluyó: la única diferencia entre un hombre venerable y un hombre despreciable es que el primero nunca fue atrapado.

Apretada en su uniforme verde del sector de limpieza, una señora robusta con un ligero estrabismo destacándose en el rostro moreno, llegó hasta la celda e interrumpió la divagación. La mujer dice que el dinero proporcionado por el tribunal sólo cubría los gastos de almuerzo del juez y del jurado; ella, sin embargo, había separado una porción de arroz con pollo, que ahora le entregaba a él en una vasija de aluminio, luego de la inspección del policía. Hilário le dio las gracias y se lo comió todo —dejó Babel todavía de madrugada, calculando que ya habían pasado dieciséis horas desde su última comida.

El susurro viniendo del salón del Jurado aumentó e Hilário fue reconducido al plenario, nuevamente sentado de espaldas para su abogado.

El primer testigo fue llamado y no era menos que Cristina, aquel ídolo moldeado en cobre. La ingeniera de piernas de rascacielos se sentó en la silla central sin mirar para el acusado, se alisó



la falda en la línea de las rodillas y contó la misma versión distorsionada que sostenía la Acusación. El fiscal le hizo una sola pregunta: si tenía algo de qué quejarse sobre el comportamiento de Hilário. Sí, tenía: Hilário era el tipo impertinente que la había acosado en la sala de impresión, y aunque ella era enfática en sus negativas, él parecía no entender, o pretendía no entender, que no estaba interesada. La abogada asistente del Fiscal y el Doctor Castelo no hicieron preguntas a Cristina.

Siete declaraciones similares a la de la pelirroja desfilaron delante un incrédulo Hilário, pintado como el desgraciado que atacó a la víctima indefensa. Y hasta el mismo Tulio ahora se eximía, negando haber provocado la pelea. Los testigos transformaban a Hilário, con colores calientes, en una violenta aberración.

Oída la última testigo —una de las amigas del bajito del libro, que apenas pudo hablar porque lloró todo el tiempo —, el oficial de justicia retiró la silla del centro.

Llegaron los interminables debates.

El fiscal comenzó mostrando al jurado imágenes del cadáver y enfatizó que cuatro dedos encajarían en el canal abierto en el cuello de la víctima; el segundo miembro del jurado, un caballero rubio, se negó a verlas, y el miembro número cinco, detrás de él, se cubrió la nariz luego de la primera imagen. El fiscal leyó el informe del examen necroscópico, enfatizando con diferentes entonaciones extractos como “causa mortis”, “hemorragia aguda”, “laceración” y “acción punzante de instrumento perforo-cortante”. Luego habló del informe del instrumento criminal, el cuello de la botella, y el énfasis estaba en los diecinueve centímetros de largo, y en que “el resultado de la investigación hematoide fue positivo”. Provocó un “¡Oh!” colectivo al desenrollar y mostrar una foto ampliada del cuello ensangrentado.

—¡Un abismo en la carne de la víctima! —gritó el fiscal y, mirando a los asientos delanteros de la audiencia, acrecentó: —¡Y en el corazón de esa familia!

La Fiscalía luego exploró los eventos ocurridos en el orfanato, afirmando que, en la adolescencia, Hilário había sido “terriblemente violento”. Un absurdo, se indignó Hilário en silencio: con todo lo sugerido por esas imágenes, se tragarían cualquier historia contada por los amigos desleales.

Sin dejar de hablar, el fiscal fue hasta el mostrador, se vistió con guantes quirúrgicos, abrió el sello de seguridad de una bolsa de plástico y atrapó el puntiagudo cuello, haciéndolo bailar mientras expone lo que llamó “la dinámica del evento”. Hilário asistía a todo impasible. Quería moverse, decir algo, mirar para su abogado, gritar que las cosas no habían sucedido así. Sentía que iba a vomitar —siempre con el estómago débil, aliado con el intestino débil —y si no fuera por una inspiración más profunda, esto habría sucedido. Sintió que se iba a desmayar, pero logró levantar la barbilla como si buscara oxígeno. Después ya no escuchaba bien lo que se decía. Captaba aquí y allí algo sobre la necesidad de arrestarlo para que “interiorizase los mecanismos de contención de la agresividad”, la necesidad de arrestarlo para la protección de la sociedad, la necesidad de detener las muertes de jóvenes. Entonces vino lo peor, “cobarde”, el epíteto que abominaba. Después genes, sí, mucho sobre genes, y sobre el prestigio de opinión viniendo de Inglaterra; y sobre la sapiencia del jurista suscriptor de la opinión final; y sobre la certeza de que, en libertad, Hilário cometería crímenes tan o más horribles. Sí, él debería ser arrestado, incluso hasta el propio acusado estaba ahora casi convencido. El jurado debería recordarse de la víctima, decía el fiscal, y que cualquiera en aquella sala estaría en peligro si Hilário regresara a las calles. La peroración de la Fiscalía se hizo cada vez más y más distante para el prisionero, y era como si Hilário estuviera leyendo un texto borroso en el que las únicas palabras claras eran “cobarde” y “cobardía”.

La abogada, que había sido comedida en las preguntas, en los debates resultó ser un verdadero demonio de anteojos. Con una voz medio-contralto inimaginable para aquel delicado rostro eslavo, ella cruzaba el plenario haciendo ruido con sus tacones y, mientras hablaba, sus ojos azules parecían cambiar de color, transformándose como dos carbúnculos coléricos. Por la abogada, todos supieron de la historia de Eduardo Inocêncio, el joven muerto, un hijo tierno y cautivador. Hilário lo había matado, privando a su familia, a su novia y a sus amigos de esa buena alma. De vez en cuando, la abogada señalaba a la señora sentada en la primera fila: la madre que entre lágrimas se aferraba a la manga de la chaqueta de ascendencia indígena de su marido; entonces la abogada se acercaba a Hilário, paraba, golpeaba uno de los tacones en el piso y decía:

—Aquí está el asesino.

Agudo, el Doctor Castelo invirtió los silogismos de la acusación. Usando el pasado de Hilário a su favor, contó la dolorosa historia, el abandono cuando aún era un bebé, el ambiente hostil en el que había crecido. Minimizó las disputas en el orfanato, diciendo que era algo típico de la juventud —la juventud esta prolongada hasta aquella tarde en el bar, cuando ocurriera una fatalidad. Disparó contra Tulio, quien provocó la pelea y luego huyó, y pidió a los miembros del jurado que concedieran al acusado el beneficio de la duda, porque si no había pruebas de la existencia del revólver, por la “dinámica del evento” —una expresión que copió del fiscal, pero ahora pronunciada con ironía —solamente Hilário tendría un ángulo de visión para notar tal arma. En cuanto a la desaparición del revólver, planteó diferentes hipótesis —desde algún amigo del difunto que quería preservar su buena memoria hasta una posible desaparición mientras transportaba el cuerpo al Instituto de Medicina Legal. Sin embargo, lo más notable del discurso del Doctor Castelo fue el tema de las posibles consecuencias de la condena: Hilário podría ser asesinado —a-se-si-na-do, enfatizó, con división silábica. Y asesinado *por el Estado* —el mismo estado que debió haberlo protegido cuando niño, que debió haberle proporcionado una mejor educación y que con los impuestos absurdos extorsionó a todos los presentes. El abogado fue enumerando varios casos de error judicial en el sistema estadounidense, con fallas descubiertas solamente después de la ejecución de los condenados; al final de cada narrativa, preguntaba a los miembros del jurado, sin esperar por respuestas, si querían asumir tal riesgo. Terminó llamando a los jurados uno a uno por su nombre, pidiéndoles que no diesen al Estado carta blanca para asesinar a un joven.

Como un ritual, los jurados fueron llevados a la sala secreta. Después de unos minutos, retornaron a sus lugares. Con los asientos del juez, del fiscal, de la asistente del Fiscal y del Doctor Castelo todavía vacíos, sólo los ventiladores se pronunciaban en el escenario estático.



—¡Todos de pie! —La voz del oficial de justicia resonó en el salón.

El Doctor Castelo pasó con el rostro inexpresivo, yendo a colocarse en su mesa.

Hilário miraba a los miembros del jurado, esperando que uno de ellos —el más próximo al juez, imaginaba —se levantara para pronunciar el veredicto. Quería saber cómo lo habían juzgado. Quería saber cómo es que se juzga a alguien. La temperatura corporal aumentó, y con ella la necesidad de correr a una cama donde pudiera despertarse de la pesadilla —o, al menos al baño más cercano.

Dada la agitación de la audiencia, el juez ordenó que se hiciese silencio y, aún de pie, comenzó a leer algo en la pantalla de la computadora, pero un sonido agudo lo hizo parar. Hubo un ajetreo por ajustar los cables, algunos intentos fallidos, otro sonido agudo, más intentos inútiles, y el micrófono acabó tirado sobre la mesa. El magistrado reanudó la lectura, ahora sin la ayuda de

artilugios. Hilário escuchó algo sobre la “primera cuestión” y los miembros del jurado habían votado que sí. Siguió otra oración incomprensible y nuevamente la votación fue afirmativa. Hilário no estaba entendiendo nada. Luego vino una “tercera cuestión”, claramente audible, por la cual los miembros del jurado se preguntaban si absolvían al acusado. La respuesta fue aún más clara: no. Hilário estaba condenado.

Hubo aplausos en la audiencia, pero se detuvieron con la mirada del hombre de la toga, que siguió hablando de otras preguntas y respuestas. El juez habló largamente, en un arrastre monotónico lleno de adverbios y adjetivos. En el lugar del agujero de la alfombra se abrió otro, ahora en las tablas del suelo, y para aquel pozo oscuro Hilário iba siendo succionado, derritiéndose en su silla y por ella escurriendo como un reloj pintado en un lienzo surrealista — primero los pies, luego las canillas, después la cintura. El trance del condenado era interrumpido apenas por referencias a un egregio tribunal, las lecciones de un jurista fallecido, a los votos de un eminente ministro; pero la lectura continuaba arrastrada, densa, inextricable, aterradora, difamatoria. Algunos espectadores dormían e Hilário sólo escuchaba, estoicamente —y ahora su tronco se desvanecía por el vórtice abierto en las tablas del piso. Hablando sobre la seguridad y la confiabilidad del Nuevo Sistema de Política Criminal, el magistrado justificó la necesidad de arrestar al acusado hasta la descubierta de un medio que permitiese identificar el *gen-C* —físico o virtual, poco importaba; entonces sí, podría ser ejecutado. El juez ordenó la realización de análisis de sangre semestrales, y que, a cada cinco años, a partir de la fecha en que no hubiera más recursos de defensa disponibles, la Comisión entrevistaría al condenado para evaluar su salud mental y adoptar medidas para la eventual ejecución de la pena de muerte o su conmutación. El juez entonces firmó algunos papeles, mientras la cabeza de Hilário descendía hacia el abismo.

Cuando la audiencia comenzó a moverse ruidosamente, Hilário fue escupido del agujero y se deslizó de vuelta hacia la silla, contrariando la gravedad, la cabeza fundida subiendo por los pies de los muebles, luego el resto del cuerpo hasta que se pudo sentar y sólido como el agujero que sólo él veía cerrarse en el suelo. Por cada persona que salía de la sala del jurado, dos reporteros entraban y se encaramaban en la baranda.

Antes de continuar con el escolta, teniendo el cuerpo descompensado y su rostro empapado de pavor, Hilário agradeció al Doctor Castelo por los esfuerzos y le preguntó sobre las imágenes grabadas que, esperaba así, fueran presentadas al final de la explicación de la Defensa. El abogado lo interrumpió antes de que concluyese —el doctor aseguró a Hilário por el brazo, lo acercó bien junto a él y le susurró:

—Las imágenes desaparecieron. Si es que me entiende...

Hilário se quedó sin palabras; luego gritó que aquello era ridículo, injusto, un embuste, y el juez le ordenó que lo retiraran de la habitación.

De vuelta en el camión azul, rumbo a Babel, Hilário estaba demasiado aturdido para darse cuenta de que tal vez fuese la última vez que vería el mundo por el lado de fuera de una prisión. Comentó con los otros prisioneros acerca de su mala suerte y sobre cómo estaba siendo perjudicado por sus amigos desleales; habló de los intereses internacionales en mantener un nuevo sistema de mapeo de genes, de un juez que no quiso escucharlo, de un fiscal que lo presentaba como un facineroso, de una abogada que lo pintaba aún más espeluznante que un facineroso y de un abogado defensor que lo había traicionado. Pero un día conseguiría probar su inocencia, arremetió.

Dos de los prisioneros permanecieron impasibles —tal vez no entendían el idioma de Hilário. Ya un tercero —pelirrojo, con acento británico —dijo entre risas:

—“Bueno” historia. *And pigs might fly.*

El cuarto prisionero, que exhibía cicatrices en la cabeza y tenía un hacha tatuada alrededor del cuello, aprovechó de que el movimiento del camión lo había acercado a Hilário y le dio un codazo en las costillas; el dolor fue terrible. Después todo se quedó sereno y todos se concentraron en el ruido del motor diésel, de la puerta metálica y de los neumáticos que maltrataban el asfalto hasta la llegada a Babel. Allí, y sólo allí, Hilário comprendió la razón del buen humor del inglés: había sido absuelto. Ya los dos mudos y su agresor serían ejecutados, a menos que pudieran lograr una victoria milagrosa en grado de apelación.

Hilário fue devuelto a la misma celda, que ahora parecía menor, donde un escarabajo desfilaba pomposamente por el lateral de la cama. En un estallido de cólera, pateó paredes y trepó barras, pero las barras metálicas estaban resbaladizas y lo devolvieron al piso como si se burlaran de él. Alocado, no dejó de gritar:

—¡Conspiración!

## LA GRAN CONSPIRACIÓN

La rutina era alucinante.

Pues no era la rutina del agricultor, del médico, del trabajador, del atleta —no era la rutina de la familiaridad, aquella que dignifica. Era la rutina del vacío, para la cual ningún hombre está preparado —salvo, tal vez, los locos, y aquellos que no los son, una vez a ella sometidos, rápidamente se convierten a su trágico credo de desatino.

Hilário recibía en la propia celda las comidas con aspecto de arcilla y sabor a nada, mientras que los prisioneros de las otras salas comían en el comedor. Su libertad, si se puede decir, se redujo al disfrute de una hora de baño de sol al día, comenzando veinte minutos después del encarcelamiento del resto de los prisioneros, con quienes no podía tener contacto, y se le prohibió la frecuencia a las clases y a los talleres —todo para protegerlo, le había dicho la hiena; y era necesario entender que el Estado no podía gastar en maestros exclusivos o garantizar la televisión privada al preso de aislamiento, completaba el funcionario. La prisión era una realidad extraña, una isla apartada de la normalidad, Hilário vivía en un universo anormal dentro de la propia anormalidad. De alguna manera, era el prisionero más libre; pero también el más prisionero.

Todos los días eran idénticos, siendo excepción apenas el “día de corte”: cada dos meses, un barbero iba a la celda de Hilário y con una pequeña máquina le cortaba sus cabellos y le arrancaba los mechones de su barba. Pero pronto también el “día de corte” se incorporó a la rutina, y sólo había novedad cuando cambiaban el sabor de la pasta de dientes.

Mientras contaba los días, una mañana de marzo, Hilário se dio cuenta de que su cumpleaños se acercaba, una fecha que nunca le gustaba —nunca había tenido a nadie con quien celebrar. Otro cumpleaños llegó y él se encontró desvaneciéndose: poco a poco el hormigón de Babel lo invadía, se apoderaba de su mente, transformándose en una masa oscura, y casi sin pensamientos, en un no-hombre. En los solitarios recorridos en el patio de su ala, para el cual se abrían apenas las ventanas de dos celdas de aislamiento, Hilário se limitaba a mirar, sin cruzar el pasillo de acceso, el inmenso patio central; vistas desde allí, las barandillas incrustadas en el cuerpo principal de Babel hacían que cada pabellón de dos pisos pareciera un gigantesco corsario de ridículas escotillas cuadradas, una embarcación sombría que observaba todo con la sonrisa congelada de la muerte. Hilário se había acostumbrado a mantener una distancia segura del patio central, algo que no había aprendido agradablemente durante su tercer día en Babel: le habían arrojado a la cabeza un plato de arroz frío y una taza llena de orina tibia, acompañado de protestas en un lenguaje incomprensible: la segregación absoluta, para él un castigo adicional, fue tomada como un privilegio por los otros prisioneros.

Diariamente, después de que su cuota para tomar el sol terminaba, Hilário pasaba el tiempo durmiendo, luchando con los insectos, haciendo flexiones o revisando los detalles del juicio. Un día, acurrucado en el patio, estaba arrancando gramíneas que crecían junto a una tubería de agua de lluvia en la cual se leía, en surcos, *no muera aquí*, cuando decidió cruzar el patio central —

incluso si para eso tenía que estar en la línea de fuego de los pabellones C y D. No sabía bien el motivo de esa decisión —ya sea tedio, irritación o simplemente curiosidad—, pero algo lo obligó a descubrir lo que había en el patio diametralmente opuesto al suyo. Bajo un cielo lleno de nubes etéreas que le daban al sol un halo perfecto, corrió por el desierto de hormigón; pero esta vez no sufrió de ataques —los presos debían participar en alguna actividad en los talleres. A punto de terminar la travesía, sus suposiciones fueron confirmadas: la prisión era de hecho una construcción simétrica, como había imaginado. Era como si en el patio grande, cuadrado, se hubiera atravesado un diamante en cada vértice; y cada diamante delimitaba un patio menor, con una torre en su extremo más externo. Había así el patio central, el patio de aislamiento, la cancha multideportiva, los talleres y “el del árbol” —este último, antípoda al “suyo”. Superando el pasillo estrecho entre el patio central y aquel que pretendía explorar, Hilário descubrió que allí las ventanas enrejadas no iluminaban las celdas: en la pared izquierda, una placa azul comunicaba en letras blancas el lugar de operación de la Administración; del lado opuesto, placas similares señalaban la Lavandería y el Almacén. Sin embargo, no había comunicación con ninguna de estas habitaciones —las ventanas eran fijas y de vidrio esmerilado, y no había puertas de accesos a ellas por allí. El centro del patio estaba dominado por un árbol de Ipê púrpura rodeado de bancos de hierro fundido. Rodeando el árbol, Hilário vio junto a una puerta blanca la placa de madera que ostentaba, entalladas, inscripciones en cuatro idiomas. Leyó de abajo hacia arriba: *Library, Librería, Bibliothèque, Biblioteca*.

Hilário avanzó por el bosque. No era bien un bosque, pero, contando un árbol y algunos arbustos, era lo más cercano a eso que el prisionero podría tener. Cuando llegó a la puerta de la biblioteca, el silencio fue perturbado por la entrada en funcionamiento de las máquinas de lavar y él dudó, vino el pánico —no sabía si estaba violando alguna regla. Dio media vuelta. Se estaba retirando, pero sus pasos fueron interrumpidos por una voz de nube con acento exquisito:

—¿Puedo ayudarlo? —dijo el hombre, impecable en su uniforme amarillo, su barbilla blanquecina ilustrando aquella aparición diáfana.

—Disculpe. Creo que yo no debería estar aquí —respondió Hilário, quien había girado el cuerpo y ahora estaba dando un paso atrás.

—Exacto, no creo que deba. El baño de sol ya terminó.

—No *mi* baño de sol. Yo tengo horario diferente.

—Ah, ¿tú eres el tal chico? ¿El qué está solo en la sala B? —preguntó el sujeto.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? ¿Hablan de mí?

—No gustan mucho de ti por aquí. Afirman que tienes ventajas que otros prisioneros no tienen.

—No pedí estar aislado. Bueno, hasta luego.

—Espera ¿No te gustaría echar un vistazo?

—Hilário asintió con indiferencia, encogiéndose de hombros. El hombre extendió la mano y dijo que se llamaba Guillaumet. Era francés.

Cuando cruzó los marcos, Hilário sintió el moho, ya arrepintiéndose de haber entrado —no le gustaban las bibliotecas, que las encontraba tétricas como los cementerios verticales. El lugar era un largo rectángulo de paredes de color paja, teniendo aberturas apenas la puerta y las dos ventanas de la fachada, que iluminaban los estantes de metal yuxtapuestos como vagones de tren. Al pasar por el balcón azul que dividía la sala formando un atrio, el francés habló con orgullo de la colección de diecisiete mil setecientos y veintitrés títulos y, deslizándose por los delgados pasillos, mostró las secciones, organizadas según el idioma de la publicación, y las subsecciones, ordenadas según el género literario. Explicó que las obras podían ser llevadas para leer en la celda y que debían ser devueltas en siete días, pero que, si nadie solicitaba el mismo libro, la

prorrogación era permitida. Preguntó si Hilário tenía alguna preferencia; no, no tenía. Preguntó si podía sugerir algo; Hilário respondió con una pregunta. No, no tenían libros de Ingeniería o Arquitectura, dice el señor. El bibliotecario habló sobre un fascículo de Historia del Arte e Hilário, entusiasmado, pidió verlo; estaba en húngaro; no servía.

—Tenemos mucha Literatura aquí. Romance, poesía, cuentos...

—Gracias. Quería algo de mi área —dijo Hilário, cruzando los brazos.

—Bueno, y ¿desde cuándo la Literatura no es *su* área? Si aún no está muerto, entonces es su área. Es mi área. Es el área de todos. La vida en potencia —se emocionó— el bibliotecario.

—Agradezco, pero no llevaré nada.

El hombre de brazos delgados y de rostro pecoso miró a Hilário con una expresión de desaprobación —algo entre ofendido y decepcionado. Hilário se retiró de allí y, al llegar al patio central, corrió. Esta vez los ejércitos enemigos estaban en su lugar y la batería de restos de comida fue precisa.



Hilário fue perdiendo sucesivas apelaciones en los tribunales. Si nada cambiara, se quedaría en ese estado enloquecedor, encarcelado indefinidamente, con exámenes semestrales de su material genético realizados por un instituto extranjero y evaluaciones quinquenales por la Comisión. Además de los temores sobre el avance de los métodos de laboratorio que identificarían en él, el *gen-C* físico, con el pasar del tiempo se corporificaba para él, el fantasma de alguien que “demostraba” tenía el gen criminal virtual —lo que igualmente lo llevaría a su ejecución.

Escuchando conversaciones de los oficiales de la prisión, Hilário había sabido, en los primeros años de su encarcelamiento, de la drástica disminución en el número de prisiones: aproximadamente dos tercios de la población carcelaria de Babel era de traficantes extranjeros, los cuales fueron liberados cuando se legalizaron las drogas. Pero siempre recordaría cuando escuchó por primera vez a través de la ventana de su celda la narración de un caso que culminó en la pena de muerte: un ucraniano había intentado salir del país con semillas de plantas medicinales; descubierto por perros rastreadores en el aeropuerto, logró agarrar el arma de un policía y golpearlo en la pierna; pero fue arrestado y, como tenía el *gen-C*, juzgado y ejecutado. ¿Y si hubiera habido un error judicial? El hombre ahora estaba muerto —muerto como pronto podría estar él mismo. Hilário fue invadido por el miedo y la rabia, y golpeó la pared de la celda hasta que sus manos comenzaron a sangrar.

Las historias de la pena capital aplicadas a los portadores del *gen-C* fueron surgiendo: un chileno, un americano, dos rumanos (padre e hijo), tres chinos, dos nigerianos, un ruso, un gabonés, un suizo que murió de un ataque cardíaco camino a la sala de electrocución. Pero Hilário, que al principio se había angustiado por el destino común que podría tener con aquellos extranjeros, se estaba acostumbrando gradualmente a las historias, como si no le concerniesen —y luego todas las noticias de ejecución despertaban en él no temor ni pavor, y si un sentimiento extravagante: la vergonzosa alegría por el hecho de que *otro* moría, no él.

El sistema de rastreo genético-criminal provocó profundas alteraciones también fuera del sistema penitenciario. Hilário leyó en los periódicos —siempre arrugados y con una semana de retraso— que algunas compañías habían obtenido la autorización del gobierno para comercializar kits de prueba del *gen-C*. A partir de ese momento, no hubo padre ni madre que no se apresuraran a pedir los tales kits, ya que era suficiente recoger un hilo de cabello del hijo, ponerlos en frascos y enviar el material a laboratorios acreditados. En unos días, los padres ansiosos sabrían si la niña de la habitación contigua —que sonreía con historias en las que bailaba un dragón— sería

una ciudadana modelo o una asesina en serie.

Pero la industria de los kits no pudo satisfacer la demanda, ya que los padres desesperados insistían en repetir las pruebas: los que tenían hijos con resultados negativos querían asegurarse de que no serían apuñalados, en la madrugada, por un chico de pijamas; mientras que los padres de los portadores del *gen-C* buscaban una segunda oportunidad, un resultado diferente —que nunca venía. El contrabando de kits se expandió y hubo una ola de denuncias: los padres de aquellos estigmatizados como “*gen-C* positivo” delataban a sus propios hijos, y eso les permitía ser monitoreados hasta que cometieran algún acto grave; luego fueran arrestados, procesados, condenados, ejecutados.

Sabiendo que poseían el maldito *gen*, muchos “positivos” se vigilaban a sí mismos para no cometer ni un pequeño desliz. Ya los del otro grupo de “no portadores” reforzaban ser diferenciados, superiores a la raza subalterna de los delincuentes. Así, luego surgió la manipulación genética para la obtención “hijos perfectos”, y luego una práctica de seleccionar bebés para la “pureza racial” en los moldes del infame programa nazi conocido como *Lebensborn* —“fuente de vida”. Al mismo tiempo, la investigación sobre un posible atavismo condujo a algunos países a iniciar campañas por el sometimiento de portadores del *gen-C* a la esterilización preventiva.

Fueron esas las últimas informaciones del mundo externo que Hilário pudo leer.

La rutina fue interrumpida un martes frío. Habían pasado cinco años desde su arresto, e Hilário tenía ahora veintisiete años de edad. El sol lo calentaba en el patio de aislamiento cuando lo llamaron: lo estaba esperando en la habitación de siempre el Doctor Castelo, con el que no había hablado desde el juicio. El abogado había venido a informar el resultado de la última apelación: “Negada”. Presintiendo que nunca más vería aquel hombre, Hilário le agradeció la visita y el empeño.

—Sé que el señor hizo lo mejor que pudo, doctor —dijo, meciéndose en la silla. —Pero fue realmente imposible vencer a ese sistema...

—Hilário...

—No, doctor, déjeme terminar. El señor luchó, pero estoy seguro de que los padres de aquellos cretinos ricos los compraron a todos para que nada les pasara a los hijos de ellos.

—Hilário...

—Y, por supuesto, jamás ganaríamos ningún recurso. ¿Nadie para desafiar la industria de los kits y toda la sabiduría de los doctores de la Genética? ¡Imagínese! El señor puede ver, no hay muchos como yo en todo el mundo. Antes de extinguir los últimos periódicos impresos, pude leer que dos hombres en Irlanda, uno en Francia y uno en Canadá fueron acusados de asesinato y también no tenían del *gen-C*. ¿Y qué les pasó a ellos? ¡Desaparecieron! Por supuesto, es más fácil hacer desaparecer a un prisionero no deseado que enfrentar los defectos de la teoría.

—Hilário...

—¿Y qué me dices de las imágenes grabadas? Nunca más hablamos sobre ellas. También desaparecieron.

—Es sobre eso que quería hablar contigo —dijo el abogado, sosteniendo las solapas de su chaqueta —Mira, he hecho todo lo que he podido para ocultarlas durante todo este tiempo, pensé en destruirlas, pero ahora estoy siendo amenazado de...

—¡Entonces es eso! —Hilário se enfureció, empujando la mesa y poniéndose de pie. —¡No lo puedo creer! ¡También te compraron! ¿Y ahora de qué lo están amenazando? ¿Matarlo en caso de que pida un nuevo juicio basado en las grabaciones? ¡Oye, oficial, alguien por ahí, llame a alguien! ¡Este hombre tiene pruebas de mi inocencia y quiere destruirlas!



El abogado se levantó y tomó a Hilário por el brazo, colocando sus ojos a no más de ocho centímetros de su frente.

—Deja de actuar, Hilário. Ya no estás en el Tribunal del Jurado.

Con los ojos agitados, Hilário agarró al abogado por la solapa, después por la corbata, luego por la manga de su chaqueta. Ningún oficial penitenciario apareció.

—Mis imágenes, mis imágenes...

El doctor Castelo se mantuvo erecto, sosteniendo al cliente por los hombros.

—Deje de actuar.

—¡Yo soy inocente!

—Pare.

—¡Soy inocente!

—No, no es.

—Maldito conspirador. Eres un vendido... Las grabaciones...

El volumen de los gritos de Hilário fue disminuyendo, disminuyendo, quedando apenas susurros; él fue agachándose, bajando, bajando, hasta acostarse en el suelo, abrazando las rodillas. El abogado se dejó caer en la silla; tenía la piel brillante por la transpiración, la manga de la camisa descocida y la corbata transformada en horca; uno de los gemelos había volado.

—Tengo que entregar las grabaciones —dijo él, tratando de recomponerse.

—Y lo haré. Lo evité al máximo en el momento del juicio. La policía no prestó atención a la existencia de las cámaras y por eso yo no tenía la obligación legal de presentarlas. Pero tenía el deber ético. Después de todo este tiempo, el portero del edificio, después de despedido, quiso vengarse del presidente de la comunidad y, en una entrevista, dijo que el antiguo jefe había aceptado dinero para entregarme las grabaciones. ¡Mentira! Recibí las grabaciones gratuitamente. El infeliz presidente tuvo un derrame cerebral antes de dar testimonio y ahora está muerto. Será mi palabra contra la del farsante. Pero el alboroto hecho por ese imbécil llevó a la Orden de los Abogados a amenazarme con la expulsión si no entregaba el material.

Sin abandonar la posición fetal, Hilário le preguntó si tenía alguna oportunidad, si habría un nuevo juicio.

—No habrá *ningún* nuevo juicio.

—Soy inocente. ¡Necesito de un nuevo juicio! Las grabaciones mostrarán la verdad.

—Estoy de acuerdo. El detalle es que no mostrarán *tu* verdad ...

—Pero...

Esta vez fue el abogado quien se emocionó y, doblando el tronco para estar más próximo del cliente, que permaneció en el piso, dijo:

—Las grabaciones prueban que el crimen ocurrió exactamente como informaron los testigos. Ellas muestran escondiéndote detrás de la columna en la entrada del bar mientras se desarrollaba la pelea. Y revelan que saliste de tu escondite sólo cuando tu pelirroja pasó por la puerta...

—Cristina...

—Sí. Las imágenes también muestran que te caes solo y luego intentando patear aquel joven; y definitivamente prueban que *tú*, Hilário, tomaste la botella que estaba sobre una de las mesas, la rompiste en la acera y cobardemente golpeaste el cuello del pobre chico.

—No... —murmuró Hilário, sentándose en el suelo.

—Sí. Le quitaste la vida a ese joven sólo para impresionar a la pelirroja, y luego creaste esa versión falaz de heroísmo. Por cierto, investigué, y fue así como reaccionaste en las dos veces en que heriste a compañeros de cuarto en el refugio de menores: los agredías y después te hacías de víctima.

—Pero, pero... el día del juicio el señor dijo que creía en mí, doctor...

—No, no dije. Dije que lo importante era que el jurado creyera. Insistí en que confesara.

—Fui condenado incluso sin las grabaciones y...

—Realmente debería. Si hubiera presentado el material, la Fiscalía podría incluir más calificadores, y al ver imágenes del ataque sorpresa quizás el juez elegiría otra interpretación de la ley. Sepa que la mayoría de los jueces primero deciden el caso de acuerdo con sus propias convicciones y prejuicios, y sólo después buscan evidencia para esa conclusión predeterminada. Su cobardía en el ataque podría haber llevado a la adopción de una postura más severa, y tal vez hubieras sido ejecutado de inmediato.

—¡Pero no estoy loco! ¡Y no quería matar a nadie! ¿Realmente tienes las grabaciones? Mire con atención. El señor verá, el chico apenas fingía hacer las paces, pero tenía un arma y la iba a sacar, iba a matar a Tulio, me iba a matar a mí. No importa... Mire bien, estaba en su bolsillo, él iba a disparar y...

—¡Deje de creer en las propias mentiras, Hilário! —estalló el abogado, juntando las palmas de las manos. —Entregaré las grabaciones, pero ellas ya no podrán ser usadas contra usted: su sentencia es definitiva. Yo seré suspendido por algunos meses, pero eso es al menos mejor que la expulsión de la Orden, y *nada* comparado con verlo en la silla eléctrica. En toda mi carrera nunca había hecho algo parecido. Siempre fui correcto. Arriesgué una reputación de décadas no porque creyera en sus fantasías, sino por estar en contra de la pena de muerte. Intenté, como pude, evitar fuese ese su destino. Tendrás más años de vida y, quien sabe, si un día este sistema cretino se derrumba, puede que sea suelto. Simplemente, no hagas que me arrepienta de haberlo defendido. Adiós.

Después de que el abogado salió, Hilário fue devuelto a la celda. Caminando en círculos, recordó cada punto de la conversación, lanzándose a especulaciones. Era evidente para él que, el doctor Castelo también había sido comprado —un abogado rico con todo aquel interés por el caso de un desconocido y desde el principio acompañado por los buitres de la Comisión... sin las grabaciones, el inútil sin padre ni madre seguramente sería condenado, evitando que cualquier cosa salpicase a los jóvenes de posesiones. Ahora el último lance, el jaque mate: el abogado usaría el pasado en el refugio para tratar de convencerlo de que tenía algún desvío de personalidad, de que fantaseaba y creía en las fantasías.

Hilário revisó la teoría decenas de veces. En un momento recordó el orfanato, las medicinas —pero aquello era sólo un eco de un pasado tortuoso. El razonamiento circular siempre lo arrastraba a la misma conclusión: había soportado, solo, los errores de todos.

Más tarde, sin embargo, percibió en la hipótesis una falla, ya que su inocencia precisamente interesaba a los que lucraban con el nuevo sistema: si hubiera sido absuelto, eso sólo confirmaría la teoría —no siendo portador del gen criminal, no podría cometer ni siquiera crímenes violentos. Continuaba, todavía, sin entender todo; por eso, la conspiración no podría ser aún descartada.

En aquella noche se le ocurrió otra hipótesis, que recolocaba en el rol de conspiradores a la industria de las pruebas genéticas y a los científicos: él sería el conejillo de indias para el estudio de tales genes criminales, como ya estaban sucediendo —le explicaron que, cada seis meses, pruebas más sensibles eran realizadas en Copenhague con su material genético, y tal vez se pudiese encontrar en él un *gen-C* físico, pero “oculto”.

A la mañana siguiente, Hilário se despertó sintiendo un sabor insólito, como si hubiera tragado polvo de hierro. El Doctor Carlos Castelo no se despertó aquella mañana. Ni en ninguna otra. Él jamás entregó las grabaciones. El oficial correccional informó a Hilário de lo que informaban las noticias: el abogado había muerto en un accidente de tránsito poco después de abandonar Babel.

Todo encaja bien.

Comenzaba la fase de quema de archivo.

## ARQUITECTURA DEL SILENCIO

Hilário temía morir joven, como parte de un gran plan.

En una carta, alertó el profesor Andrada: todos los que habían tenido algún vínculo con él ahora condenado corrían peligro. Le pidió al anciano que guardase la carta, en ella declarando que no tenía intención de suicidarse y que no tenía sogas, cinturones, cordones de zapatos u objetos cortantes; así que, si lo encontrasen muerto, el profesor debería comunicar a la prensa que había sido asesinado y que alguien había falsificado su suicidio. Aquella carta, sin embargo, nunca fue respondida.

La cautela se apoderó de Hilário y comenzó a comer por etapas: desconfiando de todo lo que provenía de la cocina de Babel, ingería apenas una cucharada de la comida y esperaba cuarenta minutos —si la comida estaba envenenada, la porción no sería suficiente para matarlo, pero le causaría molestias estomacales y le impediría comer el resto. También estableció un método de observación a los oficiales de la prisión, y cualquier movimiento repentino o susurro lo colocaban en estado de alerta. Tal vez ahora fuesen a matarlo.

Tenía mil novecientos y ochenta y cuatro días recluido la mañana en que fue despertado por uno de los oficiales de la prisión; alguien quería verlo, y el nombre del hombre es Andrade, dijo el oficial.

—¿Andrada? —preguntó Hilário.

—Como sea. Date prisa

Mientras se preparaba frente al espejo roto, Hilário se recordó que el profesor lo había abandonado en el momento del juicio. Quizás ni siquiera debería recibirlo... Luego se contemporizó —el hombre era un viejo, estaba enfermo, doña Marta había fallecido...

En la sala oscura, Hilário se encontró con la conocida silueta, el cabello gris con una de las entradas más pronunciadas, la boquilla del cigarrillo que sobresalía del bolsillo delantero de la camisa de media manga, los hombros cansados de quien había pasado la vida garabateando en la pizarra. Se compadeció del hombre, preguntándose por qué el mundo había recompensado al sabio maestro de Mineralogía con ganancias tan irrisorias. El profesor se acercó y le entregó un sobre; después de la entrega, el viejo tembloroso abrazó al joven.

—Tú cometiste un gran error, muchacho, y es justo que pagues por eso. Como puede ver, el mal tiene prisa por cobrar los honorarios —dice el profesor, yéndose antes de que el prisionero dijera cualquier cosa.

De vuelta en la celda, Hilário abrió la carta. En una escritura corrida, con letras pendientes para la derecha, el Profesor Andrada lamentaba que Hilário nunca había visitado a doña Marta en el hospital: ella lo había estado esperando durante meses, incluso diciendo que quería adoptarlo. El maestro hacía hincapié haber pensado en llevar a cabo el sueño de la esposa, siguiendo con la idea de la adopción; pero ahora no podía hacer eso —no después de aquel crimen. La carta era finalizada con un consejo y una exhortación a Hilário: que aprendiera algo con todo aquello y, si

algún día, saliera de la prisión, que encontrara mejores maestros.

Terminada la lectura, Hilário se justificó a sí mismo, con las obligaciones del trabajo y el agotamiento por sus estudios, la poca atención prestada a los viejitos que, si lo habían ayudado, no podían entenderlo. Tal vez porque eran viejos.



Los días se encadenaban sombríos. Nada nuevo sucedía, e Hilário era él mismo y sus circunstancias —en este caso, sus necesidades fisiológicas y la prisión. Además de las preocupaciones recurrentes sobre las pruebas genéticas, la conspiración, la posible pena de muerte y la idea cada vez más intangible de la libertad, reflexionaba sobre una variedad de temas —desde un simple juego de fútbol en la infancia hasta el sentido de la vida. En el tiempo dilatado por la soledad, observaba cosas triviales, como los pájaros que aterrizaban en la pequeña abertura de la celda, el ruido de la lluvia en las barras de metal y el nacer del sol. Pero la aurora, que debería significar un día menos de pena, cada vez más tomaba contornos burlescos, porque sólo acrecentaba un paso más hacia la muerte.

Ocasionalmente, Hilário formulaba cuestiones sobre su nacimiento —preguntas que había hecho en un pasado lejano, sin obtener respuestas. ¿Quiénes habrían sido sus padres? ¿Bajo qué circunstancias, trágicas o despreciables, no hicieron de él un hijo? ¿Por qué habría él, y no otro, de crecer apartado de los que lo engendraron? Se sentía incompleto y perdido, como un guijarro que se dio cuenta de su existencia en la desembocadura del río, sin conocer la roca de la que había sido arrancado; como una hoja que se despierta en la tierra seca y ve los árboles, sin saber de qué rama se ha caído; como una sonrisa que yace en la cuneta, despertada del sueño de la noche, sin descubrir nunca de qué boca se había soltado.

La soledad había sido para Hilário, comadrona y madrina. Ahora era una esposa sangrienta en Babel.

Durante un tiempo estuvo distraído jugando a las damas con Trajano, el oficial de prisión del turno de las ocho horas. Era un sujeto todo angular, con los hombros pareciendo esquinas y la cara no menos cuadrada que un cajón. Al inicio se turnaban contando las únicas historias para las que tenían disposición: la narrativa de Hilário estaba impregnada de genes, sistemas corruptos y conspiraciones, en un círculo de serpiente tragándose su propia cola; la del oficial, variaciones sobre el drama del abandono de su esposa. El puntaje estaba de 882 a 121 para el prisionero cuando una jubilación secuestró a su adversario.

Sin socios, solamente podía jugar solo; pero el juego contra sí mismo pronto se volvió tedioso y le preguntó a Claudio, el corpulento mulato, si podía ver televisión con él. “No. Órdenes expresas”.

Desalentado con la indiferencia de los hombres de Babel, Hilário comenzó a hablar consigo mismo: alguien como él no debería ser desperdiciado allí, olvidado, con poco contacto humano (ninguno con mujeres), reducido a un número, a una mera secuencia de láminas de laboratorio, excluido de las grandiosas realizaciones que había planeado. Obstaculizado de todas las actividades —incluso de la lectura de periódicos viejos, que no circulaban más -, en resumen, de todo lo que le conservase algo de humano. La pesadilla babilónica lo había destrozado como hombre y como Hombre.

Cuando despertaba, el embalaje de aluminio ya lo esperaba para el desayuno; uno más grande venía en el almuerzo y otro al final de la tarde. Delimitado por breves sonidos de sirenas, la hora del baño de sol se gastaba pateando la pelota de fútbol contra la pared del patio de aislamiento, arrancando gramíneas de las grietas o apenas observando las nubes. “Por favor, dame algo”,

pedía; pero nunca venía nada, y él se percibía cada vez más abrumado por la soledad de Babel.

Un viernes de viento húmedo, sin embargo, Hilário fue sorprendido por Cláudio, que apareció en la puerta de la celda con una bolsa de estopa verde.

—Un ruso se fue y me entregó eso —dijo el oficial. —Me debía algo de dinero, el maldito. Cigarrillos que nunca pagó. Llevé para mis hijos, pero ellos no se interesaron. Nadie más le importa esas cosas. Vea si tiene utilidad —y arrojó la bolsa entre las barras de metal.

Hilário tanteó el contenido. La pulpa del dedo índice tocó dos formas con puntas suaves pareciendo orejas empinadas, y con el pulgar él sintió la curva de un cuello y, más abajo, la base circular; sacó la pieza y, abriendo la mano, la dejó rodar hasta la punta de los dedos mientras el oficial observaba el ritual; extendió la mano derecha y descansó en ella la espalda de un Bucéfalo. Una por una, las treinta y dos reliquias de Hilário salieron a la luz. Tomó el maltratado tablero de damas y ordenó su tesoro: torre, caballo, alfil, rey, reina, alfil, caballo, torre, ocho peones, primero las piezas negras, luego las blancas. Antes de que pudiera agradecer, Claudio se adelantó:

—Son dos las condiciones: la primera, colóquelo en la basura si no le gusta; la segunda, obvia, ni sueñe con pedirme jugar eso.

Hilário se dio cuenta de que era dueño de una riqueza que no podía ser compartida; era el más pobre de los hombres.

La solución era la misma del juego de damas, batallar contra sí. Un día las piezas blancas estaban con el jugador agresivo y las piezas negras con el jugador moderado; en el otro, agresivo *versus* agresivo; después, dos moderados. Hilário practicaba con ahínco lo que había aprendido con el profesor Andrada —clásicos del ajedrez: gambito de rey *versus* defensa de dos caballos; apertura española contra la defensa francesa; gambito de dama; defensa Caro-Kann; apertura escocesa.

Ahora disponía de un triunfo contra la locura. Luchó contra sí mismo durante años.



La primera evaluación quinquenal ocurrió en una mañana helada de septiembre. Hilário tenía treinta y dos años, los diez últimos desvanecidos en aquel infierno solitario, y sabía que la lucidez había estado siempre pendiente de un hilo, la locura al acecho, lista para llevarlo. Unos días antes él había recibido una carta intimidante con la fecha marcada y la indicación de la obligación de usar ropas formales; luego vino una caja de la Secretaría de Administración Penitenciaria, y en ella encontró un traje gris-plomo, la camisa blanca, los calcetines sociales y un par de zapatos de esos que no llevan cordones. Se vistió en la propia celda y fue llevado a un vestuario de azulejos amarillentos que se despegaban de la pared; sólo allí recibió la corbata y el cinturón, que ajustó bajo vigilancia policial. De allá fue llevado a la sala siniestra, donde los Agentes Martins y Meireles le parecieron muy envejecidos. Hilário se sentó y su atención fue captada por algo insondable: en uno de los laterales, podía divisar debajo de la escalera las siluetas de dos sujetos vistiendo capas o sobretodos.

Los hombres del Ministerio introdujeron, cada cual, un mini disco duro en una computadora portátil y mostraron a Hilário la pantalla con la entrada “Iniciar Sesión”, pidiéndole colocase los dedos de la mano derecha en un dispositivo inalámbrico. La pantalla presentó una fotografía antigua de Hilário, y él tuvo que responder las preguntas formuladas por Martins: nombre, dirección, profesión, nombres de los padres que no tenía, tiempo en la prisión, la pregunta ridícula sobre si había estado involucrado en peleas con otros prisioneros. Hilário sospechó que todo aquello no era más que una representación para los hombres ocultos debajo de las escaleras. Los Agentes viraron la pantalla del computador para Hilário, y en ella decía “Ingrese el número de

registro y presione “Enter”. Hilário digitó, pero antes de presionar “Enter”, preguntó:

—¿Para que sirve eso?

El Agente Martins se inclinó hacia delante.

—Es un nuevo programa del Ministerio. Aún en la fase de prueba.

—¿Esa cosa puede empeorar mi condición?

—No —nuevamente fue Martins quien habló. —El programa ofrece una serie de opciones, pero ninguna de ellas es una desventaja para usted. Las alternativas son tabuladas con probabilidad mayor para “Negado”, lo que significa mantener todo como está, y probabilidades menores para conmutación de la pena capital en perpetua, prisión por un máximo de treinta años o liberación inmediata.

—¿De qué probabilidades estamos hablando? —preguntó Hilário, raspando las uñas en la tapa de la mesa.

—Esas informaciones son confidenciales —respondió Martins con rispidez. —Hay posibilidades, aunque pequeñas, de escapar de ese estado indefinido. Por cierto, si se produce alguna de las hipótesis beneficiosas, la posibilidad de ser ejecutado, incluso si se demuestra la existencia de genes virtuales, es eliminada.

—¿De lo contrario?

—De lo contrario, nada se altera. Te quedas aquí, con los análisis de sangre semestrales y la reevaluación en cinco años.

—Espere un poco. ¡Mi vida depende de eso! ¿Cómo puedo ser informado sólo ahora? ¿Y no debería haber un abogado aquí?

El Agente Meireles, que hasta entonces apenas observaba en silencio, se irritó:

—Usted no tiene nada que perder. *Presiona* la maldita tecla.

Hilário preguntó si tenía la opción de no apretar y Meireles dijo que era indiferente: la apretarían por él.

—¿Mi vida será decidida *en la suerte*?

Los hombres del Ministerio no respondieron. Hilário consideró rezar, pero no sabía ninguna oración; no importaba —realmente creía poco probable que Dios, si es que existía, fuese a manifestarse en aquella parodia del juego. Presionó “Enter” y vio parpadear en la pantalla la palabra “Aleatorio” en azul, luego reemplazado por un marco rojo: “Negado. Sesión finalizada”. El Agente Meireles dice sentirlo mucho e hizo señal para que retiraran al prisionero. Al dejar la sala, Hilário pudo ver que los dos sujetos del Ministerio habían corrido en dirección hacia las escaleras.

Las capas se movían en la penumbra.



Hilário pasó la noche vomitando, pensando en el tal programa, en la suerte, en las capas aleteando. Lo consumía la idea de que, si no hubiese dudado para presionar la tecla, el resultado sería diferente —un segundo antes o después y pudo haber sido liberado. ¡Liberado! Aquello era enloquecedor, ser liberado, escapar de la pena de muerte. Paradójicamente, sin embargo, por primera vez se le ocurrió la idea de terminar con su propia vida; asustado, buscó algo para alejar tal pensamiento: le imploró al personal que le dieran lápiz y papel. Ellos les preguntaron si tenían la intención de escribirle a alguien. No, quería hacer matemáticas. Obtuvo hojas y algunos bolígrafos con Decio, el bajito de rostro espolvoreado de acné, comprometiéndose a, en cambio, diseñar un edículo para la casa del oficial. Noches y noches fueron absorbidas en esquemas probabilísticos, trazando cálculos porcentuales. Hilário comenzó asignando el diez por ciento a

cada una de las tres hipótesis benéficas, y el setenta por ciento a “Negado”. Calculó su esperanza de vida en aquella porquería de prisión en sesenta años y, como en la primera evaluación tenía treinta y dos, tendría reevaluaciones a las edades de 37, 42, 47, 52 y 57 —más cinco posibilidades. Conjeturó acerca de las posibilidades de obtener la libertad, pero después de tres semanas, quince bolígrafos nuevos y nueve rollos de papel higiénico que servían de papiro, pensó había sido demasiado optimista: tal vez ni siquiera tuviera cincuenta años en Babel; tal vez la ciencia consiguiese demostrar la existencia de *genes-C* virtuales. Asignó al azar el plazo de dieciséis años para que los científicos logran tal hazaña; si fuese así, habría nuevas reevaluaciones a las edades de 37, 42 y 47, apenas tres oportunidades más. Dedicó segundas madrugadas a rehacer los cálculos, esmerándose en el artificio de someter a las matemáticas los destellos de su destino.

Los funcionarios comentaban que había enloquecido —el grado más elevando del razonamiento es la locura, decían -, pero Hilário no le importaba. Pasó días sin ducharse, alimentándose apenas por la mañana. Cuando estaba casi seguro de haber conseguido un cálculo realista, cambió los datos: tal vez la posibilidad de libertad fuese apenas una en cien; prisión por treinta años, dos por ciento; perpetua, tres por ciento. Repasó las cuentas y pidió a los oficiales de la prisión hojas más grandes —necesitaba dibujar gráficos. Pero las noches de trabajo extenuante con poca iluminación —provenida de una linterna obtenida con Décio -, la mala alimentación y el frío atípico para la época del año trajeron neumonía, e Hilário se vio obligado a parar con los números. Una vez recuperado, no tuvo más ánimo, y gastó la hora del baño de sol arrastrando aquellos sueños de papel hasta el basurero cromado del patio.

En la misma semana, después de haber recibido un lápiz y una regla, cumplió la promesa e hizo un borrador de proyecto de edículo para el oficial correccional. El ruido del lápiz rascando el papel trajo serenidad y, días después, al finalizar el proyecto, Hilário fue tomado por una alegría rudimentaria: se sintió útil. No tardó para que las otras encomiendas llegaran: dada la costumbre nacional de llevar a cabo trabajos de construcción civil irregulares, Hilário se encontró en una celda llena de paquetes de hojas amarillentas, rollos de papel vegetal, cuadrados, porta minas, bolígrafos nanquín y hasta una pequeña mesa improvisada —una placa de MDF recubierta con plástico verde claro. Diseñó de todo para los oficiales. Cada vez que escuchaba la escuadra deslizándose, cada vez que inhalaba el aroma del nanquín, cada vez que sentía la textura del papel vegetal, parecía rescatarse de un abismo alocado dentro de sí mismo. Nunca aceptó dinero por los servicios —lo que sería también de dudosa utilidad para él -, concordando apenas en recibir algunas baterías para su reloj de pulsera.

Incluso en ese período prolífico de casi un año, Hilário no llegó a desarrollar amistad con los oficiales de la prisión: tenía dificultad para aceptar a aquellos hombres como algo más diverso que engranajes que lo trituraban. Ya los oficiales no llegaban a ponerse de acuerdo en llamarlo “El Ingeniero” o “El Arquitecto”.

Los siguientes cuatro años fueron aún más productivos. Hilário analizó un proyecto de cinco torres con piel de vidrio, simulando llamas, que decía ser una encomienda de un emir de Dubai, y pronto había en la celda hojas con todas las etapas: estructural, eléctrica, hidráulica, arquitectónica y paisajística. Repitió la hazaña diseñando una nueva corte, muy superior a aquel edificio viejo en el que había estado hace años, por alguna razón ahora olvidada. Luego un centro comercial; luego museos, teatros, mansiones. Con cada desafío, Hilário vivía más en las formas tridimensionales imaginadas y menos en la vida tangible; ya no parecía habitar en la prisión, y pasaba las mañanas de los sábados escribiendo el cronograma de las obras de la semana siguiente.



Los proyectos danzaban en la celda sin tocar el suelo.



La reevaluación quinquenal sorprendió a Hilário en un pésimo momento, ocupadísimo con el proyecto de un puente colgante: algunas fórmulas de resistencia de materiales habían desaparecido de la memoria, por lo que había pasado semanas deduciéndolas de otras. Los brillos hacían bailar frente a él, símbolos, coeficientes, números y todo era anotado en la pared de la celda y dibujado en los papeles. Pero ahora que estaba en un punto crítico, decidiendo si el puente tendría pilares justo en los extremos o en la canaleta del río, se le informó de la llegada de la Comisión. La mente se desvió hacia antiguas preocupaciones por la muerte, y el Ingeniero corrió para inmovilizar tales pensamientos en hormigón armado; casi deseó nuevamente ser libre, pero las estructuras metálicas lograron mantener aquella idea bien encerrada.

El día marcado, Hilário vistió descuidadamente la camisa, los calcetines, el traje y los zapatos. Salió de la celda sosteniendo los pantalones por las trabillas y, en el mismo vestuario de cinco años antes, ajustó el cinturón en la posición más ajustada. Desde allí fue llevado a la sala de siempre. Nuevamente había hombres en la penumbra debajo de las escaleras.

El Agente Martins se asustó con los cabellos desgreñados y los ojos hundidos del preso, y le preguntó si él estaba enfermo.

—No —dijo Hilário, de forma brusca. —Es que estoy ocupado con algunos proyectos.

—¿Proyectos? —extrañó Martins.

—Eso. Vamos luego. ¿Necesitan mis huellas digitales?

El Agente Meireles dijo que sí y aprovechó la oportunidad para presentar al Agente Silveira, un chico de perilla fina. Se veía más joven que Hilário, parecía bastante dispuesto y su rostro moreno era tan amable como el de una foca. El novato le pidió a Hilário que pusiera la mano sobre la pantalla horizontal y acercase sus ojos a los dos puntos de luz roja. Listo. Registro de identificación del iris completado. Nombre, dirección, afiliación. Hilário le preguntó si ya podía presionar “Enter” y el Agente Meireles le informó que el comando ya no era necesario —el proceso había sido concluido automáticamente. La pantalla fue mostrada al preso: “Negado”.

Hilário se despidió de los hombres como quien se despide de socios de negocios en el lobby de un hotel. Dijo que fue un placer reencontrar a los Agentes Martins y Meireles y conocer el nuevo miembro del equipo, y regresó a sus habitaciones reclamando con el oficial de Babel sobre el tiempo que aquellos sujetos lo habían hecho perder. Pero la reunión no había sido del todo inútil, le dijo al oficial correccional: en medio de aquella cosa irrelevante, se dio cuenta de que, si cambiaba las líneas en arpa por las líneas en abanico, el puente mejoraría con el paisaje, en contraste con la irregular meseta de la brecha río abajo. El oficial no dijo nada, y el prisionero tuvo otra noche de intensa actividad, despejando su mente de la reevaluación mientras se dedicaba laboriosamente a su arquitectura del silencio.



—No quiero —dijo Hilário al oficial que le traía el café de la mañana.

—Pero ayer no comiste. Y ni siquiera has salido para el baño de sol en semanas.

—Nada de eso importa.

Ahora todo sobre el puente había terminado. Sin embargo, antes de emprender el nuevo proyecto —un edificio helicoidal, encargado por una empresa de construcción de renombre —, Hilário se concedió vacaciones: nada programó para los próximos días y pasó los dos primeros

durmiendo, con el sueño entrecortado apenas por los destellos que surgían conforme se movían las nubes. Al tercer día decidió ir al patio —su espalda estaba un poco bloqueada y los músculos debilitados, y algunas patadas al viejo balón de fútbol podrían ayudar.

Desde el patio, Hilário vio la punta del edificio que crecía a lo lejos bajo el cielo brumoso, y recordó haber escuchado de los oficiales algo sobre un edificio para adolescentes bajo custodia. Observó cuando los hombres del edificio tuvieron su trabajo interrumpido por la llegada de un señor de camisa y casco de seguridad —probablemente el ingeniero a cargo -, el cual movía los brazos como si estuviera furioso. Entonces el idilio de Hilário fue despedazado: él podría haber diseñado un edificio mejor; él debería estar allí reprendiendo al maestro de obras y su personal —tal vez una cosa simple, como no usar el plomo en el parapeto; *él* debería ser el responsable por la obra; *de nada* servían sus ideas —jamás podría proyectar, *de verdad*, ni siquiera un mísero pabellón para menores. Su talento, sus estudios, no valían nada. Era un condenado a la muerte, cuya vida miserable aún no había terminado debido a la incompetencia de los investigadores de la Genética. Odiaba a los investigadores. Odiaba la Genética. Odiaba el edificio en construcción, al maestro de obras, los albañiles, los sirvientes. Y odiaba principalmente a aquel ingeniero, que no era, y nunca sería, él. Lo odiaba.

Determinado como un lunático, Hilário corrió hacia la celda. Ni siquiera fue notado —la calma en el ala de un solo prisionero era tanta que el oficial se limitaba a abrir la puerta para el baño del sol, dejando a Hilário sin vigilancia. Levantó su manta y con el portaminas abrió una ranura en la malla de celosía para extraer una tira, envolviéndola alrededor de su cuello, asegurándose de que el nudo de la horca no iría a deshacerse. Amarró la otra punta. El primer intento fue frustrado: no había vigas en los barrotes, y el casi-ingeniero parecía haber olvidado las leyes de fricción — todo lo que consiguió fue deslizarse ridículamente contra los barrotes. Con lágrimas que dificultaban la concentración, miró a la ventana; pero no había ningún banco, y por eso no conseguiría llegar hasta ella. Extrajo otra tira de la manta, atándola a la primera. En medio del desorden mental, en un lapso de lucidez, se detuvo: simplemente podía abrir las muñecas con un bolígrafo o clavar un lápiz en el cuello. No, eso debe ser muy doloroso —y odiaba la sangre. Luego ató un extremo de la tira al cepillo de dientes e hizo varios lanzamientos hasta conseguirla de vuelta, la tira que abraza una de las barras de hierro de la ventana. El nudo se volvió a hacer, e Hilário se agachó próximo a la pared —había oído hablar de personas que se habían suicidado así, arrodilladas. Soltó el peso y su cuello se contrajo; pero todo era moleestamente lento, y antes de ahorcarlo, la tira de lana parecía dispensarlo de caricias. Se levantó, deshizo el nudo, se metió en la cama y comenzó todo de nuevo. Le temblaban las manos, el sudor le corría por la espalda y los pies le ardían súbitamente. Apoyando los talones en el borde de hormigón, ajustó la horca recién confeccionada.

Saltó para el único final glorioso que podría tener.

## QUIEN LLEGA SIEMPRE TRAE ALGO

Babel recibió un nuevo preso.

Se sabía que el hombre almorzaba en un refinado restaurante en São Paulo cuando fue arrestado sin alarde: policías encubiertos discretos rodearon el lugar y sólo dos de ellos se acercaron a la mesa, invitándolo a acompañarlos. Transportado en el asiento trasero del automóvil, al llegar a la prisión ya tenía tres abogados esperando por él y un representante del Consulado portugués.

En cuanto a eso, a pocos kilómetros de allí, un hombre abría los ojos y se encontraba con la bolsa de suero unida a su antebrazo y el candelabro lleno de insectos muertos, visible a través de los platos amarillentos. Intentó levantarse, pero su movimiento fue restringido por las cuatro esposas que lo ataban a la camilla. En el intento inútil de liberarse dando golpes con los brazos, todo lo que consiguió fue acelerar la pulsación, convirtiendo su cráneo en un campo de batalla. Cerró los ojos, el organismo oscilando entre el sueño para escapar del dolor y el despertar por causa del dolor, y así permaneció durante lo que parecieron horas, primero sudando, luego tensándose por el frío, luego gritando, sin que nadie viniera; hasta que al fin apareció un enfermero, alto, moreno, de composición musculosa.

—Usted escapó —dijo el enfermero.

—¿Dónde estoy?

—Hospital Domina Maris. ¿Sientes dolor?

—Mi cabeza está explotando.

—Tome eso —ordenó el hombre de blanco.

Hilário tragó dos pastillas con agua y el enfermero desapareció.

Atado a la camilla, su pensamiento era cíclico: “¡Idiota! Ni para matarse servía”. Apareció un médico de calvicie temprana y rostro de comadreja, y fue anotando en el *tablet* las respuestas dadas por Hilário; con un abrigo beige claro, el hombre no miraba para el paciente, se frotaba los ojos rojos de insomnio y a todo momento consultaba el reloj; nunca sonreía. El médico explicó que Hilário había sido encontrado en la celda después de intentar ahorcarse; la tira se había roto y él sufrió una conmoción en la caída, por eso, estaría bajo observación; finalizó diciendo que, si las circunstancias fueran otras, recomendaría psicoterapia.

Después de tres días en la unidad de observación, siguieron catorce en la sala anaranjada, con un policía afuera vigilando la puerta, la ventana cerrada con ladrillos nuevos y un soporte de TV vacío, con el cable de antena extendido sobre la mesa de café. Una psiquiatra rubia con una barbilla triangular venía a ver a Hilário en días alternos; ella argumentaba sin éxito con el escolta sobre las innecesarias esposas, le hacía a Hilário algunas preguntas sobre su remota infancia y, luego, con unos piadosos ojos verdes, lo observaba tomar las pastillas. Solicitó exámenes y enfatizó en una de las visitas: que él necesitaba medicación continua.

En la última noche en el hospital, poco antes de quedarse dormido, Hilário creyó oír la voz del Agente Meireles en un altercado con la psiquiatra; le pareció también que había bultos en la zona

de sombra; pero podría ser apenas un sueño o un efecto de los remedios.

Hilário dejó el lugar con cuatro cajas púrpura-negras de un medicamento cuyo nombre comercial era *Trivium*, según la posología anotada a bolígrafo en el envase. Estaba ansioso por observar el paisaje en el camino, pero los vidrios de la ambulancia estaban pintados de blanco, y nada podía ver más que siluetas mudas de la ciudad desconocida. Pasada la garita lateral de Babel, Hilário fue desembarcado en el estacionamiento, donde se podía escuchar el viento deslizarse por la cerca electrificada, que traía el olor a hierba húmeda. Acompañado por uno de los hombres de la escolta, avanzó a pie hasta la garita pardusca, en cuyo techo un pequeño canario-de-la-tierra cantaba. Caminó solo por el corredor de inclusión, después de lo cual el oficial penitenciario lo recibió con órdenes de ir para la celda y cambiar la bata de hospital por el uniforme de la prisión —después podría disfrutar de la media hora restante de baño de sol, si quería. Antes de golpear la puerta de la celda, el oficial murmuró:

—Hay una sorpresa para usted.



Hilário se sintió premiado con un vecino: la celda contigua ahora tenía un colchón sobre la cama de concreto, el resto de un cigarro en el piso y un libro encuadernado en cuero sobre el borde de la cama. Sustituida la bata de hospital con su uniforme amarillo, Hilário salió corriendo por el pasillo. La apertura para el patio de aislamiento enmarcaba un cielo sangriento, con el filete anaranjado en el horizonte pareciendo un lingote de hierro en una casa de fundir; en medio del ruido de las puertas de las celdas, había un coro de motín.

El primer patio estaba vacío, pero la curiosidad arrastró a Hilário hasta el pasillo con el patio central, que ya no lo había ultrapasado desde la larga tarde de conversación con el bibliotecario francés. Desde el pasillo vio enjambres humanos encerrados en celdas como una maraña de caníbales, y vio a lo lejos en el pabellón D, a través del gran patio, alguien luchando: suspendido del suelo por unos brazos atados alrededor de su cuello, el hombre —el único más allá de Hilário estando a la intemperie —trató de apoyar sus piernas contra la reja, pero fue arrastrado, retorcido, arrojado, asediado por las largas lenguas de la Muerte.

Ahora Hilário escuchaba claramente el coro —“*kill, kill, kill*” —y tuvo el impulso de correr al rescate, pero se detuvo: su intento de defender a sus amigos lo había arrestado y sentenciado a muerte, y no tenía ninguna razón para involucrarse esta vez —ni siquiera conocía al sujeto. Sin embargo, hay momentos en que un hombre, por su propia voluntad o densidad de las circunstancias, se reconoce a sí mismo como Humano, se identifica con el otro; tomado de extraña osadía, Hilário no pudo contenerse y corrió. Corrió más. Corrió mucho. Mientras corría, gritaba a los oficiales de la prisión, sin darse cuenta de que su voz fue ahogada por el coro babélico. Después de cruzar el largo patio, agarró al extraño por la cintura y tiró de él; pero uno de los brazos de Hilário fue alcanzado por una mano que venía desde el interior de la celda. Liberándose, Hilário se unió al sujeto en el esfuerzo de liberación; apoyó la mano izquierda en la reja y el dolor fue terrible —una mordida le arrancó un pedazo del dorso de la mano. Estaba a punto de ser triturado con el desconocido.

Utilizando el cuerpo del sujeto como apoyo, Hilário desplazó el rostro de uno de los prisioneros dentro de la celda hasta exprimirlo contra las barras de hierro; luego, sangrando, pero liberado, trepó al hombre e hizo fuerza para abajo, haciendo que el hombre descansara los pies en el suelo. Respondiendo con la técnica de la que acababa de ser víctima, Hilário mordió el brazo que rodeaba el cuello del hombre. Se dio mejor salvando al desconocido que ahorcándose —cayeron juntos y rodaron, alejándose lo suficiente del alcance de los prisioneros. El personal

finalmente llegó y llevó a los dos heridos para la enfermería.

Antes de ser nuevamente depositado en la celda —el otro sujeto pasaría más tiempo con el médico, bajo cuidados—, Hilário tenía su mano cosida por hilos gruesos como de pesca.



La noche encontró un Hilário ansioso. Acompañando cada minuto el reloj, se rascaba rápidamente, como si la velocidad pudiera transmitirse a los punteros.

Los hierros se cerraron, los pasos vinieron, e Hilário presentía que por allí entraría alguien de la Comisión para castigarlo. Pero quien emergió fue la víctima del ataque, y era él, el vecino de la celda. El hombre apareció con la barbilla puntiaguda enterrada en el pecho, el cabello gris cayendo hasta el medio de la nuca y el torso inclinado hacia atrás como alguien que se protege del futuro; los ojos eran negros y vívidos, la estatura por los hombros de Hilário y la piel con textura de parafina daba muestras de buena vida. El cuerpo delgado se sentó en la cama con dificultad, dejando aparentes, sobre la luz tenue, las vendas en los brazos y la pomada que brillaba alrededor del cuello.

Cuando la puerta del corredor se cerró de nuevo, el vecino se levantó y se acercó a la barandilla divisoria extendiendo la mano derecha, permitiendo ver en su dedo medio un anillo con gema azabache.

—Muy buenas noches. El señor salvó mi vida. Te debo todo. Soy António Aldo Antunes Santos de Almeida. ¿A quién debo agradecer?

La voz del hombre evocaba la de un viejo maestro que hablaba a través de micrófonos, y sus ojos parecían revolotear, las pupilas se movían de un lado a otro en un péndulo de metrónomo, como si no estuviera contento con el campo de visión normal.

Extrañado el acento de su vecino, Hilário respondió secamente:

—Hilário Pena.

—Interesante. Nombre corto.

—¿El señor se está burlando de mí?”

—De ninguna forma. No quise ofenderte, mi joven. Puedo tratarte como “joven”, ¿verdad? Tienes edad como para ser mi hijo... Es que me intereso por los nombres, y el tuyo es conciso y expresivo —dijo el extraño, en una alegría que le daba aires de arlequín.

—No me gusta mi nombre. Idiota

—Lo siento, ¿te refieres a mí? —preguntó el hombre, sorprendido.

—No. Idiota el empleado del orfanato. Por lo que escuché, quería homenajear a su abuelo y me dio ese estúpido nombre.

—¿*Pena* es su nombre de familia?

—¿Qué?

—¿Como es que se dice comúnmente por aquí? ¿Apellido? ¿*Pena* es su apellido?

—No, no es. Y no tengo familia... Bueno... Discúlpeme... Es que hace años no converso con alguien que no tenga por función mantenerme preso. Vamos a recomenzar. Mi nombre completo es: Hilário Pena de Jesús. Si le gustan los nombres, conserve este: *Hilário Pena* era el nombre del abuelo del empleado estúpido, pero se convirtió en mi nombre compuesto; y *de Jesús* es porque no le pertenezco a nadie. Sin registro de padres. Huérfano. ¿Entiende?

—Entendí. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Ni siquiera me conoces. ¿Por qué se importaría con la porquería de mi infancia?

—Bueno, por la misma razón que arriesgaste tu vida por mí, un extraño.

Hilário se apoyó en las barandas, perplejo. El sujeto lo miraba como si mirase a un niño pequeño que estuviese aprendiendo a caminar.

—Muy bien. Pero no me gusta mi nombre. De ninguna parte de él. Mucho menos de él completo, que quede bien claro. Ya que tienes que llamarme de algo, que sea apenas de Hilário.

—¡Viva! Y tú puedes llamarme de António.

Se dieron la mano en el espacio entre los barrotes.

—Parece que somos sólo nosotros en esta sala. ¿Y entonces, por qué estás aquí? —preguntó el tal António, poniendo su pulgar e índice debajo de su barbilla para acariciar algunos mechones de barba blanca.

—Fui condenado por un crimen que no cometí. ¿Y usted?

—Por llevar cosas de aquí para mi país. Portugal. Una de las cargas que importé fue confiscada cuando desembarcaba en el Puerto de Leixões y, como yo estaba viajando, fue decretado mi arresto en el proceso que corre allá. Ahora debo esperar por la extradición.

—¿Importó... cosas?

—Sí, e insisten en llamar eso contrabando.

—¿Armas? ¿Aves exóticas? ¿Cigarrillos?

El nuevo prisionero sonrió antes de responder.

—Libros.

La conversación se interrumpió —los abogados del extranjero habían llegado para una visita al cliente, advirtió el empleado.

Hilário se quedó en la celda con los minutos y la picazón en la pierna, preguntándose si los días de soledad se suspenderían por algún tiempo. Cuando António regresó, trajo buenas noticias —al menos aquellas inconfesables buenas noticias para Hilário: la solicitud de libertad había sido negada y el proceso de extradición tomaría más tiempo de lo que había imaginado.

El portugués entonces contó sobre lo ocurrido: caminaba solo por el patio central cuando los prisioneros lo atrajeron y le pidieron su encendedor; el ataque siguió a través de los barrotes, y el resto de la historia Hilário ya conocía. Hilário luchó para controlar su emoción, pero, sin éxito le hizo al hombre una miríada de preguntas, encontrando apenas monosílabas como respuestas —el portugués no se sentía bien, tal vez era el analgésico, necesitaba descansar. António renovó los agradecimientos y pareció caer en un sueño profundo, mientras que Hilário, sentado en la cama, se perdió en el insomnio del acertijo nocturno.

“¿Libros?”



Hilário se despertó con el tintinear del desayuno. Su vecino había recogido una de las tazas que reflejaban las varillas de hierro y se había sentado en el suelo cerca de la barra divisoria, haciendo ruido al golpear el fondo de la taza en el suelo. Copiando el gesto, Hilário se sentó en el lugar inusual, apoyando en las piernas cruzadas, un plato arrugado. Hablaron de la tarde anterior y, como veterano prisionero, Hilário aconsejó al portugués que se mantuviera alejado del patio central —eran ahora los dos privilegiados del ala de aislamiento, odiados por los otros prisioneros. Entre una masticada y otra sobre el pan seco, Hilário se declaró feliz: hacía años no había tenido compañía para las comidas. Luego se dio cuenta de que había hablado tonterías y se disculpó, no deseaba la prisión para nadie. António escuchó los detalles de la tragedia de Hilário: la orfandad, el maestro, las dos facultades, el amor por la Arquitectura, la traición de los amigos, las pruebas genéticas, el Doctor Castelo, Cristina, las dificultades en el juicio, la conspiración. Al abrir el volumen con capa de cuero que, se veía ahora, era un cuaderno, no un libro, el portugués

quiso tomar notas e Hilário repitió toda la historia, esta vez con más detalle: contó sobre las evaluaciones, los exámenes de sangre, el aislamiento absoluto y enloquecedor, la comisión del emir, la solución estética al puente atirantado, la frustración con la realidad, el suicidio frustrado.

Curioso, Hilário preguntó por qué su vecino estaba en el ala de aislamiento si su crimen no era violento y si tenía el *gen-C*. No, él no tenía el tal gen, pero tenía dinero y amigos influyentes que obtuvieron para él aquella celda, dice el portugués. António relató el episodio de su arresto en el restaurante, la llegada a Babel, la cortesía de los oficiales de la prisión, la conversación con los abogados, el apoyo del hombre del consulado. Hilário le pidió que dejara de tratarlo por señor y siguió preguntando.

—Dígame algo... ¿contrabando de libros? ¿Por qué alguien haría algo así?

António respondió a la pregunta con otra, e Hilário reveló estar preso hace más de quince años sin contacto con el mundo exterior.

—Bueno, eso explica muchas cosas —dijo el portugués. —Todo el mundo allá afuera. Con todo ese tiempo aislado aquí, realmente no puedes saber lo que pasó. ¿No sabías que los libros estaban prohibidos en el continente europeo?

—¿Prohibidos?

—Sí. En qué mundo... lo siento. No te ofendas, pero hablar con usted merece un viaje al pasado. Todo ha sido rediseñado, y tú no pudiste acompañarlo.

—¿Rediseñado? ¿Libros prohibidos? No estoy entendiendo nada.

—Perdóneme. Trataré de explicarte. Antes de ser arrestado, ¿escuchaste algo sobre el “Modelo GATE”?

—Sí, en la universidad. Se decía que era una nueva forma de comprensión de la Humanidad. Teorías medio pretenciosas, según recuerdo. De un italiano, si no me equivoco.

—Realmente un suizo, pero que escribía en italiano —aclaró António, dándose palmaditas en el cuello con expresión de dolor.

—¿Y?

—Bueno, podríamos decir que lo que comenzó con algunos postulados sirvió bien a ciertos intereses; la máquina de propaganda colectó inocentes por el camino, y aquí llegamos.

—GATE... Algo con *Genes*...

Hilário se interrumpió y el portugués reanudó:

—*Gen, Alea, Tele y Ego*. GATE.

—Sí, ahora lo recuerdo.

Como en no pocas ocasiones de la historia, algunas ideas inicialmente inofensivas, llevadas al extremo, han provocado serios cambios en la Humanidad. El mundo allá afuera es hoy muy diferente.

Hilário masticaba saliva —quería y no quería saber cómo era el mundo exterior.

La conversación tomó horas, pasando por el período del almuerzo. António explicó que el teórico suizo no había inventado nada, sino que había sido celebrado por reunir cuatro proposiciones actuales en los círculos académicos, formando con las iniciales el sugerente nombre “GATE” —*puerta*, en inglés —ya que, según el suizo, su modelo sería “una puerta para el futuro”. La primera proposición, *Gen*, Hilário bien la conocía: la consideración de la conducta humana como simple resultado naturalístico de la configuración genética; la inexorable propensión de algunas personas a la violencia; el carácter ilusorio de la civilización. La segunda, *Alea*, surgió como resultado de la primera, porque el fatalismo de la derivación exclusivamente genética de los comportamientos condujo al descrédito total del libre albedrío: después de todo, si el ser humano era una mera combinación aleatoria de genes que condicionaban sus acciones, cualquier toma de

decisiones no podría prescindir de mecanismos igualmente aleatorios y, así, la ponderación de riesgos y consecuencias debería ser substituida por prácticas aleatorias —o sea, se debería confiar a la suerte lo que antes era esperado que cada uno decidiera responsablemente. El componente *Tele*, a su vez, se refería a las relaciones humanas a distancia y abogaba ser ventajoso renunciar a contactos presenciales, incluso con familiares y amigos. Pero fue la cuarta proposición, *Ego*, la que provocó una ola de prohibiciones de libros. La idea primordial era que todo debería someterse a la “soberanía del yo”; pero, sin embargo, la plena satisfacción de los múltiples “egos” encontraba obstáculos en los libros —que no realizaban modificaciones de acuerdo con los caprichos de cada “ego” —sólo deberían ser permitidos libros digitales en los que cualquier persona pudiera efectuar cortes y adiciones. Así la Literatura, ya no sería más el campo de un pequeño número de especialistas cínicos, se decía. Había, por supuesto, insurgentes tratando de mantener versiones criptografiadas; pero casi nada resistió al craqueamiento, y los libros digitales fueron amputados, fusionados, rehechos.

*Pero no se detuvo por allí*, señaló António después del almuerzo, mientras encendía el cigarro para continuar con la explicación sobre aquellos eventos que a Hilário le parecían ser, el resultado de alguna maquinación malévol. El portugués explicó que la mera existencia de medios considerados “inmutables” —como los libros en papel y los libros digitales con bloqueo de alteraciones, generó la furia de aquellos que pedían una “interactividad sin restricciones”. Las librerías fueron atacadas, las bibliotecas han sido destruidas, acervos digitales destruidos por virus y la prohibición de libros se convirtió en uno de los principales tópicos en las campañas electorales europeas. Ocurrió también un fenómeno interesantísimo, según António: aunque muy pocas personas se preocupaban por los libros en ese momento, la amenaza de prohibirlos fue fuertemente resistida, y en defensa del derecho a la lectura fueron organizadas marchas —“cuando se intenta arrancar raíces de la tierra, la tierra y las raíces resisten”, ilustró el portugués. Sin embargo, la resistencia fue seguida por la contraofensiva biblioclastica: los libros digitales que no permitían alteraciones fueron borrados por determinación legal, y la mayoría de los países europeos prohibieron la circulación de libros impresos y criminalizó la conducta de tenerlos. Los libros en papel se convirtieron en un obstáculo peligroso, y al principio fueron para reciclaje; pero los atrasos en la industria debido al gran volumen y las desviaciones para contrabando llevaron a la solución final: el fuego. En Italia, Polonia y en Francia, se quemaron libros en la plaza pública, tanto en actos oficiales como en iniciativas de la propia población.

—Las Bellas-lettras reducidas a cenizas... —dijo António. —Quemar libros... Era inimaginable que eso pudiera repetirse en la Historia. Pero se repite *en nuestro tiempo*...

El humo del cigarro se arremolinaba en la celda y él sopló hacia arriba, deteniendo por un momento la narración; luego, como si regresara de una jungla oscura, continuó contando. Relató que Portugal era uno de los pocos países de Europa que, aunque prohibía la venta de libros, todavía reservaba, para la investigación, colecciones físicas en tres bibliotecas públicas —y ahí el entraba en escena. Hilário preguntó si la prohibición había convertido el contrabando de libros en un negocio rentable y, sin demasiados prejuicios, se preguntó si el portugués era rico. La respuesta fue doblemente afirmativa. António reveló ser el heredero de varias propiedades, incluido una finca productora de vino, cuya porción mayor fue arrendada para una gran empresa; también había heredado otros negocios, el más importante era una editora, que tuvo que cerrar con las restricciones a los libros.

—Vino y libros —António estaba emocionado. —Cosas que siempre van juntas... No es de extrañar que la imprenta con tipos móviles de Gutenberg, hecha para imprimir libros, se basara en las prensas utilizadas en la producción de vinos.



Hilário le preguntó sobre qué tipo de mercado habría con todo aquel odio a los libros, y António respondió que todavía había dos segmentos interesados en la adquisición de obras impresas: coleccionistas, por el mero gusto de la rareza, y algunos maestros que administraban las pocas bibliotecas públicas restantes. El portugués confesó haberse esforzado para restringir las ventas al personal del segundo grupo —que todavía era legal —pero, como el dinero no era mucho entre ellos, tuvo que ceder y negociar también con los coleccionistas —un mal necesario, dice, única manera para mantener el flujo a las bibliotecas. Además, una parte significativa de lo que importaba él mismo lo almacenaba, no por capricho de un acumulador, sino para guardarlos para un futuro menos estúpido. En el caso del lote más reciente —el que le había valido la prisión -, como los libros incautados en el puerto no poseían un encaminamiento a alguna biblioteca autorizada, la actividad fue considerada importación ilegal y, por lo tanto, contrabando.

—Entiendo. ¿Pero por qué Brasil como proveedor? —preguntó Hilário, quien al empujar la vasija vacía del almuerzo produjo un ruido de lata raspando.

—Importo de diversos lugares. Brasil es el único país de lengua portuguesa que aún no ha prohibido los libros impresos, y hasta que llegue dicha prohibición, continuaré comprándolos aquí, aunque sólo puedo introducirlos a escondidas en Portugal.

—Debes lucrar bastante para correr tantos riesgos.

—No está mal, aunque podría ganar más con otras actividades. Mis padres eran grandes empresarios y me dejaron lo suficiente como para no tener que trabajar. Pero amaban los libros, y de ellos aprendí que los únicos bienes verdaderos, como el conocimiento, son aquellos que, cuando se transmiten, no disminuyen, sino que aumentan. Debemos resistir a todo lo que nos deshumaniza, y la eliminación de las buenas y viejas historias, de los libros, es una receta segura para la deshumanización. Si tomo riesgos, por lo tanto, no es por el dinero, sino por lo mejor que mi madre y mi padre me han enseñado: el amor por los libros.

—Nunca entendí eso —interrumpió Hilário —Prefiero las cosas de mi área... Ingeniería, Arquitectura...

—¿Tu área? Mira, “conviene que el arquitecto conozca el arte literario, para que pueda dejar una marca más fuerte a través de sus escritos”. Vitruvio. Como aspirante a arquitecto, deberías conocer —dijo António, sentado en la cama —Y, permítame decir, la Literatura ciertamente también es tu área, es el área de todos nosotros.

—“Área de todos”... Creo haber escuchado eso hace muchos años. De un francés que trabajaba en la biblioteca de aquí.

—¿Una biblioteca aquí? Pues no me dijeron nada. Iré hasta allá hoy mismo. Y tú irás conmigo.

—Hay peligros por el camino y...

—No tengo dudas de que valdrá la pena —interrumpió el portugués, con el rostro iluminado como el de un niño a punto de abrir envoltorios navideños.

## LA BIBLIOTECA DE BABEL

Iluminados por el sol de la tarde fresca, Hilário y António superaron fácilmente el pasillo estrecho con el patio más grande.

La idea era simular jugar pelota y gradualmente llegar al segundo pasillo estrecho, que conducía al jardín de la biblioteca. No fue necesario: atónitos, descubrieron que todas las celdas que se abrían para el patio central estaban vacías —tal vez castigo por el ataque a António, tal vez simple reubicación de prisioneros para las alas de las caras externas, o incluso alguna nueva medida de vaciado de la prisión. La travesía tuvo como público apenas las escotillas cuadradas de los grandes pabellones descomunales.

El árbol de Ipê púrpura permaneció magnánimo, las máquinas de lavar estaban en silencio y la placa de madera de la biblioteca seguía siendo la misma; pero las de la Administración, Almacén y Lavandería habían sido reemplazadas por nuevas placas acrílicas. Más cerca del destino, Hilário percibió otra novedad: atornillado a la pared en el lado derecho de la puerta de entrada, un rectángulo de bronce con aristas recubiertas de cardenillo rendía homenaje al gramático nacido en Itaí y rebautizaba el lugar como “Biblioteca Napoleón Mendes de Almeida”.

La puerta estaba cerrada, ellos golpearon, y nadie vino. António se adelantó, las manos abrazaron la manija redonda de latón, y empujó la puerta. El estado de abandono y el polvo flotante dejaban claro que nadie había estado allí durante mucho tiempo, y los estantes verdosos, desalineados y apiñados de libros, recordaban la inmovilidad desconcertada que sigue después de un accidente ferroviario. António dirigió la expedición tomando algunos ejemplares y hojeándolos, mientras Hilário lo seguía sin saber qué hacer; el portugués caminó lentamente por cada corredor, manifestándose sólo a través de interjecciones a las que su compañero, por puro sentido de participación, hacía eco. No pasó mucho tiempo antes de que Hilário se aburriera y fuera a sentarse en el suelo, recostándose contra la pared mohosa que, obstruida por la humedad, parecía cubierta de pajas de maíz. Incansable, António continuaba, ahora avanzando sobre telas de arañas, conteniendo la tos, asustado por las ratas; tocaba los libros como si fuesen teclas de un piano o las cuerdas de un arpa, como si conociera una sinfonía secreta que pudiera ser tocada sólo con papel y letras. Casi una hora después, Hilário informó al extranjero que se acercaba el final del horario del baño de sol. António tomó un volumen antiguo y caminó hacia la puerta, pero regresó y lo devolvió al mismo lugar. Salían de allí juntos, y dados algunos pasos, António percibió que Hilário era quien ahora llevaba un libro, escondido debajo de su ropa.

—Deberías devolver eso —dijo el portugués. —No sabes si está permitido.

—Estoy condenado a muerte, en prisión perpetua. ¿Qué podrían hacer ellos? ¿Matarme? ¿Colocarme en el área de aislamiento?

António sonrió y quiso ver el libro. Mientras caminaban, aún bajo la sombra del árbol, Hilário le entregó el volumen de capa azul, señalando que sólo lo había tomado porque había visto en la contraportada, anotado con bolígrafo, un interesante ejercicio de geometría. António le devolvió

el libro a Hilário, quien lo metió entre su barriga y el uniforme. Sin prisa, llegaron a las celdas, en silencio, y, una vez encerrados, escucharon golpear el portón del corredor y los pasos del oficial penitenciario alejarse en cuanto Hilário sacaba de la ropa el libro.

—Ese libro te eligió a ti. Deberías leerlo. Los libros nos eligen —habló el portugués, con el semblante estirado por una sonrisa que lo hizo más joven y sus ojos vibrantes como dos antorchas al viento.

—No creo en esas tonterías —respondió Hilário, arrojándose en la cama.

António insistió, e Hilário dijo que pensaría en el asunto; por ahora, sin embargo, quería echar un vistazo a las figuras geométricas y a las ecuaciones.

Más tarde, la cena del portugués fue un sentarse y levantarse constante, un intento frustrado de erguirse hasta la ventana, algunos gruñidos. Pero nada para sacudir la firme convicción de Hilário en los números, y dado que cada cual permanecía balbuceando, cupo a António la iniciativa de acercarse a la reja divisoria:

—¿Qué tienes ahí?

Hilário continuaba absorto en dibujar líneas, escribir coeficientes, ensayar una forma matricial. António repitió la pregunta e Hilário, regresando del universo numérico, comentó con desdén:

—Bueno, el sujeto que hizo estos garabatos hasta fue por el camino correcto, pasando por la ley de los cósenos. Pero cometió un error aquí y, si conociese a Stewart, habría ahorrado mucho tiempo.

—¿Stewart?

—Sí, mira aquí en el triángulo esa ceviana que comienza desde el vértice formado por los lados “a” y “b” y corta “c” en dos partes, “y” y “x”. Simplemente es señalar las variables y hacer una sustitución banal:  $a^2x + b^2y - z^2 c = cxy$ . La “relación Stewart”.

—Dudo que eso sea considerado “banal” por la mayoría de las personas. Aún así, interesante.

—Sabes, es una pena que la vida no funcione por ecuaciones, con sus constantes, algunas variables predecibles y resultados al menos calculables. Todo sería más fácil —dijo Hilário.

Entonces se sumergió nuevamente en los Números.



En el desayuno, Hilário bostezaba y se mostraba irritado. António le preguntó lo qué le pasaba y él fue cuidadoso para decir algo incómodo: la madrugada en claro, leyendo a la luz de la linterna, había sido una absoluta pérdida de tiempo. Frente a la mudez del vecino, Hilário enmendó:

—Discúlpeme, pero no vi gracia en la historia del viejo pescador y el marlín azul devorado por los tiburones. Pensé que el hombre podría simplemente haberse dado por vencido y regresar con su bote para pescar en aguas poco profundas.

—¿Aguas poco profundas? Pues él, en verdad, tenía que pescar en aguas *profundas* —enfaticó António. —Es una pena...

—¿Qué es una pena? —se indignó Hilário.

—Que no hayas de hecho leído realmente, que no hayas vivido el libro.

—No sé a qué te refieres. Leí cada línea. Simplemente no me tiene que gustar.

—Realmente, no estás obligado a que te guste. De nada. De todos modos, no lo leíste. O, si lo hiciste, no lo entendiste —aseveró António.

—¿Como así?

—¿Notaste la lucha del hombre por sobrevivir en la naturaleza, la nobleza del oponente, la crueldad de los tiburones, la vitalidad y la jovialidad de los leones? ¿Y el valor de la lucha,

incluso si ella lo destruye, como una forma de trascendencia? ¿Y la valentía? ¿El honor? ¿La no aceptación de la derrota? ¿El enfrentamiento del destino con dignidad?

—Yo... yo... no recuerdo haber visto todo eso y...

—¿Por casualidad leíste en diagonal? ¿De derecha a izquierda? ¿Y las llagas en las manos, la resistencia al dolor, el martirio de la caminata cerro arriba con el mástil detrás de él como si fuera una cruz, la caída, el levantamiento y una vez más llevar el mástil en aquel calvario, el abandono en la cama mortificado, la resiliencia? ¿Viste alguna semejanza con una vieja historia?

—Ahora estás exagerando...

—Puede ser, puede ser... Pero esa es *mi* lectura. ¿Consigues entender la magia de eso? ¿Lo que yo puedo extraer de universal de una historia, y cómo esa historia habla a mis sentidos, a mis ansiedades, a mis deseos; finalmente, de qué forma se comunica con *mi* vida?

—Bueno... que no me haya dado cuenta de esa cosa de valentía, peleas, etc., vamos, lo admito. Puedo hasta entender al anciano muy decidido a cumplir una tarea... Pero ese paralelo con la cruz y tal... no lo sé no.

—Lo que sea. Tú no estás solo en eso: otros también refutan esta interpretación y tal vez puedan tener razón. ¿Pero y si fuese así? ¿Y si no fuese? ¿Qué pasa si puede y no puede ser así? ¿Y si el significado fuese todavía más diverso —la vejez del maestro y la juventud del aprendiz, el anciano pescador y el joven que le es devoto? ¿O aún otro —el escritor extrayendo algo de sus profundidades y sufriendo el asedio del mundo, dejando al final sólo la parte más profunda, dura, el esqueleto del pez?

Hilário no respondió.

—Has estado aquí durante tantos años, y jamás te diste cuenta de la preciosidad que hay en aquel lugar polvoriento —dijo António. —Hay sueños allí, tal vez vidas más reales que las nuestras. Con los libros podemos trascender la banalidad de nuestro cotidiano, conocer lugares a los que nunca podríamos ir. Hablemos de la Arquitectura, que tanto te gusta: puedes pasar frente a una casa y deleitarse sólo con lo que, en una mirada, la fachada muestra; pero la casa posee laterales, fondos, sótanos, y su estilo, su división interna, el tipo de cimiento, la vista del exterior que se tiene a través de sus puertas y ventanas, nos cuentan una historia. Lo mismo ocurre con los libros: más allá de lo que ya revelan en la superficie, es posible apreciarlos por lo que son, por su estilo, es decir, como obras de arte; también se puede penetrar en aquellos recónditos que nos hacen reflexionar sobre nuestras vidas, y a través de los personajes conseguimos observar el mundo con otros ojos, saboreando vidas distintas a las nuestras y, así comprender mejor a quienes nos rodean.

—Nunca me interesé por la Literatura. Y lo que dices me suena como a una fuga —replicó Hilário.

—¿Fuga? Yo no diría eso. Viaje, experiencia, sí; fuga, no. Lo que sucede es que cuando se lee, la vida trivial queda en suspensión, y cuando regresamos de una buena aventura literaria que apela a nuestro sentido de belleza, de verdad, de misterio, encontramos una realidad calificada. Y no estoy hablando de crear una “segunda realidad”, sino de una realidad, enriquecida por los libros. Porque es en la literatura que la humanidad se confiesa: es ella el espejo en el cual nos vemos desnudos, y podemos entonces ser un poco mejores. No es que la literatura haya sido en algún momento capaz de extirpar la villanía de la Humanidad; siempre fue en esa lucha, sin embargo, una aliada valiosa. Pero nuestra sociedad abolió los libros, adormeciéndose con la estupidez... Sabes, algunos dicen que el hombre es el fruto del medio; otros, que es producto de los genes; tal vez haya algo de todo; pero creo que es fundamentalmente el fruto de los libros que lees; o, en estos tiempos tristes, de aquellos que no leen.

—No hace diferencia. Para mí son sólo palabras... —respondió Hilário evasivo.

—Palabras nunca son “sólo palabras”. Hay varios niveles de lectura, y lo más importante siempre estará en las capas profundas. Eso, de hecho, es la paradoja del conocimiento: uno tiene que ir a las capas más profundas para subir al ápice; uno tiene que ir al subsuelo para llegar a la cima de la montaña. Bueno... por lo visto tendré una larga estadía aquí, y si me quedo sin actividades me volveré loco. Te hago una propuesta. Le pediré a la Administración que nos autorice a organizar ese desastre; me ayudas con los libros y te sugeriré algunos títulos; después debatiremos.

—No creo que eso me guste.

—Dadas las circunstancias, ¿qué tienes que perder?



Hilário pasó su hora del baño de sol relejendo. De pie, caminaba cerca de los bordes del patio central con el libro en las manos; capturado por la historia, a veces chocaba con la pared, agravando el dolor en la mano cosida. António había ido solo a la Administración, y de allí regresaría sólo al final de la preciosa hora para encontrar a un Hilário absorto en la lectura.

—¡Lo conseguimos! —exultó António —A partir de ahora estamos liberados para permanecer en la biblioteca durante e incluso *después* de tomar el baño de sol. Podemos arreglar los estantes y organizar los libros. Y supe que cada tres días trabajados permiten la reducción de un día en la sanción.

—¡Genial! Eso tendrá un efecto maravilloso en mi prisión perpetua...

—Discúlpeme. No lo había percibido. De todos modos, serán algunas horas más fuera de este claustro. ¿Tienes una mejor alternativa?

Hilário sólo sonrió.

Ya en la celda, António explicó el cronograma: primero una limpieza general, luego la restauración de lo que no estuviera bueno y, finalmente, la organización de los libros según los criterios de la biblioteconomía. El portugués le pidió al vecino hojas en blanco y comenzó a garabatear algo; permaneció así hasta la noche, rechazando la cena mientras Hilário intentaba terminar la lectura. Cuando se apagaron las luces, la punta al rojo vivo del cigarro de António evocó un faro del cabo que bailaba en la oscuridad. Hilário dejó el libro en el piso y habló al portugués:

—Su propuesta es tan estúpida que no tengo como rechazarla.



El crujido metálico anunció la comida de la mañana. Hilário estaba sentado en la cama, con las rodillas dobladas y notas hechas en un pedazo de papel. António prolongó su bostezo hasta acurrucarse en el suelo y luego ganó la compañía del vecino.

—Tenías razón —dijo Hilário.

António se frotó los ojos, retirando los vestigios del sueño.

—Sobre el libro. Hay muchas cosas allí que yo no había visto —completó Hilário.

—Y habrá aún más a partir de hoy. Te lo prometo —respondió António, estirándose. —Un libro es la mejor compañía no humana que alguien pueda tener —aunque su “no humanidad” es completamente cuestionable.

El desayuno fue rápido. Hilário fue haciendo preguntas sobre el libro, el autor, el estilo, y António a todo respondía ceremonioso y contento, como alguien que sirve el té a un viejo

compañero de trincheras.

Por la tarde, el trabajo en la biblioteca resultó ser más aburrido de lo que Hilário había imaginado: con cada libro que salía de un estante, aparecían pequeños animales, vivos o muertos, y la capa de polvo que debían retirarse requería constantes idas a la tornera para lavar los paños; se desprendían hojas de su conjunto, y la suciedad en el piso no contribuía con la tarea. La idea de verificar la catalogación de todos los libros se desvaneció después de enterarse de que el lugar tenía más de treinta mil volúmenes, muchos de los cuales ni siquiera estaban registrados —según uno de los oficiales de la prisión, el Ayuntamiento de Itaí había estado recibiendo colecciones dejadas en testamento, y la Biblioteca de Babel se había convertido en un depósito de lo que no cabía en los edificios municipales. Antônio decidió ordenar los libros que ya estaban fichados — el resto se haría gradualmente, creando un nuevo registro cuando fuera retirado alguno no registrado. Fue una tarde de silencio y trabajo.

Los dos hombres recibieron las vasijas de la cena en la misma biblioteca. Hilário comió al lado de un volumen que parecía haber sido mordido por un animal —una mula, tal vez, pensó —en cuanto Antônio hizo del estante caído su mesa de comedor. Luego retomaron la faena, y así fueron hasta un cuarto para las veintidós horas, horario-límite para abandonar la biblioteca. Esta vez Antônio fue quien salió con un libro debajo de su túnica y, cuando llegó a su celda, lo hojeó como si estuviera revisando un álbum familiar encontrado en el sótano. Comentó que ya había tenido catorce copias sucesivas de él, pues a cada préstamo no le era devuelto y tenía que comprar otro. Al principio se quedaba molesto, sin comprender por qué, tratándose un libro que decía tanto sobre la amistad, no era devuelto; pero luego se calmaba, pensando que había algún sentido en aquello, tal vez era una obra alada que necesitaba volar de mano en mano. Pasó el libro a Hilário a través de la reja, y recomendó que lo leyese.

—Bien, pero sólo mañana. Estoy exhausto —dijo Hilário, no resistiendo al sueño que le parecía irrepreensiblemente justo.



Un tímido rayo de luz se proyectaba celda adentro cuando Hilário releía la apertura del libro dedicado a un aviador llamado Guillaumet —coincidentalmente, el mismo nombre del bibliotecario francés desaparecido. Hilário releyó una vez más, ahora todo el párrafo. Cada vuelta de página se realizaba con cuidado y dedicación, y cada nueva escena arrastraba a Hilário a la historia, al desierto, a los personajes, a los sentimientos. Reflexionando sobre cierto pasaje, cerró el libro sobre su dedo índice y, de soslayo, percibió que el nuevo amigo se había despertado y venía a sentarse en el piso irregular.

—¿Y entonces? -preguntó el portugués.

—¡No imaginaba que unos pocos minutos de lectura pudieran decirme tanto! Este libro es...

—¡Finalmente! Ahora serás prisionero de un mundo del cual jamás querrás ser liberado. Bienvenido a la *nueva* Babel. —se animó Antônio.

—Sí, es realmente interesante. Pero aquí dice que la vida es quien enseña todo, que los libros no pueden enseñar casi nada y...

—¡Alto ahí! —interrumpió Antônio. —¿Será que tendré que explicarte todo? Sí, es un hecho que ciertas cosas sólo podrán ser aprendidas con la experiencia, abrazando la realidad; pero ¿dónde está escrito que no se aprende nada en los libros?

—Pero...- Hilário no encontraba argumentos.

—Decir “A es más que B” en ningún momento implica que A sea todo y B, nada. Hay gradaciones, niveles y situar las cosas en una escala no implica ser mutuamente excluyentes.

—¿Qué?

—Lo entenderás. Con el tiempo —completó él, acariciando su delgada barba en su cuello.  
—“El acto de entender es vida”. Aristóteles

Las vasijas llegaron interrumpiendo la conversación, pero Hilário se negó a realizar el ritual y se disculpó con su amigo —prefiriendo comer sentado en la cama para no suspender la lectura. António saboreó el pan y la mantequilla en el suelo, bebió leche de la taza de lata y, con cuidado de no molestar al lector, ocupó la mañana con anotaciones.

Cuando los metales berrearon noticiando el inicio del baño de sol, Hilário le preguntó al empleado sobre el prisionero Guillaumet, que había trabajado en la biblioteca en el pasado. El oficial penitenciario salió de la zona de captura de la cámara de seguridad, habló por su teléfono celular y transmitió la respuesta a Hilário:

—Nunca hubo nadie con ese nombre por aquí.

Hilário y António cruzaron los tres patios. Abruptamente, abrieron la puerta de la biblioteca, haciendo brotar rayos hacia adentro del espacio que ahora parecía menos desorganizado. Hilário decidió comenzar con los estantes de la esquina derecha; minuciosamente retiraba los libros de una estantería, apilándolos en un espacio limpio y cuidando de no acabar con ninguno de los insectos vivos, que eran liberados por la puerta frontal; después de la limpieza, iba restituyendo los libros a su lugar original de tres a tres, no sin antes echar un buen vistazo a sus sobrecubiertas, portadas, contraportadas y lengüetas. António se encargó del fichaje, constatando que algunas gavetas se habían atascado y que tarjetas bibliográficas habían caído detrás del armario. Hilário se unió a él, y los dos hombres doblaron sus brazos, piernas, torso, hombros, todo, hasta que pudieron apartar de la pared el archivo de hierro. Desempeñaban una actividad perfecta, que abolía el tiempo.

Predominaba el silencio, y ellos se iban comunicando mediante gestos, lanzamientos con los ojos y ocasionalmente algún gruñido, como si estuvieran cruzando un santuario de estalactitas y estalagmitas.

Los músculos era aplicados para quitar los estantes rotos y en los trabajos con las pocas herramientas disponibles por la Administración; eran también empleadas en el transporte de libros, en la restitución de las gavetas al formato rectilíneo, en la lubricación de pequeñas cerraduras, en la organización de papeles; los hombres trabajaban a un ritmo acompasado, como si en once sílabas poéticas de un galope a la viera del mar; los bolígrafos pasaron por control de calidad, y los trozos fueron arrojados a una caja para material reciclable; los desordenados rincones de los libros fueron ganando algo de orden y en el suelo salpicaba, la sal del sudor que se mezclaba con el polvo.

El piso fue siendo salado.



Pasaban los días, y los dos amigos iban desmenuzando la complicada celulosa, António al frente haciendo reseñas, aclarando todo en el océano de palabras, sirviendo de guía para los libros como una clave en una partitura. Las yemas de los dedos se resecaron y agrietaron con la mezcla de limpieza, telas, restos, astillas, cardenillo, óxido, pero ellos continuaban en el templo de papel y letras con la brutalidad muscular filtrada por la sensación de que allí se cultivaba un cantero de especias, de que allí se recogía algún pichón para restituirlo al nido, de que allí se tanteaban primitivas pinturas rupestres. Al final de cada jornada, unos minutos antes de que sonara la sirena, cada uno se sentaba en algún mueble viejo, inclinaban la cabeza hacia arriba, levantaban las botellas de plástico hasta la altura de la frente y luego sorbían el agua, soñando con cerveza o

vino; luego, exhaustos, se retiraban, intercambiaban algunas palabras, casi ni siquiera eso, sólo murmullos que traducían por “está quedando bien”, y se lanzaban en el baño para después arrojarse a las camas en la cuales tenían sueños sin sueños, despertando con disposición de jóvenes cuando el piso de la celda recibía el matinal polígono de luz.

Hilário iba leyendo los libros indicados por el maestro portugués. No tenía regularidad en el modo de lectura ni en la posición del cuerpo, y a veces los estudiaba de pie, ahora parado, ahora caminando en los pocos metros cuadrados que le incumbían; en la cama, sentado, acostado boca arriba, boca abajo con la cabeza extendida, el libro en el suelo. António nunca lo interrumpía, pero Hilário, que a veces tenía mañanas comunicables, a veces le preguntaba a su amigo el significado de un párrafo, y luego el portugués le enseñaba lecciones de Literatura, de Filosofía, de Historia del Arte, todo en medio de las espirales ascendentes del humo algodónado que, iluminado por las brasas del cigarro, le daba al extranjero un color ligeramente lila, haciéndolo parecer un ser mitológico. Aficionado a los símbolos, António explicaba el significado oculto de cada color, cada piedra preciosa, cada material —puertas de marfil para los sueños falsos, puertas de cuerno para los verdaderos; acero para esto, madera para aquello; un olivo esto, un sauce llorón aquello; número 7 esto, 8 aquello; amarillo esto; azul aquello. Hablaba también del significado de dibujos antiguos y expresiones enigmáticas, siempre indicando libros relacionados.

Una vez Hilário sorprendió a António mirando la contraportada de un libro ilustrado. Cuando se acercó, vio que el portugués contornaba, con la yema del dedo índice, el diseño de un ancla en el que se entrelazaba un delfín, con las palabras *festina lente* debajo.

—*Festina lente...* —dijo António. —Latín. Significa “apresúrate lentamente”, un oxímoron que alude a la complejidad de la vida; una dualidad aparentemente conflictiva, pero cuyos términos, antes de anularse entre sí, se complementan como alto y bajo, antiguo y nuevo, pasado y futuro, real e imaginario. La velocidad fluida del pez y la solidez estática del ancla, en un llamado a hacer todo rápidamente, pero sin descuidar la precisión.

Devolviendo el libro a la estantería, continuó:

—Este símbolo fue adoptado hace más de quinientos años en las publicaciones del editor y tipógrafo Aldo Manuzio, del cual, se decía en mi familia, seríamos descendientes. De ahí mi segundo nombre, “Aldo”.

Y António empujó para Hilário tres libros sobre símbolos. Días después, algunos volúmenes de Mitología. Y luego, un manual de Astronomía. Cada noche, ya sea que estuviera mirando la Osa Mayor, Sagitario o la Cruz del Sur en el patio del árbol de Ipê púrpura, Hilário pensaba en las estrellas como astros casi tan brillantes como aquellos otros hombres encarcelados —y casi tan mudos.

De los volúmenes de la biblioteca surgían bestias indómitas, caníbales, aventuras río arriba y también río abajo, incursiones al espacio, a las fosas abisales, al centro de la Tierra, alrededor de ella; las tempestades eran ordenadas, indexadas, y los vientos, tornados y ciclones arrojaban embarcaciones a islas desiertas y a otras no tanto; hombres groseros, abominables, santos; mujeres groseras, abominables, santas; más de mil noches, la oferta de una inmortalidad exenta de vejez y una odisea en veinticuatro horas; un dragón y su abuela, un tigre y su temible simetría, y un joven que dio la vuelta al mundo para aprender a temblar; había quienes querían irse y quienes sólo querían quedarse; un griego regresaba para su casa en su vigésimo año y un troyano dejaba su tierra e iba para el Lacio; hombres honraban a sus padres, otros los mataban; padres vengaban a sus hijos, otros los devoraban, otros los vomitaban; serpientes habitaban tierras lejanas y cabezas cercanas, y un cordero sometía a un lobo; un monstruo marino succionaba y regurgitaba toda el agua de mar a su alrededor tres veces al día, mientras que otro monstruo agitaba sus seis cabezas



para atrapar marineros; un hombre verificaba matemáticamente la belleza de una mujer y una abuela contaba historias a sus nietos en un lugar habitado por un sabugo y una muñeca que hablaban; un niño lleno de ideas mataba a la vieja prestamista y un niño caboclo sobrevolaba Siete Pueblos de las Misiones en un caballo blanco; una niña caía en la madriguera del conejo, otra escribía su diario escondida en el anexo secreto; un gitano traía noticias a la aldea y dos hombres conversaban en el bar de la Catedral; un reino de este mundo y muertos conversando en una pequeña aldea abandonada; había pasiones de alcoba y al aire libre, amores, desilusiones, hojas del césped, flores del mal, marcas marinas, hombres huecos, tabaquerías y baladas de viejos marineros; jangadas de piedra, imágenes descartadas, corazones salvajes e inconfidencias; disparos en la playa, puertas en el teatro de magia, guerras entre naciones amigas y otras trabadas apenas en la mente de un perturbado; hospicios, prisiones, fugas milagrosas, recapturas, ahorcamientos; hombres se sentaban a la mesa —oval en un salón del siglo XVIII, cuadrada en un *pub* de Londres, redonda en la Edad Media, rectangular en una última cena; entonces vinieron barcas salvadoras, arcas milagrosas, poderes mágicos, caballeros errantes, poetas trágicos; sertanejos, cangaceiros, beatos, mineros, apaches, bucaneros, *sheriff*, pistoleros, bantos, tupis, celtas, indios; legendarios samuráis, delincuentes no sospechosos, criminales sagaces y detectives aún más; pirámides, metamorfosis, sustos; competiciones, apuestas, diligencias; premios, carruajes, recompensas.

Frente a una serie de libros de aventuras en el mar, Hilário tuvo la sensación de que ya conocía las historias. Estaba seguro de que nunca había leído ninguna de aquellas obras, pero los relatos le daban una sensación de realidad que era como si ya las tuviera en sí, algo así como si fuera parte de una gran historia universal. Y fuesen relatos ficticios sobre un viejo navío, fuesen libros históricos sobre expediciones al último lugar en la Tierra, la sensación, omnipresente, no era apenas que vivía aquello, sino también de que lo *revivía*.

Una mañana, el empleado que llegó al ala de aislamiento para entregar pan y leche quiso saber por qué ellos pasaban tanto tiempo con aquella viejera de libros, ya que uno de los prisioneros tenía que irse pronto y el otro nunca. Hilário ensayó una respuesta, pero las palabras murieron en el paladar cuando se dio cuenta de que allí no tenía mucha convicción. Antônio acudió a su rescate con una solución profunda: apenas para pasar el tiempo. Pareciendo haberse contentado, el empleado se fue, dejando a los dos amigos con sus tazas casi a derramar.

Hilário sustituyó el ligero ritmo de orden de los primeros días con una acción más mesurada, como si quisiese postergar la llegada al objetivo final. Antônio le preguntó si era cansancio y pareció haber aceptado la respuesta, afirmativa y falsa. El final de la tarde se parecía a un globo azul, separado del hormigón de Babel por el resplandor que se mantenía en el horizonte, cuando Antônio atornilló en la pared de la biblioteca el último espejo ciego —única cosa que faltaba para cubrir con seguridad un pasaje de cableado eléctrico. Hilário no quiso preguntar, aunque estaba seguro de que las recientes reuniones de su amigo con los abogados deberían tratar no sólo de la compra de material para la renovación de la biblioteca, sino también de la inminente extradición. Hace tiempo Hilário venía sintiendo el fondo del estómago burbujear, percibiendo próximo el término de la renovación; y eso era un gran problema: ya no tendría más el tiempo ocupado, y tampoco tenía la esperanza, nutrida por Antônio, de que cuando se reinaugurara la biblioteca alguno de los habitantes de los otros pabellones fuese a interesarse; en verdad, temía que pudieran depredarla en represalia por el privilegio del aislamiento.

Cierta noche, la lectura de Hilário fue interrumpida por la súbita preocupación con el tiempo, con las posibilidades que se desvanecían, con el no saber nada del significado de la existencia. “Pero... ¿cómo puede un hombre enfrentar la vida, esta mezcla de sueños y tablas deslizantes,

ventanas semicerradas a la Belleza, puertas abiertas, otras selladas y cajas extrañas escondidas en el sótano?” Leía otra historia de aventuras cuando llegó la oscuridad a Babel.



La reinauguración de la biblioteca no tuvo autoridades, ni fiesta, ni foto, ni nada. Ni siquiera hubo una ceremonia, limitándose a una nota en el boletín interno de que los libros estarían disponibles por el período de siete días, prorrogables por igual plazo. Pero la ausencia de remisión al trabajo de António e Hilário no los desanimó: estaban ansiosos por ver cuántos y cuáles libros serían prestados y en qué estado regresarían. Como no podían tener contacto con los otros prisioneros, colgaron en un caballete grandes hojas de papel con indicaciones, a pincel atómico, sobre cómo proceder. El préstamo de libros se basaba en la responsabilidad individual, debiendo el preso registrar en una ficha sus datos y la fecha de retirada, y en otra, llamado “ficha del lector”, el título del libro, nuevamente la fecha de retirada y el código de ubicación en los estantes. Hilário no entendía por qué razón António hizo que los abogados cambiaran las fichas iniciales y, cuando llegaron las nuevas, sólo dos días antes de la reinauguración, preguntó al amigo sobre el por qué eran mucho más grandes.

—Es que en estas hay espacios para los nombres —respondió António.

—¿Nombres?

—Sí, los nombres de los lectores, y no sólo el número que va en el uniforme.

Cruzando el patio, ellos notaron que la puerta de la biblioteca estaba entreabierta, y fue necesario superar la acidez de la garganta antes de entrar. António fue primero, teniendo a Hilário estancado en el escalón.

—Nada —se desanimó António.

—¿Como que nada?

—Alguien estuvo aquí, movió el caballete, pero no llevó ningún libro. Y dejó la pluma fuera de lugar.

Camaron mudos en los pasillos formados por los viejos estantes. Habían gastado tanto tiempo y esfuerzo, habían hecho tan buen trabajo de limpieza y organización, habían preparado todo aquello, y nada. Hilário concluyó que el mundo era ingrato, a nadie le importaba, tal vez nadie sabía de los lazos amistosos, de las gotas que humedecían el suelo, del compromiso en los estantes; tal vez ya no se preocupaban más por los otros vivos y, mucho menos, para lo que algún día dijeron los muertos que ahora dormían en la Biblioteca de Babel. Esperaba que António dijera algo, tal vez un adagio, un aforismo, alguna vieja máxima de sabiduría, cualquier cosa sobre la ignorancia de los prisioneros o sobre la necedad humana, en resumen, alguna expresión de consuelo. Pero el aliento no llegó: al final del baño de sol, el portugués regresó en silencio a la celda.

Los hechos se repitieron en la tarde siguiente y en la otra y en la otra. En busca de algo para ahuyentar el aburrimiento, Hilário lanzaba preguntas en António que, era hasta prolijo al hablar de sus negocios y viajes, y se retraía cuando avanzaba hacia asuntos más íntimos, y lo poco que Hilário consiguió arrancar del portugués fue que no tenía hermanos ni hijos, y que, habiendo fracasado en el matrimonio, desistiera de los amores desde hacía mucho tiempo, centrando su existencia apenas en el intelecto; y que el anillo azabache (el cual ahora ya no usaba, porque había sido recogido “por medida de seguridad”) era una reliquia de familia, transmitida de generación en generación.

Al quinto día después de la reinauguración de la biblioteca, Hilário no quiso acompañar a su amigo hasta allá, frustrado porque todo el trabajo de restauración había sido inútil. Dijo que tenía

un libro por terminar —lo cual era cierto —pero no lo hizo, y tan pronto António pasó delante de él en el patio de aislamiento y cruzó el patio central, Hilário arrojó el volumen en una esquina y fue a patear el balón contra la pared. Pero una patada, y otra, y otras, y el balón se deslizó hacia el patio mayor. Hilário la siguió y vio la imagen de António en el vértice opuesto, saludándolo como un espantapájaros en el viento. Colocando el balón debajo de la axila, Hilário caminó sin prisa, sólo acelerando el paso al llegar al medio del patio, cuando percibió a António alborotado. Cruzaron juntos el pequeño bosque.

—¡Mira! —dijo António, señalando para el mostrador.

Una de las “sugerencias de lectura” ya no estaba allí, y dos fichas descansaban en el tablero de MDF. Se siguieron las instrucciones, y la ficha de la publicación —una antología de cuentos fantásticos latinoamericanos —indicaba la retirada por el mozambiqueño Américo Cristóvão Cabral, número 2016H. El portugués extendió la mano a su amigo y se regocijaron con la conquista de un lector. Pasaron el resto de la tarde conversando sobre dos tesoros encontrados por António: una traducción, al portugués de historietas mongoles para niños, y una publicación del Trinity College de Dublín ilustrada con fotografías de su suntuosa biblioteca y folios del Libro de Kells.

Con la cena, el portugués recibió un paquete, ya abierto por cuestiones de seguridad, y le entregó el contenido a Hilário: asemejándose a un libro, era en realidad un cuaderno de notas, con el dorso negro y la cubierta blanca. António habló de la dificultad para eludir la burocracia local y hacer entrar un objeto tan simple —eran permitidas hojas sueltas, pero no agrupadas, una regla que no conseguía comprender. Sugirió a Hilário que usara el cuaderno para registrar reflexiones o incluso contar su historia.

Hilário consideró en hacer un relato de las ausencias que llenaban su vida —y de los libros que entraron silenciosamente, modificándola.

Al día siguiente, superada la impaciencia en la espera por el baño de sol, ellos caminaron por los espacios vacíos de la prisión, aliviando las piernas cuando escucharon el ruido de las máquinas de lavar ropas. De esta vez tres sugerencias habían sido descartadas; las fichas, bien llenadas. Dos nuevos lectores se habían obtenidos, y el mozambiqueño había dejado una nota de agradecimiento: su celda y las dos vecinas habían pasado la noche en claro, con los hombres sentados en círculo, y nadie había podido fumar esa mañana; habían gastado todo el líquido del encendedor para iluminar las páginas sobre El Dorado y otros lugares mágicos. Hilário y António también encontraron una nota de un belga exigiendo indicaciones de libros en francés. António se lanzó a la empresa y dejó al menos tres referencias sobre el mostrador para cada idioma que dominaba —y no eran pocos.

Día a día, aumentaba el número de lectores, y en el cuadro de anuncios comenzaron a aparecer mensajes tímidos. Algunos prisioneros se limitaban a escribir “gracias”; otros decían que habían rescatado algo de su infancia con los libros, recordando su tierra natal, la esposa, los padres, los hijos; algunos contaban parte de sus historias; otros insistían en la injusticia de sus cárceles. Un ruso escribió: *“he logrado; lloré; muchas gracias”*. En unos pocos meses, cientos de libros ya habían sido retirados.

Los dos en aislamiento hicieron un reclamo para permanecer en la biblioteca a tiempo completo para poder ponerse en contacto con los otros detenidos, nadie más que ellos habitaban celdas que se abrían hacia los patios. La respuesta fue rápida: António podía, bajo su total responsabilidad; Hilário no, por “cuestión de seguridad” y “órdenes superiores”. António insistió, señalando que o bien irían ambos o ninguno y, con el nuevo rechazo, la lealtad del portugués hizo que todo permaneciera como estaba.

En una tarde despejada, al llegar al patio del bosque, oyeron a lo lejos un parloteo. Tres hombres vestidos con camisetas con el logotipo y el nombre de una transportadora colocaban estantes en la parte trasera de un camión. Hilário y Antônio corrieron.

¡No puede ser! —gritó Hilário, quien llegó a la puerta de la biblioteca antes que su amigo.

Todo estaba diferente, y contemplaron atónitos: los libros, correctamente ordenados, pero las cuatro estanterías metálicas del atrio habían sido reemplazadas por otras nuevas de cerezo y freijó. Hilário tocó una de ellas y sintió los bordes redondeados por lija fina; los estantes tenían un ajuste milimétrico, y dedujo que había tornillos que reforzaban el acoplamiento —pequeños cilindros excavados habían sido recubiertos con una mezcla de aserrín y pegamento, todo lijado y lacado con esmero. En el borde de cada estante, diseños con incrustaciones inspiraban un orden sereno.

Antônio se retiró para hablar con el personal y luego regresó con la información: los prisioneros que trabajaban en la carpintería habían confeccionado aquello, un poquito por día, a partir de las puertas, batientes y muebles de una casa recién demolida cuyos restos fueron donados a Babel.

Llegaron nuevos estantes, nuevos mensajes, nuevas lecturas, todo dándole algún sentido a la vida. La Biblioteca de Babel fue adquiriendo aires místicos, como un tabernáculo dedicado a alguna deidad ancestral, dando a Hilário la inédita sensación de la existencia de algo que lo trascendiese. Los días ya no eran más una substracción —eran ahora división, adición, multiplicación cuando los dos amigos ultrapasaban el límite del ala de aislamiento y cruzaban los patios camino al bosque de las Bellas-letras. Parecía haber un fuego suave en el corazón de las sombras.

## AUSENCIAS

—Empaque sus cosas —dijo el oficial penitenciario a António, temprano en la mañana.

António saltó de la cama y fue hasta las rejas.

—Su extradición ha sido autorizada —completó el oficial. —El señor será devuelto a la Capital y, desde allí será enviado a Portugal. Tiene cinco minutos —gritó, empujando a través del espacio entre las barras algo de ropa.

Torpemente, António amontonó los papeles que estaban debajo del colchón, corrió hacia el baño para deshacerse del uniforme, hizo de su camisa una envoltura, se puso las zapatillas y se acercó a la frontera.

—Es extraño decir esto sobre una prisión, pero tuvimos excelentes momentos aquí, ¿no? Sin embargo, sabíamos que esta hora llegaría —dijo.

Hilário dio dos pasos para llegar a los barrotes. Pensó en caballeros buscando el Grial, piratas, exploradores de cavernas, alpinistas, discípulos, todos refiriéndose a alguna hermandad. Pensó que sus ideas se dirigían al sentimentalismo, pero no le importó: si así se sentía, la mente que lo acompañara.

—Haré lo que pueda para sacarte de aquí —completó António.

—Si, lo sé. Es que... quería... digo... me gustaría decir...

—Date prisa —gritó el empleado desde el final del pasillo.

—Toma —dijo António, entregándole a Hilário un pedazo de papel. —Cuando puedas, busca este lugar.

—Hilário observó la anotación escrita a mano: +41°10'13.83", -7°33'11.10".

—¿No sería más fácil darme el nombre de la calle y el número de su casa? —preguntó Hilário, con una breve sonrisa.

—No en este caso. Estos números son mucho más precisos. Lo entenderás

—No sé si algún día salga de aquí.

—Estoy seguro de que saldrás.

—¿Pero... cuando?

—Te acuerdas de la construcción de los arcos arquitectónicos: sólo se puede quitar la cimbra después de colocada la piedra angular.

Con voz débil, Hilário intentó expresar gratitud.

—Aprendí mucho contigo, António... Quería agradecerle de alguna manera y...

—Ama la verdad, que es lo que une a los seres humanos —dijo António, apoyando una de las manos en el hombro de Hilário. —Será lo mejor que puedas hacer por mí y por ti. Desprecia la mentira, que nunca une, siempre separa.

—¡Quiere hacer el favor de caminar rápido! —gritó una vez más el empleado.

Los amigos se dieron la mano entre las rejas.

—Ten fuerza —dijo António, colocando la frente en las astas verticales.

—Resucita, tanto como puedas, aquellos muertos que duermen en nuestra cueva mágica. Ellos nos vinculan a todo lo que fue, a todo lo que es y a todo lo que vendrá. Resucita también a los muertos vivos que duermen en las celdas. Pesca a aquellos hombres, llevándolos para los libros, para a la vida —y, diciendo esto, exultante, António apartó el rostro de las rejas. —Fue un placer conocerte, amigo.

—Estaré bien —mintió Hilário.

—Y no lo olvides: un amigo fiel es una protección poderosa. Hasta algún día.

El baño de sol fue mudo, sin patadas al balón, sin travesía de patios, sin lectura. Hilário recogió una proyección tridimensional inacabada de la biblioteca pero, sin éxito en reanudarla, dejó los papeles en un rincón y se agachó en la cama con angustia. Acababa de ser despojado de un amigo —y un maestro, del mejor que podría tener. Con la partida del amigo, era como si una parte de su existencia hubiera sido extirpada. *Pulvis et umbra sumus*, recordó Hilário: somos polvo y sombra, como había leído en un libro. Se sentía apenas polvo y sombra de libros. La celda parecía haberse encogido, y al colocar la taza vacía junto a la reja vino el mareo, que se fue dejando por las amígdalas la familiar acidez. Antes de las diez de la noche, Hilário dormía, febril.



Muchas cartas lamentaron la partida del portugués. Dos prisioneros alemanes lamentaron que Hilário volviera nuevamente a estar solo, un australiano expresó sus condolencias a través de un poema y un rumano le pidió a Hilário, en inglés, que continuara cuidando la biblioteca. Hilário no se sentía a la altura de la tarea porque no tenía el conocimiento de su amigo, pero recordaba la lista de libros heredada por António y la clavó en el caballete del vestíbulo.

Y así inició su nueva jornada: cuando no estaba revisando las fichas de devolución, ni haciendo anotaciones, leía. Al principio se sintió tentado para seguir las instrucciones del amigo, pero, sintiendo que ya podía guiarse, comenzó a elegir libros al sabor del contacto, o por el interés despertado por la portada, o porque el título o el autor sonaban relevantes, o porque una frase o estrofa de apertura lo cautivase. De vez en cuando se detenía en una dedicatoria, preguntándose a quién había pertenecido el libro, si sería sincero el homenaje, si el amor escrito a pluma después del frontispicio todavía tendría aliento. Alineando los volúmenes abiertos en las páginas de dedicatoria, se preguntaba sobre lo que ataba a aquellas personas con esos libros, qué vinculaba a las personas con las personas, qué unía a las personas con él, que ahora tenía los libros delante de sí.

Los volúmenes iban de la biblioteca a la celda, y algunos hacían notas en una hoja separada. Hilário también dejó sus propias indicaciones y, para su asombro, algunas fueron acogidas por los hombres que nunca veía —y también por los que veía, dado el interés esporádico de uno u otro empleado.

“El Ingeniero”, “El Arquitecto” —y también “El Loco” —ahora era “El bibliotecario”.

Un día, Hilário tuvo que romper las fichas de dos de los usuarios más frecuentes de la biblioteca, un sueco y un marroquí. Compañeros de celda y de lectura, habían luchado por la posesión de un paquete de cigarrillos. El marroquí fue asesinado por estrangulamiento por el sueco, y éste fue transferido para otra unidad de la prisión. De forma amarga, Hilário descubría que el poder edificante de la Literatura era grande, pero no absoluto.

Después de tirar a la basura los restos de las dos fichas, Hilário decidió enfrentar una de las estanterías de libros no catalogados y, hojeándolos, percibió que todos estaban acuñados con las iniciales S.E.A. La diversidad de temas era intrigante, y se preguntó qué tipo de persona tendrían esos libros, y no otros. S.E.A. *Sea* -el mar. Le gustaba el mar. Aquello le había gustado. Le

gustaba pensar en el mar trayéndole los libros, las olas derramando conocimiento sobre él, derramando las letras en él, la sal del mar salando la tierra, salándose él mismo, dejando en él unas gotas, arrancando de él unos pedacitos, el mar arrastrando un poco de la playa para las profundidades y dejando tesoros en la playa. El mar, como había leído en un poema francés, *trayendo su ruido sedoso y todo su grande frescor de buena fortuna por el mundo*.

Decidido a leer los volúmenes acuñados de S.E.A. en el orden en que fueron empaquetados — aunque de abajo hacia arriba, era como a él le gustaba — degustó todo: el caballero y los molinos, tres brujas y un regicidio, una apuesta con Dios, dos poetas y los círculos del infierno; el pacto con el enemigo de la luz, una tierra devastada, sonido y furia, orgullo y prejuicio; el doctor y la criatura, la poción y el monstruo, el príncipe y el gatopardo; la pitón que escupe fuego, un hermano mayor siempre al acecho, la fábrica de hombres, un proceso absurdo, investigaciones en una biblioteca, lo que una niña sabía; la huérfana y la niña rica, el viaje al corazón de la oscuridad, lo inmortal.

Leyó y releyó eso y más durante los próximos cuatro años. Ahora era un espíritu en busca de conocimiento, alimentado por el asombro, la caza y la incertidumbre — como había aprendido en uno de los ensayos indicados por el amigo. Ya estaba en el cuarto estante de las “obras desorganizadas”, que seguían viniendo del mismo donante: el sello S.E.A era omnipresente.

Día tras día, noche tras noche, Hilário Pena cruzaba los patios con pasos catedráticos.



La flecha cruzaba hachas en las páginas de la Odisea cuando el ruido de la reja interrumpió la lectura. Hilário había pasado la semana pensando en la nueva oportunidad, la reevaluación quinquenal. Tenía ahora cuarenta y dos años, la vida había mejorado mucho desde la llegada de António y la restauración de la biblioteca, en las cartas lo llamaban “querido amigo”, e incluso los oficiales de la prisión eran menos duros y agradecían las indicaciones. Su pena se había tornado más suave con los libros, por supuesto, pero la reapertura del portal a la vida fuera de Babel lo ponía en desasosiego.

En la mesa del cuarto oscuro, encontró solo al Agente Meireles; como en las otras ocasiones, las siluetas con capas se movían en la penumbra. El equipo utilizado era similar al de cinco años atrás, aunque mucho más pequeño. Sometió el iris al escáner y la respuesta fue inmediata: “Negado”.

Hilário retomó las lecturas tres días después, el dolor corporal insomne ya aliviado por el analgésico obtenido de uno de los empleados. Además de su celda y de la biblioteca, leía también a la sombra del árbol de Ipê e iba desbravando clásicos en el patio del bosque, que ahora parecía un espejo con forma de diamante. Se maravilló con las aventuras, los dramas de los personajes, las construcciones literarias, la complejidad de las historias.

Junto con las obras de ficción, comenzó a estudiar guías de viaje. En un volumen titulado *Europa*, un boleto de museo marcaba la página que traía una escultura en Oslo: la mujer, sosteniendo a un bebé, miraba hacia atrás y empujaba a un niño; este también miraba hacia atrás e intentaba recoger un juguete — la leyenda indicaba que la obra era un monumento a los muertos en un gran incendio. Luego vino una guía de Portugal, dentro de la cual Hilário encontró dos mapas de Oporto y sus alrededores, además de itinerarios temáticos — regiones vinícolas de aquel país. En las siguientes, guías de bolsillo de Budapest, Buenos Aires y Nueva York, volúmenes sobre China y Sudáfrica, y un folleto del Real Gabinete Portugués de Lectura en Río de Janeiro, encontrado en medio de publicaciones sobre la belleza natural de Brasil.

Terminadas las obras de turismo, Hilário se dio cuenta de que la combinación de temas era

productiva y dividió el tiempo de lectura en tres: en el primer período buscaba un volumen de Filosofía, Historia, Arte; en el segundo, artículos de la antigua enciclopedia, fechada de 1955, con hermosas ilustraciones con punta de pluma; el tercer tiempo era de los cuentos, romances, poemas.

En un libro sobre la historia de São Paulo, repleto de fotografías en blanco y negro, descubrió la ciudad en la era del alumbrado con gas, con sus tranvías, pensiones, “farmacias”, iglesias, sombreros, sastres, niñas con faldas redondas, niños descalzos. Por primera vez observaba belleza en su ciudad y se dio cuenta de que, al igual que había pasado su vida avergonzándose a sí mismo como un huérfano, había hecho lo mismo con sus orígenes territoriales y culturales; pero ahora, con la Historia, podía ver el mundo con los ojos de aquellas niñas de faldas con vuelos, con los ojos de aquellos niños descalzos. Terminó el libro anhelando la propia ciudad que jamás conoció.

Entonces le vino a las manos una obra francesa, con el mismo sello S.E.A. de las otras, y recordó cuando Antônio le recomendó aquel libro, explicándole que podía ser comprendido al menos de tres maneras: la historia de un condenado en el corredor de la muerte, la historia de Cristo y la historia de un hombre que sufre de insomnio e imagina estar en el corredor de la muerte. Al abrir la capa azul marino, la atención fue captada por la dedicatoria: “Para Sofia Elena Aimee”. ¡Era eso! ¡No podría ser una coincidencia! Sofia Elena Aimee —S.E.A. El donante “S.E.A” era una mujer. S.E.A. Era una mujer. El *mar* era una mujer. Le gustó eso. Había sido engendrado por una mujer que no conocía y ahora renacía por los libros de otra mujer, que él tampoco conocería. Le gustaba imaginar a una mujer trayéndole libros, primero uno por uno, y luego la cosa tomaba volumen, los libros entrelazándose, uniéndose por la sal, un océano de libros, libros hechos de mar, las olas vertiendo en él los libros y alejándose, tomando un poco de él y dejando un poco de ella, ella, ola, ella, mar.

Enumeró todo lo que ya había leído y encontró una manera de unir dos pasiones: la nueva, por los libros y la antigua, por las listas. Comenzó a escribir, en el orden en que los encontró en los estantes, los libros de Sofia Elena Aimee, y fijó el papel en la pared de la celda: era la “Lista de S.E.A.”. Luego confrontó los ya leídos con las indicaciones de Antônio, pero a cada libro marcado como “leído”, brotaban tres “no leídos”. Pensó si debería adoptar otra estrategia, quien sabe a partir de las fichas, comenzando en “A” o, como le gustaba, en “Z”. Pensó en el tiempo y se dio cuenta de que incluso la cadena perpetua no sería suficiente para leerlo todo. Releer... imposible. Pero había libros que quería releer. La vida era larga; La vida era corta.

Mientras el mundo decretaba la muerte de los libros, tratando de silenciarlos, ellos se resistieron: lejos del bullicio cotidiano, del ruido de las ciudades, de las bocinas de los automóviles, del ruido de los aparatos, de las charlas vacías, el silencio de los libros no era la muerte, como se pretendía imponerles, era música. El silencio tenía sonidos, y los libros iban convocando, en susurros, a la lectura, y celebrando, a los gritos, la vida. El silencio de los libros cantaba. El silencio de los libros era la propia música.



Dos años más habían pasado en la intimidad sonora de los libros.

Hilário se despertó de buen humor y reavivó la idea de contar su propia historia en el cuaderno de notas; sin embargo, tenía dudas si debería escribir con la univocidad de los periódicos extintos o dejando nieblas sobre las camadas de significados, y titubeaba sobre cómo reproducir lo que *realmente* sucedió, usando las palabras *correctas* para dar la *amplitud exacta* de las sensaciones. ¿Haría un relato fidedigno? ¿O aliviaría sus propias fallas, diseñando un pasado más apetecible, menos sangriento, más dichoso y menos complejo? ¿Haría un juicio estricto, sin ser intolerante, y



piadoso sin ser complaciente? ¿Podría reconstruir el pasado usando apenas la memoria? Y si hubiera lagunas, ¿se llenarían por la imaginación? Al final de la mañana, los únicos dilemas resueltos fueron dos: primero, si alguna vez me embarcase en una autobiografía, dejaría personajes y hechos envueltos en nieblas; segundo, la narrativa estaría en tercera persona —el tal “yo” heroico, estúpidamente grandioso, ya le había dado demasiados problemas.

Cuando terminó el almuerzo, Hilário se desplazó sin prisa por el patio como un profesor camino a la sala de la congregación. Al entrar en la cueva mágica, leyó los mensajes de elogio, arregló los papeles, revisó los estantes. Sus ojos escrutaban de abajo hacia arriba autores y títulos, y en pequeñas dosis recibía afectos conforme reconocía, entre los volúmenes, los “leídos”. De la pila de devoluciones, tomó el primer libro que había encontrado en Babel, recientemente devuelto por el prisionero Alejo Rulfo, número 2022F; antes de abrirlo, recordó las aventuras del viejo pescador Santiago, su lucha con el marlín azul, los tiburones, los leones corriendo en la playa; era hora de releer aquel libro.

De vuelta a la celda, Hilário fue descifrando el volumen, percibiendo matices no reconocidos años antes. Su disposición para leer —que había sido ácida, presionada por el impulso de consumir un libro inédito más, y otro, y otro más —se revitalizó, y muchas noches fueron gastadas en relecturas, anotaciones, reflexiones. Al devolver el libro, repitió el procedimiento —algo le decía que relejera todos los libros —y, tomando el segundo libro que había leído en Babel, recordó la trama y las sensaciones evocadas.

Al día siguiente, un miércoles de viento reacio, hubo una gran agitación en Babel. Desde su celda, escuchaba gritos en varios idiomas, alboroto que tomó la hora completa del baño de sol de los otros hombres y sólo se enfrió cuando fueron recogidos. En su horario habitual, Hilário cruzó el patio central, hoy cubierto por un cielo degradado y amenazante como un mal presagio —una enorme nube con aspecto de sombrero de copa invertido colgaba sobre Babel. Prohibido por la reja del patio arbolado, que por primera vez estaba cerrado, Hilário notó que dos camiones salían por el portón Este, mientras se cargaba un tercero. Carriolas de construcción civil hacían el trayecto entre la biblioteca y el camión que no podía llegar a la puerta debido a las ramas del Ipê, y la carrocería era lentamente abastecida: los sujetos venían con los carritos, se detenían y arrojaban libros por encima del lateral de madera. Como pájaros destituidos de sus alas, los volúmenes fueron apilados y arrojados, extendiéndose en la parábola hasta la caída sorda en el cajón del camión de volteo. Hilário quería gritar.

El oficial penitenciario Décio vino hasta la reja.

—Lo lamento, Hilário. Los libros fueron prohibidos.

—¿Y a dónde los llevarán? Biblioteca municipal, archivo estatal, ¿donde?

—Para el *Nuevo Mundo*.

—¿Que es eso?

—La incineradora local.



Sentado en el suelo de la celda al sonido de la tormenta, Hilário se sentía como un capitán obligado a ver su barco en llamas y después a pique, un navegador con brújula y astrolabio, pero sin embarcación, un hombre de sueños desmantelados, víctima de alguna travesura secreta del universo.

Con el fin de la biblioteca, ya no podía permanecer fuera de la celda hasta el período nocturno, o intercambiar notas con los otros prisioneros y, nuevamente, sin tener nada que hacer, comenzó a hacer preguntas sobre el sentido de todo aquello, sobre el significado de la vida —indagaciones

filosóficas, tal vez eso era todo lo que le quedaba. Pensó en los hombres de las otras celdas, cómo estarían sin los libros. Pensó en los amores que no tuvo, en la familia que no tuvo. Pensó en los libros, en lo que le entregaron, tesoros viajando de mano en mano durante generaciones, separando la Humanidad de la barbarie. Entonces, el recuerdo unió a Babel con unos libritos lindos de la infancia, el olor a papel añejo junto al del café recién colado, las páginas amarillentas y unidas hablando de corsarios y aviones, el mundo que el niño descubriría, y luego de nuevo los libros en Babel derramado sobre el adulto, abandonado por António, por S.E.A. Cada libro era una joya, un regalo, un árbol de la vida; pero ahora el diamante se transformaba en carbón, el regalo se perdía, el árbol perecía.

No había nadie más con quien conversar, ningún compañero para el ajedrez, y él bien sabía de los peligros, para su cordura, de regresar a los proyectos arquitectónicos. Intentó escribir su historia, creando en el papel un futuro mejor para sí mismo, como si pudiera estar y no estar allí —como un gato de Schrödinger, vivo y muerto al mismo tiempo. Se atascó en el comienzo y saltó algunas hojas del cuaderno de notas, dejándolas en blanco, y esbozó a lápiz párrafos sobre el día del crimen. Regresó a su cuaderno una y otra vez, pero no avanzaba: a veces desviaba la atención para las rejas, otras para el espejo que lo iba revelando envejecido, otras para el moho explayándose por la pared. Durante el baño de sol, la sombra del árbol de Ipê siempre lo atrapaba en el mismo lugar; pero era ahora un hombre afligido. Sufría. El viejo edificio de Babel inoculaba su humedad solitaria. No había ruido.

El despertar y el dormir comenzaron a fusionarse e Hilário volvió a pensar en la Muerte. No, no buscaría anticiparla de nuevo —con *un* intento patético era suficiente. Una niebla se fue derramando sobre su cabeza. Todos los días, las mismas paredes, los mismos barrotes, el mismo uniforme —y el mismo olor a aguas residuales procedentes del desagüe del fregadero; los lunes —ferias, las mismas verduras cocidas, los martes, el mismo pollo guisado, los miércoles, el mismo filete acanalado —y todos los días el mismo pan. Surgieron nuevos mechones grises, sobrepuestos en capas después de cada noche de mal sueño. Las arrugas del rostro ciertamente no estaban allí cuando llegó a Babel, y se preguntó si era realmente real o sólo una imagen reflejada, tal vez apenas el pensamiento de alguien convertido en una imagen. A veces, se entretenía asombrado por la propia figura, cuya cara estaba dividida en dos por la grieta, al ver en el espejo a un joven ya en la vejez, un universo desperdiciado. En esas oportunidades —para su infelicidad, cada vez menos raras -, Hilário era asaltado por la figura del joven sangrando en el asfalto; pero ya no tenía como desvencijarse de la escena con proyectos o suntuosas lecturas. Ahora parecía ver el pasado a través de un telescopio, con una nitidez inexistente cuando vivenciaba aquellos episodios: gradualmente, la historia de legítima defensa pasaba de verdad ineludible a la convicción flácida, desvaneciéndose día a día como un acantilado susurrado por el agua, esculpido por el viento, degradado por el calor.

Hilário se dio cuenta de que, si la soledad había sido su enemiga antes de la biblioteca, ahora se permitía el conocimiento de sí mismo, reconociendo una mezcla de personajes —los que creara, los que viviera, los que ansiaba ser —un poliedro que tenía por facetas el huérfano, el niño deshonrado, el estudiante prometedor, el prisionero y el posible héroe; se reconoció la sumatoria de sus elecciones, la amalgama de sus anhelos, la ecuación de sus virtudes y de sus vicios.

Un viernes helado, Hilário se levantó de la cama y se echó la manta sobre los hombros. Las luces del pasillo, extrañamente iluminadas al amanecer, le daban a su silueta dos sombras con capas, proyectadas en el fondo de la celda, una delante y otra detrás. Pero las figuras no eran hombres debajo de las escaleras, sino moldeados en él mismo. ¿Sería eso? ¿Sería que las figuras

eran él mismo, desde siempre? Era él mismo una de las figuras del pasado, desde sus tiempos de niñez, con su discurso inquisidor infantil, con los ojos de niño, preguntándole, “y entonces, hombre del futuro, ¿qué hiciste de mí?” en cuanto la otra figura, encorvada a la pared por la vejez, mirando al frente, le pregunta: “y entonces, hombre del pasado, ¿por qué me trajiste hasta aquí?”

Hilário corrió para el baño, se echó agua en el rostro, se apoyó contra el lavabo, y con los dientes tirando la piel seca de su labio inferior, sintió el ardor y el tenue sabor de la sangre, y ahora no había duda de lo que veía en el espejo dividido: como en un óleo sobre un lienzo enmarcado, sobresalían la congelada y aterradora figura —la pálida juventud de un criminal.

—Aquí está el asesino...

Sólo ahora el chico bajito del libro volvía a tener un nombre: Eduardo Inocência. Hilário lo había matado. Tenía que admitirlo: durante años su vida había sido una mentira. Había vivido la patología de la negación —del pasado, de la realidad, de su propia humanidad -, convirtiéndose en un monstruo al ingerir un bien conocido precipitado, la vanidad. Pero no había sido secuestrado por el inframundo, como la Proserpina de la Mitología; no: se había arrojado voluntariamente al abismo, mintiéndose a sí mismo, al abogado, al jurado, a António. La mentira es un velo que nos protege de lo peor que hay en nosotros; pero este velo servirá de banquete para las polillas del tiempo.

Todo su sufrimiento se había originado sólo para su interior, —y la gran pesadilla humana era volverse loco. La literatura había suavizado todo, lo había liberado en cierto sentido, pero... Quizás ahora se transformase en un pesimista Viejo del Restelo; tal vez la esperanza proveniente de los libros y del amigo fuese sólo la explosión que consume, como una estrella que explota y se desvanece; tal vez todo lo que tenía que hacer era esperar hasta que llegara la Muerte —y con toda su falta de prisa.

Los días surgían nuevos y se tornaban viejos incluso antes del atardecer, fusionándose para formar años trillizos de silencio y remordimiento.



La tan esperada mañana de reevaluación finalmente había llegado, pero, antes de apresurarse, Hilário simplemente arrastró la manta hasta la parte superior de su cabeza. Era un habito que venía de la infancia, un escudo contra el mundo, un escudo contra las ausencias. Sin paz, trató de dormir un poco más.

Después no hubo forma y él destapo sus ojos, que dieron con los restos de sus diseños arquitectónicos colgados en la pared. En un movimiento ya no estaba más cubierto, ahora sentado en la cama. Observó el padrón de barras alineadas frente a él como soldados limpios. Se bañó, se cepilló bien los dientes y se quitó el irritante cabello blanquecino de las sienes. Del armario salieron su chaqueta color plomo y su camisa blanca.

Era un día decisivo, y los días decisivos le quitaban el hambre: rechazó el desayuno. De pie, recostado a la pared, recordaba la arquitectura de Babel. Hay lugares que sirven de metáforas de una época: al principio, apenas una prisión; pero ahora, por el tiempo allí vivido, por lo aprendido allí, por los libros, por los amigos, por las notas, Babel ya no tenía la apariencia de una máscara sombría, y si un rostro —apesadumbrado, pero acogedor —de una madre envejecida —rígida, pero justa.

Se sentó en la cama. La pulpa del dedo índice derecho tocó la textura granulada de la cicatriz en la otra mano. Una cicatriz muy extraña. Cada vez que un hombre se mide a sí mismo con su destino, o bien piensa en todo, o no piensa en nada. Sí, había salvado la vida de un hombre y, en cierto modo, de muchos de ellos; pero era necesario zurrar la vanidad.

Finalmente llegó al cuarto oscuro, por encima del hombro del Agente desconocido Hilário, vislumbró el movimiento en la tenue luz: dos hombres. Pero no tenía certeza si había visto aquello mismo o si era su memoria fusionando el presente y el pasado, o la atizada imaginación o algo más allá de su comprensión. El joven Agente con cara de *vikingo* no se presentó, rápido sacó del bolsillo interior del traje una pantalla doble que medía aproximadamente once por cuatro centímetros en las dimensiones mayores y no tendría más de tres milímetros de espesura. Recorrió algunos menús con el tacto y acercó la pantalla a la altura de los ojos de Hilário, quien sintió que sus pupilas se contrariaron con la luz del pequeño escáner. Hilário percibió un ligero temblor en la musculatura facial del Agente, que bajó el aparato y, como quien juega con monedas sobre una superficie plana, descansó en uno de los bordes de la mesa e hizo el dispositivo girar hasta estacionar cuando se completó una media vuelta perfecta.

## NUEVO EL MUNDO, VIEJO EL HOMBRE

—Empaque sus cosas.

Tan pronto como Hilário fue devuelto a la celda, recibió de Claudio un par de pantalones y una camisa usados; cedidas por un funcionario de la portería —el traje y los zapatos pertenecían al Sistema y, por eso, no podían ser llevados. Incrédulo ante las tres palabras que confirmaban su libertad, Hilário permaneció inmóvil junto a la cama, sólo abandonando el estado catatónico al escuchar a Claudio exasperarse.

—Date prisa —gritó el funcionario. —El permiso de liberación ya está en el sistema.

Después de ver el resultado en la pantalla, Hilário había sido retirado rápidamente de la sala a la señal del Agente del Ministerio. Recogía ahora sus papeles y trataba de sujetarlos entre las hojas del cuaderno de portada blanca, cuando Claudio, que había salido del pasillo, reapareció, arrojándole una billetera de cuero marrón y mohosa.

—Sólo había eso a su nombre en el almacén. Dentro hay documentos y algo de dinero. Este dinero ya no vale más.

Después de quitarse el traje y ponerse la ropa recién recibida, Hilário fue acompañado por un funcionario de la Administración y dos oficiales de la prisión hasta el portón abierto del estacionamiento interno. Allí, el hombre de la Administración, un alto japonés, le entregó un boleto electrónico con la inscripción “Transportes Urbanos de Itaí”, junto con un pequeño rectángulo de papel.

—Hay una parada de autobús al otro lado —dijo el burócrata. —Use el boleto para llegar al centro de la ciudad y busque el Departamento de Asistencia Social en esa dirección. Tal vez ellos consigan un lugar para usted dormir en el albergue municipal. Buena suerte.

Hilário no dijo nada, y el toque de uno de los oficiales de la prisión en su brazo indicó que era hora de seguir adelante. Hilário y Lúcio —ese es el nombre del funcionario con cabellos parecido a un turbante —cruzaron el estacionamiento mientras los otros dos se quedaron atrás. Levantando el brazo, Lúcio determinó la apertura del portón final, el umbral entre la prisión y la calle. La estructura de metal se atascó; con un tranque, el chico de la garita ayudó al motor que fallaba y el portón finalmente se abrió. Unos pasos más y Lúcio se detuvo.

—A partir de aquí usted sigue solo.

Hilário cruzó el asfalto hacia la parada del autobús, tratando de entender lo que sentía, si era euforia, si estaba triste, entumecido. El frío era terrible, atravesaba la desgastada camisa fina, y las zapatillas viejas no protegían nada. Debajo de la estructura acrílica de la parada de autobús, el asiento de fibra de vidrio exhibía nombres y fechas con bolígrafo; al sentarse, Hilário notó en el refugio una cámara de seguridad. En la bolsa traía el cuaderno de portada blanca, algunas hojas sueltas, el cepillo de dientes y la billetera —era todo lo que tenía.

Un sedán oscuro estacionó frente al portón de la prisión y un hombre con traje se apresuró a bajar; Hilário lo observó aproximarse a la garita de vigilancia y luego darse la vuelta. En ese

momento apareció un autobús a lo lejos e Hilário se puso de pie, observando al hombre del traje indicar la dirección del punto, como si quisiera confirmar, en la garita, alguna información. El hombre de corbatas corrió para el auto e Hilário lo observó realizar una media vuelta en una maniobra prohibida, justo detrás del autobús que se aproximaba. El autobús llegó antes, e Hilário subió los escalones del mismo a un solo paso. A través de la ventana, mientras se alejaba, pudo ver al hombre de traje vociferando fuera del coche, gritando su nombre, saltando sobre el asfalto.

Al pasar el torniquete con el boleto, Hilário fue hasta la parte de atrás del colectivo, pero la ventana trasera estaba cubierta con un anuncio de jabón, y por eso no podía ver si era seguido. Intentó por las ventanas laterales; no abrían. Necesitaba un plan —aunque no sabía contra, qué, o quién —y corrió de regreso hasta el torniquete, acercándose a los espejos retrovisores; nada allí tampoco. Al sentarse, tenía sus fosas nasales dilatadas y el corazón acelerado, y los músculos tensos en su muslo derecho presagaban un calambre, que vino y luego desapareció.

Por las ventanas pasaban plantaciones de caña de azúcar, con máquinas agrícolas trabajando en filas; un zumbido silbaba por las grietas, paquetes vacíos de barras de cereal danzaban en el piso del pasillo mientras el autobús silencioso aceleraba o frenaba, nadie conversaba. Además del recién liberado, el autobús sólo tenía una señora con un pañuelo en la cabeza, tres niños con chaquetas universitarias y dos adolescentes con uniformes escolares —una mulata y una rubia, ambas muy altas y muy bonitas, que compartían los auriculares. El autobús se detuvo de repente y sólo se abrió la puerta principal. Hilário se levantó y caminó hacia la parte trasera —desde allí podía patear la puerta de atrás y escapar. Pero sólo una niña pequeña entró y el autobús salió nuevamente. Hilário le preguntó a la niña si ese autobús iba hasta el centro; sin decir nada, señaló el panel digital que indicaba otros seis puntos y finalmente, “Estación Central”. Pronto aparecieron las primeras casas suburbanas; los pasajeros fueron cambiados en los puntos faltantes —los tres muchachos se bajaron, subieron un viejo de piel rosa y un chico de aspecto indio —y finalmente el autobús se detuvo en un estacionamiento cubierto. Hilário escuchó el ruido del freno de aire y vio a la gente bajando; bajó también.

La Estación Central era un antiguo edificio al que se le habían agregado toldos de policarbonato, sus paredes cubiertas de grafiti y el piso, cubierto de basura, que emitía el olor a leche agria; en la salida, una placa de latón llevaba las palabras:

*Estatuto de Incineración de Publicaciones*

*Artículo 33 —Constituye crimen poseer, traer consigo, tener en depósito, almacenar, ocultar, adquirir, escribir, editar, publicar, vender, exponer a la venta, ofrecer, importar, exportar, enviar, transportar, entregar o proporcionar libros impresos.*

*Pena —prisión de 5 (cinco) a 15 (quince) años y pago de 500 (quinientos) a 1,500 (mil quinientos) días-multa.*

*Párrafo único —Incorre en las mismas sanciones quienes crean, almacenan, comercializan o transmiten, bajo cualquier título, archivos que contienen libros digitales protegidos contra alteraciones.*

Hilário le dirigió la palabra a un joven rubio con sudadera, que debía tener la mitad de su edad:

—Por favor, necesito de una información. ¿Eres de aquí, por casualidad?

—Sí. Vivo en esta calle. ¿Cuál información?

—¿Sabes dónde está esta calle? —preguntó Hilário, mostrándole el rectángulo de papel al joven. —Es la Asistencia Social.

—Uh... No sé. ¿No tienes celular? ¿Nada con GPS?

—No

—Imposible...

—Por favor, tengo que llegar a este lugar de inmediato. ¿Me puede ayudar o no? —insistió Hilário.

—Sí. Un momento —dijo el joven, aparentemente irritado.

El joven se llevó el celular hasta la boca y dictó el nombre de la calle.

—Listo. ¿Ves el mapa? Estas de suerte. Es la primera calle paralela.

—Gracias.

Hilário caminaba rápido, comprobando si lo seguían y preguntándose si haber salido de la prisión había sido algo bueno. Escrutaba los números de las casas cuando el sedán frenó a su lado. Antes de que Hilário pudiera correr, el sujeto con corbata lo agarró por el brazo.

—Señor Hilário, por favor, no huya. Soy João Passos, abogado. Vengo de parte del Doctor António Aldo.

—¿António? ¿Como es eso? No he sabido nada de él en años... ¿Cómo sabré si usted dice la verdad?

—Disculpe el abordaje temerario. Permítame explicarle. Mi oficina sigue su caso por orden del Doctor António. Estoy al tanto de toda su historia. Sabía que su reevaluación sería hoy, así que ya estaba camino a Babel. Hace cinco años, esperé en el portón de la prisión desde las siete de la mañana, pero sólo recibí la información del resultado horas después. Ya hoy, incluso antes de llegar, recibí una notificación por el sistema de que le habían otorgado su libertad. No podía imaginar que serían tan rápidos en colocarlo para fuera. Corrí a la prisión mientras avisaba al Dr. António y mandaba a reservar un boleto aéreo para usted. Llegué a Babel minutos después de que usted se fuera.

—Todavía no sé si le creo.

—Espera. El Doctor António previó eso —dijo el abogado mientras sacaba su teléfono del bolsillo y leía algo en la pantalla. —Él me pidió que, si usted tenía alguna sospecha, le recordara que “un ejercicio de Geometría le dio un libro”. No entendí el significado, pero él dijo que usted lo entendería.

—Supongamos que le creo. ¿Qué historia es esa de pasaje aéreo? ¿A dónde yo debo ir?

—Suba al auto, por favor —dijo el hombre de cabellos teñidos y peinados hacia atrás, cuya chaqueta de grafiti, ahora abierta, dejaba entrever las iniciales en el bolsillo de la camisa, con el reloj y gemelos indicando el alto precio de sus honorarios. —Todas las explicaciones vendrán en el camino.



En el automóvil que hasta hace poco lo perseguía, Hilário fue conducido a São Paulo. En la entrada de la ciudad, se dio cuenta de que el río Tietê había desaparecido —una vez canalizado, ahora debe correr por debajo de las pistas paralelas a las antiguas marginales. Después de una hora de tráfico lento, pudo ver los edificios del Viejo Centro devastados por la decadencia, aquí y allá ensombrecidos por construcciones modernas; las personas andaban apresuradamente por aceras sucias, codeándose bajo la mirada de cámaras plateadas esparcidas entre la Ladeira da Memoria y el Teatro Municipal. Después de cruzar el Viaducto del Té, se estacionaron en Largo de São Francisco e Hilário saltó del auto, deteniéndose frente a las columnas y arcos que sostenían el entablamento en el cual se leía, en el friso, FACVLDADE DE DIREITO (Facultad de Derecho).

El lugar lo hizo acordarse de algo que había sucedido décadas antes. Hilário había huido del refugio de menores en una madrugada de invierno y, caminando al azar, llegó a la plaza de Sé

temprano en la mañana, donde pasó el día acurrucado en un cantero, a pocos metros de unos niños que limpiaban zapatos. Al final de la tarde, uno de ellos, con una caja de limpiar zapatos en el hombro, se aproximó: “*ei*, te quedaste ahí el día entero sólo mirando”. Ante el silencio de Hilário, el chico insistió, preguntando si él no tenía a dónde ir. Hilário respondió apenas con un llanto leve y asintió con la cabeza al ser cuestionado si estaba con hambre. El niño sacó de la bolsa que colgaba de la caja un pan francés y, con las uñas grasientas, la partió por la mitad; comieron uno al lado del otro en silencio. “¿Dónde vas a dormir?”, Preguntó el niño mientras movía su camisa para ahuyentar las migajas. Hilário abrazó las rodillas y se encogió de hombros, indicando que no lo sabía. El niño se despidió y caminó en dirección la catedral, pero se detuvo a medio camino, con las piernas pintadas por la sombra de una de las torres del edificio neogótico; todavía de espaldas, sacudió la cabeza y volvió, quitándose la camisa.” Toma; estoy yendo para la casa; allí tengo manta; pero tú no cabes en casa; desaparécete de la plaza; la noche aquí tiene dueño; puedes dormir frente a la facultad; por ahí, allá también la noche tiene dueños, pero los chicos son amables; mañana me devuelves la camisa”. Hilário pasó la noche refugiado bajo los arcos de la facultad, junto a tres brasileños envueltos en mantas mugrientas y dos peruanos con prendas andinas no menos sucias. A la mañana siguiente, fue despertado por el camión de agua que expulsaba a las personas sin hogar con un chorro de agua fría. Todavía con sueño, Hilário llegaba a la Plaza de Sé cuándo vio la corredera de su benefactor y de los otros limpiadores de zapatos — la Inspección no quería menores trabajando allí. Pasó el resto del día deambulando por los paseos peatonales vacíos —todo el comercio popular había desaparecido con la llegada de la Inspección —y al final de la tarde, siguiendo a los peruanos con los que había pasado la noche, se encontró detrás del Convento de San Francisco, en la fila del pan comunitario. La trabajadora social del refugio apareció, emparejado con él y, sin culparlo por la fuga, simplemente lo llamó para “volver para la casa”, colocando una de las manos sobre su hombro como si lo estuviera orientando en la travesía de una calle concurrida —entonces ella, un par de pies más baja que el entonces adolescente. Hilário aún recordaba el nombre de aquella dama pecosa. Pero nunca supo del limpiador de zapatos —ni pudo devolverle la camisa.

Desde el estacionamiento frente a la facultad que evocaba recuerdos tan remotos, Hilário y el abogado zigzaguearon por la Calle São Bento entre vendedores ambulantes; acompañados por el aroma de los bocadillos de salchicha, provenientes del antiguo restaurante, llegaron al edificio cuya puerta de cristal llevaba un escudo de armas de la República. Era justo después del mediodía cuando Hilário dejó el puesto de la Policía Federal con un pasaporte electrónico.

El abogado lo llevó a un hotel para que pudiera ducharse, y juntos se dirigieron para la región de Jardines donde, en una casa neocolonial rodeada de árboles, el hombre recién liberado compró una maleta a rayas y ropa por las cuales no tuvo que pagar —el abogado pagó todo, por orden de António. No pasaba de las cuatro de la tarde cuando salieron del barrio noble.

El vuelo saldría sólo a la una y cinco de la madrugada. António estaba muy enfermo, le había dicho el abogado, y quería que Hilário fuera para allá. “Allá” era Portugal.



Hilário asintió hacer el viaje, con una condición que, contrariado, el Dr. João Passos cumplía ahora: antes del aeropuerto, debería llevarlo a la casa de la familia del joven que había matado hacía veinticinco años. El abogado llamó a su oficina y consiguió la dirección. En el camino, Hilário vio a los lejos el Obelisco del Ibirapuera, y después de veinte minutos siguieron por unas calles estrechas de un barrio residencial. El automóvil fue estacionado en la calle transversal y el doctor intentó sus últimos lances para convencer al exconvicto de que no fuera a hablar con la



madre de la víctima —eso podría traer complicaciones, dijo; pero los argumentos legales fueron en vano. Hilário se acercó a la casita de ladrillos expuestos e incluso antes de cruzar la calle vio a una mujer de cabello blanco y de espalda inclinada haciendo la poda en el jardín de gerberas. Se acercó y reconoció a la mujer que había estado llorando en la corte. No sabía lo que iba a decir —tenía que disculparse, por supuesto, pero no había pensado en cómo. Al borde de la reja montada sobre el muro original, llamó a la señora, que se desplazó hacia él con dificultad, temblando, como una mecedora que había cobrado vida y se había puesto a andar. Estaba vestida con una pieza única de tela con flores, de esas hechas en casa con la máquina de coser, y traía un rastrillo en la mano derecha. Hilário preguntó si ella era la Sra. Marília Inocêncio, y la respuesta fue afirmativa. Él le preguntó si ella lo reconocía.

—No recuerdo muchas cosas, sabe; mi memoria anda débil. ¡Si! Debes ser amigo de Edu, ¿no es verdad? Mucho mayor que él. Entre, entre, venga a tomar un café, Edu ya va a llegar. Está en la facultad. ¡Una belleza! Pronto tendrá un diploma. Será dentista como el papá...

Ella dejó de hablar y sus ojos se perdieron en la dirección de él. Luego reanudó:

—Es. Una lástima. Fue muy triste. Él era muy joven. Y murió de aquella manera estúpida. Por años maldije al chico que lo mató. Después sentí pena por él también... Debe haber tenido una vida...

Hilário intentó decir algo, pero fue interrumpida por la señora que ahora parecía aún más jorobada y temblaba aún más...

—Pero... esta cabeza mía... ¿Quién dijo que era? ¿Amigo de mi esposo? No, no debería ser. ¿Amigo de Edu, no? Ya ya él llega. ¿No quieres entrar? Venga. Acabé de hacer el pastel de naranja que Edu ama. Venga, venga.

La mujer se detuvo mirando para la pierna del pantalón de Hilário; después giró el cuerpo y desapareció de ahí para dentro de la casa. Regresó con una mano detrás de su espalda y abrió el portón con el dedo índice de la otra mano, que sostenía una pequeña caja; se arrodilló delante de él. Hilário escuchó un sonido metálico, el choque de algo contra el cemento de la acera.

—¡Pero qué absurdo! —dijo la mujer. —Nadie hace nada bien en estos días. No lo soporto cuando hacen eso con los pantalones de Edu. Todo desconcertado.

Los movimientos eran claros y, con una agilidad que Hilário no podía suponer, la señora sacó una línea suelta del dobladillo de los pantalones de él; luego, con su mano izquierda, menos temblorosa que la otra, sacó de la caja una aguja de la que ya tenía hilo y, como si en el acto de recuperarse todo el vigor de la juventud, la anciana rehízo la costura de la barra del pantalón.

—¡Listo! —dijo ella.

La mujer todavía estaba postrada cuando Hilário la vio arrastrar la mano por debajo de la tela de su vestido, tanteando el suelo. Entonces surgió el objeto y los rayos del sol reverberaron en ambas cuchillas. Con unas tijeras, la anciana se lanzó la pierna de Hilário.

El corte fue exacto; el hilo, roto en el lugar exacto, sin rastro de la costura. Doblada ante Hilário, la señora lo golpeó con la mirada, tal vez en un recuerdo de la memoria. Él apartó la pierna y ningún sonido escapó de su garganta en cuanto salía de allí.

—¿Ya se va? No seas tímido. Le diré a Edu que vino a visitarlo. ¿Cómo te llamas de nuevo? Que Dios lo acompañe.

Hilário se subió al auto y no respondió las preguntas formuladas por el abogado. El silencio se cernió sobre ellos hasta el aeropuerto.

Cuando llegaron, el reloj holográfico del vestíbulo marcaba las 20:26. En la despedida, el doctor João Passos recomendó que se quedara allá, por Portugal, que no regresara a Brasil. Ante la mirada de asombro de Hilário, el abogado concluyó:

—Este no es un país para viejos.

En el laberíntico aeropuerto, una hipótesis inquietó a Hilário: como había acabado de salir de la prisión, nada garantizaba de que los sistemas estuvieran interconectados, y tal vez aún no podía salir; tal vez tenían que enviar papeles, informar a la Policía; tal vez ya se había recurrido a algún recurso contra su liberación.

## LA NUEVA BABEL

El vuelo TP80 tardó quinientos noventa y tres minutos para vencer la distancia São Paulo-Oporto, e Hilário no pudo dormir ninguno de ellos.

Cuando el tren de aterrizaje golpeó el suelo portugués, Hilário todavía estaba reflexionando sobre su encuentro con la anciana. “Que Dios te acompañe...” Él lo que quería era que el tal Dios derribase el avión. Cuestionó el por qué de su silencio, aquel letargo. Después de todo, había ido a disculparse... Con la mujer en aquel estado, poco serviría, es verdad, pero aún así, debió haber dicho algo. En el fondo sabía que ella sabía: percibió que la mujer había reconocido al asesino de su hijo, pero en lugar de atacarlo con las tijeras, se arrodilló, cosió el dobladillo, lo bendijo... Como había leído una vez, *la verdad es iconoclasta...*

Le dolían los hombros y tenía los párpados hinchados como los pies cuando Hilário siguió la fila que estaba vaciando el avión. En la fila siguiente entregó el pasaporte, percibiendo que la joven funcionaria con el uniforme verde brillante permanecía más tiempo con él que con los otros pasajeros.

Ella hizo un gesto y un hombre uniformado se acercó hasta la ventana; el chico gesticuló a Hilário para que lo acompañara y, con el dedo índice señalando, sólo dijo apenas “allí”. Al llegar a la habitación acristalada, Hilário se sentó en una mesa de metal, donde un funcionario imberbe le pidió que fijara la vista en el escáner. Después de leer el iris, el funcionario le preguntó por qué había venido a Portugal —quería saber el motivo del apuro, porque el sistema registró que el pasajero había salido de una prisión en Brasil hace poco más de veinticuatro horas. Hilário se explicó, mostró el dinero que le había entregado el Doctor João Passos, respondió sobre dónde se hospedaría y si tenía un teléfono celular para contacto —aún no tenía uno. La chica de uniforme verde salió de la sala, dejando a Hilário frente al funcionario que, por teléfono, reforzaba la extrañeza —usando frases cortas, en un discurso arrastrado, todos los presentes se expresaban con acento brasileño. La chica regresó minutos después y le ordenó a Hilário que volviera al mostrador, donde volvió a pasar su pasaporte por el dispositivo.

Bienvenido a Portugal, señor Pena.

Después de recoger su equipaje en la cinta transportadora, Hilário se detuvo frente a la puerta giratoria del aeropuerto Francisco Sá Carneiro, esperando que una pareja terminara la ruta semicircular. Miró a su alrededor: el anciano bostezando, la mujer de negocios mirando el reloj, los niños corriendo por los bancos que gritaban ser patos, el chico de la limpieza tarareando alegremente —su compañero de trabajo, ni tanto —tres chicas durmiendo, pilotos, azafatas, anuncios, tiendas, dados lanzados.

En la puerta apareció un letrero electrónico que decía *En todo el territorio europeo, tener libros es un crimen. Denúncielo.* Hilário se preguntó qué haría en Portugal y fue tomado por el pánico —debía haber pensado en eso antes de abordar. Al darse la vuelta, vio un área de venta de pasajes *last minute*, donde había tres tótems curvos, cada uno con una fila corta, y confuso, tomó

una de ellas —tal vez comprase un boleto de regreso. El chico frente a él se demoraba mirando el teclado virtual del tótem y después la pantalla del teléfono; con cada movimiento, el joven se enfurecía, sacudiendo su largo cabello y su pesada mochila, digitaba algo en una de las pantallas, luego volvía hacia la otra, refunfuñando y digitaba nuevamente en el tótem, luego nuevamente en su teléfono celular. Hilário ofreció ayuda, pero no hubo respuesta. Insistió, y el joven, sin mirarlo, dijo que estaba buscando boletos para Helsinki, Split y Berlín —eran los más baratos esa semana y, como tenían el mismo precio, estaba indeciso; por eso usaba una aplicación aleatoria para que esta decidiese a donde él debería ir. Hilário preguntó cuál era el caso, ya que había mirado el celular varias veces, y el niño respondió que el programa había dado dos resultados para Berlín y cuatro para Helsinki, pero ninguno para Split.

—Entonces, creo que usted va para Helsinki —dijo Hilário, intrigado. —¿por qué la duda?

—Es que yo quiero ir para Split...

El chico repitió el procedimiento y, con el semblante triste, mostró la pantalla de su teléfono celular, giró hacia el tótem y completó la operación —compró el boleto a Helsinki. En ese momento, cuando Hilário vio al joven distanciarse cabizbajo, decidió que era hora de ser *el dueño de su destino, el capitán de su alma*, como en el poema. Cruzó la puerta giratoria.



Las plantas de los pies comenzaron a latir, como si hubieran sido atravesados por tornillos, e Hilário aflojó los cordones de sus zapatos tan pronto como entró al taxi. Le dijo al taxista el nombre del hotel que el abogado le había reservado, y a través del cristal del auto de motor eléctrico fue observando el paisaje y la carretera repleta de postes con cámaras. En la plaza de peaje, una placa gigantesca le hacía propaganda a una clínica de mejoramiento genético: *Tenga hijos perfectos*, anunciaba. En el camino desde el aeropuerto a la ciudad, Hilário vio el bosque de eucaliptos con focos de incendio aquí y allí ser substituida por bodegas industriales; estos, por edificios residenciales de cuatro pisos; estos por un condominio de lujo; este, por casas modernas; y finalmente el Viejo Centro, iglesias azulejadas, jardines, plazas, fruterías, cafeterías, casas barrocas, restaurantes. A lo largo del camino había placas metálicas pintadas, que se leían en versales: “TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO”. Al llegar a la Plaza de la Batalla, se encontró con una fila de cámaras instaladas en los edificios cada tres metros. Pagó la tarifa, saltó del taxi con su maleta y entró al hotel, cuyo vestíbulo de granito marrón tenía un cuadro de anuncios digital que señalaba la programación de una casa de eventos, alternándose con la misma advertencia vista en el aeropuerto sobre la prohibición de los libros.

Hilário fue atendido por un joven de unos veinte años. Dado el acento del joven, preguntó si también era brasileño. La respuesta fue negativa, provocando el mismo asombro causado por el acento de los funcionarios de inmigración —portugueses, tal y como se leía en los distintivos, pero que hablaban con entonación brasileña. Cargando la maleta a rayas y una llave electrónica a la habitación 408, Hilário tomó el elevador de luz vacilante. Al entrar en la habitación, sintió la alta alfombra bajo los pies, dejó la maleta debajo de la ventana, que se abría para el techo sucio del edificio contiguo, y se sentó en la cama frente al único accesorio de la habitación —un grabado hecho de triángulos y círculos amarillos, azules y rojos. Apenas se quitó los zapatos y sonó el teléfono de la cabecera: un automóvil lo recogería en quince minutos, le dijo el empleado. Hilário se cepilló los dientes mientras el agua caliente de la ducha caía por sus hombros, saboreó la pasta de dientes, probó el aroma del champú de hierbas, y fue sólo eso lo que pudo aprovechar. Su temperatura corporal estaba más alta, probablemente resultado de la noche a bordo, y con la espalda aún húmeda, arrancó la etiqueta de la primera camisa blanca que encontró en su maleta.

Luego llegó al vestíbulo, donde el conductor taciturno lo estaba esperando para llevarlo a un lujoso auto azul oscuro.

El camino hasta el hospital no tardó más de diez minutos. Una enfermera acompañó a Hilário a través de corredores de color verde claro, llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió y reveló una gran habitación con pisos de cerámica pulida. En la cama inclinada, el viejo António tenía los ojos aún vivos pero succionados cráneo adentro; su rostro estaba lívido, como si los contratiempos lo hubieran disgustado —aunque la luz brillante de sus ojos no dejaba dudas que era alguien que puede amar la realidad, amar la vida, amar a alguien. António parecía dar instrucciones a un señor calvo que se despidió del enfermo y, al pasar junto a Hilário, se echó hacia atrás, revelando el cráneo de cáscara de avellana.

—Él está bastante débil y tiene dificultades para hablar —dijo el hombre. —Pero muy feliz por tu llegada. Mucho gusto, Sr. Hilário. Soy Fernando Soares. Hasta luego.

Hilário se acercó y sintió su brazo arrastrado por la cálida mano de su amigo.

—Es bueno verte, mi joven...- dijo António, con la voz muy débil. —En Babel parecías menos fuerte.

—¿Joven? —rió Hilário. —Sí, engordé un poco.

—Compréndelo como quieras; pero no me refería a tu peso. Por mi parte, quería estar en mejores condiciones para recibirte aquí en Oporto.

—Es bueno verte también, António.

—Gracias. Escuché que hiciste un buen trabajo en Babel...

—¿Supo?

—Ciertamente. *Tú* estabas en aislamiento. Lo que no significa que yo no pudiera obtener informaciones sobre ti.

—Nunca recibí una carta, una nota, nada...

—Eso fue necesario. Por tu propio bien, y por los planes que hice, no sería bueno que nos hubieran vinculados. Ahora ya no importa. Tenemos poco tiempo. ¿Y entonces, a cuántos de ellos resucitaste? ¿Cuatrocientos? ¿Quinientos? ¿Mil?

—¿Habla de los libros?

—De los libros... Podría ser. Pero pensaba en aquellos hombres. Incluso los asesinos de los viejos tiempos no eran tan malos como los hombres “buenos” de esta era insana. Ten cuidado con lo que vas a encontrar ahí fuera... —y la voz falló. —Pero dejemos eso de lado. ¿Cuántos lectores conseguiste pescar?

—¿Cuántos *conseguimos* querrás decir, no? Quédate tranquilo. Muchos —respondió Hilário.

—Desearía haberte visto antes, contarte lo que sucedió conmigo. No puedo hacer eso ahora, pero está todo escrito y lo encontrarás. Ese hombre que acaba de irse es mi abogado y consejero durante años, y completamente confiable. Él tiene instrucciones sobre cómo deberás administrar mis bienes, y espero que tú, mi amigo, así lo hagas y...

—No quiero nada y...

—No me interrumpas. Sé que me estoy muriendo. El Doctor Fernando Soares te contará sobre mis planes. Al menos la parte que le fue dada a conocer. El resto dependerá de ti.

La enfermera entró anunciando que António se sometería a algunos procedimientos, y el viejo amigo estrechó la mano de Hilário con sorprendente fuerza.

—Sé lo que vendrá ahora —dijo António. —Es un intento desesperanzado. Acabé de firmar un término de conciencia de los riesgos, y son varios. Probablemente ya no nos veremos más.

—No digas eso.

—Gracias, Hilário.

—¿Por qué?

—¿Cómo, “por qué”? Me salvaste la vida.

—Yo soy el que tengo que agradecer. Usted hizo mi vida allí no sólo soportable, sino incluso muy buena. Y descubrí mucho sobre mí.

—Solamente te señalé un camino. El resto, lo hiciste por ti mismo. Descubriste...

—Sí. Y no fue nada confortable. Sabe, António, realmente yo maté aquel joven. Cobardemente. Siento, no haberte contado la verdad y...

—Yo siempre lo supe —dijo António, con una breve sonrisa vibrando en su rostro grabado de arrugas. —Nunca podrás borrar el mal que hiciste antes de Babel, está hecho; pero mientras estés vivo, habrá oportunidad para ser mejor.

—¿Siempre supo? Pero...

—Lo importante era que *tú* lo admitieses. Ahora está mejor. ¿Y entonces? ¿Como es?

—Tendré que vivir con eso. Antes de abordar busqué a la madre del joven, pero ella fingió no reconocerme e incluso me ayudó. No puedo comprender bien... mi acto fue injustificable.

Hilário vio un estremecimiento en el rostro de su amigo, que apretó aún más la mano del visitante mientras hablaba.

—Los grandes errores que tienen justificación, bien... Ellos tienen justificación. Es exactamente para los errores injustificados que existe el perdón.

Llegaron dos enfermeros y destrabaron las ruedas de la camilla. António haló por el brazo a Hilário.

—Todavía tienes aquel papel con las coordenadas geográficas, ¿no? Genial Cuando llegue el momento, recuerda de que la vida no funciona por ecuaciones, pero que en Babel una de ellas fue la clave para los libros...- António levantó un poco el tronco, con dificultad y le dio un abrazo a Hilário. —Adiós, amigo.

—Hasta pronto, António.

El auto dejó a Hilário en frente del hotel, pero no quería ir tan pronto para su habitación. Pensó en lo que había visto en el hospital y que debió haber sido más emotivo; pero, debido a alguna falta de conformación en la juventud, no había aprendido a revelar sentimientos. Lo máximo que conseguía hacer era pensar en los escritos que había leído en Babel, y recordó un verso que deseaba haberle dicho a su amigo: *no entres tan tranquilamente en esa noche acogedora...* Su vida era así: sólo sabía de sí lo que podía recuperar de las letras borradas por el tiempo —como un viejo palimpsesto, su vida era un pergamino en el cual él raspaba las palabras ajenas para en su lugar escribir las propias.

Hilário caminó sin rumbo el sábado por la tarde, deteniéndose aquí y allá para mirar por las ventanas de las tiendas cerradas. Después, ya en el hotel, ordenó un refrigerio en la habitación y renovó el baño, esta vez como se merecía: mucha agua, champú, jabón con hidratante, sin prisas. Luego fue a acurrucarse en la cama de sábanas nuevas.



António tenía un cuadro estable, dijo el Doctor Fernando Soares por teléfono temprano en la mañana: en un coma inducido, pero con un buen pronóstico, probablemente al día siguiente podría recibir visitas en la habitación. Hilário tendría, así, un domingo por delante del cual no sabía qué hacer —temeroso de salir de su habitación y recibir una llamada del hospital o del abogado —y, como estaba exhausto, decidió dormir un poco más. Horas después, se despertó, miró el reloj, que marcaba las dos menos cuarto, saltó de la cama y se vistió apresuradamente. Decidió conocer la ciudad, y la joven de la recepción le indicó una aplicación con la guía de Oporto. Atónita al

escuchar del huésped que él no tenía celular, ella imprimió un mapa del centro histórico, marcando algunos restaurantes. Las frases de la chica venían a sacudidas, y una vez más el acento era brasileño. Hilário preguntó por la nacionalidad. Portuguesa.

—Discúlpeme —dijo él. —Acabo de llegar, nunca había venido a Portugal y... Es extraño ... Ustedes no hablan como me lo imaginaba.

La recepcionista sonrió y él continuó:

—Tengo un amigo portugués, a quien conocí hace años, y esperaba hablasen como él.

La señora sonrió de nuevo.

—Ah, el viejo acento portugués... Sólo las personas mayores y en la zona rural todavía hablan así —dijo ella. —Ahora hablamos como en Brasil. Como en los programas de televisión de allá.

—Entiendo... Uh... Tengo el día libre y me gustaría ver algo típico. ¿Recomendarías alguna presentación de Fado?

—¿Fado? Casi no hay más. Ultrapasado. Quizás lo encuentres en ciudadelas. En Oporto o Lisboa, imposible.

El sol de septiembre fustigó a Hilário en cuanto salió del hotel. Caminando por la Calle Santa Catarina, pensaba en la extraña forma de comunicación del personal del aeropuerto, del taxista, del personal del hotel, todos tropezando en las frases —algo en código Morse, punto y guión, el código binario de las computadoras.

En un poste, el cartel llamó su atención: *ESTERILIZACIÓN PREVENTIVA: denuncie portadores del gen-C*. Al entrar en la Calle Formosa, reconoció, en inscripciones hechas con mimeógrafo en un antiguo edificio, versos memorizados durante años: *Porque yo soy del tamaño de lo que veo, y no del tamaño de mi altura*. Sólo el bochorno habitaba las calles, y las pilas de paquetes en las aceras olían a comida en descomposición. Hilário entró en una cafetería y pidió refresco. Observó, en la mesa de la derecha, a la mujer que llevaba un pañuelo multicolor en su muñeca izquierda y no se desprendía de su *tablet*; luego vino la adolescente de *top* negro con sujetador aparente; dos mesas más adelante, un hombre en su celular preguntaba por los niños, hablaba con ternura, decía estar solo; mentía.

Cruzando de regreso a la Plaza de la Batalla, Hilário encontró una escultura en un jardín y, en el pedestal, leyó un epígrafe *romancista histórico de Oporto*; pero el nombre del escritor había sido borrado. Siguió caminando, y lo que estaba buscando se reveló, creciendo: allí estaba él, el puente que parecía decir “finalmente has llegado”.

Desde el Puente Luiz I vio la muralla, el funicular, la silueta de la ciudad de Oporto con sus torres. Mirando hacia abajo, vio a la multitud circulando por el paseo marítimo y las embarcaciones de recreo que desgarraban el río Douro, mientras que, en la orilla opuesta, los carteles recortaban a Vila Nova de Gaia, indicando las bodegas de vino de Oporto. El piso vibró al acercarse el tren e Hilário se agarró a las barandas —nada de acabar bajo las ruedas de metal, pensó. Alejándose del borde, regresó, siguiendo el flujo de personas que parecían haber salido de todos los callejones de la ciudad hasta hace poco desértica. Quería ir a Beira, decenas de metros abajo, y la escalera le hizo recordar de las ampollas en los pies. Bajando lentamente los escalones, pasó junto a pequeñas casas que tenían sábanas sobre la fachada. Junto a la Calle Señora de las Verdades, los músicos afinaban sus instrumentos, todos de espaldas a una grabación con mimeógrafo —los caracteres eran idénticos a los que había visto antes, pero con otras palabras: *Sólo lo que no muere, muere; lo que muere renace en otro lugar*. En el último tramo de las escaleras, flores nacían inexplicablemente en la pared rocosa.

Hilário bajó por la rampa de los Cais da Ribeira. A su derecha, pequeños restaurantes albergaban turistas animados, mientras que a la izquierda el Douro corría tranquilamente hacia el

mar. Siguiendo una de las sugerencias de la recepcionista, fue al restaurante que tenía dos barriles de vino en la entrada y se quedó en una mesa en la terraza, dudando frente al joven camarero que le presentó un *tablet* con el menú. El chico de cabello puntiagudo le dijo que, si tenía dudas, el propio menú tenía una aplicación aleatoria que elegiría para él. Hilário le pidió al camarero que sugiriera algo; queso regional, agua con gas y una copa de vino de Oporto LBV vinieron. Una brisa soplaba desde el sur, llevando el agradable aroma del Douro y el sonido de un arpa de diez cuerdas.

Probó el vino, y el sabor y el olor de los alrededores le llegaron a la boca, como si bebiera las casas, el río, las bodegas. Mirando para los zapatos caros, pensó en los últimos dos días, inverosímiles —y él allí degustando un paisaje como si su vida no hubiera existido. Pero la cicatriz en su mano, aunque casi se desvanecida, no le permitía olvidarse del crimen y de lo que Babel le había dado en el silencio de los libros: como un vampiro al revés, en lugar de chuparle, a partir de aquella mordida Babel había inoculado en él una sangre renovadora, poblada de lenguas y letras. *La vida sólo es posible reinventada*, se dijo, recordando el poema.

Con el caer de la tarde, el aire se fue espesando y el paisaje se volvía etéreo. Tal vez Hilário estaba apenas ebrio de sueños y pronto se despertaría en su dura cama de Babel... Sacó de su bolsillo la tira del remedio, confirmó las marcaciones, se tranquilizó —todo en día con el *Trivium*.

Pagó la cuenta y, al ver un barco de paseo a punto de partir —un moderno *rabelo* desprovisto de velas, pintado en marrón -, compró el boleto. Atravesó la rampa móvil y se dirigió hacia la proa, con la intención de sentarse en el primer asiento, pero algunos jóvenes tomaron la delantera y él tomó el asiento de la segunda fila. Con once minutos de atraso, el bote comenzó su lenta salida de estribor. La bandera de proa, blanca, ondeaba. Mientras navegaban río arriba, una voz masculina narraba la historia de los puentes del río Douro. El *rabelo* llevaba seis matrimonios, un bebé en un coche azul, cinco jóvenes y cuatro muchachas que, inclinadas sobre la barandilla, dividían botellas de vino espumoso. Hilário miró para una de ellas y, por un breve momento, bajo el impulso primitivo del sexo, parecía haber vuelto a sus veintidós. Sin embargo, la mirada de desaprobación que le devolvió la joven, lo devolvió a su edad, y se rió al pensar en un paliativo físico que lo rejuveneciera al menos en imagen: tinte para el cabello.

El bebé, que había estado durmiendo hasta entonces, agitó las manos y vagamente abrió los ojos, escrutando el ambiente. Mirándolo, Hilário reflexionó sobre cómo nacemos frágiles, y con eso vino el mal estar: Eduardo Inocêncio, el joven que él había asesinado, había sido un día un bebé —tan frágil como el que estaba allí. El bebé bostezó, se meció en el coche, jugó con las alas del ángel que estampaba su camisa y, mirando para Hilário, sonrió y murmuró algo, como si dijera: “Tú también, un día, fuiste tan frágil así... Ahora, arrepíentete y vete...”.

Después del desembarque, Hilário atravesó Luiz I hacia Vila Nova de Gaia. Caminó ladeando las bodegas y, en la terraza de piedra de una de ellas, ordenó una *vintage*, que degustó viendo a Oporto del otro lado del río bajo luces ámbar que parecían parpadear como velas en candelabros. Al regresar por el puente, se detuvo en el mismo restaurante en Cais da Ribeira, y esta vez hizo a una copa de vino tinto ser acompañada por panecillos y castañas. Ahora el olor del río se mezclaba con los restos de harina blanca en sus dedos, y el sonido de una armónica coincidía con los pasos de los turistas. En el paseo marítimo, un chico limpiaba los espejuelos para la venta mientras hablaba por su teléfono en árabe, la chica de la artesanía tocaba melodías tristes en la guitarra acompañada de cantos en francés, el niño de cabello anaranjado gritaba en italiano; en la mesa detrás de Hilário, madre e hija discutían, tal vez en ruso; al lado, el matrimonio de coreanos repetía la porción de pasteles de bacalao y tomaban fotos del plato —hablaban en inglés al



camarero español. Aquello era la verdadera Babel.

Una novia y el novio aparecieron en la escena en una sesión de fotos junto al río. Dos hombres de mediana edad llegaron al restaurante cantando, se sentaron y pidieron cerveza belga. Un niño flaco se apoderó de uno de los raros espacios vacíos del paseo marítimo y, con cuatro latas de aerosol, clavó un cartón en el piso, sumergió su pincel en un vaso de vidrio con pintura amarilla y lo hizo vibrar arriba y abajo, intentando con las gotas recrear sobre el fondo azul oscuro las luces del lugar; en el primer intento, no funcionó.

El viento entonaba palabras de todos los idiomas e Hilário quería conversar con alguien. Vio a la propietaria del bar, una mujer rubia, hablando con tres ancianas americanas; ella decía estar preocupada con el mundo y hablaba sobre la educación de las hijas y la importancia de decir que no. Hilário había pasado gran parte de su juventud anhelando aquello, por alguien que le hubiera dicho no —pero no uno de esos duros “no” a los que se había acostumbrado recibir, sino a aquel tipo de no, con todo el amor de una madre. Mientras la propietaria hablaba sobre la fundación del restaurante y el origen de la familia en Peso da Régua, la tarde se despidió.

—La cuenta, por favor.

Al subir a la Plaza Ribeira, Hilário tomó la estrecha Calle de los Mercaderes. Un deseo de conocer todo lo invadió. Sí, era domingo, las atracciones estaban cerradas y tal; pero la ciudad era hermosa por la noche y él tenía el mapa, tenía las piernas, había amortiguado el dolor en las plantas de los pies con alcohol; y había pasado veinticinco años en prisión, necesitaba ir en busca del tiempo perdido. Se veía un hombre descompensado, mitades que no combinaban, las marcas de alguien de su edad, pero la curiosidad y la ingenuidad de un niño —había aprendido mucho en los libros, es cierto, pero le faltaba la experiencia de las relaciones humanas, de las cuales había sido privado por tanto tiempo. Vestido sobriamente y con aquellos rasgos maduros, para los otros tal vez él podría parecer sereno, en paz; pero en su interior todo se agitaba, el ardor del descubrimiento, aquella inquietud que tan a menudo vemos en los hombres cuya edad puede haber avanzado, pero no el número de aventuras. Haciendo media vuelta, emprendió por calles con aspecto de fábula y, siguiendo la línea del tranvía, se encontró con la Torre de los Clérigos que, evocando la forma de las torres de vigilancia de Babel, parecía despegar de un universo onírico. Jadeante por causa de la ladera, se detuvo para descansar frente al edificio amarillo y gris del Centro Portugués de Fotografía. Después dio la vuelta a la torre, deteniéndose frente a un edificio neogótico blanco, por cuyos vidrios se veía la escalera y los estantes vacíos —en el letrero decía que allí había funcionado la “Librería Lello e Irmão”.

Una joven se acercó y le entregó una tarjeta que daba derecho a dos bebidas en un burdel. Asegurándose de que la tarjeta se hubiera guardado bien en su billetera, Hilário le sonrió y giró a la izquierda en la Calle Galeria de París, donde, tropezando con una de las barras verticales de protección, se apoyó contra un edificio de estilo *art nouveau*. La sed lo llevó a un bar iluminado por falsas lámparas y pidió cerveza; revitalizado, regresó de nuevo por las calles que parecían estar inmersas en una densidad irreal, como si el río se hubiera evaporado hacia el Centro Viejo.

Hilário iba leyendo la ciudad a partir de los elementos arquitectónicos —frontón interrumpido, escalera, piedra de armas —y pensaba en la arquitectura como una de las más bellas artes, una concepción del mundo materializada en formas, volúmenes, detalles, una declaración del hombre como constructor de su destino, una creación del ser humano que en algún momento decidiera que su casa ya no sería sólo un rincón debajo de la piedra que proporcionaría refugio, sino la materialización de sus valores, creencias y forma de vida. De su cultura.

TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO surgió en el pilar de la carnicería y él cambió de acera. En la región de los teatros, se agachó para atarse los zapatos, y cuando se puso de pie se encontró con

otra de esas pinturas con mimeógrafo: *Lo que no muere, muere; lo que muere, vive para siempre.*

Sudado y borracho, llegó al hotel y, en el ascensor, se miró en el espejo. La barba por hacer y las arrugas en el rostro lo hacían parecerse a un personaje del lejano oeste que veía en la infancia, cuyo nombre no podía recordar si era *Todos los asesinos son pálidos* o *La muerte es grisácea y amarilla*.

El baño fue rápido e Hilário durmió, esta vez sin temor a despertarse. A la mañana siguiente podía visitar a António en el hospital y darle un abrazo a su amigo —el maestro que lo había enseñado cómo si fuese un hijo, que lo había convertido en un hombre nuevo en Babel, que le había dado una nueva vida.



Hilário acompañó el funeral desde la distancia.

El Dr. Fernando Soares le había avisado por la mañana de la muerte de António, y él había pasado horas encerrado en la habitación del hotel, sin saber si asistir o no al funeral en la iglesia. Alrededor de las cuatro de la tarde, decidió ir directamente al entierro y tomó un taxi que lo dejó cerca de la entrada del Cementerio de Lapa. Aligerando el paso entre los mausoleos decorados con figuras aladas, vio el aglomerado de personas frente a lo que ostentaba, en la puerta de bronce, la inscripción “Familia Santos de Almeida”. Hilário no se arriesgó a acercarse: el olor de las flores era fuerte en el día abrasador, la profusión de cruces apuntadas hacia el cielo azul provocaba tonturas, y su estómago débil, maltratado por el exceso de alcohol del día anterior, estaba dando vueltas.

Viejos sesudos se llegaban al ataúd apoyado en el catafalco con forma de carruaje, hacían una reverencia al muerto como si fuese a un tótem y se apartaban con la cabeza gacha. Después de realizar ese mismo ritual, el Doctor Fernando Soares llegó hasta el pórtico de la capilla bajo el cual Hilário se había refugiado del sol y, con un firme apretón de manos, dijo que lo sentía. No, no había familiares para saludar, el doctor respondió a Hilário: los únicos parientes vivos de António eran, dos primos que vivían en Australia, y no consiguieron llegar a tiempo. António también había tenido una pareja durante tres años, con quien había vivido poco después de salir de prisión en Brasil, pero ella había muerto hace algún tiempo, explicó. El abogado dijo que había asuntos serios que atender en su oficina y le dio la dirección a Hilário —estaba bastante cerca, se podía ir caminando, debería estar allí en veinte minutos.

El ataúd fue llevado al mausoleo. El resto fue silencio.

Al salir del cementerio, Hilário pensó en los libros y que no lo habían preparado para aquello. *Cómo* debería comportarse, no lo sabía. Ahora estaba allí, queriendo llorar, la mente con ganas de desmoronarse, un desdén de sí mismo. La muerte parecía burlarse de él, arrastrándolo a un país lejano para volver a ver a la única persona con la que tenía vínculos, pero sacándolo de la vida para arrojarlo a un agujero debajo de un tapón de mármol. La muerte se vuelve pequeña al robar a los seres queridos: ella de ninguna manera aumenta su patrimonio macabro con el robo, sino que deja miserable a los que se quedan.

En ese momento, Hilário se dio cuenta de la mayor riqueza cosechada en Babel: el amigo. Pensó en António como una enredadera, una planta que fructifica en cualquier suelo. António le había dado algo que nunca había tenido antes: alguien con quien pudiera, aunque fuera en el último instante, ser franco. Porque fue hablando con su amigo, incluso brevemente, sobre su crimen y culpa, que podría ser, como nunca antes, auténtico. Pensó en todo lo que queda y en todo lo que pasa: la fría permanencia del mundo y la trágica evanescencia de los hombres.

Después de caminar por las aceras sucias, Hilário entró en la Calle de la Constitución y

encontró la casa blanca de ventanas de vidrio templado, mirando en el jardín la placa de metal con el nombre del Dr. Fernando Soares. Fue recibido en la puerta por el propio abogado. Subieron por una escalera de madera al segundo piso y, en una gran sala de reuniones, decorada con pinturas de Oporto y Gaia, se sentaron frente a frente, cada uno teniendo delante de sí dos vasos plásticos con agua mineral, que proyectaban cilindros brillantes sobre el barniz de la larga mesa de cerezo.

Después de dos horas hablando de papeles y obligaciones, a Hilário le parecía todo un tren de alta velocidad con un destino incierto en un amanecer de resaca. Para mantener la herencia, había un encargo, le explicó al abogado: Hilário debería, en el plazo de tres meses, instituir una fundación cultural con parte de los bienes dejados por António.

—Señor Hilário, hay un tema delicado que tratar, debido a sus posibles reflexiones sobre la entidad a ser creada. Soy consciente de lo que sucedió en Brasil, y si el señor me permitiera ser su asesor legal, como lo fui del Doctor António, tendría dos sugerencias.

—Lo escucho —dijo Hilário, aflojando el nudo de su corbata oscura.

—Sería saludable no tener vínculos entre la fundación y algunos acontecimientos, como le podría decir...

—Debes usar las palabras precisas, por favor. Siempre es el mejor camino —dijo Hilário. — ¿Creo que se refiere al crimen que cometí?

—Exacto

—¿Que tiene eso?

—Recientemente su país adoptó la legislación sobre el derecho al olvido. Podríamos enjuiciar una acción allá y, como su pena ya fue extinta, obtener una orden judicial para bloquear y eliminar cualquier contenido en la *internet* que lo vincule con el crimen. Sería importante para la buena imagen de la fundación.

—Bueno, nada será capaz de hacer que *yo* me olvide del crimen que cometí. El pasado es indestructible, no se puede abolir... Pero, si lo que sugiere el doctor puede contribuir a lo que António ideó, estoy de acuerdo. ¿Y la otra sugerencia?

—Por precaución, y para evitar brechas, podríamos cambiar su nombre. Si el señor está de acuerdo...

—¿Puedo cambiarlo todo? —Hilário se emocionó, apoyando los codos sobre la mesa mientras sostenía la barbilla con ambas manos.

—La verdad, no. Según la ley brasileña, los nombres de familia, es decir, los apellidos, son incambiables. Puede cambiar el nombre de “Hilário”, pero no la parte de “Pena de Jesús”.

Al principio fue frustrante, pero con segundos de reflexión, Hilário se animó a recordar el primer libro en Babel del viejo pescador Santiago que luchaba con el marlín azul y con los tiburones.

—Bueno doctor. Obtenga el cambio de nombre de “Hilário” para “Santiago”.

—Haré eso. Creo que en treinta o cuarenta días podremos eliminar los contenidos relacionados con el crimen, así como cambiar su nombre a “Santiago Pena de Jesús”.

Incrédulo de la plausibilidad de su vida y con un nuevo nombre en el camino, después de salir de la oficina, Hilário repasó el guión absurdo de su vida: un día era estudiante, al siguiente, asesino; un día era reo esperanzado, otro, el recluso más antiguo de Babel; un día estaba solo, al siguiente con supuestos amigos, al siguiente solo otra vez, después con *El amigo*; un día estaba entre insectos, al siguiente, entre libros —a pesar de los insectos; un día, todo lo que tenía eran algunas pocas hojas de papel, el cuaderno de notas, un cepillo de dientes, una billetera mohosa, un boleto de autobús y una dirección del Seguro Social, mientras que al siguiente se alojaba en un

hotel caro en un nuevo país; un día escapaba de un abogado, y días después salía de la oficina de otro con una carpeta repleta de documentos e instrucciones para crear una fundación, administrar una fortuna, cambiar parte de un nombre que nunca le había gustado y borrar registros de su pasado.



Ahora Hilário tenía que pensar en la tal fundación. Se debatía con la denominación de la entidad. Quería “Fundación António Aldo Antunes Santos de Almeida”, pero en el papeleo encontró órdenes expresas de António de no usar ostensivamente su nombre. Pensó en una sigla. Le gustaban las siglas. Tal vez un acrónimo, algo para ser leído como una palabra nueva. Se recordó de S.E.A., y tal vez fuese eso. Quién sabe la sigla con las iniciales de António, A.A.A.S.A. Muy largo. Pensó que a su amigo no se importaría ser recordado por un nombre más corto, António Santos Almeida, que le daría A.S.A (“ala”). Recordó al bebé que, en el paseo de barco, jugaba con el *ala* del ángel. ¡Era eso! Podría honrar a Sofia Elena Aimee, quien firmaba S.E.A. —las letras y los puntos —y al mismo tiempo António Santos Almeida. Listo: “Fundación Cultural A.S.A.”.

Hilário acudió a su habitación, rodeándose de los informes, de las instrucciones, del manojito de llaves entregado por el Dr. Fernando Soares, del teléfono celular comprado poco después de salir de la oficina; sólo entonces abrió el sobre sellado que, según el abogado, contenía una carta de despedida de António. Era mucho más que eso. António había usado códigos —alusiones a episodios vividos en Babel; por lo tanto, incluso si se violaba la correspondencia, nadie, a no ser el autor y el destinatario no verían nada más que consejos para el amigo más joven. Pero Hilário leyó detrás de las palabras. Lanzó en la aplicación de mapas del celular las coordenadas geográficas guardadas hace tantos años: +41°10’13.83”, -7°33’11.10”. La ubicación apareció en la pantalla marcada en rojo, apareciendo también las coordenadas en otro formato: 41.170508, -7.553083. El lugar quedaba a ciento diecisiete kilómetros de Oporto, situándose bien al lado de donde el río Torto desemboca en el Douro. Hilário hojeó documentos de muchas propiedades hasta encontrar el referente a una vinícola en Cima-Corgo, ubicada en la parroquia de Valença do Douro, municipio de Tabuaço. La localidad coincidía —tenía otro nombre antes, pero fue renombrada, hace unos cinco años, como “Finca de los Inmortales”.

También encontró el contrato de arrendamiento de la tal Finca, por el cual, aparte de un área destacada —el pequeño cuadrilátero de media hectárea que tenía el Douro al frente, el río Torto a un lado y en la parte posterior, y el resto de la Finca en el otro lado: todo lo demás se quedaba arrendado por noventa y nueve años; además del pago anual —“laudemio” era el término legal que constaba en el contrato -, la arrendataria estaba obligada a usar el suelo sólo para la producción de uvas viníferas, y estaba prohibida cualquier perforación de más de tres metros de profundidad.

Antes de irse, Hilário rebuscó en la maleta, con la duda de si dejar su cuaderno de notas allí o llevárselo. Hizo una prueba y el cuaderno se deslizó fácilmente por el bolsillo lateral de su chaqueta. Decidió que siempre traería el cuaderno con él de esa manera; siempre. Hilário salió del hotel sólo para cenar cerca, en un restaurante en la Calle Passos Manoel, donde pidió bacalao a la Gomes de Sá. Mientras probaba el vino, sintió un destello de culpa, no le parecía justo tener placeres en un día de aquellos. Tampoco la muerte le parecía justa, y mucho menos lidiar con tareas, proyectos y dinero en un día de luto. Pero era necesario cumplir con lo que António había pedido al final de la carta entregada por el abogado: “no pierda ni siquiera un día llorando mi muerte; más bien, que se celebre mi vida, porque el final del viaje será sólo el comienzo de uno

nuevo; porque la muerte realiza al individuo y es sólo un retorno al Ser”.

## EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS

La solución fue el tren.

El permiso para conducir, moldeado en la billetera de cuero, había caducado hace veintitrés años, y alquilar un automóvil no serviría de nada. Hilário llegó a la estación de São Bento a las siete de la mañana tirando de su maleta rayada, se detuvo unos instantes para apreciar la arquitectura del edificio y los azulejos, tomó el metro y, con un cambio en Trindade, llegó a la estación de Campanhã, donde saltó dentro del Inter-regional 861, que, sin demora, partió a las ocho horas y cinco minutos. La composición plateada serpenteó hacia el norte, corrió para el este, subió y descendió en el mapa bruscamente. Recostado en el asiento de terciopelo rojo, Hilário decidió ignorar el tablero electrónico que mezclaba anuncios de champú con propagandas de esterilización preventiva de portadores del *gen-C*.

Al ver a dos sujetos reparando una cerca de madera, pensó en el trabajo, uno de los vínculos entre los hombres, uniéndolos en el esfuerzo, en la fatiga, en el fracaso, en las conquistas. Recordó su primer trabajo, en una carpintería, serrando, aplanando, lijando, usando herramientas para dar forma a un mueble, fabricando algo que iría a las casas de otras personas. Después recordó sus primeros bocetos arquitectónicos en la empresa constructora, la computadora dando formas tridimensionales a los sueños. Luego las hojas sueltas con diseños para las casas del personal de Babel. Luego el trabajo con el amigo António, reparando estantes, ordenando libros, dejando sugerencias en la Biblioteca de Babel. En todo eso hubo la comunión de aquellos que fabricaron instrumentos para cambiar el mundo con ellos, el *homo faber* todavía presente. Pensó en todo lo que había aprendido en Babel y se preguntó: ¿y si hubiera tenido ese aprendizaje antes, cómo habría sido su vida? ¿Qué pasaría si alguien le hubiera leído de niño animándolo a continuar leyendo? Eso también era de las cosas que unían a los hombres: la unión por el aprendizaje, el conocimiento transmitido, sin necesidad de repetir todos los errores. ¿Pero ahora... cuántos en el mundo habían crecido sin los libros? ¿Cuántos niños se quedarían sin ellos con la estúpida prohibición? ¿Cuántos sufrirían con la educación vilipendiada? ¿Cuántos cometerían los mismos errores que él había cometido? La Humanidad tal vez estuviera desaprendiendo para aprender.

Abrió la maleta y tomó algunos papeles. Absorto en las anotaciones hechas en la víspera, fue despertado de vez en cuando por las paradas, por un puente, un río, una presa o un túnel, y por la risa de dos chicos que compartían un paquete de galletas. Después de Pala no pudo leer más nada: la línea férrea comenzó a correr paralelo al Douro, y a través de las ventanas del lado derecho, el paisaje encantaba por el contraste entre el brillo de las aguas, el verde del bosque y la inclinación de las rocas. Fue entonces cuando vio las terrazas —el bancal que evitaban la erosión por las lluvias y que permitían el cultivo de vides en las montañas escarpadas. El tren se detuvo en Peso da Régua, pitó y reanudó. La lenta velocidad de las aguas y la ausencia de vientos hacían que el río reflejara las sombras de verde y marrón a los lados y el azul y blanco del cielo con pocas nubes; de vez en cuando aparecían edificios con la imagen proyectada en el río.

Hilário intentaba concentrarse en las obligaciones asumidas, en los papeles, en la fundación; pero no había manera —había sido capturado por la belleza del paisaje. Siguiendo el trayecto a través del GPS del teléfono celular, notó que el lugar señalado por las coordenadas aparecería más adelante, al otro lado del río y, al darse cuenta del acercamiento, apoyó su frente contra el vidrio del tren, leyendo las colosales letras, colocadas a media altura de la montaña en la otra orilla, la inscripción “Finca de los Inmortales”. El Douro desaparecía y reaparecía entre los edificios que se estaban volviendo cada vez más frecuentes, y pronto Hilário fue rodeado por pequeños edificios de tres pisos. En la parada de destino, la estación de ferrocarril de Pinhão resultó ser una pequeña joya de azulejos, retratando en paneles la cultura de la región. En una de las paredes, un reloj redondo con manecillas inmóviles recordaba tiempos serenos, mientras que debajo de él el letrero amarillento alertaba: “TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO”.

—Por favor, ¿el señor podría llevarme al puente sobre la desembocadura del río Torto? —preguntó Hilário al taxista con boina beige y camisa a cuadros.

—Sí. ¿El señor va a la Finca de los Inmortales? ¿Programó una visita a la productora de vino de Oporto? —preguntó el hombre, doblando su ancho cuello.

—No exactamente. Me quedaré en el puente para tomar algunas fotos —mintió Hilário.

Cuatro minutos después, Hilário le pagó al taxista y pidiéndole una tarjeta de número de contacto para cuando fuese a regresar. El hombre se echó a reír: no le habían pedido una de esas durante mucho tiempo, nadie más las usa. Cuando el taxi se fue, Hilário se volvió hacia la Finca y sus viñedos circundantes. Allí, el silencio era perforado apenas por un gorjear distante y ocasionalmente por el ruido de un automóvil en la carretera. Miró para la montaña.

Las tierras se elevaban abruptas, cortadas en camadas. En las terrazas, enredaderas de exuberantes rizos evocaban jardines colgantes, paraísos terrenales, ciudades celestiales. La vista de la montaña desde aquella perspectiva lateral reveló algo inusual, desapercibido desde el otro lado mientras estaba en el tren, y fue una de esas espléndidas coincidencias que la realidad presenta con mucha menos parsimonia que ficción: en lo alto de un promontorio se erguía el símbolo del viñedo, y era nada menos que la misteriosa silueta de un hombre con una capa negra como la noche e igualmente prolífica. Pero ahora, antes del miedo o el pavor, lo que había sido un enigma adquiriría para Hilário un significado diferente, luminoso, y la oscuridad de la capa no era la de las tinieblas que usurpaba la noche, y sí la de la soledad que obliga a estar solo con uno mismo —la soledad que le había permitido conocerse a sí mismo y enfrentarse a los subterráneos oscuros del yo.

Al sonido de las ruedas de la maleta vibrando sobre el asfalto, Hilário completó la travesía del puente arqueado y pudo ver más allá del pliegue de la montaña un segundo promontorio, en línea con el primero, ostentando la misma silueta con capa. En el punto medio entre las figuras, rodeada de enredaderas, un ancestral olivo se proyectaba hacia el cielo como si lo sostuviera, pareciendo una geoda de ágata azul, seccionada y pulida. Siguiendo las instrucciones del GPS, Hilário tomó el camino de tierra y caminó hacia la entrada de la parte de la Finca que quedaba fuera del contrato de arrendamiento, donde un portón de hierro fundido tenía en la parte de encima una cabeza de león en alto relieve. Una de las llaves recibidas del abogado sirvió e Hilário empujó la pesada estructura, que se cerró detrás de él al pasar, revelando que el león era de doble cara.

Hilário tropezó dos veces en los treinta metros del camino de piedras que conducía al porche de la casa, una construcción también de piedras, con ventanas de madera marrón y un techo de cerámica de cuatro tejas. En el segundo tropiezo, se metió en un pequeño charco de agua fangosa y tuvo que limpiarse las suelas de sus zapatos frotándolos en la esquina del primer escalón. Subiendo los otros dos escalones, se encontró en el porche, cuyas tejas albergaban nidos de

pájaros junto a la madera. Otra llave sirvió, y el interior de la cabaña presentaba una decoración impersonal y minimalista con muebles en blanco y negro; no había fotos, ni marcos, ni baratijas compradas en viajes, nada parecido. Hilário dejó su maleta recostada a la pared de la sala y, reactivando el buscador en el celular, vio que su posición no coincidía exactamente con las coordenadas. Pero estaba próximo.

Al salir de la casa, caminó en la dirección señalada por el dispositivo, atravesando en subida un bosque con árboles frutales que desprendían aromas cítricos. Al parar junto a la cerca de divisa, se quitó la chaqueta y miró el dispositivo: había caminado alrededor de cien metros a partir de la casa, y la pantalla señalaba que faltaba aún más de doscientos. Algo no estaba bien: el terreno por delante era empinado, pero se podía ver que el lugar buscado estaba arriba de la montaña, al pie del olivo, justo en el medio del viñedo —lo que resultaba un hermoso problema, porque, si estuviera situado en la parte arrendada, se tendría que pedir autorización a la arrendataria. Sin embargo, la carta de António no dejaba dudas —al menos no a Hilário, que sabía leer las líneas —sobre la necesidad de mantener el secreto en la expedición. Por otro lado, tampoco podían estar equivocadas las coordenadas —no tendría sentido, António había sido explícito en cuanto a aquellos números “mucho más precisos”. Hilário contempló nuevamente el paisaje: los cultivos en terrazas, colinas recortadas en camadas... Se recordó de las conversaciones con António. Camadas... Profundidad ...¡Si! La paradoja del conocimiento: descender a las camadas más profundas para escalar la montaña. Era obvio El contrato de arrendamiento con restricciones a la perforación del suelo. El lugar en camadas. Un viñedo. Vinos. *Cellars*. El subsuelo.

Con la seguridad de una aguja magnetizada, Hilário corrió de vuelta a la casa. Abrió las puertas de los armarios, apartó los muebles y, debajo del amplio sofá de la sala, encontró el acceso al sótano, descendiendo por una escalera en espiral. El interruptor funcionó, y una luz de lámpara fría brotó sobre la habitación. En la esquina vio un pequeño estante de madera clara y corriente, y se apresuró a acercarse; pero encontró sólo cajas de madera contrachapada, imitando libros. Echó hacia atrás la silla de cuero marrón, volvió a los libros falsos y sacó algunos del estante superior. Haciendo ajustes en el localizador, caminó siguiendo la flecha en la pantalla hasta el mismo estante inútil. Trató de descubrir cómo António habría pensado para guiarlo, sabiendo que su amigo habría hecho lo mismo, prediciendo cómo razonaría Hilário —algo relacionado a los libros, es cierto, pero aún no lo entendía.

—¡Un momento! —Exclamó en la nada.

Agachándose, sacó del estante los primeros libros que escogería si fuera a leerlos: de abajo hacia arriba, como António bien sabía. Listo. En el fondo del estante cerca del piso, encontró la palanca, la encendió y escuchó el ruido del hierro raspando. La estructura resultó ser una puerta, y un túnel se iluminó frente a Hilário, quien sonrió, divirtiéndose por António no haber escapado del cliché del estante que se mueve.

En el túnel, las paredes de piedras contenían bóvedas de cuna y se hermanaban con barriles de roble que estampaban cosechas muy antiguas, todos inmersos en haces de luz ámbar provenientes del techo. Hilário apreció el tesoro, aunque no podía entender por qué tales precauciones para el acceso, ya que los otros bienes de António debían ser aún más valiosos. Larga y esbelta, la bodega terminaba en una pared donde una pantalla azul marcaba la temperatura ambiente y la humedad del aire. Mirando de nuevo el localizador, Hilário constató algo sorprendente: los datos aún no coincidían. Midió el lugar con la aplicación del dispositivo, comprobando ciento veinte metros desde la puerta de entrada hasta la pared del fondo. Pero el dispositivo indicó que todavía faltaban doscientos cuarenta metros para las coordenadas +41°10'13.83", -7°33'11.10". Pensando



en el posicionamiento de la casa, se dio cuenta de que había caminado bajo tierra en la misma dirección y al mismo sentido que cuando había estado en la superficie, y concluyó que estaba más o menos debajo de la cerca del límite en la que había estado minutos antes. El lugar de las coordenadas era más adelante, por supuesto, ubicándose incluso en el sótano de la parte arrendada. Y para el subsuelo no necesitaría de autorización. Pero el problema era *cómo* entrar.

Sin pensarlo mucho, tocó en la pantalla azul, que mostraba las opciones de *temperatura, humedad, iluminación y camadas*. Al hacer clic en *camadas*, se abrió el campo de *inicio* de sesión con siete espacios para completar. Debajo estaba la nota *digite su nombre, te guste o no*. Riendo, escribió H I L Á R I O en el teclado virtual y apareció un nuevo campo. Contó los espacios: doce. Recordó lo que su amigo en la cama del hospital le había dicho: “la vida no funciona por ecuaciones, pero una de ellas fue la clave para los libros” —o algo parecido. Miró el teclado: sólo letras y números, sin símbolos o potencias. Claro. La ecuación Era bastante simple: la relación Stewart.  $a^2x+b^2y-z^2c=cxy$ . Doce espacios. Escribió  $a^2xb^2yz^2ccxy$ .

El pastiche de la pared se abrió para una continuación del túnel, más largo y sin barriles. El localizador indicaba que el lugar estaba al final de aquel tramo, o más allá. Después de unos doscientos metros, Hilário se encontró con una puerta de dos hojas de madera maciza, forrada con cojines de cuerno pulido. “Un portón de cuerno...” No había cerradura, espacio para clave o teclado para contraseña, y en busca de alguna palanca Hilário examinó los batientes modulados como cariátides; nada. Con cada mano en una de las manijas de bronce, empujó las hojas de la puerta hacia él; no se movieron. Usando la fuerza en la dirección opuesta, se abrieron con una impensable ligereza. Entonces pudo ver.

Quizás Hilário todavía estaba en la dura cama de Babel. Tal vez estuviera loco. Quizás había muerto y alguna fuerza poética, después del infierno y a través del purgatorio lo estaba guiando. Las columnas de ladrillo cerámico surgían del suelo, cada grupo de cuatro sosteniendo una bóveda entrecruzada. Las alas partían de un *hall* central e, iluminadas por lámparas ocultas, avanzaban en todas las direcciones debajo de la Finca de los Inmortales; estaban repletas, naturalmente, de libros. Un mar de libros. Millares. Muchos millares. Millones. Descansando en estantes de roble y ordenados como si fueran parte de un único, inmenso e inmemorial poema, los volúmenes variaban en color y formas, los colores fusionándose en un grande panel vívido, las formas dándoles rastros de suavidad o aspereza; a los dorsos yuxtapuestos remetiéndolos a las líneas de los barriles de vino. Todo podía ser encontrado allí: el grito del pterodáctilo y *El grito* de Munch; el ruido silencioso que precede a las batallas y el ruido sordo de las patas de los caballos en las justas; los titanes, los coros, los estados de ánimo, la venganza; los crímenes y los castigos, la desesperanza, la lluvia haciendo del sol una pátina; los relámpagos, el olor de las nubes, la textura de las playas; olas de calor, la oscilación humana, los animales; el superior y el inferior; la frescura de las ecuaciones y la belleza de la Física; la fuerza y la gentileza del idioma portugués y la fuerza y gentileza de todos los idiomas; el bastón y las arrugas del viejo —y el bastón y las arrugas del joven; la visión de los monstruos —y la falta de visión de los hombres; la delicadeza de las bestias; las estrategias y el jaque mate; amores de alcoba y el cielo abierto; secretos y revelaciones; el Teatro y el Cine; el *Trivium* y el *Quadrivium*; el dolor de las competiciones; la armonía y el caos; la Edad de Oro y las otras cuatro; la eurytmia; la luz y las tinieblas; la Verdad, la Bondad y la Belleza; la historia folclórica y el folclor histórico; los peces escuchando un sermón; Dios y el diablo; ángeles y alas; las patas de los seres; la lengua tocando el paladar; la frialdad de la daga y el calor de la bodega; brujas y gigantes y *leprechauns*; la hermandad de la tabla redonda; grilletos y herrumbre; la teoría de los colores, las iluminarías y la fotografía; las esculturas de Buonarroti, los dibujos de Leonardo —y todo de Buonarroti y todo de Leonardo;

Bernini y *El Rapto de Proserpina*; el *chiaroscuro*; orto y ocaso; el lenguaje de las verduras; la civilización; el olor a centeno, el sabor del trigo, la taza de té; el opio, las forjas, la Teoría de las Formas; el crujir de las embarcaciones, las trincheras, la espada rota; todo lo que vuela, se arrastra, camina, nada o corre; la pluma que pesa y el metal que flota; la angustia del insomnio y la alegría del sueño; todas las Artes; la esfera con centro en todas partes y circunferencia en ninguna parte; la Muerte y la Vida; la Historia y Tiempo; el pasado, el presente, el futuro; el principio y el fin.

El sótano de la bodega era un nuevo templo de papel y letras, un nuevo bosque con alas dedicadas al papiro, pergaminos, algarrobos, incunables, todo tipo de libros; una antigua y escondida pirámide escalonada, con escaleras de mármol que conducían a los entresijos superpuestos como balcones de un teatro incommensurable. Hilário ahora sabía en lo que había estado trabajando su amigo todos estos años: el conocimiento —“un acto de amor”, como le había dicho cierta vez António, estaba almacenado allí para compartirlo de nuevo en un futuro menos insano.

Hilário caminó hasta donde quedaban las coordenadas, y cuando se detuvo, notó un mosaico bajo sus pies bien en el centro del *hall*: las tejas de piedra caliza y basalto formaban la figura de un ancla con un delfín entrelazado debajo, decía *festina lente*.

Justo delante, pegado a la columna, una planta baja parcial indicaba haber otra entrada a la bodega, enorme y escondida en un granero al otro lado de la montaña. En la parte superior circular de un escritorio de nogal reposaba una nota, salpicada con pluma estilográfica, con la inconfundible letra ascendente de António. Al lado de la nota, dos carpetas blancas llenas de papeles, con indicación, en la misma caligrafía del contenido: “Para que puedas conocer la historia de este lugar” y “Nuevas instrucciones”.

Sentado en el corazón del templo, debajo de diversas camadas, en las entrañas de la tierra, con las manos y el rostro humedecidos, Hilário vería a su amigo resucitar por la palabra escrita. Descubriría que António se había tomado en serio la leyenda de la bodega subterránea, un remanente de la ocupación romana durante más de dos mil años, y que ahora albergaba los barriles de vino. Y que su amigo también se había tomado en serio la continuación de la leyenda —la bodega gótica contigua en la que el propio, Hilário, ahora se encontraba rodeado de libros. No, no eran creencias de los antiguos granjeros de la región, como sustentaban consejeros que intentaron hacer desistir a António de la búsqueda, sino más bien tesoros arqueológicos palpables, cuya prospección había sido iniciada por los antepasados de su amigo. António había encontrado las dos bodegas; y lo que ellas albergaban, Hilário ahora lo sabía. Acurrucado entre aquellos millones de amigos —mujeres y hombres silenciosos descansando en los estantes, a punto de contar sus historias a través de las hojas de papel -, abrió la carpeta de las instrucciones.

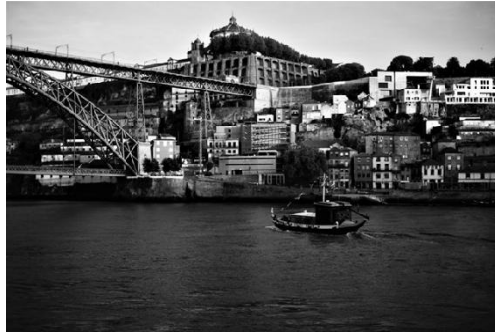
Hilário pasaría los próximos meses bajo tierra, en la biblioteca infinita. Alojado en las camadas más profundas de la montaña, se sumergía en los detalles de la institución de la fundación y en las lecturas, sólo descansando cuando eran las más altas horas de la madrugada; entonces abría su cuaderno de notas y finalmente se ponía a contar su historia, a partir del día del crimen, dejando las páginas iniciales en blanco para un día, tal vez, tratar de su infancia. Salía a la superficie sólo para caminatas esporádicas de dos kilómetros y medio a Pinhão para comprar víveres, incursiones que le permitieron acompañar parte del ciclo de la viticultura: participó en la vendimia, la excavación, la senescencia de las hojas y, ya con el nombre cambiado para Santiago, a la poda de invierno.

La vendimia y el olivo parecían buscar en los libros subterráneos su vitalidad, como si fueran árboles hechos de palabras.

Cada vez que regresaba a pie de la ciudad, Hilário cruzaba el puente sobre el río Torto y se maravillaba con el Douro, con las terrazas, los promontorios y los símbolos; abría el portón de los leones, entraba en la Finca de los Inmortales, tomaba el camino de las piedras, entraba en la pequeña casa, descendía; frecuentemente se encontraba en el pasillo entre los barriles, intoxicado con el aroma del más noble hijo de las uvas; luego continuaba, rumbo a los libros. Conocía la ecuación, conocía números y letras, sabía la contraseña.

Se apresuraba lentamente. Sabía qué hacer para abrir la próxima puerta.

## CAMINOS HECHOS DE SILENCIO



Oporto / Vila Nova de Gaia



Oporto



Oporto



Oporto



Parque Serralves —Oporto



Estación de ferrocarril de Pinhão



Muralha Fernandina —Oporto



Plaza Liberdade —Oporto



Desembocadura del río Febros



Desembocadura del río Torto



Río Douro



Viñedos (cerca de desembocadura del río Torto)



Camino de piedra —Quinta do Seixo (Sandeman) —Tabuaço



Terrazas —Quinta do Seixo (Sandeman) —Tabuaço



Vila Nova de Gaia



Caves Sandeman —Vila Nova de Gaia



Oporto



Oporto



Sendero (cerca de río Febros) —Vila Nova de Gaia



Parque Serralves —Oporto  
El silencio que se puede tocar





MS Scandinavian Star Memorial, Oslo, Noruega

“La mujer, sosteniendo a un bebé, miraba hacia atrás y empujaba a un niño; este también miraba hacia atrás e intentaba recoger un juguete —la leyenda indicaba que la obra era un monumento a los muertos en un gran incendio”.



Gian Lorenzo Bernini, El Rapto de Proserpina —detalle, Galleria Borghese, Roma, Italia

“Pero no había sido secuestrado por el inframundo, como la Proserpina de la Mitología; no: se había arrojado voluntariamente al abismo”.

## TERCERA PARTE



*De vuelta a los ojos de Alice:  
Los dolores y las cicatrices de ser sabia*

## BÚSQUEDAS

La niña a la que le gustaban las historias ahora tenía a alguien quien las contase: recibido del bosque como un regalo, como una bendición, como un mito, era su inusual abuelo de las letritas.

Desafiaba la imagen del cuaderno del señor Santiago con aquel “Hilário Pena” escrito a mano en la portada blanca, y había pasado la semana consumiéndose de curiosidad —quería saberlo todo, y sólo sus padres no entendían que el anhelo por conocimiento, no se sacia con pequeñas tazas de agua, que una niña guarda universos en cuadernos, que en cuestión de ser sabia siempre se necesita de más y más y más, siempre. Ávida por volver a ver a su vecino, con alivio ella verá llegar el martes, el día en que el narrador de historias iba a hablar en el evento sobre los libros.

Quería leer el mundo como si fuera un libro —para ella, cada cosa era un símbolo en un juego de llaves, toda una historia dentro de la historia dentro de la historia, como pequeñas muñecas rusas saliendo unas de otras. Se preguntaba si en algún libro esperanzador de inquietud aprendería algo sobre las paradojas de la vida; y, con curiosidad agitada de niñez, en palabritas de niñez, formulaba preguntas y escribía respuestas.

La niña regresaba de la escuela de prisa, raspando las zapatillas en la grava, haciendo un ruidito de grillo en el camino escoltado por el río. Rodeó la casa del extranjero, pero como las ventanas estaban mudas y cerradas —tal vez por la lluvia que se avecinaba, delatada por el olor a humedad y a polvo —se sentó en la piedra redonda, cerca de la pequeña puerta reparada por Santiago. Mientras meneaba los deditos de los pies, como bien le gustaba, ella le pidió al bosque explicaciones sobre Hilário Pena y el misterioso cuaderno. Pues tenía la idea de que el bosque realmente iría atender, sin embargo el aliento de un hada le dijo que eso sólo sería cuando ella fuera más grande y más sabia.



Horas más tardes, cuando la noche ya se inclinaba sobre las colinas avistadas desde la casa, los minutos antes de la salida fueron tensos: Beatriz no quería ir, pero la madre estaba indomable y, gritando, la obligó; por dos veces el padre mandó a la adolescente a cambiarse de ropas —estaban muy cortas -, órdenes que Beatriz atendió con murmullos rudos; el papá no se entendía con los puños apretados de la camisa, mientras que la mamá se irritaba porque él no había podido ayudarla con el cierre del collar recién comprado; la niña quería llevar las muñecas, pero no la dejaron y ella lloró.

Cuando llegaron al edificio de la antigua Cárcel de Relação, ahora ocupado por el Centro Portugués de Fotografía, saltaron del automóvil que el padre había estacionado en la amplia calle. La niña se apoyó a uno de los árboles del centro de la alameda y no se quedó nada contenta: las puntas de los dedos tocaron la superficie libre de arrugas, la variación de colores no engañó a los ojos, el olor era de producto de limpieza —hace algunos meses, los árboles del Centro Viejo

habían sido sustituidos por imitaciones en plástico. Bajo el cielo gris como el techo de un sótano, las luces de la calle se encendieron, enviando rayos ámbar a través del ambiente húmedo; en el asfalto, todavía mojado por la lluvia que acababa de caer, una película reflectora reproducía, borrosa, las figuras que caminaban, los faroles de los automóviles y los viejos postes de hierro fundido. La niña fue arrancada de sus observaciones por un tirón de la madre, y unos pasos después, ya bajo el arco de piedra de la entrada al Centro Portugués de Fotografía, vio la pantalla que noticiaba la conferencia sobre los libros.

Los Crástinos tomaron un camino equivocado y dieron al patio cubierto por vidrios, donde la niña, que miraba hacia el piso superior, se sorprendió con la puerta roja que se abría para la nada. Distráida con tantas novedades, ella se resbaló y se topó con la madre que, abandonada de ternura, la empujó hacia atrás con los brazos, furiosa y arrojándola al suelo. La niña se levantó, pero como nadie miraba para ella, se limitó a arreglar su falda de vuelos azules y pasarse la mano por el rasguño en el muslo; luego, calzando la zapatilla plateada que se había quitado, esperó por el próximo movimiento de sus padres. Media vuelta y los Crástinos encontraron la desgastada escalera de granito cuya barandilla era de hierro forjado. La escalera parecía una plataforma en el cielo y en su lado derecho estaba la exposición virtual sobre el período del arresto de Camilo Castelo Branco en aquel edificio. La exhibición era interactiva, como casi todas en aquel tiempo, y cualquiera persona podía hacer una contribución cambiando la Historia conforme le agradara: Camilo podría ser liberado antes de la hora, convertirlo en virrey, matarlo allí mismo, transformar Castelo en Martelo.

En el piso de arriba, los Crástinos llegaron al auditorio improvisado, en cuya entrada había un *tablet* con la lista de presencia. Sólo los padres y la hermana escribieron —pensaron que el nombre de la niña era innecesario. En la parte delantera del auditorio, una plataforma estaba coronada por la bandeja volante con tres pequeñas botellas de agua mineral, por la mesa estrecha y por una silla blanca. Se sentaron en las banquetas de madera al fondo, y la madre se quedó atrás arreglándose el overol-negro, pegado al cuerpo, viperino, con el escote en V enmarcando el collar que se hundía en sus senos. El padre estaba vestido como de costumbre —pantalones y camisa desaliñados; Beatriz, como le permitieron.

Las paredes de color verde-agua del auditorio mostraban fotos de una población sufrida, que en andrajos observaba a los visitantes con mirada clemente de un jurado de fantasía. En una de ellas, una anciana con piel de concreto tamizaba cereales, el cuerpo en curva como una ola gigante, el giro del cuerpo sacudía su largo cabello en la misma dirección que el tamiz y el grano, sus pies descalzos como los de un ángel a levitar. Luego vinieron fotos de hombres fangosos cazando cangrejos en un manglar. Después, una panorámica con los trabajadores de la fábrica cargando una pieza de peso imposible. Iluminada por dos apliques de acero escobado, la última foto de la colección “Nuestra gente” presentaba a un harapiento cuidador de rebaños.

Fuera de las fotos, dos mujeres conversaban con un Santiago aún más guapo, con el cabello listado de gris, que se dirigió a los Crástinos, saludándolos.

—Hola, Alice —dijo él, colocando cada mano en una rodilla y doblando el cuerpo hacia adelante hasta quedar a la altura de ella.

Los padres y la niña saludaron a Santiago discretamente. Beatriz se mantuvo quieta; cuando Santiago los dejó, sin embargo, le susurró a la madre:

—¿No te dije? Está vacío...

Una mujer con un traje de color musgo y nariz de plancha anunció el inicio del evento y pidió a los presentes que se concentrasen en los asientos delanteros, para que no se necesitara el micrófono. Cinco jóvenes se movieron para la primera fila empujando banquetas, haciendo ruidos

e interrumpiendo el discurso de la mujer. Al reanudar, ella se presentó como curadora del Centro Portugués de Fotografía, agradeció el apoyo de la Fundación A.S.A., colaboradora de la entidad, e informó sobre la primera intervención de la noche, a cargo del señor Santiago Pena.

Santiago se acomodó en una silla, abriendo y volviendo a abrocharse la chaqueta negra; se ajustó la corbata roja tirando del extremo debajo de su chaleco, buscó a tientas los gemelos de su camisa blanca y provocó un ruido como un silbido mientras frotaba las suelas de los zapatos en el estrado, mostrándose tenso como si estuviera en un juicio; rascándose las piernas, prometió ser breve. A pesar del nerviosismo evidente, también parecía eufórico —como si hace años estuviera esperando por aquello. Agradeció a todos la presencia y con una sonrisa de bebé agregó que, aunque no fuesen muchos, ya era un comienzo. Se levantó, intentó abrir la botella de agua, tomó un sorbo sin usar el vaso y, después de devolver la botella a la mesa, con la mano del reloj se limpió el sudor de la frente.

Un policía empedernido entró por la puerta, cruzó por la sala golpeando las botas al suelo y, todo huraño y ajeno a la discreción, se dirigió a la curadora diciendo que haría una búsqueda. Llevaba un uniforme azul oscuro y un chaleco negro. Después de unos minutos de hablar con Santiago y con la curadora, el policía retrocedió unos pasos, ordenándole a ella que hablara para el público. La mujer del traje pidió disculpas a todos —desafortunadamente no podían continuar con la conferencia.

Entonces se escuchó a Santiago argumentar con el policía:

—Quiero dejar en claro, señor oficial, que, aunque el evento es sobre libros, no tenemos ninguno aquí. Obviamente sabemos acerca de la prohibición.

El policía insistió en la búsqueda, habló sobre la ley, sobre las órdenes, la orden judicial, volvería con una. La curadora dijo que podían hacer el trabajo de inmediato, y el oficial de policía se comunicó con alguien a través de un auricular, del cual estiró un cable hacia su boca. Otros tres policías entraron en el local.

La niña no estaba entendiendo nada.

Los uniformados se dividieron como para tomar una cabeza de puente; hurgaron en los gabinetes, los baños, la pequeña cocina, miraron detrás de los estantes de fotos, miraron debajo de los muebles, observaron los estantes de cámaras de 35 mm, lo miraron todo como si fuesen coyotes de hojalata, tantearon las paredes y uno de ellos, con una linterna, accedió al forro. No encontraron ningún libro, pero determinaron que el evento fuera cancelado.

Como todos en la audiencia, la niña y sus familiares se retiraron sin poder hablar con Santiago, que se quedó allí en medio de la charla de los policías. En el camino hasta el auto, los Crástinos no conversaron: el padre devolvía las llamadas de la oficina, Beatriz intercambiaba mensajes con las amigas, la madre miraba las uñas, la niña era sólo preocupación. Con el automóvil ya en movimiento, el padre continuó hablando por el aparato y, después de que terminó la llamada, no dijo nada más. Cuando entraron en la Calle de las Taipas, la madre fracturó el silencio:

—Que pena... Quería ver al señor Santiago presentar sus ideas. Y tú, que no querías venir, Beatriz, ¿estás feliz ahora? —preguntó la madre, como para imponerle alguna culpa a su hija.

No hubo respuesta.

—Beatriz, responde a su madre —fue la voz del padre.

—Qué idiotez —respondió ella. —Exponer ideas... Y sobre libros... Él lo que debería ser arrestado.

—Papá, ¿pueden arrestar a alguien por exponer sus ideas? —preguntó la niña, estirándose detrás del asiento del conductor para escuchar la respuesta de su padre.

—Mira, claro que sí.

Molesto por los sucesivos desvíos de tráfico que le impedían tomar la Avenida Gustavo Eiffel —quería ir para la casa usando el Puente de Freixo -, el padre decidió cruzar el Douro por el Puente Luiz I y, con el cambio de ruta, sugirió cenar en el restaurante recién inaugurado de un conocido, ubicado en la región de las adegas de Vila Nova de Gaia. La madre aceptó, Beatriz se quejó, la niña permaneció callada. Los faros del automóvil dañaban las paredes de los edificios con su luz helada y, después de cruzar el puente, murieron en la Avenida Ramos Pinto, frente a una adega, en cuyo atrio el marcador electrónico de horarios de visita compartía espacio con el letrero TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO.



Valientemente, la niña salió del auto —quería ver las luces de Oporto que ahora estaba del lado de allá y parecía un ciempiés de piernas brillantes, un monstruo bueno de cientos de ojos. Observó los edificios que se remontaban entre sí en la ciudad invicta, el caos ordenado de sus calles, el río dividiendo y uniendo a las dos ciudades, las aguas reflejando las costas para fusionar Oporto y Gaia en una sola nación, las dos ciudades acariciando a sus residentes, el río preñado de historia dando a luz a un pueblo marinerero.

Entonces la niña dejó de observar las ciudades para mirar a la familia. Sabía del deseo de su padre de ser un pedazo más alto y un poquito más delgado, el padre que parecía feliz cuando iba para el trabajo o cuando compraba un bate, y que con sus colecciones se mantenía apegado a una juventud para él precozmente abandonada. La madre hablaba poco, no tenía mucha paciencia con los niños, la tarde y la mañana y la noche la gastaba en frente al televisor, aquello no mejoraba, pero era la madre. La madre no se mostraba feliz ni triste en la casa a orillas del río Febros, pero cuando venía la amiga insípida, de rostro redondo con pecas, piel de varicela y un nombre que rimaba con “salamandra”, parecía que habían tomado de la sala a la madre y puesto a otra madre en su lugar, una que era y no era la madre de la niña, y que se estiraba en maldiciones sobre el padre (la madre casi siempre apagaba las cámaras de vigilancia cuando iba a hacer esa u otras travesuras, pero a veces se olvidaba y la niña miraba). La madre quería haber “recorrido el mundo”, como decía, pero no lo hizo, y abrumada por la falta de amistades con personas refinadas, perdida en el bosque, se había reducido a un sofá subutilizado. También estaba la hermana genio, que se escondía en algún rincón de sí misma, en un redil rebelde, y que era la mejor hermana del mundo de vez en cuando. La niña gustaba de su hermana. Sin embargo, la encontraba hecha de cartón, un dibujo frágil que se borraba con gotas de lluvia; a veces parecía que Beatriz se desmoronaría como galletas de crema.

Aunque en ese momento todavía era pequeña, la niña los entendía un poco, a los tres. Los amaba de aquella misma manera —como el sol ama lo que ilumina sin saberlo. Ellos eran los que no lo sabían.



El miércoles de la otra semana, Santiago fue recibido en la puerta por una Louise toda de flores, los diseños del vestido en tonos de rosa como los del *blush*. La niña estaba encontrando a su madre cada vez más bonita y vanidosa, la madre que nunca había estado tan adornada como en aquellos tiempos de Santiago. El padre vino en la secuencia, pero la niña fue más rápida y se aferró a las piernas de su vecino, antes de que él pudiera siquiera saludar al anfitrión. Fueron a la mesa.

La silla de Beatriz estaba vacía, y la niña aprovechó la oportunidad para usarla como cama

para las muñecas. Al pasar la ensalada de hojas al extranjero, la madre dijo que se dio cuenta de que él había viajado de nuevo, que la casa había estado cerrada durante días. Sí, había ido a Heidelberg para una reunión, explicó Santiago. En medio de la comida y el vino, los adultos hablaron de lugares exóticos, un gusto por viajar, y cerca del final de la cena, la madre mencionó haber visto a muchas personas en la casa del invitado en aquella tarde. La niña incluso había visto algunos autos oscuros, dos de la Policía y uno con el logotipo del Ministerio de Cultura en el capó, estacionados frente a la mansión del vecino.

—Una molestia —dijo Santiago. —Pasaron horas en mi casa en cumplimiento de una orden de allanamiento. Insistí en que no había libro alguno, fui amable, abrí armarios y cajones, pero no había manera: ellos le dieron la vuelta a todo, sacaron los cuadros de la pared, rompieron algunos cristales, desordenaron mis documentos.

La madre de la niña preguntó si todo era consecuencia del evento en el Centro Portugués de Fotografía, y Santiago dijo que sí, aprovechando la oportunidad para reforzar que estaba avergonzado de haberlos hecho ir allí por nada.

—Por cierto, les pido disculpas por no haber venido a disculparme antes —completó él, tocando la mesa, los tendones de la mano vibrando como olas.

—Bueno, el señor ya habló por teléfono todo lo que había que decir, señor Santiago —dijo el padre de la niña, retirando las gafas. —Y repito: no hay nada de qué disculparse.

La madre estuvo de acuerdo con su esposo y se apresuró en dar seguimiento a la conversación; dijo que estaba un poco confundida, pero curiosa.

—Confieso no comprender bien todo este esfuerzo para la devolución de los libros —corrigió ella, cubriéndose la boca con la servilleta cuando terminó de masticar.

—Los libros fueron muy importantes para mí —dijo Santiago. —La literatura nos proporciona muchas llaves para la comprensión de la vida; basta con recogerlas y abrir las puertas.

—A mi hermano le hubiera gustado conocerlo, Señor Santiago —dijo la madre. —Creo que él apreciaba los libros tanto como usted.

En ese momento llegó Beatriz y, se hizo un enorme ruido al cerrar la puerta, llamó aún más la atención por el silencio posterior, arrojándose en el sofá sin saludar a nadie. Sus padres también se quedaron mudos por unos instantes, y la niña se animó —tal vez ahora vendría una pequeña historia... Pero la madre comenzó a hablar sobre su voluntad de viajar e interrumpió todo.

Ya en la otra habitación, la madre, descuidada con sus senos que, empujados por el sujetador abultado, casi escaparon cuando ella se inclinó, sirviendo el café, y mientras Beatriz fingía que no había nadie a su alrededor, la niña, hasta entonces callada, se aproximó. Antes de que alguien pudiese posponer de nuevo sus propósitos con asuntos sin importancia, la niña lanzó la pequeña pregunta a su vecino:

—Señor Santiago, ¿el señor puede contarme otra historia?

—¿De nuevo con eso, niña? Nuestro invitado tiene más que hacer —interfirió la madre.

—Para mí es un placer, señora Louise. Ven aquí, Alice.

Entonces contó otra de esas historias de libros antiguos.

## FESTINA LENTE

La ausencia del narrador de historia durante tres semanas había dejado a la niña triste.

Ahora, con él de vuelta a la mesa de los Crástinos, todo era euforia en la cena. Santiago habló de sus días vertiginosos: había saltado de Pekín a Luanda, pasado por Estocolmo, luego Roma, donde se espantó con el centro comercial edificado sobre el Coliseo y, regresando a Portugal, fue a un lugar llamado Finca de los Inmortales en el Cima-Corgo.

—¿Qué es esa tal Finca de los Inmortales? —preguntó la niña.

—Un viñedo.

—¿Sólo hay uvas allí?

—No...

—¿Qué más hay? —ella insistió.

—Cosas de todo tipo.

En aquella noche, Beatriz trajo a una amiga e insistió en explicar, delante de la delgada invitada, que, dado que su madre no le había permitido invitar a sus seis mejores amigas, la solución había sido la aplicación de elección aleatoria. La presencia de la extraña desagradaba a la niña: Beatriz y la invitada pasaron todo el tiempo en cuchiños, arrastrándose en rostros provocativos para Santiago, desatentas a las sayas que, con la inquietud en sus sillas, desnudaban piernas casi adultas; sólo se detuvieron cuando el padre las regañó, enviando a Beatriz a cambiarse de ropa antes de salir.

Santiago sirvió a la niña de fábulas tan pronto como se sentó en el sofá. Maravillada, ella se sentía como en los días de su abuela y de su tío, y mientras escuchaba los relatos, quería darle un fuerte abrazo a Santiago y saltar a su regazo. Pero la madre lo echó todo a perder preguntando por la familia del vecino. Contrariado, Santiago dijo que no había conocido a sus propios padres. Enderezando el vestido azul cuya hendidura traía más que rodillas a la luz, la madre pidió disculpas por la indiscreción y él la tranquilizó, aquello no era nada. Para escapar de la incómoda situación, la madre preguntó si él todavía tenía amigos en Brasil. Santiago indicó con un movimiento de cabeza, que no los tenía, los ojos alejándose en el repentino silencio, derivando para lejos, asustadoramente lejos de allí. Entonces él murmuró algo incomprensible, se despidió y se fue.



Las narraciones de Santiago aumentaron durante las muchas noches que siguieron. Él hablaba de parajes conocidos y de otros oscuros, aventuras en calles sin nombre, personas fantásticas, edificios espléndidos. Sus palabras tenían algo mágico, y el silencio que existía mientras él contaba las historias era el silencio de una lectura: para la niña, escucharlo era como leer el propio libro, como si ella pudiera extraer de la palabra hablada la palabra un día escrita.



Escucharlo era realmente mágico. Escucharlo era como tener delante de sí todas las páginas de todos los libros. Mejor: eran páginas por él musicadas, como si él no sólo las contase, sino que también *cantase* las historias —como si fuesen versos épicos de una odisea olvidada hace mucho tiempo.

En una noche más cálida, el vino de Oporto fue servido afuera bajo la copa del árbol de roble carballo. Con todos sentados en los bancos de hierro montados en círculo en el jardín, Santiago contó un puñado de historias y, justo antes de partir, le dijo a la niña:

—Sabes, Alice, leí una vez que en Mozambique, cuando las personas se reúnen al abrigo de un árbol para contar historias, lo llaman de “El Árbol de las Palabras”.

—¡Entonces este será *nuestro* Árbol de las Palabras! —se regocijó ella.



Los viajes de Santiago iban encadenándose semanalmente, pero con el empeño de su vecino para preservar libre los miércoles, él se convirtió en una presencia rutinaria en la casa de la niña.

—¿Todavía aquella cosa del regreso de los libros? —le preguntó Beatriz cuando él llegó de un largo viaje.

—Sí.

—¿Pero, por qué? —ella insistió.

—Después de años, encontré respuestas para algo que cuestionaba en mi juventud —dijo Santiago. —¿Qué une a las personas? Bueno, una buena respuesta sería: *las historias*. Las historias nos conectan en esta extraordinaria aventura que es nuestra existencia. Y los libros cargan esas historias. ¿Hay otras formas de contar historias? Por supuesto que sí. Pero no veo medio mejor de preservarlas de que en los libros, cuya longuísima existencia, resistiendo a las guerras, a la humedad, al maltrato de los siglos, da prueba de eso.

Excepto cuando Santiago estaba fuera del país, el miércoles era el día de cenar en familia, los encuentros empapados en vino, la niña encantada con las tonalidades de los tintos. Le gustaba ver aquel caldo espumoso bajar de las botellas a las copas agitadas, el vino revoloteaba por dentro como si alguien estuviera sacudiendo el mar, los adultos al primer trago como si vieran la epopeya del líquido. Para la niña ellos no sólo bebían el vino, sino también el sol que doraba el viñedo, el polvo que abrazaba las uvas, la lluvia que alimentaba las plantas, el olor del suelo que les dio de beber, la gota que corría de la frente del agricultor, la sequedad que aguzó el azúcar, los dedos gruesos que tomaban para sí los rizos como si agrupasen decenas de bebés, los hombros gruesos que llevaban las cestas, los pies gruesos que hacían el mosto, los brazos delgados que estiraban las gomas, la madera refinada que le dio al vino los olores y toques, las manos delicadas que recogían las botellas, los amaneceres diáfanos que llevaban las botellas.

La primavera se fue, el verano y el otoño también; pero, con el abuelo de las letritas siempre alrededor, el tiempo pasaba lentamente, a pasitos diminutos de niños, y al final de cada comida, entre tragos de vino en la sala o a la sombra del Árbol de las Palabras, una nueva historia surgía.

La niña pensaba que era una pena que tales bibliotecas ya no existieran, pero Santiago conocía tantos enredos de libros que era como si hubiera crecido en uno y pudiera reproducirlos todos: él hacía cuentos, conocía nombres largos, aforismos y fechas, diseñaba todo tipo de mapas (la niña siempre había estado fascinada por los mapas), hablaba de lugares indescriptibles. El padre discutía los méritos de un personaje, la niña escuchaba atenta, la madre decía que había cruzado dedos en algún momento por el villano, Beatriz preguntaba si el final no podría haber sido diferente. La niña disfrutaba de la familia reunida, todos animados en diálogos más prolongados: era como si, a través de un hilo finísimo, resistente y mágico, Santiago los hubiera guiado a través

del Laberinto del Absurdo hasta un lugar flotante, etéreo, en un retorno a la magia de la casa de la abuela.



En la hermosa y fría tarde de diciembre, la niña apoyó la frente contra el vidrio escarchado de una de las ventanas laterales de la casa del vecino. No por indiscreción, al final, no se trataba de eso —sólo quería ver al abuelo de las letritas, darle un abrazo, tal vez ganar una historia.

Centrado en sus asuntos, Santiago ni siquiera la notó. Estaba en la sala, debajo del cuadro que exhibía un manuscrito iluminado con inscripciones incomprensibles y, recostado a la escalera de mármol, se esforzaba por envolver, separadamente, cuatro libros. La niña dio un salto de miedo, aquello era peligroso —TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO -, el cartel omnipresente no permitía olvidar, su tío ya había sido arrestado. Ella se percató, por la portada estampada con animales, que uno de los libros era infantil, y eso la intrigó y la alegró. Santiago doblaba meticulosamente el papel, medía, corregía la escuadra, luego usaba las tijeras, después pegaba, venía la cinta y la etiqueta para fijar la nota. Empacando y volviendo a empacar, pasó casi media hora en la actividad, y al final puso uno encima del otro, retiró su silla y miró el edificio de pequeños paquetes, cuyas coloridas tiras verticales parecían tablonces de una barcaza que transportaba animales salvajes.

Se pasó una mano por la cara, lanzó el teléfono celular con fuerza sobre la mesa, casi golpeando una de las torres del tablero de ajedrez, y apoyó los codos en la silla, las manos asegurando sus sienes; dio pasos circulares, fue hasta el estante, movió la miniatura de Don Quijote, regresó a la mesa, miró los libros, se rascó la pierna derecha, dio otros pasos, murmuró algo y luego desenvolvió los libros, arrojando los papeles y cintas en el cesto de basura. Tomó el cuaderno de portada blanca que estaba en la otra punta de la mesa, junto a la matrioshka roja, se puso la chaqueta, deslizó el cuaderno en el bolsillo lateral, se aferró a los cuatro libros y se apresuró al garaje con tanta prisa que la niña tuvo miedo de aparecer. La prisa fue transmitida al automóvil y el automóvil desapareció en la Calle del Bosque.



La noche llegó y, con ella, la cena de Navidad, que fue como en los tiempos de la abuela. La niña cautivada por los brillos, Beatriz en raro buen humor envuelta en un *Challis*, la madre todavía sobria con su chaqueta blanca y su falda de crepé de lana, el padre de barba afeitada, el agradable olor después del afeitado de barba que sólo su querido padre tenía.

El rojo del mantel estaba adornado por el amarillo de los quesos, por los tonos de las nueces y por la brillante platería. El bacalao, las coles, los huevos y las papas estaban presentes (las sobras mezcladas harían un delicioso cocido de “ropa-vieja” al día siguiente) y, como tenían de invitado a Santiago, la madre también hizo pulpo marinado y solomillo en viña de ajos. Antes de comenzar a comer, tomaron una foto —la niña en el regazo de Santiago, y los padres y la hermana abrazándolo— que semanas más tarde iría para el porta-retratos de la sala.

Después de unas copas de vino, el padre declaró que Santiago era su mejor amigo. No, era como un hermano. No, era *de hecho* un hermano, que formaba parte de la familia. La madre hizo coro mientras reemplazaba un adorno en el árbol de Navidad —el primero de la familia, un auténtico abeto traído por Santiago. Sí, Santiago era el querido hermano que había perdido, dijo la madre, aquel hermano que diseñaba proyectos arquitectónicos y que había iniciado a la niña en el camino de las historias, uno de las personas más alegres que había conocido, pero que después de

haber sido arrestado por almacenar libros se decepcionó de todo y se dirigió al Este en busca de un lugar lleno de ébanos y nunca más regresó. La madre dijo que extrañaba a su hermano, que tanto amaba.

Nostálgica, la niña se acordó del tío de espejuelos de marcos redondos y una voz carrasposa, con la pipa anclada en la boca. Pero la madre estaba mintiendo, no le caía bien su hermano, vivía discutiendo con él por todo. La niña recordó que su madre había discutido con su tío el mismo día que debería haber sido una fiesta cuando él salió de la cárcel: su madre quería vender la casa de su abuela, y su tío no estuvo de acuerdo, pelearon toda la noche, la madre dijo que haría “lo que fuera necesario para vender la porquería de casa”, la niña se quedó dormida por el miedo y su tío nunca más fue visto —extrañamente, ni se despidió antes del tal viaje para el Este.

Cuando el asunto del tío desapareció, marido y mujer se alternaron en conjeturas comunes sobre cómo la vida a veces, en tan poco tiempo, hace que las personas se identifiquen tanto. Se referían a Santiago, y él, sonrojado, correspondía, diciendo que estaba halagado.

Abrieron los regalos. Santiago recibió una corbata finita, elegida por Beatriz y entregada por la niña en una caja en forma de libro. Avergonzado, le dio las gracias, se miró en el espejo con su corbata y la devolvió a la caja, que guardó en el bolsillo lateral de su chaqueta.

Santiago le dio a la niña un estuche de terciopelo azul. Al abrirlo, tomó el cordón plateado y se maravilló con el colgante: un ancla con un delfín entrelazado a ella, un símbolo que recordaba haber visto en una pintura en la casa de él.

—¡Que lindo! ¿Eso tiene nombre? —preguntó la niña.

—Es un símbolo para *festina lente*. Significa “apresúrate lentamente”- dijo Santiago.

—No entendí...

—Lo entenderás, Alice. Un día. Los símbolos son poderosos, y ese ahí, es muy importante para mí. Fui adoptado por hombres que dedicaron sus vidas a los libros. Como tú amas historias y animales, pensé que te gustaría...

—Es perfecto.

Con la sonrisa un poquito por delante de la timidez, Santiago le susurró al oído que se trataba de un amuleto que tenía muchos, muchos poderes; sería el secreto de ellos. Ella corrió hasta el espejo y, elevando los cabellos del cuello, ajustó el cordón y jugó con el colgante, pensando que era mágico, que era uno de aquellos objetos que se lleva consigo para siempre, para inspirar confianza y recordar de donde venía. Luego la niña tomó a Santiago de la mano y lo llevó a su habitación, bien lejos de la vista de sus padres y las cámaras que aún funcionaban. También quería contar un secreto, pero primero Santiago tuvo que hacer un gran juramento de silencio. El juró. La niña recogió su cordón de muñecas y, quitando los vestidos pequeños, mostró la cremallera que cada una tenía en su vientre; abrió una de ellas, y del vientre de la primera muñeca sacó un pequeño cuadernillo de Moleskine, mostrándolo a Santiago y exhibiendo las hojas que exhibían escritos en una letra pequeña y redonda de niña. Ella le dijo que los cuadernillos eran los niñitos de las muñecas, nuevas vidas llenas de historias en las que podía escribir lo que aprendía e inventar explicaciones para lo que no sabía. Era un secreto que guardaba con su abuela —escribía todo lo que le gustaba en los cuadernillos. Ahora ella compartía el secreto con él, confiaba en él.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en mí? —preguntó Santiago, sonriendo.

—Los niños siempre saben en quién confiar. Los adultos son los que no lo saben.

Justo antes de salir de la habitación, la niña hizo una señal de que quería susurrar algo. Santiago se inclinó un poco, pero ella lo empujó un poco más y él tuvo que sentarse en el suelo, arrugando su chaqueta. Entonces ella le preguntó sobre los libros que había envuelto, como bien había visto por la ventana. Él le susurró que no podían hablar de aquel asunto —¡era peligroso! Usando la

estrategia que había ideado, la niña reparó otro tema —lo que realmente importaba:

—Como hoy es noche de revelar secretos, quería saber sobre Hilário Pena.

Santiago hizo un ruido extraño con la garganta y, abrazando a la niña, respondió:

Alguien que descansa en una bodega de recuerdos.

—¿El esta vivo?

El narrador de historias no respondió de inmediato, sólo le dio a la niña una mirada plácida, de aquellas que un padre reservado da cuando se enorgullece de alguna conquista de su hija.

—“Sólo lo que no muere, muere; el que muere renace en otro lugar” —dijo finalmente, en un ritmo melódico, como si reprodujera un dicho popular o recitara versos.

De vuelta a la sala, en aquella noche, Santiago le contaría a la niña una historia navideña —el reencuentro de un viejo avaro con el fantasma del antiguo socio. En la secuencia, la de una niña que leía un libro antiguo lleno de lagunas y que era arrastrada para la historia, la cual estaba siendo escrita por ella misma mientras conforme vivenciaba la aventura.



Con la despedida de Santiago, que viajaría a la mañana siguiente para regresar sólo después de Año Nuevo, al escuchar el ruido de los platos bailando en el fregadero de la cocina, la niña se encerró en la habitación. Ella estaba feliz y también triste: había llegado la Navidad, todo estaba hecho de belleza, había familia, estaba Santiago, había decoraciones en el árbol navideño, había historias; pero ningún regalo para Artemisa, nunca más vista; y había el anhelo, nunca superado, de las noches de Navidad en la casa de la abuela.

Para espantar la tristeza, la niña se acostó en el suelo, alineada con las muñecas que ahora miraban al techo, ordenadas como ella solía hacer cuando estaba a la espera de la visita de alguna amiga —que nunca venía. Al darse la vuelta, abrazando las rodillas, la niña encontró el cuaderno de Santiago debajo de la cama. Lo alcanzó y, ahora sentada en el colchón y apoyado contra la pared, observó la portada. Santiago realmente era un desastre: había dejado el cuaderno caer *de nuevo*, y si no fuera por la niña, ya lo habría perdido. Pero era como si el cuaderno insistiera en acercarse a ella, como si la hubiera elegido, como si quisiera ser leído.

Deslizando su dedo índice sobre los escritos de la portada, ella siguió la letra cursiva con la que deletreaba “Hilário Pena” y, por un momento, un brevísimo momento, se le ocurrió que quizás Santiago había hecho aquello a propósito, para que ella supiera lo que había allí. No, eso no: era Navidad, y si hubiera querido darle el libro de regalo, lo habría envuelto; además, esa misma noche ya se había negado a hablar de Hilário Pena. Así que todo fue una casualidad: quizás confundido por el peso, en su chaqueta, de la cajita de su corbata, Santiago no debe haberse dado cuenta de que su cuaderno se había escapado. Pero... y si ella sólo echara una miradita... No. Después de todo, se trataba de un cuaderno para adultos, y leer cosas para adultos con anticipación podría convertirla en una adulta antes de tiempo, y eso no debería ser algo bueno —aunque tenía ganas de crecer y ser sabia, ser adulta le parecía una complicación maldita. Estaba resuelto: guardaría el cuaderno sin leerlo y lo devolvería a Santiago cuando regresara de su viaje.

Antes de acostarse para dormir, una tarea imposible, la niña se dio cuenta de cuan tormentosa sería la espera para recibir, del bosque o del Extranjero que narraba historias, la historia de Hilário Pena.

## UN PEDAZO DEL EDÉN EN GAIA

El “cuaderno Hilário Pena” estaba muy bien guardado en la ausencia de Santiago.

Cuando el vecino regresó a la casa de la niña, ella se apresuró a saludarlo en la puerta y, aprovechando que la madre finalizaba la cena, el padre y la hermana terminaban de vestirse, sacó de la blusa de lana el “cuaderno Hilário Pena” y lo metió en el bolsillo de la chaqueta del narrador de historias. Antes de que Santiago hiciera cualquier pregunta, la niña se entrelazó alrededor de su cuello como el delfín en el ancla del colgante y susurró que podía estar tranquilo: ella había mantenido el cuaderno fuera de la vista de los demás. Luego, parodiando lo que él había dicho en Navidad, ella se rió suavemente y murmuró:

—Creo que este cuaderno es *tu* amuleto que tiene muchos y muchos poderes; ahora será nuestro pequeño secreto.

Los chicharrones al estilo de la región de Minho fueron servidos y Santiago dio las noticias de su viaje: habló de la nieve que cubría los edificios, del puente de cadenas, de la belleza de las aguas congeladas del Danubio en Budapest. La niña insistió en comer en su regazo, y de esa vez no hubo forma de moverla.

Beatriz ya estaba lista, apretada en una falda ajustada y cromada, abrigo en mano; pero sólo saldría después de la cena y de la historia de esta vez. El café con Oporto y crema fue seguido de la invitación del padre a Santiago para ver el bate de béisbol recién recibido —“*un Louisville Slugger*”, dijo el padre, y explicó que fue firmado por los jugadores del Diamondbacks de Arizona en los Estados Unidos, equipo campeón en el remoto año 2001. Al empuñar el bate, su padre parecía ganar una fuerza desmedida, balanceándolo hacia adelante y hacia atrás como si no pesara nada; y tomaba un aspecto de loco, como si con aquello fuera a golpear a alguien.

La niña había subido las escaleras, siguiéndolos, y se había apoyado contra los muebles de la oficina, una pieza antigua de madera con pátina roja y fotos de jugadores de béisbol grabados en las puertas. Ella interrumpió la conversación sobre los bates y se dirigió a Santiago pidiéndole un cuento, pero el padre le dijo que el vecino ya estaba cansado de contar historias. No, no estaba, refutó Santiago. El padre le dijo a la niña que si los dejaba en paz, después el mismo le contaría.

—El señor lo intentó la semana pasada y no funcionó, papá. El señor Santiago cuenta mucho mejor.

Todos fueron al portal, pero el viento contra la espalda descubierta de la madre no les permitió que se quedaran allí y se retiraron a la sala de estar. La niña se sentó en el suelo debajo del panel azul y rojo que flanqueaba al televisor; el narrador de historias tomó el sillón negro y los otros tres se alinearon en el sofá blanco. Santiago entonces contó una historia llamada “La niña y el tigre”.



Érase una vez, en una tierra no muy lejana, una casa blanca con varias puertas y ventanas. La casa estaba rodeada por un jardín, donde crecían flores magníficas y para el cual siempre había una ventana abierta. La ventana siempre abierta era la de la habitación de la Niña de los Ojos Tiernos. Ella pasaba horas allí, inclinándose sobre la barandilla, admirando el jardín y curiosa sobre el bosque que tenía delante. La Niña de los Ojos Tiernos a veces tenía la premura de cruzar el jardín corriendo y enredarse en ese bosque, pero siempre entendía que era mejor oler las gotas de lluvia en la cocina que el de las frutas peligrosas que vengaban en la selva. Prefería la suavidad de su sábana a las espinas de los árboles, y la comprensión de su Muñeca de Tela a la incertidumbre de las bestias. Y hacía bien porque así actuaba conforme a su naturaleza. Cierta día, jugando en el jardín, algo insatisfecha con los juegos del jardín, la Niña de los Ojos Tiernos volvió su mirada curiosa hacia el bosque. Vio una figura feroz allí y corrió hacia la casa, advirtió que siempre había sido consciente de los peligros del bosque. Después de un momento de vacilación, muy curiosa, regresó al jardín. La bestia se había ido. Tigre —ese era el nombre de la bestia —era blanco y con rayas negras, y había vivido mucho tiempo en aquel bosque. Él no admiraba las flores porque no era consciente de su belleza, pasaba indiferente y a veces incluso las pisaba sin siquiera darse cuenta; con sus garras removía todo lo que se le cruzara en su camino, corría entre los árboles y de vez en cuando iba a lugares distantes poblados por animales fabulosos y nunca vistos. Pero regresaba —siempre —a ese borde, un límite no establecido entre el mundo de los hombres y el de las bestias. Y así actuaba de acuerdo a su naturaleza. En cuanto a los humanos, el tigre era desconfiado. Al final, había visto cazadores que mataban pájaros inofensivos por puro placer. El tigre consideraba a estos hombres como los peores animales —aunque admiraba su forma de comunicación. Resultó que después de algunos días, el Tigre y la Niña de Ojos Tiernos se encontraron nuevamente en el borde del bosque, uno frente al otro en la frontera de la vigilia con el sueño, del sueño con el sueño, cada uno en su mundo. Pero al contrario de lo que cabría esperar, esta vez la niña simplemente sonrió —y no escapó. ¡No, ella no tuvo miedo! El que tenía miedo era el tigre, no acostumbrado a toda esa ternura, estampada en la cara de la niña y exuberante como las plumas de un pavo real. El tigre corrió hacia el bosque, corrió, corrió, corrió, y cuando se cansó de correr, ya no sabía más por qué corría. Se dio la vuelta y lentamente regresó al borde del bosque, paso a paso, cauteloso. La niña seguía allí, sonriendo. El tigre, como por milagro, ya no tenía ningún instinto para lanzar garras a la niña y, ferozmente gentil, se arrodilló a sus pies como un caballero ante su princesa. Día tras día, el tigre y la niña regresarían a aquel lugar, cada uno más ansioso que el otro por el momento del encuentro y, como viejos conocidos, se ponían a conversar —¡sí, era una tierra mágica, y por eso en ella los tigres y las niñas podían conversar! El tigre tenía curiosidad por saber qué estaba pasando en aquella casita, por qué la chimenea siempre humeaba y por qué la niña pasaba horas admirando una flor y tantas horas jugando en el portal con su muñeca de trapo. La niña se encantaba con las historias sobre cascadas descomunales, árboles gigantes, animales de todos los colores y sobre dormir a pierna suelta. El tigre luego invitó a la niña a ir con él a dar un paseo por el bosque. ¡Ella aceptó de inmediato! Sin embargo, antes de irse, a la niña le preocupaba cómo se vería su muñeca de trapo durante el paseo. Ya el tigre tenía una cara seria, preguntándose si algo malo podría pasarle a esa pequeña niña en la selva. La niña, perspicaz e ingeniosa, tuvo una idea de inmediato: dejó la muñeca en la casita, muy cerquita del horno que hacía los pastelillos, le pidió a su madre que la cuidara, corrió a su cuarto de maquillaje, tomó un lápiz delineador y pintó algunas rayas en su propio cuerpo para parecer una tigresa. Y partieron para un viaje corto, el tigre todo feliz de poder mostrarle a la niña su mundo, y ella feliz de conocer un poco de aquella tierra exótica. La niña estaba deslumbrada: vio los tales seres jamás vistos, el contraste de todos los

colores del mundo en un único escenario, los riachuelos de aguas claras y heladas, el sol a través de las copas de los árboles deslizándose por las lianas. Amó el aire fácil de respirar, e incluso se preguntó por qué no había ido al bosque antes. Aprovechó los oníricos momentos de ensueño y continuó junto al tigre a través de aquel mundo encantado. Resultó que después de unos días, la niña comenzó a extrañar la casa y a la Muñeca de Trapo. Pero ella no le dijo nada al tigre, temerosa de que él se molestara. No es que ella no lo estuviera disfrutando... Es que aquello no era el mundo de ella. La niña se dio cuenta de que quería regresar, y cada paso hacia adelante era seguido por una mirada hacia atrás, de un escalofrío que recorría su pequeño cuerpo y de la sensación de estar cada vez más lejos de casa. He aquí que vino una gran lluvia y no hubo tiempo para esconderse. Las gotas lavaron la pintura y las rayas de la niña desaparecieron. Pronto todos en el bosque sabrían: la niña era humana y estaba en grave peligro. El tigre arrojó a la niña a la espalda y rápidamente se puso en el camino de regreso a la casita, listo para derribar todo lo que le apareciera por delante; después de mucho correr, con los dos exhaustos —él corriendo, ella asustada —llegaron al jardín. La niña estaba a salvo. El pequeño ruido de la respiración de los dos fue disminuyendo y, después del susto, el tigre tomó el lápiz para pintar a la niña y así reanudar la jornada. La niña, sin embargo, lo hizo detenerse. Con su voz delicada y aterciopelada, le explicó al tigre que ya no iría al bosque porque, aunque lo admiraba todo e incluso podría haber vivido en la selva si allí hubiera nacido o crecido, realmente lo que quería era su muñeca de trapo, sus pastelillos y sus flores. El tigre se retiró cabizbajo y, tan pronto entró en el bosque, una vez más corrió, corrió, corrió y corrió, hasta que paró por no ver ningún sentido en toda aquella carrera. No podía comprender por qué la niña ya no quería acompañarlo. No podía comprender lo que era tan emocionante en una pequeña casa con chimenea, en una muñeca y en los pastelillos. Pero tampoco podría vivir sin los ojos tiernos de la Niña de Ojos Tiernos. El tigre fue regresando en paso angustiado y se detuvo nuevamente en el borde. La niña estaba allí esperándolo, sosteniendo en una mano un jarrón con flores y en la otra una hermosa muñeca de trapo de cabello de trapo. Fue entonces cuando tuvo una segunda gran idea (la niña era realmente astuta —¡incluso había creado un helicóptero para hormigas con una libélula, imagina!). Ella corrió hacia el sótano de su casa y encontró una lata de pintura blanca. Le pintó las rayas negras del tigre y... listo: estaba hecho un enorme gato blanco (ella dijo que, cuando él se cansara y quisiera cambiar su apariencia, lavarían la pintura y pintarían las partes blancas de negro, de manera que se tornara en un grande gato negro). La niña invitó al tigre a su casa, asegurándose de que todos en el condado le dieran la bienvenida a ese gatito. Y así se hizo, porque así estaba escrito. En pocos días, el tigre descubrió el sabor de los pastelillos, la suavidad de las sábanas, la belleza del cultivo de flores, el fantástico juego con la muñeca de trapo. Estaba exultante. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, el tigre iba quedando aburrido. Extrañaba las aventuras en el bosque, los lugares inusuales que había visto, el olor a peligro, el sabor de la lluvia fría; y a veces por la noche, soñaba con la selva —ya una selva modificada, no más agresiva, una selva que ahora tenía la presencia de la niña. ¡Y la muñeca de trapo también! Sin embargo, el tigre tenía miedo de decirle todas estas cosas a la niña —¡porque ella, tan delicada, incluso pudiera hasta molestarse! Se quedó allí, deambulando, sintiéndose afortunado de estar en la pequeña casa, pero algo molesto por su gran apariencia de grande gato blanco y gordo. Entonces un día, la niña y el tigre fueron a una fiesta en el centro del condado y se demoraron mucho por allá. Anocheció, y por eso ellos no se dieron cuenta de la gran nube que se acercaba. Fueron tomados por sorpresa y... fue una sola carrera. Las gotas lavaron la tinta y las rayas del tigre reaparecieron. La multitud se convirtió en polvo, y pronto los cazadores llegaron con sus armas injustas. El tigre rugió ruidosamente, y su rugido asustó a todos —menos a la niña. Los cazadores se aproximaron y

apuntaron. La suerte del tigre estaba echada, y no habría más amistad entre las bestias y los hombres... Pero he aquí que llegó un nuevo milagro —recuerdan, ¡era una tierra mágica! La niña caminó hasta el tigre y lo abrazó por el cuello. El tigre ya no podía atacar a los cazadores —si así lo hiciera, lastimaría a la niña. Los cazadores tampoco podían disparar —acertarían a la niña. En aquel callejón sin salida, todos se dieron cuenta de que el tigre y la niña eran como uno solo. Apareció en el hombro de la niña una raya —¡pequeña, pero una auténtica raya de tigre! Y ahora el tigre tenía aquellos mismos ojos tiernos de la niña. Los dos se fueron bajo las miradas atónitas de la población. Regresaron para la casa en paz. En la mañana siguiente, el tigre corrió hacia el bosque y a través del bosque, apenas para confirmar algo que ya se había percibido: la selva se había vuelto aún más hermosa, porque ahora el tigre veía con los ojos tiernos de la Niña de Ojos Tiernos. Todo lo que él quería en sus paseos por el bosque era fotografiar con sus nuevos ojos aquellos hermosos lugares y correr de regreso al condado y contarle todo a la niña. Y así lo hizo. Algunas veces, el tigre llevó hasta a la niña con él, y como era una tierra mágica, ni la niña, ni la muñeca de trapo (¡que a veces también iba!) corrían peligro. El tigre se dio cuenta de que la Niña de Ojos Tiernos pertenecía a la casita, y que si tuviera todas las rayas de un tigre, dejaría de ser la Niña de Ojos Tiernos; y que lo que lo había conquistado era justamente aquel par de ojos tiernos. La niña se dio cuenta de que el tigre, sin sus rayas, ya no sería un tigre, y fue precisamente por las rayas que había sido conquistada. La niña entonces tenía la marca del tigre, sin dejar de ser niña. El tigre entonces tenía los ojos de la niña, sin dejar de ser tigre. Érase una vez, en una tierra no muy lejana, una casita con muchas puertas y ventanas, todas siempre abiertas. Las puertas y las ventanas no tenían que estar cerradas ni cuando llovía, porque, como era una casa mágica, el agua allí no penetraba. Como era una casa mágica, en ella vivían una niña y un tigre. Y ocho muñecas de trapo. A rayas.



—¡También me encantó esa historia, señor Santiago! —exaltó la niña.

Santiago parecía muy satisfecho con la aprobación de la niña. Pero pronto llegó Beatriz con su necesidad:

—Qué cosa más tonta. Un tigre y una niña...

El padre regañó a su hija por la falta de educación y se disculpó con Santiago. La madre se estaba levantando para buscar algo cuando Beatriz dijo nuevamente:

—Mira para acá, niña, tigres y niñas no conversan, *¿de acuerdo?* Que tontería...

—Si conversan. Yo converso con los zorros y las comadreas del bosque, *¿de acuerdo?*

—No conversas nada.

—Converso.

—No conversas.

—Mamá, Beatriz está diciendo que yo no hablo con los animales, pero yo converso con los animales ¿no es verdad? ¿No es así, señor Santiago? —la niña comenzaba a llorar.

Santiago se quedó en silencio contrariado, y el padre, apenas con un gesto de ojos, hizo que Beatriz saliera de la sala. La madre continuó su viaje hacia la cocina y Santiago tocó el rostro de la niña, consolándola. Dijo que creía que ella conversaba con las comadreas y con los zorros también. La niña reprimió su llanto y volvió a hablar:

—Señor Santiago, me gustaría hacerle algunas preguntas...

—Si

—¿Los tigres blancos no existían sólo en la nieve?

—Había tigres blancos, raros, también en los bosques. Pero, de todos modos, era una tierra



mágica, ¿recuerdas? Puedes tener tigres del color que quieras y...

—¿El tigre tenía una abuela?

Santiago reflexionó por un momento, hasta que se echó a reír:

—Pues claro, el tigre tenía una abuela. Todos tienen una abuela. En realidad, dos. Incluso puede ser que el tigre hasta no las haya conocido. Pero que el tigre tenía abuela, no hay duda alguna.

—¿Ella le contaba historias?

—Ciertamente

Santiago se despidió, la niña se aferró a él nuevamente como si su vecino fuera un enorme animal de peluche parlante. Tan pronto como el vecino se fue, ella corrió a la habitación en busca de sus aparatos y, aliviada, vio que la historia del tigre había sido grabada por las cámaras y archivada en la nube. Sacó uno de sus cuadernos y, con la pequeña letra de una niña, anotó todo como si se escribiera para sí misma una nota, una carta dirigida al porvenir —o una loca historia del futuro. Luego, exhausta, se arrojó sobre la cama.

En la madrugada, la niña pensaba en el tigre.



Tres meses después, sentada en el puente de piedra, la niña miraba el bosque que era un bosque sin tigres.

Robles, sauces y castaños formaban una silenciosa arquitectura a orillas del río Febros, las ramas se curvaban suavemente sobre la cabeza, las puntas de los árboles de un margen rozaban y abrazaban las puntas de los árboles del otro, las hojas ondeantes, las flores en el aire, como estandartes. Las aguas iban acariciando a las anguilas, jugando con el musgo, transpirando para mojar las copas, saciando a las ardillas. El río era un espejo fundido que reflejaba el vuelo de grullas, garzas, pinzones. Cuando era otoño, los conejos salvajes corrían por el mar de lilas moradas; las hojas secas flotaban y el río Febros se volvía marrón hasta finales del invierno. Pero luego llegó la primavera y el verde volvía, las aguas se quedaron de nuevo ondulantes con el nado de los pelirrojos acróbatas, las mariposas a navegar, millones de insectos divagando sobre cuestiones profundas, simples avistamientos de dríadas y ninfas, y las suaves aguas fluyendo en el Douro para luego convertirse riachuelos en el rostro de Oporto.

Hubo un año, en que el río quedó contaminado por los desechos de la fábrica. Los animales huyeron. Pero después se hizo un buen servicio allí y los lugareños fueron regresando, legiones de truchas, nutrias con sus graciosos bigotes. Y las comadrijas que la niña amaba. Fue entonces cuando derribaron algunos edificios en ruinas y en el lugar renació el corredor verde: “Un pedazo del Edén en Gaia”, decía el anuncio de la constructora, terrenos amplios que daba paso al río del bosque, el bosque evocando lo que de mejor existe en el animal que ya no vive más en el bosque, el bosque que escuchaba pedidos, el bosque de talismán gigante. Para la niña, no era sólo una arboleda, sino un Edén con árboles dorados que parecían candelabros, míticos seres danzantes y dos ríos en los cuales era posible bañarse —en uno de ellos para el olvido de las maldades y en el otro para el recuerdo de las cosas buenas, como si el Febros y el Douro cruzaran alguna divina comedia. Al beber el agua de allí, uno estaba listo para elevarse a las estrellas.

La niña llevaba uno de los cuadernos y, aplicada como si estuviera diseñando edificios suntuosos, tomó notas sobre su paraíso terrenal. Luego volvió a leer la historia del tigre.



Santiago comenzó a darle a la niña una mirada que reunía, en la devoción habitual, algo de

complicidad: él nunca le preguntó si había leído el “cuaderno de Hilário Pena”, sabiendo con certeza que ella no lo haría; ella tampoco dijo si lo había leído o no, ya que consideró innecesario explicar algo tan obvio para su propio abuelo de las letritas; y se quedaron bien así.

Una noche, al pie del Árbol de las Palabras, Santiago contó a los adultos una historia que la niña escuchó desde lejos. Se trataba de un hombre que había pasado su vida peleando con su familia por una casa, utilizando todos los medios, incluso haciendo trampas. Ya viejo, él finalmente se las arregló para apropiarse de la casa, pero pronto se dio cuenta de que, en su afán por lograr ese bien, había herido y apartado a las personas que amaba. El hombre entonces, le prendió fuego a la casa y se sentó al otro lado de la calle desde donde la vio ser reducida a cenizas.

—Qué historia más triste —dijo la niña, acercándose.

—No es una historia para niños —advirtió el padre.

—Y las buenas historias de adultos rara vez tienen finales felices, Alice —agregó Santiago, poniéndose a hablar con el padre sobre la simbología de la purificación del fuego.

Luego Santiago rescató para la niña figuras del folklore portugués de las cuales ella jamás había escuchado hablar: el Caballo del Pensamiento que soltaba fuego por los ojos, la sirena con pies de cabra conocida como la Mujer Marina, la Camisa Invulnerable que evitaba las heridas, el Alma de Maestro de los capitanes de navíos naufragados, la deslumbrante Moura Encantada peinando sus largos cabellos. Luego, personajes del folklore brasileño: el travieso Saci que vivía en los remolinos, el Curupira de pies virados hacia atrás, la gran serpiente de fuego llamada Boitatá. Y luego, historias de nobles guerreros de Angola y Mozambique. Sudando fuertemente, Santiago tomó un largo trago de agua y se quitó el reloj de pulsera, permitiendo que se viera, en la unión del dorso de la mano izquierda con el puño, una extraña cicatriz ligeramente apagada, que recordaba un símbolo de línea férrea en un mapa descolorido. Beatriz le preguntó a él sobre aquello, si él había sido mordido por algún animal.

—Todos necesitan cicatrices... respondió el narrador de historia, evasivo.

Entonces, con la voz titubeante, reveló que pasaba las semanas esperando el miércoles. Más tarde, mientras ayudaba a la madre de la niña a quitar los platos de la mesa, Santiago dijo sentirse finalmente adoptado, hijo no de sangre y ciudadano no de una tierra, y tampoco huérfano o forastero, sino un ser completo, teniendo por patria la lengua portuguesa, y por familia, los Crástinos.

Con Santiago la familia también se hacía completa, hecho poesía a la cual se añadió el verso final. Como un anciano que tomaba de la calle lo que los demás habían ignorado, Santiago parecía haber recogido a los Crástinos de un mundo desconcertado, como si fuera un catador no de basura, sino de personas pérdidas, un reparador de almas partidas —y de palabras rotas. La felicidad de la Navidad estaba allí prolongada, expandida, revitalizada: las luces ya habían sido despojadas, por supuesto, los adornos guardados en cajas, el frío había perdido su vigor y todo lo demás; pero aquella cena, aquellos cinco a la mesa, se convirtió en una imagen martillada en una bandeja de plata, formas precisas talladas a cincel. Tal vez esa era la última sensación de comer juntos, de compartir lo que se había cazado, de contar las dificultades del día, el pan repartido, las noticias de la calle. Mientras estaban todos reunidos, con el padre y la madre ahora preparando juntos la comida en perfecta comunión, y las hijas y Santiago observando, comiendo y divirtiéndose; mientras masticaban, sus bocas hablaban entre sí, sus cubiertos tintineaban, sus vasos y copas flotaban; mientras estaban en medio de anécdotas, las desaprobaciones, los cambios de humor; no importaba si era un día más frío, u otro más cálido, mientras permanecieran juntos, la Navidad se extendería por meses.

Aquella cena de Navidad nunca terminaría, todos seguirían aún en la mesa, todos sonriendo mientras abrían sus regalos, la niña agraciada con el colgante y el secreto de los cuadernillos contado a Santiago y él manteniendo el secreto. E incluso cuando no había luces, ni decoraciones, ni frío, era como si todavía fuera Navidad con todo fluido y feliz y fugaz, cada salida de Santiago era una angustia tranquila, cada regreso una calma eufórica, la niña soñando despierta sentada en el suelo, la nuca recostada en la barriga de él, y ella embriagada con el perfume de él.

Y, si con él lejos la niña quería que el tiempo corriese como conejos, con él a su alrededor quería un mundo menos apresurado, como si el tiempo fuera un enorme río que acelera en las piedras y se reduce en las curvas.

La niña pensaba en su propia historia compuesta de palabras y comas, pero postergadas con puntos finales: nada bueno terminaría, la vida sería rápida y ligera y luego lenta e incluso más ligera, y la niña continuaría en un delirio como si otra en ella viviera y por ella escribiera en los cuadernillos todo cuanto sucedía en la familia que en aquel tiempo tenía a su padre regresando temprano del trabajo, la madre alegre y adornada, Beatriz menos inquieta e incluso conversando un poco, y la niña, aún resentida por el librito hecho macarrón de papel, pero ahora flotando en sus zapatillas, arrebatada por las historias del abuelo de las letritas Santiago, el que le había enseñado a jugar al ajedrez y le diera a ella el colgante y una matrioshka roja, el que iba y venía y no mostraba punto final en la alegría.

Hasta que llegara el abismo.

## PERTURBACIONES EN EL EDÉN

Faltaba poco para las vacaciones de verano cuando la niña se dio cuenta de que las grietas en el muro del bosque se habían ensanchado, devolviéndola a la realidad llena de puntos finales.

Las grietas nacían del cartel absurdo —TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO —y serpenteaban a través del yeso para desaguar en la puerta de bronce. En cualquier momento el muro se derrumbaría, se desmoronaría, se uniría al polvo. Mediante una asociación de ideas que le pareció tonta, en la época la niña intuyó algo sobre la familia: parecía que Santiago había despertado una grieta de humanidad en los Crástinos. Quizás algo menos humano. O hasta demasiado humano.

La niña que quería ser sabia aún no lo sabía, pero estaba a punto de presenciar una erupción aterradora en su propia casa, como si un corte longitudinal en volcanes pudiera convertirse en cristalería de laboratorio. Parecía que todo eso era nuevo... o... tal vez ya estuviera allí, latente, pero sólo ahora percibido. Tal vez los ojos de la niña habían crecido.

También parecía que el mundo había ganado una rara gramática y un diccionario falso, que las palabras sonaban mal, no significando lo que significaban; que la suavidad de las conversaciones ritmadas de la infancia había sido distorsionada y la fluida melodía de los narradores de historia, envenenada por diálogos embrutecidos.

Parecía que las conversaciones de los adultos no pasaban de coloquios de desmesurada locura.



Con la llegada de la época de las festividades de São João do Porto, los padres de la niña acordaron llevarla a ver los fuegos artificiales en los Cais da Ribeira. Todos irían en el carro de Santiago, más espacioso, y él llamaría para confirmar el horario de la salida —tenía algunas cosas que hacer en Cima-Corgo, pero regresaría a tiempo, dijera.

La niña venía de la escuela cuando vio a Beatriz en la puerta de la casa de su vecino. Levantada sobre las puntas de sus zapatillas, la niña se acercó a la ventana —no es que le gustara husmear, después de todo, no era eso. El calor brotaba del suelo, abrasando las pequeñas plantas, haciéndolas desprender aromas hipnotizantes. Beatriz le decía a Santiago que necesitaba hablar con él, cosa rápida, no tomaría mucho tiempo. Él abrió la puerta y las ventanas, descorrió las cortinas, apoyó la mano en el nudo de la corbata como para aflojarla —pero no lo hizo. Beatriz paseó su regata por la sala mientras observaba todo como si nunca hubiera estado allí —ella ya había ido al palacete con los padres para renovar las invitaciones a Santiago, pero no debería haber prestado atención a nada, después de todo, sólo se quedaba tecleando, tecleando, tecleando. Santiago preguntó si Beatriz aceptaba algo, tal vez un poco de jugo, y ella dijo que quería vino espumoso. Él sonrió y se sentó después de verter sólo agua. Beatriz dio vueltas, mirando las paredes con marcos dorados, la cristalería exhibiendo objetos adquiridos de todas las culturas, la

mesa con las muñecas rusas alineadas; haciendo una pausa, juntó las manos espalmadas detrás de la espalda, se apoyó contra la pared y dijo evasivamente:

—Debe ser bueno...

—¿A que te refieres?

—Vivir en una casa así.

—Tengo que admitir que lo es.

—Debes sentirte solo aquí —dijo Beatriz, tumbada en el sofá con las rodillas más que expuestas, la boca entreabierta como la corteza del pistacho.

—A veces. Pero los tengo a ustedes ahí al lado —y él señaló la casa de la niña.

—No es la misma cosa. *Sabes* a lo que me refiero —dijo Beatriz, frotándose las piernas con las manos.

Santiago esperó a que ella reaccionara, pero Beatriz se levantó y fue hasta la ventana —por suerte a la del lado opuesto al que estaba la niña —y acarició las cortinas blancas mientras miraba su propia casa.

Un lagarto trepó por la pierna de la niña y tuvo que reprimir el grito que habría denunciado su presencia; luego, reclinándose, con un capirotazo, lo devolvió a la tierra y se irguió de nuevo para escuchar.

—El señor nos puede ver desde aquí —dijo Beatriz. —También podemos verlo. Sé cuando llegas de viaje.

—¿Las luces encendidas?

—No. Las cámaras. Cuando algún automóvil pasa, ellas se encienden. Hay cámaras en mi casa. Muchas. Para fuera y para adentro. Graban todo.

—Lo que era de mi conocimiento, es que sólo tu padre tiene acceso a las imágenes, ¿verdad?

—¡Imagina! Él puso una contraseña tan obvia que incluso la niña descubrió: “béisbol”. De vez en cuando me divierto. Veo lo que hacen los demás. Mi papá en la oficina viendo chicas, mi mamá y la televisión... La niña también espía. A veces. Pero en la habitación de ella la cámara no graba. Creo. Parece que ella la sabotó.

Beatriz hizo una pausa, tiempo suficiente para que la niña se preguntara cómo su hermana sabía de la travesura de bloquear la cámara de la habitación. Luego, sin darse la vuelta, Beatriz continuó:

—Estoy preocupada...

—¿Con qué?

—Mi padre. Él engaña a mi madre.

—¿Qué estás diciendo, Beatriz? Tu padre trabaja todo el día y luego se va directo para la casa.

—Él la traiciona en casa.

—No entiendo. Tu madre siempre está ahí.

—Por eso él se encierra en la oficina. Es tan tonto... Y él piensa que no lo sé. Algunas cosas las puedo ver por las cámaras en tiempo real. No sé por qué, instaló cámaras hasta en la oficina. También está todo lo que se queda grabado. Y cuando él se va, rastreo los sitios. Es fácil. Él ni siquiera borra el historial.

Por el ceño fruncido de la frente, Santiago demostró que no comprendía. Beatriz continuó:

—¿Sabías que él tiene dos novias? Para una él se llama Márcio, es piloto de aviación comercial, que lleva una vida emocionante, viajando. Para la otra él usa su nombre, Santiago. Así es, créeme, *Santiago*. Y luego afirma ser un hombre de negocios, hace un misterio sobre el pasado, inventa mil viajes alrededor del mundo, y se hace pasar por un erudito. Y lo peor es que las idiotas le creen. En todo.

La niña se inclinó para uno de los lados: quería escuchar mejor, aunque encontraba una locura esa conversación. Sabía más o menos lo que era traicionar, como cuando, en un juego, alguien dice en broma que contará hasta diez y sólo cuenta hasta siete. No tenía idea de por qué el padre le haría eso a la madre —ellos ni siquiera jugaban a contar...

—¿Qué quieres decir, Beatriz? ¿Tu padre realmente sale con estas mujeres? —Preguntó Santiago, secándose el sudor de la frente.

—Las enamora. Por el *internet*. No creo que las haya encontrado nunca. Estoy segura. Tú conoces a mi padre. Nunca corre riesgos. ¿Debo contarle a mi madre?

—Ese es un tema delicado y del que hubiera preferido no haber sabido. Tal vez deberías hablar con tu padre primero.

—Él ni siquiera habla conmigo correctamente —dijo ella, sentándose en el sofá. —¿Y mi madre?

—Tu madre...

—¿Crees que ella se pueda interesar por otra persona? ¿Por el señor, por ejemplo?

—Beatriz, no me está gustando nada esta conversación...

—Ella compró ropas nuevas. Y se arregla demasiado para las cenas. Pero sólo para aquellas que el señor va. Cuando usted viaja, ella ni siquiera quiere cocinar.

—Te repito, no me está gustando esta conversación.

Ella miró una vez más a su alrededor y luego suspiró.

—Mi vida apesta.

—¿Qué quieres decir, Beatriz?

—Nada tiene sentido —respondió, mientras abría su bolso para ver algo en su celular.

Luego caminó hacia la puerta y desde allí sólo dijo “adiós” y se fue, dejando a Santiago con aire incrédulo, sentado en el sofá. Afuera de la casa, debajo de la ventana, la niña ya tenía dolor de espalda por el largo tiempo tensando los músculos. En el corto tramo entre la casa de Santiago y la suya, ella hizo elucubraciones sobre la conversación de Beatriz —la niña también había notado a su madre siempre bonita para cenar con Santiago, pero creía que eso era natural, que la madre sólo lo estaba haciendo por cortesía, él era de la familia, a todos les gustaba. Y la niña no entendía por qué Beatriz decía que su vida apestaba. Cuanto más crecía la niña, menos entendía el mundo de los adultos.

Las conjeturas fueron llevadas a la conferencia de muñecas, pero hubo un punto muerto en la votación y la niña no llegó a un veredicto, prefiriendo esperar hasta más tarde para tal vez aprender algo en la fiesta que llevase el voto de desempate.

A primera hora de la noche, sin embargo, se enteró de que ya no asistirían a la fiesta de São João do Porto: el padre tuvo un terrible dolor de cabeza tan pronto como tuvo una conversación susurrada con Beatriz. Más tarde, aparentemente recuperado, bajó de la oficina y encontró a su esposa en el comedor, junto a la ventana que conducía a la casa de Santiago.

—Querida, hablé con Santiago. Estaba muy ocupado. No sé si lo entendí, pero parecía un poco aburrido de contar historias, viniendo aquí todas las semanas. Creo que deberíamos darle un descanso, llamarlo más espaciadamente. Pero tenemos que ser discretos: nada de discutir ese asunto delante de él o de las niñas, ¿de acuerdo?

—Que pena. ¿Habrá sido la niña quien lo molestó?

—No sé. Quizás sólo esté demasiado ocupado.

Tan pronto como la madre salió del carro, la niña vio a al padre hablando por teléfono y él le decía a Santiago que la madre estaba indispuesta y que quería suspender las cenas por un tiempo. No, no era necesario Santiago ir hasta allá apenas para contar historias a la niña —últimamente

ella estaba interesada en los juegos, dijo el padre.

La niña no entendía por qué el padre mentía.



Sólo había silencio para ser comido.

Sin Santiago, las cenas se volvieron mudas, Beatriz no venía o se escondía en los mensajes, la madre tenía prisa por terminar, no se arreglaba y ni siquiera se molestaba con el padre por comer rápido. La niña intentaba conversar con los padres y la hermana, pero ellos nunca escuchaban. Quizás sería mejor abandonar la tierra e ir al mar para hablar con los peces. Los padres parecían tener una hija huérfana, la niña misma, que por eso se entristecía; después se entristecía aún más por pensar en una tontería triste de esas.

Un viernes, la niña se regocijó cuando su madre dijo que iban a la playa con Santiago. Pero más tarde, cuando puso las muñecas encadenadas en el pasillo, sintió aprensión cuando escuchó a sus padres hablar.

—¿Pero tienes que ir a la playa *este* fin de semana? —preguntó el padre, en un tono casi lloroso. —¿Por qué tanta prisa? Sabes que no puedo. De ninguna manera. La cena con los holandeses mañana será importante.

—Es que las niñas todavía están de vacaciones, el calor está insoportable y, milagrosamente, Beatriz aceptó ir. Luego ella cambia de opinión y ya no funcionará. Además, no me incluíste en esa cena. Estaré activa el sábado mientras te diviertes con los belgas.

—Holandeses.

—Lo que sea

—¿Estás segura? No sé si es una buena idea que vayan sólo tú, las chicas y Santiago. ¿Y por qué dormir en Villa del Conde, si está tan cerca de aquí? —preguntó el padre, de ojos apretados mientras pasaba el paño por las gafas. —Podían al menos regresar el mismo día.

—En cuanto a regresar, sabes muy bien que odio el congestionamiento del sábado por la noche. Y ahora ya he invitado a Santiago. No puedo retirar la invitación. Y, como tú mismo dices, él es de la familia —completó la madre, con la sonrisa que la niña ya sabía indicar la certeza anticipada de la victoria.

—Es verdad. Discúlpame. Estoy siendo egoísta. Ustedes no tienen la culpa de mis compromisos de trabajo. Ve con las niñas y Santiago. Si consigo, iré el domingo.

—Sería genial estar todos reunidos.

—Haré lo posible.

Luego vino el silencio de la noche.

## ARENA Y CICATRICES

El sábado por la mañana, el auto plateado de Santiago estaba frente a la casa de los Crástinos. La madre apenas abrió la puerta y la niña corrió hacia la acera, en unos efusivos buenos días al vecino, visto por primera vez en camiseta y jeans. Con la niña alrededor del cuello, Santiago abrió el baúl y saludó:

—Buenos días, Louise. ¿Cícero realmente no irá?

—Infelizmente no. Una lástima. Todavía está acostado. Tendrá un día completo con unos belgas.

—Realmente, una pena. ¿Y Beatriz?

—Esta viniendo. Con reclamos, para variar un poco. Regresó a la casa de madrugada. Difícil despertarla.

Beatriz pasó insolente junto a ellos, puso su mochila en el maletero y se sentó en el asiento trasero. Con todos a bordo, salieron en dirección al puente.

La casa de verano en Vila do Conde había sido un lugar de reunión familiar en los tiempos de la abuela de la niña, pero ahora estaba vacía la mayor parte del año, salvo algunos fines de semana cuando Beatriz y sus amigas aparecían por allí. Excepto por siete placas, *TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO* que la niña observó por el camino, el viaje fue emocionante, y aunque el cinturón de seguridad le impedía ver bien a Santiago, escuchar en su voz la historia de un pescador y luego la de un aviador la llenó de alegría.

Mientras se estacionaba frente al inmueble de los Crástinos —una construcción terrea exprimida entre dos casas de dos pisos con una fachada revestida de piedra gris y un pequeño balcón —, Santiago se distrajo y la rueda del automóvil raspó la canaleta, haciendo un ruido que provocó escalofríos en la niña. La madre se adelantó y dejó la maceta de Albahaca, comprada por ella el día anterior, en el balcón, y una operación rápida fue suficiente para que el equipaje llegara al interior de la casa. La niña y la hermana corrieron a una de las habitaciones y se pusieron los bikinis. Cuando regresaron a la cocina, encontraron a Santiago, quien había reemplazado sus jeans con pantalones cortos blancos. Se ofreció a desempacar los comestibles, pero la madre de la niña le pidió que fuera a la playa y vigilara a las niñas.

Santiago, Beatriz y la niña doblaron a la derecha, caminaron tres cuadras más, cruzaron la avenida con sillas y bolsos; con el paraguas bajo el brazo, el abuelo de las letritas parecía uno de esos caballeros de justas en los días de los castillos. El cielo de muchas nubes les había reservado un amplio espacio en la arena, y con las sillas ya en su lugar, Santiago se sentó y se quitó la camiseta que mostraba el fuerte tronco, y luego los pantalones cortos que cubrían el traje de baño. Beatriz se recostó en la silla al lado de él, colgó su bata de playa verde limón en la sombrilla y estiró el cuerpo como un reptil. La niña ya estaba jugando con su pequeño cubo azul en la arena mojada, observando los párpados del mar doblarse sobre sí mismos hasta que llegaron a la arena, tragando lentamente la playa, cuando sonó el celular de la hermana.

“Estoy. No, amiga. Hoy no podré. Sí, y ella hizo cuestión de morir en pleno verano. Que



aburrimiento. En la playa. No, ellas no vinieron. Mi madre, la niña y Santiago. ¿Qué? ¿No, estas loca? Es un viejo. Más viejo que mi padre ¿Qué? Hasta que es lindo, pero no puedo. Necesitas ver el tipo. Usa cada cosa... Quedamos así. Te llamaré mañana, cuando llegue. Hasta luego”.

Santiago parecía molesto.

—El señor no debería usar esas cosas —le dijo Beatriz.

—¿Qué?

—Ese traje de baño. Se ve aún más viejo.

—Bueno, me has llamado de viejo dos veces hoy. No sé por qué te importaría.

—No me importa. ¡Niña, deja de tirar arena a mis pies!

—Por lo menos hiciste ahí un cumplido.

—Escuchó mi conversación, ¿verdad? Que cosa fea...

—Vaya, parece que no estás haciendo ningún esfuerzo por hablar en voz baja.

—Lo que sea... Dígame una cosa. El señor frecuenta nuestra casa, siempre está conversando con mis padres y contando historias a la niña. Lo conocemos desde hace algunos meses. Más. Un año tal vez, ¿no? Pero nunca lo vimos con amigos. Ni siquiera con novia. ¿Tienes novia?

—No, no tengo.

—¿Nadie?

—¿Por qué preguntas eso?

—Por nada. Simplemente es que usted no es un tipo desechable. Y vive en esa enorme casa. No era necesario quedarse solo.

Beatriz hablaba mientras se alisaba las piernas con crema, con los ojos fijos en el mar como si dispensara a su vecino.

—No he tenido tiempo. Desde que llegué es sólo trabajo.

—¿Y en Brasil nadie te espera?

—No hay nada para mí en Brasil.

—Nunca entendí por qué hablan portugués en Brasil...

—Eso sólo puede ser una broma...

—No me gustan las bromas.

—Brasil era una colonia portuguesa, como habrás aprendido en la escuela. Todavía enseñan Historia en las escuelas, ¿no?

—Claro que no.

Beatriz bajó las tiras del *top* de su bikini blanco, revelando dos bandas de piel más clara que terminaban en la argollita dorada. Santiago desvió la mirada, proyectó el cuerpo hacia delante, recogió la botella de agua y se volvió hacia Beatriz, pero antes de que pudiera decir alguna cosa, ella dijo:

—Espera un poco. Tengo que responder algunos mensajes. Y por favor, no me mires tanto.

—¿Que estás diciendo? Eres sólo una niña y...

—Vamos a aclarar las cosas aquí. Uno: ambos sabemos que no soy una niña. Dos: si está interesado, olvídale; para mí, los hombres mayores tienen veinticinco años, no cincuenta.

—Todavía no tengo cincuenta, pero de todos modos, esta conversación es una sandez. Si hice algo mal, quiero, por favor, disculparme. Vamos a recomenzar. Dime: ¿Qué hacen las niñas de tu edad durante la noche en el litoral?

—¡Ay, que pesado! No soy una niña en absoluto. La niña es esa pequeña cosa aburrida allí, revolviéndose en la arena. ¡Niña, más para acá!

A la niña no le gustó lo de “aburrida” e ignoró la orden de la hermana. Sobre todo porque Beatriz parecía estar maltratando a su abuelo de las letritas.

—No quise ofenderla —le dijo Santiago a Beatriz —Si no quieres hablar, está bien. Sólo quería...

—¡Niña! —Beatriz fue de rostro enrojecido hasta la hermanita, la tomó por el brazo y la arrastró dos metros para atrás del alcance de las olas.

Era su manera esquiva, más amorosa, de proteger a la niña. Luego regresó, escribió algo en su teléfono celular y se acostó boca arriba.

—Por favor, señor Santiago, mire para otro lado. *Que cosa*, estos viejos...

Santiago estaba a punto de decir algo, pero el celular de Beatriz volvió a sonar. Él se levantó y fue hacia la niña, agachándose a su altura. La niña le mostró el camino excavado en la arena y dijo que era un camino de ballenas.

La madre de la niña se acercó, marchando de una manera divertida, con el pecho en alto y la espalda curvada de manera anormal, el trote exponiendo sus caderas sinuosas, como un animal entrenado para el desfile. Beatriz se levantó para tomar el agua y, mientras volvía a colocar la botella en el termo, fijó su mirada en la madre, que ahora estaba quitándose la bata de playa roja y estirándose en la silla al lado de Santiago.

—¡Mamá, tienes mi bikini! ¿Por qué no trajiste uno tuyo? ¡Estás ridícula! Deberías estar avergonzada. Es el más pequeño que tengo. Incluso tuviste que afeitarte, ¿no? Por eso tardaste tanto.

—Discúlpame, querida. Olvidé mis bikinis en casa. ¿No puedes prestarme uno de los tuyos sólo por hoy?

—Claro que no. Que cosa fea. Ni siquiera tienes edad ya para eso. Todo está en exhibición. ¿Usaste mi depiladora también?

—No. Traje la mía...

—Ah, ahora comprendo. Como si siempre llevaras depiladoras a la playa... Todo fue pensado. Así es —dijo Beatriz, masticando las vocales.

—La última cosa que yo podía imaginar es que esa ahí sería moralista —le dijo la madre a Santiago, señalando a su hija que se retiraba. —Le pido disculpas por esa vergüenza.

—No fue nada... —dijo él.

Beatriz se lanzó hacia la casa. La madre se levantó y fue hasta la niña, se agachó y le dio aquellas galletas con olor a playa, que la niña comió sin tocar porque tenía las manos sucias de arena. En esas galletas, la niña sentía que su madre la amaba, tal era la delicadeza con la que la alimentaba; era como si, deshaciéndose de sí misma, de la salamandra, de las frustraciones por no haber recorrido el mundo, hubiera en la madre una racha de madre.

Minutos después volvió a aparecer Beatriz. Llevaba una bolsa de plástico. Se detuvo frente a la madre, abrió la cremallera y sacó de allí algunas piezas de ropa, que fue derramando sobre el suelo granulado.

—Olvidaste tus bikinis, ¿eh? ¿Y qué es eso entonces? ¿Y eso? Estaban en tu habitación, mamá. Y a plena vista.

—Gracias querida. Los encontraste para mí. Deben haberse caído cuando moví la maleta.

—Lo sé... como si no entendiera lo que está pasando aquí. Quédate allí exhibiéndote...

—¡Beatriz, respétame! Cuanta tontería... Discúlpate ahora con el señor Santiago.

—En otro momento. Voy allí para hablar con los chicos.

—¿Qué chicos?

Voluntariosa como siempre, Beatriz no respondió y se dirigió hacia los tres chicos, que deben haber sido dos o tres años mayores, saludándolos con besos en la mejilla.

—Tengo que disculparme nuevamente, señor Santiago. Beatriz está terrible.

—No se moleste. Los adolescentes son así.

—Sí, pero debe haber límites. ¡Hablar así conmigo y delante del señor!

—Ya habíamos dejado de lado “señor” hace mucho tiempo.

—Es verdad. Discúlpeme, Santiago —dijo la madre, cerrando el paquete de galletas sin preguntarle a la niña si quería más.

—Y por favor deje de disculparse —dijo él.

—Está bien. Es que ella me vuelve loca. Por cierto: ¿se puso tan mal? Ella debe tener razón. Ya no tengo más edad para usar estas cosas... Ni soy bonita para eso...

—De alguna forma. Con el debido respeto, la señora es una mujer hermosísima.

—¿“Señora”?

—Ahora soy yo quien debe pedir disculpas. Señora no. Usted.

—Mucho mejor. Creo que voy a la casa a cambiarme. Estoy avergonzada.

—No hay razón para eso. Toma asiento. Disfrutemos la vista.

Asintiendo sin resistencia, la madre echó hacia atrás un poco más la silla, pero se sentó derecha y con las plantas de los pies curvadas fue reuniendo montículos de arena, con los que jugaba usando los talones y dedos de las uñas esmaltadas en rojo, haciendo dibujos sinuosos; luego se frotó un pie sobre el otro para eliminar el exceso de arena, se recostó al espaldar y estiró las piernas; luego, con las uñas de las manos, también esmaltadas en rojo, ajustó las tiras laterales de la parte superior del bikini negro. La niña se levantaba para decir que todavía tenía hambre, quería más galletas; pero fue bloqueada por la mirada de la madre, la mirada familiar que imponía silencio y distancia.

—Creo que Beatriz tiene razón —dijo la madre de repente a Santiago. —Realmente es muy corto. Deja ver incluso un poco la cicatriz.

—¿Cicatriz? —preguntó él, enderezándose en su silla.

—Sí. ¿Consigue ver? Beatriz fue por parto normal, pero con la niña tuvo que ser cesárea. Ese pequeño rasguño aquí debajo de la cintura. Nunca me conformé con él. Especialmente porque la niña no había sido planeada. De hecho, ni siquiera queríamos haberla tenido y...

—No hables así, por favor. Alice es una dulzura. Y ella puede oír y quedar lastimada — Santiago trató de susurrar.

Fingiéndolo reanudar el juego de ballenas, la niña ancló las rodillas en la arena y agachó la cabeza hacia el suelo.

—La niña no entiende nada de eso —dijo la madre. —Y me dejó esa horrible cicatriz.

—No se moleste con esa cicatriz. Es imperceptible. Si no la hubieras mostrado, no me hubiera dado cuenta.

Parecía haber sinceridad en las palabras de Santiago, e incluso la niña, que pensó que era divertido ese pequeño rasguño en la piel de su madre, ya lo había olvidado, sin darse cuenta de que ella podría haber sido la causa.

La madre colocó la punta del pulgar debajo de las bragas del bikini. Mientras hablaba, levantó la pieza levemente, su dedo se movía lentamente y con cautela.

—Es que la marca no es regular... ¿Puedes ver? El pedacito que es aparente es la porción menor. Luego, el surco se reduce un poco para abajo y se va para el otro lado. No es estético.

—Estás exagerando. Como le dije, es imperceptible, e incluso en un bikini más corto no se ve casi nada.

—¿Quieres decir que Beatriz tenía razón?! También lo encontraste demasiado corto. Que tonto de mi parte. Permiso. Voy a entrar para colocar otra cosa y ya vuelvo.

Las primeras gotas de lluvia tocaron la arena antes de que la madre regresara. Santiago cerró el

paraguas, lo que realmente no era bueno, y apiló las sillas. Tuvo que explicarle bastante a la niña, que quería quedarse en la playa haciendo compañía a las ballenas imaginarias y a la lluvia.

Ya en la calle, Beatriz se unió a Santiago y a la niña sin decir una palabra, y cuando llegaron a la casa, fueron sorprendidos por la madre, que estaba abrochando las maletas. Se disculpó con Santiago, habló de una repentina indisposición y agregó que con mal tiempo no tenía sentido estar en la playa; además, su esposo estaba trabajando en pleno sábado, y recién ahora se percató que no era justo que ellos estuvieran allí divirtiéndose. Luego, con la maceta de Albahaca en sus manos, la madre sugirió que regresaran a Gaia pronto, antes del congestionamiento.

Todos estuvieron de acuerdo. Excepto la niña.

## ALEATORIO

El lluvioso domingo mantuvo a Santiago adentro de la casa, como se suponía por el auto en el garaje.

Al otro lado de la cerca, la familia Crástino tampoco se aventuró en la lluvia fría, atípica para la época del año: la niña había pescado un resfriado, obligó a las ocho muñecas a pasar el día durmiendo y sólo salió de la cama para hacer palomitas de maíz en el microondas; Beatriz se levantó a las dos de la tarde, ya irritable —la madre le había prohibido salir el día anterior; el padre se quejaba de los holandeses, insuperables en la cerveza; ya la madre no estaba para conversaciones y volvió a ver la misma película varias veces, usando el comando interactivo para cambiar el destino de los personajes.

La lluvia azotaba la ventana en chorros intermitentes como golpes en una caja de repique, y el agua que corría por el cristal le provocaba preocupaciones a la niña sobre si el camino de ballenas en la playa ya se había derrumbado —las ballenas estarían tristes. Ella también andaba un poco triste: en la prisa por salir de la playa, su pequeño cubo azul, que tenía desde la primera infancia, había sido olvidado, abandonado a la beira del mar, y se preguntó si algún día el mar le devolvería el cubo. También estaba molesta: no le había gustado ver a la madre y a la hermana peleando, ni de perder otras aventuras con Santiago sólo por causa de un bikini; la hermana no necesitaba haber implicado tanto y la madre bien que pudo haber pedido antes de usar. La niña no entendía por qué ellas no se entendían. Tampoco entendía aquella historia de haberle dejado una cicatriz en su madre: hasta donde ella sabía, las cicatrices provenían de magulladuras, como cuando su rodilla estuvo rota; pero la única vez que lastimó a su madre fue en una fiesta de la escuela cuando, con el disfraz de abeja, la abrazó, y una rebarba del ala golpeó a la madre en el brazo —dando a la niña una reprimenda frente a los otros estudiantes, dándoles un motivo más para repudiar “Cuadernillos”. Pero aquel pinchazo no había causado una marca fea en el vientre de mamá —y la marquita ni siquiera era tan horrible, incluso siendo hasta divertida cuando se le ponía atención.

Por la noche, metida en su camión beige, la madre continuó con la película, sólo interrumpiéndola cuando su esposo se sentó a su lado en el sofá sosteniendo una caja de comida china —sin habilidad alguna con los palitos, el padre insistió en usarlos, formando en la barbilla y la camisa divertidos dibujos con la salsa escurrida.

—Cariño, ¿tú todavía me encuentras bonita? —preguntó la madre, descruzando las piernas y arreglando su postura colocando su mano sobre la rodilla de su esposo.

—Por supuesto. ¿Pero qué pregunta es esa?

—No es nada. No tiene que haber nada. Es sólo... Bueno, no importa... No... Es que ayer en la playa estaba un poco insegura. Apenas había jóvenes en pequeños bikinis. No sé. Me medí con ellas. Me sentí como una anciana.

—¿Anciana? Vaya, sólo tienes treinta y seis años, cariño, y el mismo cuerpo de cuando nos

conocimos. Te ves hermosa —dijo él, cubriendo con la mano la mano intrusa de la esposa.

Gracias. Tal vez realmente debería creerlo. Le pregunté a Santiago, y él también me dijo eso — habló la madre mientras hacía una careta igual a la de las chicas que el padre a veces miraba en la pantalla.

—¿Santiago dijo *qué*?

—Nada. Sólo algunos elogios. Dijo que yo estaba en forma. Y hasta que tengo el cuerpo tan en su lugar como el de Beatriz. Pero luego pensé que era una exageración, ¿tú no?

—Nada de exageraciones, querida. Él está correctísimo. ¿Conversaron de algo más?

—No tuvimos tiempo. El viaje de regreso fue monopolizado por la niña con aquella cosa de historias. En la playa nos quedamos sólo algunos minutos.

—Ya veo. Tengo mucho trabajo mañana. Buenas noches querida.

—Buenas noches.

La madre mantuvo su refugio en la sala. El papá subió las escaleras y encendió la computadora para ver los extraños diseños en las pieles desnudas de las chicas sin nombre.



Unos días después, la niña corrió tan pronto como cruzó el portón del bosque. Quería llegar pronto, encontrar a Santiago, ganar otra historia. Corrió a través del puente de piedra, aceleró por el camino y pasó tímidamente a los dos mendigos —sus padres le habían prohibido hablar con ellos, en una advertencia ridícula de que, como mendigos, podían hacerle a ella algún daño. La niña podría no ser genial como su hermana, pero tampoco era estúpida, y podía ver que ambos hombres tenían sus almas estampadas en la frente, revelando a ella, que sabía leer frentes, siendo valioso en aquella belleza triste.

La niña se detuvo para quitarse las piedritas de sus zapatillas, retomó la carrera impulsada por el silbido del río y finalmente vio la mansión; pero no podía hablar con Santiago —la hermana, entrometida, mientras ella retiraba las piedritas, había llegado primero, acercándose a él cuando entraba en la casa.

—Hola Beatriz. ¿Todo bien?

—Todo bien. ¿Y el señor? Digo, usted. Puedo llamarlo de usted, ¿verdad? —preguntó Beatriz, quien jugueteó con los flecos de su vestido, la tela ondeando sobre sus rodillas.

—Claro que puede. ¿Necesitas algo?

—¿Puedo entrar? Si no es molestia.

—Entra, por favor. ¿Aceptas agua? ¿Un jugo?

—Me tomaría una cerveza en este calor infernal.

—No puedo darte nada alcohólico, como bien sabes. ¿Refresco?

—Refresco.

Santiago regresó con dos latas y sirvió el refresco. Beatriz se sentó en el sofá y estiró las piernas, arrugando la alfombra roja y beige. La niña acechaba.

—Quería pedir disculpas. Fui una idiota el sábado —dijo Beatriz, de espaldas a una de las ventanas abiertas.

—No hay nada de que disculparse. Yo entiendo.

—¿Entiendes?

—Por supuesto. Una niña... Disculpe, una *joven* de su edad tener que pasar el fin de semana sin poder salir con sus amigos y...

—¡No se trata de eso! Quería disculparme por haber discutido con mi madre delante de usted. Espero que entiendas. Ella apareció allí con mi bikini. Estaba celosa.

—Ahora, no te apegues así de las cosas. Un bikini no es nada de más.

—¿En qué mundo vives?! ¿Y voy a estar celosa por un trozo de tela?! —se irritó Beatriz, abriendo los ojos como los de un pescado de mercado, su típica señal de que aquello que decía era algo obvio.

—No entendí.

—De usted, Santiago. De usted. Mi madre exhibiéndose. Para ella es simplemente una diversión. Para mí es diferente. Usted es el hombre para mí.

—Soy lo suficientemente mayor como para ser su padre, Beatriz. De hecho, soy mayor que él —dijo Santiago, retorciéndose en el sofá.

—No me importa la edad. Y lo que quiero es transgredir. Para esto necesito a alguien diferente a mí, pero que me entienda. Usted viaja. Debes haber conocido a muchas mujeres. Debes entender a las mujeres. Mira toda esa cosa de mi madre y de la mocosa de la niña contigo...

—Beatriz, quiero mucho a Alice, a todos ustedes, y por primera vez puedo decir que tengo una familia. Pero no confundas las cosas.

Beatriz se levantó, buscó su teléfono celular y luego se sentó junto a Santiago, que observaba callado.

La niña sentía una alegría especial cuando Santiago hablaba de ella: el narrador de historias era el único que la llamaba por su nombre. Y de esta vez todo era un desborde —después de todo, él dijo que la *quería* mucho.

—Es usted. De eso estoy segura. Lo confirmé ahora mismo en la aplicación.

—Para con eso, Beatriz.

—No se lo diré a nadie. Siempre quise a alguien mayor. Y no venga a decir que no me deseas. Ví sus ojos allá en la playa.

—¡Basta!

—Entonces crees que soy fea, ¿eh? ¿Prefieres a mi madre, no? ¿Por qué?. Soy tan infeliz...

—¿Qué sabes tu sobre la infelicidad, muchacha? Estas recién comenzando la vida, tienes una familia, amigos...

—No tengo nada. Nadie es amigo de nadie. No consigo nada de lo que quiero. No es posible ser feliz en este mundo...

—No confundas la felicidad con satisfacción inmediata de deseos, jovencita. La felicidad debe estar en las elecciones hechas. Tal vez esté en la plenitud de tu alma, en estar bien contigo misma y...

—¡Ay que conversación de viejo! Dígame: soy realmente fea, ¿verdad?

—Eres una muchacha muy linda, Beatriz. Pero aún muy joven.

—No me voy de aquí sin un beso. Si soy rechazada por alguien de cincuenta años, ¿cómo podré atraer a alguien de mi edad?

—Deja de confundir las cosas. Vamos —dijo Santiago, caminando hacia la puerta. —Ve para tu casa —y agitó el brazo como un péndulo, indicándole a Beatriz que debía irse.

—Un abrazo.

—¿Qué?

—Quiero un abrazo.

Beatriz se aferró a Santiago. Ella puso una mano sobre su hombro y las pulseras multicolores rozaron el cuello del hombre; la otra mano la llevó a la espalda de Santiago y deslizó lentamente las uñas hacia arriba y hacia abajo sobre la camisa de su vecino. Santiago trató de alejarla, pero ella comenzó a llorar mientras alineaba su frente en la cavidad formada entre el cuello y el hombro derecho de él.

—Yo te amo —dijo Beatriz.

—No digas tonterías. Listo, ahora puedes irte.

—Pero te amo, me lo dijo la aplicación aleatoria. Hice la prueba dos veces en la casa, y justo ahora, hice una más. El resultado fue siempre “sí”. La probabilidad de que este resultado se repita tres veces seguidas es infinitamente pequeña.

—No, no lo es. Es doce y medio por ciento. Un octavo.

—¿Qué?

—Nada. Y esa cosa de prueba aleatoria no tiene relevancia en absoluto.

—Lo sé... ¿Pero crees que no vi lo que pasó aquí hoy? Lo entendí bien. Lo sentí.

Él repelió a Beatriz, se viró rápidamente pasando la mano por el rostro y fue a buscar el vaso de refresco.

—¡Tienes que irte, Beatriz. Ya!

Ella caminó sin prisa, se ajustó el pelo en el espejo, regresó aún más despacio, la parte trasera del cuerpo balanceándose como la cola de una iguana y, en la puerta, se acercó a Santiago como para besarle en la mejilla, pero se viró y le rozó la boca con los labios.

—Beatriz, vete.

—Claro que me voy. Pero cuando quieras... —dijo sonriendo, con la boca abierta como si se hubiera tragado cien pedazos de mandarinas.

Los pasos de Beatriz eran ligeros, y seguía pateando piedras que repicaban entre sí. La niña salió de detrás del arbusto y se unió a su hermana en el camino a casa; siguieron en silencio, la niña pensó que también amaba a Santiago, y no entendía por qué estaba tan enojado de escuchar a Beatriz decir que lo amaba.

Entraron en la cocina y encontraron a la madre moviendo el armario de la despensa.

—Dijiste que vendrías temprano para ayudarme con las compras, ¿recuerdas? Ahora ya he terminado de arreglar —dijo la madre, molesta, con Beatriz.

—Me perdí con el horario.

—¿Dónde estabas?

—¿Allá en casa de Santiago?

—¿Ustedes tres?

—No. La niña la encontré en el camino para acá.

—¿Como así? ¿Sólo estaban tú y él?

—Sí, ¿algún problema con eso? Me invitó a ver algunas cosas que trajo de sus viajes. Todo más que interesante. Subimos al piso de arriba.

La cabeza de la niña estaba nublada: o ella había ganado, sin darse cuenta, un cuello mágico de jirafa, de forma que podía ver el piso de arriba de la casa de Santiago, o Beatriz estaba contando una gran mentira. La hipótesis de la mentira parecía más probable, porque estaba claro que lo que ella había visto bien nítido era la sala, no el piso superior. Pensó que tal vez Beatriz, en su pequeño mundo de elogios por la locura, lanzaría esos inventos sólo porque estaba molesta con Santiago.

—¿Piso de arriba? —preguntó la madre, inclinando la cabeza y bajando la barbilla con curiosidad. Luego, estirando el cuello y apuntando con la barbilla hacia arriba, continuó con el interrogatorio. —¿De qué conversaron específicamente?

—Cosas... Tampoco tengo que contarte todo sobre mi vida, ¿verdad, mamá? Me gustó mucho. Parece que él también le ha gustado mucho.

—¿Qué *les gustó* exactamente?

—Nada, nada. Me voy a duchar.



Beatriz se demoró en la ducha.

## REGRESOS Y COMPLICACIONES

Santiago ahora viajaba poco y siempre volvía a casa antes de que se pusiera el sol.

Pero se quedaba allí solo, y nada de ir a contarle historias a la niña, que no entendía por qué la desaparición del abuelo de las letritas.

La niña pasó su tiempo con notas de las historias que recordaba, listas de palabras mágicas y algunos cuchicheos de anhelo. Le dolía nunca superar la ausencia de su abuela, tío y su gata, y de algún abuelo que nunca había conocido, y ahora del abuelo de las letritas. Cuando no estaba en la escuela, se quedaba también acurrucada en casa, temerosa de hablar con su madre, quien, aún más lacónica, ahora tampoco salía.

Por la noche, como si creara un escudo contra el mundo, la niña jugaba con su colgante, deslizándolo alrededor de su cuello y se refugiaba en los recuerdos de la casa de su abuela, la casa que visitaba en pensamiento y luego en un sueño —un sueño que tendría aún incluso cuando estuviera despierta, incluso cuando fuera más grande, incluso cuando fuera más sabia.



Cuando regresas a la casa de la abuela, abrir la vieja puerta delantera amarilla es como abrir un corte en el tiempo. A la izquierda se ven los dos cuadritos negros con líneas verdes trenzadas entre pliegues, las líneas forman figuritas geométricas perfectas. En una esquina descansa el acogedor sillón de cuero, tan apropiado para la sesión de dibujos animados de la mañana, y al lado la antigua mesa de café, donde un día descansaron los biberones y las galletas de los nietecitos, y por supuesto también la bombonera —¡un regalo de matrimonio! A la derecha estaba la carreta del silencio, adornada con cachimbas de ébano de todas las formas, y las paredes repletas de libros que sobresalían para fuera de los estantes como si apelasen, implorando ser leídos; en el centro, el tablero de diseño arquitectónico cargado de cuadrados y lapiceros de nanquín; era allí donde los fines de semana, se tenían “clases” de naipes; allí fueron escuchadas las historias fantásticas del tío diseñador y también fabulista; y fue allí que la niña vio, por primera vez, salir de las manos del propio tío el diseño del sombrero que no era un sombrero, sino un animal estrecho que se tragó otro enorme.

Unos pasos más adelante y aparece la habitación de la abuela, el cuarto de los regalos: ¡encima del armario, a alturas inalcanzables, se veían envoltorios coloridos en las vísperas de fechas coloridas y, por supuesto, huevos de colores en la Pascua!

Entrar en la cocina es suficiente para despertar en la memoria el olor del dulce de leche, el color brillante del dulce de calabaza y el sabor de las galletas de nata, todo preparado en la vieja estufa colocada en el piso de manchas blancas que parecía un trillo ladrillado de estrellas y cometas. Escuchas la risa y el tintineo de los cubiertos golpeando los platos rojos en las cenas y almuerzos de Navidad, se siente la textura de los platos en los cuales iban los dulces en caldos,

los variados pasteles y las golosinas súbitamente antiguas. Al lado de la tina de agua limpia, aún parpadea la llama de la vela dedicada al santo del día.

En los fondos de la casa, una pequeña habitación guarda todos los recuerdos de una vivida dama, la bisabuela que, con precisión de tabla de multiplicar, pasaba cada trimestre por la casa de uno de sus muchos hijos.

Luego llega el área de servicio, donde yace la máquina de coser: con un cinturón de cuero y un pedal de balancín, era un arma fatal contra las rasgaduras en la ropa y otros cachorros de desgarros. Bajando las escaleras viene el pequeño jardín con las mudas de las plantitas en latas de aceite de cocina, las latas que daban las manos a la lluvia y hacían danzas y ruiditos como en una canción de cuna.

Más para el costado, la abertura de un metro de altura proyecta un salto aún mayor: el sótano sirve como un merecido descanso para tantos libros gastados, en los que un día alguien depositó sus sueños. Al centro, el armarito almacena tubos de ensayo, un kitasato y pequeños potes con nitratos y sulfatos, registro del paso de algún científico aficionado; también guarda la memoria del mundo. En un estante en el fondo duerme la pesada enciclopedia ilustrada, que no cabía en la oficina de su tío y que encantaba con intrigantes registros sobre monstruos marinos, la historia del vidrio, las siete maravillas del mundo antiguo, el Renacimiento, el descubrimiento del átomo, los mitos y las leyendas, la producción del vino, animales fabulosos y el origen de los volcanes. Y lo que no fue encontrado o entendido por las figuras en papel, el tío lo sabía todo, y luego explicaba, espantaba todas las dudas e inventaba las respuestas a lo que él no sabía. Todavía en el suelo se ven los carretes para las cometas y el carrito de ruedas producidos por las manos y el corazón de un abuelo que nunca se conoció. Jarrones, más libros, una rueda de automóvil, dos o tres pesas, hojas sueltas, varias tintas, betún para zapatos, una bomba de inflar ruedas de bicicleta. Más adelante... No, más adelante no. Desde aquí el retorno es obligatorio, uno no puede ir "más allá": se tenía la seguridad de que allí existían fantasmas ruidosos, hoy reducidos a una fuga hidráulica simple y secular.

Es hora de regresar. Es hora de dejar la casa de la abuela. Pero que sea por el pasillo exterior, el que tiene acceso directo a la calle. Antes del portón, se pisa en el viejo chorro, causador de tantos resfriados, algunos castigos, mucho desorden y miedo a la inyección. Entra aquí en acción el mago, quien en un gesto supremo y geométrico cierra el portón detrás de sí y hace un nuevo viaje de regreso al presente.

Aquella casa puede cerrarse, venderse, ser demolida; pero nunca será derrotada. Porque nunca dejará de existir en los corazones de aquellos que probaron de su dulzura.



En una tarde de cielo oxidado, la niña vio a la madre sacar del armario el traje de *jogging*, ajustar en el pecho el frecuencímetro que recogiera en la gaveta de la mesita de noche y vestir por debajo de él apenas un *top* fino, a pesar del clima frío. La madre salió de la casa por la parte de atrás, con acceso al sendero verde del corredor, tomó la dirección del Parque Biológico de Gaia y disminuyó la velocidad al llegar a la parte trasera de la residencia de Santiago. A través del Bosque de Febros, rodeó la mansión y llegó a la calle, deteniéndose junto a un automóvil blanco estacionado junto al automóvil del vecino. Continuó en el circuito, pero en la segunda vuelta, se agachó frente a la puerta trasera para amarrar un tenis que ya estaba amarrado y pasó a tocar en la pantalla del celular, la cabeza baja como si no mirara lo que estaba mirando, sus largos párpados apuntando hacia la cocina de Santiago. Allí adentro, él y una señorita de *tailleur* negro bebían vino, la señorita balanceando sus cabellos de Moura Encantada. La madre dio otro giro,

ampliando el curso; luego llegó al vestíbulo y llamó al intercomunicador.

—Hola, Louise —dijo Santiago al abrir la puerta. —¡Que sorpresa! ¿No nos vemos desde el viaje a la playa?

—Eso mismo. Pasé para saber si todo está bien.

—¿Quieres entrar?

—No quiero molestarlo. Parece que tienes visitas —dijo ella, con el cuello tenso para el interior de la casa en un movimiento de anguila.

—Sí, e insisto que la conozcas —dijo Santiago alegremente.

Antes de que la madre de la niña entrara, la desconocida fue quien salió con el viento soplando en sus cabellos, que se revolvían como dunas oscuras.

—Elizabeth, esta es Louise, esposa de mi gran amigo Cícero. Son mis vecinos —dijo Santiago, apoyándose contra una de las columnas frisadas; luego, volviéndose hacia la madre de la niña, continuó. —Elizabeth es asesora en el Centro Portugués de Fotografía. Estamos desarrollando un proyecto juntos.

—Mucho gusto —dijo la señorita. —Santiago me contó sobre lo bien que ustedes lo acogieron. También habló mucho sobre Alice.

En su habitual simpatía plástica, la madre respondió sólo después de escanear cada parte de la intrusa:

—Él vive aquí solo, viaja con frecuencia y cuando se puede, nos reunimos. La niña ama las historias y él las cuenta. A todos nos gusta. Incluso Beatriz, mi rebelde —dijo la madre, abriendo mucho los ojos a Santiago mientras pronunciaba “Beatriz”.

—Me gusta contar historias. Las extraños, como ustedes saben, del tiempo que era común leerlas en los libros —respondió Santiago.

—Yo también. Pero prefiero la televisión —dijo la madre. —¿Y tú, Elizabeth, fotografía? Por cierto, bien podría ser una modelo fotográfica. Tan bonita...

Detrás del arbusto, la niña tenía una visión casi completa de la escena, podía escuchar todo y, si pudiera dar su opinión, estaría de acuerdo con la madre: la señorita era realmente bonita.

—Gracias —agradeció la tal Elizabeth.

—¿De dónde es su familia? Morena y con esos ojos...

—Mi padre es portugués, mi madre inglesa de ascendencia tunecina. Pero nací en Grecia y crecí en Estambul.

—¡Valla!

—Mi padre era diplomático.

—Entiendo...

—Le estaba diciendo a Elizabeth, Louise, que el rostro de ella tiene proporciones perfectas, como si se hubiera calculado matemáticamente. ¿No crees?

—Es verdad... Bueno, mucho gusto en conocerla, Elizabeth. Ya me voy. Pasé sólo para saludar.

Santiago acompañó a la madre de la niña hasta el límite del terreno mientras la nueva joven se adentraba en la casa. La madre se despidió, pero de repente se volvió hacia Santiago.

—¿Qué tal una cena en casa? Podrías llevar a tu novia.

—No es mi novia.

—Llévala de todos modos. Si aún no lo es, pronto lo será.

—No sé si es apropiado. Nos estamos conociendo.

—No hay problema. Es bueno ver que no estás solo.

—La consultaré y lo arreglaremos más tarde. ¿Puede ser?

—Cuando quieras.

La niña estaba complacida con la idea de una nueva cena con Santiago, desde luego simpatizando con la joven, que parecía ser el agente de aquel regreso. Podría haber un regreso de encanto, largas cenas, reuniones familiares; la niña recuperaría su narrador de historias y el bosque recuperaría su calma natural. Pero por algún elemento antinatural en aquella invitación de su madre, la niña quedó desconfiada, en una calma intranquila.



En aquella misma noche, levantándose rápidamente del sofá, la madre le preguntó al padre tan pronto como él entró en la casa.

—Cariño, ¿no encuentras a Santiago un poco extraño?

—¿Por qué? —preguntó él, colocando la carpeta en el centro de mesa y quitándose las gafas del rostro para frotarlas en su camisa.

—No tiene familia ni amigos. Vive en aquella casa, pero no se sabe nada sobre el origen de su dinero; y la tal fundación no debe pagar tanto así. Hoy pasé por ahí y él estaba saliendo de la casa con una joven exótica, no mucho mayor que Beatriz. Tal vez una de esas prostitutas de lujo. ¿A qué se *dedicará* realmente él para vivir?

—No sé. Cuando él se mudó para acá, fui directamente a investigar. Encontré más de 100 personas nacidas en Brasil llamadas Santiago Pena de Jesús. Eliminé los mucho más viejos y los mucho más jóvenes, pero aún así no llegué a ninguna parte. Varios registros ni siquiera tenían fotos. Y no encontré ninguno que pudiera referirse a él. Estoy de acuerdo en que hay algo anormal. Alguien con todo ese dinero debe tener antecedentes en su país de origen. ¿Alguna cosa te preocupa?

—No estoy muy segura. Semanas atrás, Beatriz me contó algo sobre él invitándola a entrar, y que hablaron íntimamente en el piso superior. No le presté mucha atención, pero cuando lo vi hoy con la joven...

—¿Por qué no me dijiste nada? —y los rasgos del padre, típicamente de pelícano, ahora tenían coloración de flamenco.

—Parecía irrelevante. Él siempre está aquí, es de la familia y todo.

—Tenemos que estar atentos.

—Pensé en hacer una cena e invitarlo. Si la joven es su novia o algo parecido, tal vez la traiga. ¿Quien sabe consigamos alguna información a partir de ella?

—Puede ser.

—¿De verdad lo crees? Sólo haré la invitación si estás de acuerdo.

—Por mi todo bien. Siempre estoy de acuerdo.

La niña no entendía por qué sus padres hablaban como si Santiago fuera un extraño. Pensaba que, si querían saber algo, era sólo preguntar y Santiago tendría una buena historia para aclarar todo. Creía aquello extraño: Santiago era de la familia, y las personas de la misma familia debían confiar unas en las otras; era sólo pedir para Santiago decir la verdad, porque cuando se pide eso, la verdad tiene que venir. Por lo menos era así en el mundo de la niña que le gustaban las historias, que jugaba en el bosque y que conocía las miradas de los animales —los ojos de los animales siempre son fieles.

El mundo de los adultos era una complicación dañina.



La complicación empeoró al día siguiente, y lo extraño sólo aumentó. La madre repitió el ritual

con el uniforme de *jogging* y esta vez sólo estaba el auto de Santiago en el garaje. Pero la madre ni siquiera hizo ejercicio: miró el reloj, luego regresó y tomó en la gaveta del aparador un viejo teléfono celular, colocándolo para cargarlo por el dispositivo inalámbrico. Minutos después, digitó alguna cosa en aquel viejo aparato y, con el pitido del mensaje, leyó algo en la pantalla de su celular habitual. Sonrió. Luego volvió a leer el mensaje, acercó bien el teléfono a su rostro y recostó la pantalla en la cara, se apartó y la recostó de nuevo mientras se reía sola, sonrojándose como si hubiera hecho una travesura. Con un sobresalto, arrojó el viejo celular a la gaveta y con el otro llamó a Santiago, confirmando lo que ya sabía —que él estaba en casa —, y preguntando al vecino si podía venir hasta la casa de ella para hablar sobre algunos asuntos serios.

Pasaron diecisiete minutos antes de que el vecino llegara, entrando por la puerta lateral de la cocina, desde donde saludaba la madre que, al lado de la maceta de Albahaca traída del viaje a la playa, parecía una estaca.

La madre llevó a Santiago hasta la sala y le sirvió el café. No, la niña no podía pedirle historias al vecino: los adultos tenían un asunto de adultos y ella debía quedarse en la habitación, ordenó la madre. La niña hizo que iba para la habitación, pero se escondió debajo de las escaleras.

—Discúlpeme, Santiago. Esta niña es realmente complicada.

—Usted sabe cuánto quiero a Alice.

—Eso es porque no eres tú quien aguanta las locuras diarias. Si al menos hubiera sido planeada...

—Ya hablamos sobre eso, Louise. Alice puede escuchar y no sentirse nada bien.

—Ella todavía no entiende estas cosas. Tal vez nunca las entienda, no es tan inteligente como su hermana. La niña no sabe, pero no pudimos hacer lo que hicimos por Beatriz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, estirando el cuello como un hurón.

—Beatriz fue planeada en todo. Con la inseminación artificial, editamos el código genético. Ella fue programada para ser un genio. Y sabemos que detrás de aquella rebeldía hay un genio. Después de todo, no era de extrañar: gastamos una fortuna con ella en Fuente de Vida, la clínica de genoterapia más reconocida del país.

—“Fuente de Vida”... *Lebensborn*... —murmuró Santiago, pareciendo perderse en una maraña de complicaciones.

—¿Qué?

—Algo que ya no debería existir... Discúlpeme... Bueno... Sabes, me parece inusual que la Humanidad, que ni siquiera recuerda a sus antepasados, quiera controlar las generaciones de descendientes en detalle... ¿Ustedes no pensaron que era peligroso interferir de esta manera?

—¡No! Además, esa si es una ventaja del Modelo GATE. Y los resultados justifican cualquier riesgo. La eugenesia es el futuro. La planificación genética conduce a una mejor salud, inteligencia y comportamiento social. ¿Por qué esperar la acción ciega de la naturaleza si tenemos un mapa?

—Quizás porque los mapas nunca son mapas del territorio en sí. Por cierto, ¿no te parece contradictorio confiar tanto en la suerte hoy en día, en dispositivos aleatorios, pero al mismo tiempo interferir en la combinación genética?

—Eso no es cuestión para pensar. Es simple: tenemos el conocimiento y lo usamos —dijo la madre.

—¿La fruta prohibida?

—Que fue hecha para ser comida... Pero no fue para hablar de ese asunto que lo llamé.

Luego la madre dijo haber planeado una cena para la semana siguiente, cuando él debería traer a Elizabeth. Santiago dijo que encontraba esa invitación precipitada: una cena en la casa de los vecinos casados tal vez podría asustarla.

—Entiendo... No quería ser indiscreta, pero ¿no le molesta la diferencia de edad?

—Pensé en eso, pero percibí que no podía privarme de una persona tan interesante.

—Y hermosa también.

—Realmente. Y confieso que me gusta mucho.

—Eso es genial —dijo la madre, mientras movía su cabello como si le picara la cabeza.

—Sí, lo es. Pero... por teléfono dijiste que tenías asuntos serios que tratar conmigo, ¿no?

—Exacto. Es un asunto delicado. En realidad, son dos. No estoy segura por dónde comenzar. Días atrás, Beatriz vino de su casa e insinuó algo, por ejemplo, que usted la había acosado de alguna manera. Pero le digo rápidamente que no le creo, ella está en proceso de inventar historias para ser el centro de atención.

Santiago se retorció en su silla.

—Louise, eso es muy serio. Ustedes son las personas que tengo en la más alta estima. Los quiero. Son mi familia. Beatriz estuvo realmente allá. Estaba molesta por algo tonto, conversamos un poco, le di un abrazo y le pedí que se fuera. Apenas eso.

—Que alivio. Debe ser uno de esos malentendidos.

—Con seguridad —dijo él, saliendo de la tensión y estirando las piernas.

—El otro tema es tan o más delicado, y también puede ser un malentendido. Me gustaría su opinión. Es difícil hablar contigo sobre eso, pero no tengo con quién conversar —dijo la madre, bajando los ojos para el suelo.

—Si puedo ayudarla.

—Es lo siguiente. Frecuento un gimnasio, justo allí en Avintes. Desde el principio, un chico me mira a menudo. Al principio pensé que podría ser alguien del barrio, algún amigo de Beatriz, en fin, un conocido. Estaba equivocada. Él vino a hablar conmigo, hizo elogios, dijo que no creía que tuviera dos hijas. Ahora el asunto es más serio... —y la madre se interrumpió, permitiendo que se escuchara el susurro de las copas de los árboles en la repentina ráfaga de viento. —He estado recibiendo mensajes de texto en mi teléfono celular. Siempre son anónimos y, digamos, osados. Creo que provienen de ese chico. Sin embargo, en los últimos mensajes mencionó detalles que sólo aquellos que frecuentan mi casa podrían conocer. Y no recibimos a nadie aquí excepto a usted. Por supuesto, no estoy insinuando nada, usted es muy educado, y dudo que si quisieras alguna aproximación lo hicieras de esa manera. De hecho, dudo que puedas querer algo conmigo, especialmente ahora, con aquella linda enamorada.

—Louise, le puedo garantizar que no envié ningún mensaje.

—¿Ni comentó nada sobre mí allá afuera?

—Claro que no. Sabes lo discreto que soy... Este calor... Me gustaría un agua.

—Voy a buscar.

La niña parecía entender algo de esa conversación, pero algo estaba mal: la madre no iba al gimnasio en absoluto. La madre regresó con el vaso y se paró frente a Santiago, mirándolo beber. Luego, aún de pie, le mostró su teléfono celular.

—Mire ahí. Soy una mujer casada. Que cosa tan horrible. Si tan sólo fueran mensajes educados. Pero... ahora estoy avergonzada. No debería haberle hecho perder el tiempo. Es un hombre ocupado. No se va a interesar por esas futilidades.

—No se bien ni qué decir y...

—Dígame algo. ¿Le parecen verdaderos esos elogios? El sujeto hace provocaciones, dice que no recibo atención suficiente, esas idiotices habituales de los inmaduros. Es cierto que las cosas se enfriaron un poco después del nacimiento de la niña... Y tal vez ya no soy interesante...

—Ya le dije una vez, Louise, eres una mujer maravillosa. Cícero es un hombre extremadamente

feliz contigo.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella, sentándose en el sofá.

—¿Qué cosa? ¿Qué usted lo hace feliz?

—No, no es eso. ¿Soy realmente bonita? —preguntó la madre, deslizando la esquina de su pulgar sobre sus labios, de una manera que a la niña le pareció un poco tonta.

—Por supuesto que sí. No se preocupe.

—Gracias. Quizás todavía sirva para despertar la imaginación de algunos de estos chicos monótonos. Pero no tendría más atributos para atraer a un hombre educado, culto...

—Claro que los tendría.

—No creo. Respóndame: ¿Despertaría los deseos de un hombre inteligente como usted?

La niña se dio cuenta de que Santiago asumió una pizca de vanidad, un monstruo que claramente se esforzó en sostener por el hocico, porque nadie es inmune a la vanidad ni por vacuna, sin escapar incluso de los muy buenos, los ya curados, los abuelos de las letritas.

—Despierto su atención... uh... digamos... ¿como mujer? -insistió la madre.

—Bueno, yo... yo... eres una mujer muy linda; pero ni siquiera me atrevería a pensar en nada... Eres la esposa de mi único amigo; la considero una hermana.

—Ah, sí, una hermana...

La voz se apagó en la boca de la madre de la niña, en una muestra inconfundible de decepción. La niña estaba más allá de la sorpresa, no estaba acostumbrada a ver a su madre en ese estado contrariado, y mucho menos observarla con túnicas de derrota —justamente famosa por conseguir todo lo que quería. La madre hizo la cara de un niño sin dulces y la niña se compadeció de ella.

—Ahora, si me disculpa, me tengo que ir —dijo Santiago, mirando su reloj. —Trabajé mucho estos días; necesito descansar.

—Realmente pareces exhausto —replicó la madre, levantándose y parándose detrás del sillón de Santiago. —Creo que trabajas demasiado. Déjeme ver. Mire eso. Sus hombros están rígidos. Voy a aplicar un poco de presión aquí. ¿Encuentras mis manos agradables?

—Ciertamente. Son geniales. Pero... realmente necesito irme.

—¿Puede el chico estar interesado en mí? -preguntó ella, forzando el peso sobre los hombros del hombre, evitando que se levantara. —¿O será que sólo quiere pasar el tiempo?

—Dejemos ese tema atrás. Louise, con su permiso, ya me voy y...

Cuando Santiago comenzó a levantarse, su padre irrumpió en la sala y vio a su esposa todavía con las manos sobre los hombros de su vecino.

—Querido, ¡que sorpresa! ¿Más temprano hoy?

Sí. Necesito resolver algunas cosas y los documentos se quedaron en casa. Buenas tardes, Santiago. Veo que conversaban sobre algo interesante —dijo el padre, dejando caer su maletín en el suelo.

—Santiago vino a arreglar los detalles de la cena. Él ya quería irse, pero yo insistí en que se quedara. Le estaba mostrando que la lavandería ha planchado las camisas de manera incorrecta, con arrugas feas en el cuello.

—Ah... Entiendo. Bueno, necesito enviar los archivos hoy. Discúlpeme, Santiago.

Santiago salió apresuradamente de la sala como un tigre, y en la despedida en el portal, la madre intentó imponer la cena para el próximo miércoles, pero como él, tenía compromisos, se quedó para el viernes. No pasaba nada con el cuello de la camisa.

La niña no entendía por qué la madre mentía.





En la tarde del viernes, todo era una espera infernal. La niña anhelaba que llegara la hora de la cena, necesitaba que el tiempo pasara más rápido, estaba ansiosa, quería que el mundo corriera; pero la espera era un largo camino.

En el camino a casa desde la escuela, pasó por la propia casa sin entrar (a nadie le importaba si ella se demoraba), abrió la bolsa de dulces azucarados y se dirigió por el camino del túnel que tosía cuando se gritaba en él. Dio la vuelta a la casa en ruinas, cuyo portón se parecía al horno de un tren de vapor, dejó escapar un alargado “piuí”, siguió por el Camino de las Cañas e hizo con la mano un cono de telescopio para ver mejor el árbol de tronco curvado, que en la distancia parecía un pequeño paraguas. Miró hacia el árbol cubierto de enredaderas y, al acercarse, vio que los paraguas se convertían en un brontosaurio verde de manchas lilas (en el otoño las flores caerían como un velo flotante, bendiciendo el suelo de lilas, y el árbol se convertiría en una estatua con hojas de oro). Caminó un poco más y llegó hasta la confluencia, justo donde el río Febros desembocaba en el Douro como un helado derritiéndose en su vaso, y se sentó en el banco de piedra, desde donde se podía ver la orilla opuesta, el Palacio del Freixo, que desde la distancia se cuidaba de transformarse en miniatura como el castillito de un coleccionista. Mirando un poco hacia la derecha, se veía un pedazo del Estadio del Dragón, que parecía un platillo volador posado en Oporto. Ahí venían los edificios pequeños, coloridos y acurrucados como los dulces que ella acababa de comer.

La niña pasó unas dos horas en la confluencia, y sus pensamientos saltaron como un caballo audaz: recordó la Leyenda de los Tres Ríos, recordó anécdotas contadas por su tío en los Jardines del Palacio de Cristal, recordó a su abuela contando historias en la casa de té del Parque Serralves.

Apareció un perro de pelo largo y dorado y lamió la mano de la niña. Ella acarició las orejas del animal y él fue bajando, bajando, bajando, hasta que, en posición de esfinge, se paró a los pies de la niña, formando con ella una de esas figuras de tapiz medieval. Y ahora el animal era un dragón heráldico.

La niña miró la cabeza del animal, cuadrada como una caja, y sus patas peludas ocultaban las garras de lobo; llegó a la conclusión de que no había una gran diferencia entre un perro y un dragón: ambos eran seres fantásticos, habitantes del mismo mundo mágico, siempre un misterio para los ojos humanos. Se oyó un silbato y el perro se retiró con los ladridos. (Años más tarde, al recordar, releyendo en el cuadernillo, el episodio del perro, pero pensando en personas, la niña agregaría con letra grande de adulta una nota triste: “retire lo humano del humano y no sobra el animal; sobra el mal, extremadamente humano”).

Con la partida del perro, sólo quedó el silencio del follaje, un silencio sin viento. En su regreso a casa, observando el viaducto de patas afincadas en el bosque, la niña trazó en la cabecita líneas misteriosas que conectaban el perro, el dragón y el brontosaurio de hojas del bosque.

La niña amaba el bosque. Pero también le gustaban las ciudades. Encontraba unos cálidos lugares de reunión y refugio, con el murmullo transformado en ruido silencioso en la noche, el recogimiento, las cenas, el sueño de los habitantes, el paseo nocturno de los que no duermen, las ciudades albergando anhelos que van y vienen con los tranvías, los autos y los zapatos; había en las ciudades el ribete de los edificios, la dulzura de la *delicatessen*, la soledad del asfalto, el hacinamiento en los bares; había en las ciudades lo familiar y lo inusitado, los amores, las obras; había en las ciudades todo lo que el hombre crea.

Y todo lo que destruye.

## EL MITO Y LA VERDAD

El cordero estaba muy bien preparado por la madre de la niña.

Santiago y Elizabeth llegaron dos minutos antes, a las 20:28 por el reloj de la televisión. La joven se veía linda con el verde de su vestido resaltando sus ojos y el brazalete evocando orígenes misteriosos. Era Elizabeth, pero la niña la asignó a la familia de los tigres. Y podría ser Palas Atenea, pensó la niña, recuperando de su memoria una historia contada por su abuela. La niña también hallaba bonita a la madre; pero la madre no podía medirse con aquella joven. Y, por alguna razón inescrutable, la madre parecía medir a la joven con envidia desenfrenada.

Tan pronto como entraron los invitados, la niña corrió a los brazos de Santiago, preguntando cuál sería la historia de aquella noche. Beatriz bajó las escaleras balanceándose sobre tacones insanos, sus piernas trabadas por sus pantalones de armadura; saludó a Santiago y fingió no ver a Elizabeth hasta que la madre la llamó de regreso y le ordenó que mostrara buenos modales. Todos se sentaron en el comedor y la niña se aferró a su vecino. El padre quería saber sobre los proyectos en conjuntos de Santiago y Elizabeth, y ellos narraron los detalles con entusiasmo. Beatriz pasó la cena gruñendo por la comida que su madre le ofreció. La niña pasó todo el tiempo en el regazo de Santiago, tragando tostadas —ella no comía cordero, y el pescado que su madre le había preparado tenía un olor horrible —, mientras que los padres atiborraban a Elizabeth de preguntas. La madre dejó caer una bandeja sobre la mesa y se disculpó, desconcertada.

En aquella noche, la atención de todos era para la novia de Santiago y, pronto se hizo evidente, que la joven también sabía nombres de lugares distantes, hablaba de cosas que no se veían en mapas, viajes y aventuras. La joven llevaba su alma esculpida en la frente.

Comprometida a poner fin a la prohibición de los libros y evitar la prohibición de las fotos, Elizabeth hablaba con valentía, y ahí su rostro quedaba tan hermoso como las matemáticas —le encantaban las historias y la gramática, pero también las matemáticas. La niña escuchaba todo compenetrada, deseando algún día ser sabia como la joven, poder sostener la mano de Santiago sin que sus padres la alejaran, tener el perfume de la joven —y los ojos también, para ver a Santiago siempre. Decidió que necesitaba crecer rápido para tener la altura de lo que miraba; estaba harta de sólo observar, de que le faltaran amigos de la misma edad, prohibiéndole invitar alguna alumna nueva a la casa (antes, claro, que se uniese al coro humillador de la escuela, llamándola “La cuadernillos”), de ser relegada a una espectadora muda del universo enloquecido de los adultos —como si fuera el sillón arruinado de un cine decadente.

Después de la cena, Beatriz se fue sin decir adiós. La niña pidió una historia, los padres la regañaron, Santiago intervino:

—Hoy contaré una historia sobre nuestro idioma, Alice. También es un mito de formación de un país.

Santiago se sentó en el nuevo sofá gris oscuro y enmendó:

—Se llama “El mito del viñedo encantado”...



—Había una vez un viñedo que daba frutos exuberantes y tenía un hechizo: todos los que de él comían las uvas o bebían el vino pronto hablaban el idioma del lugar donde crecía la planta. Tal viñedo, muy popular y llamado latín, había sido llevado del Lacio para Lusitania por un fuerte romano llamado Luso. Sin embargo, como el suelo de Lusitania era diferente debido a los pueblos que por allí vivían o transitaban, la planta comenzó a dar frutos diferentes, y los que comían las uvas o bebían del vino ya no hablaban el idioma de los romanos, si no, uno nuevo, más tarde llamado idioma portugués. La tradición de Luso fue mantenida en secreto por sus descendientes, y ellos continuaron replantando plántulas del viñedo encantado; sin embargo, temerosos de que la llegada de otros pueblos a aquellas tierras modificase demasiado el suelo y las plantas, la familia de los ahora llamados lusíadas tuvo la idea de colocar largos pergaminos debajo del suelo con escritos en su novísimo idioma, para que fuera absorbido sin variaciones por quienes comiesen las uvas o bebiesen el vino. Y así fue hecho. Un día, un bárbaro se abalanzó sobre el viñedo, arrancando algunas plantas con las raíces, y encontró los escritos intactos a ellas enredados. Razonando a la manera de su mundo invertido, el bárbaro pensó que las raíces eran ramas al revés, y que los escritos de allí brotaban. Tan engañado por lo que se suponía que era la magia de las raíces, replantó las plántulas en sus tierras con la esperanza de hacer una fortuna con la novedad; pero sólo nacieron unas pocas viñas pálidas, y no brotó ninguna escritura subterránea. Él incluso hasta regresó al viñedo original, se instaló por allí, aró la tierra, transpiró, plantó las mudas, pero nuevamente nada de escrito en las raíces. De tanto esperar, el hombre murió loco. Siglos después, un escritor que también era navegante estaba a punto de embarcarse en una peligrosa aventura en el mar. Su esposa, llamada “Lusa” en honor a su antepasado, era la guardiana de la tradición del viñedo encantado y, antes de que su esposo abandonara Portugal, le reveló el secreto, dándole mudas para que las plantaran en el nuevo mundo. Sin embargo, temerosa de cómo irían a crecer las plantas en un suelo tan lejano, le entregó a su esposo un pequeño tesoro familiar: libros con lomos cosidos copiados a mano en su idioma, instruyendo a su esposo a colocar un libro en el fondo de cada hoyo, para permitir que las raíces de las plantas absorbiesen el vocabulario. En la despedida, también le dio cartas de amor, escritas durante los meses anteriores a la partida, en las cuales anticipaba cuánto echaría de menos por la ausencia de su amado. Superando los días y las noches en el mar y sobreviviendo a una terrible tormenta, el Navegador y sus compañeros finalmente llegaron a la nueva tierra; anclaron, lanzaron los botes, fueron a la playa —no sabían si aquello era una isla o un continente. Era un paraíso terrenal: árboles de bosque rojo, palmeras, plantas acuáticas, animales coloridos, aguas cristalinas. Pronto encontraron a los indios, con cuerpos pintados de rojo y negro y labios perforados por huesos, guerreros de ferocidad gentil. Los nativos se rieron de la ropa de los marineros, regalaron inocentemente sus arcos y flechas, y a lo largo de un sendero a través del bosque, rodeando un montículo rocoso y redondo, llevaron a los visitantes a la desembocadura de un río cuyas aguas serenas fluían hacia el mar. Al final de la tarde, después de que los nativos ayudaron a los navegantes a cargar leña, a orillas de aquel río se preparó la cena con pan y vino, un festín al sonido de la gaita y el tambor, los indios agitando sus coronas de plumas en una danza rítmica. Alejándose un poco de la fiesta, el Navegador pudo marcar el lugar al pie de la colina rocosa, donde un árbol frondoso proyectaba una rama tan nivelada al horizonte que servía como borde a la línea que, al fondo, unía el cielo y el mar. Después de la cena, el Navegante regresó con sus hombres a la imponente nave. Ya en la madrugada, mientras sus compañeros dormían, fue al sótano a buscar los libros para plantar secretamente las plántulas. Fue entonces cuando descubrió

que habían sido destruidos por el agua que había invadido la embarcación en la tormenta, salvándose apenas uno de los libros que había reservado para leer en la antesala. Fue un gran revés... ¡Pero él era un hombre de palabra, y la promesa a su esposa tendría que cumplirse! Sin embargo, como se irían al día siguiente, no tendría tiempo para buscar otros escritos ni para escribir en papel, por lo que el Navegante se apresuró lentamente: en silencio, bajó el bote de babor, ya cargado con las plántulas, con el libro sobreviviente y con los suministros para plantar. Solo en la oscuridad, rompió el tramo de mar que lo separaba de la costa, caminó hacia el bosque, observando la silueta de la colina rocosa, llegó a la desembocadura del río y encendió un fuego para iluminar. Como había muchas plántulas, y un solo libro, no habría vocabulario para todos los hoyos, y al principio el Navegador pensó en arrancar las hojas del libro y dividir las en los agujeros; pero, como sabía el secreto del viñedo que daba fruto según lo que bebía del suelo, tenía que, si el libro se rompía, se rompería también el idioma. Fue entonces cuando recordó las cartas de su esposa; las sacó de su bolsillo y las leyó por última vez, nuevamente encantado por la belleza de la lengua y del Amor. Y lloró sobre el suelo. Luego procedió como la mujer le había enseñado en un ritual mágico: abrió el primer hoyo en un círculo perfecto, puso una de las cartas en él, y sobre los escritos de la esposa colocó las raíces de la plántula, la cubrió de tierra, la regó con agua del río; utilizando el libro como una escuadra y siguiendo la tradición lusitana, afinó una estaca al lado del hoyo y puso una barra transversal en la parte superior como una vara, formando una cruz que serviría para alinear la primera estaca a través de los cuadrantes con la rama nivelada del árbol, y luego las otras estacas unas con las otras, creando soportes para un futuro viñedo ordenado. Repitió todo con el segundo hoyo, y con el tercero, y con el otro, y otro, y otro más, hasta que acabaron las plántulas y también las cartas, y al encontrar que estaban en igual número, no necesitó hacer uso del libro, el cual conservó consigo —eso seguramente alegraría a su esposa cuando ella recibiese de regreso aquel único remanente del tesoro. Antes de abandonar el lugar, miró la bóveda celeste, admirando una pequeña constelación que no se podía ver en su tierra natal en el hemisferio norte; la marcó en el Mapa del Tiempo, llamándola la “Cruz del Sur”. Volviendo a la nave ahora radiante, el Navegador escribió a su país dando noticias de las maravillas del nuevo mundo; y también a la amada, contando haber cumplido con la promesa. A la mañana siguiente envió las dos cartas por otro barco, partió y se dirigió hacia al Oriente, de donde nunca más regresó. Murió en batalla. Las plántulas florecieron en la tierra fértil —más tarde llamada Brasil —y, enraizadas en cartas de amor y anhelo, dieron uvas y vino celestiales. Sucedió que los nativos de esas bandas y otros pueblos que vinieron a vivir allí también entraron en la historia: trabajando duro, salando la tierra con su sudor y, sangrando mucho, endulzaron la tierra con su sangre, dando a las uvas y al vino tonalidades, sabores y aromas locales. Manos de todos los colores replantaron las plántulas del viñedo encantado a lo largo del nuevo territorio que se convirtió en un hogar, y las costumbres, las historias y los mitos se fusionaron creando una nueva identidad, una nueva nación, un nuevo país. La tierra fue escenario de violentas luchas, sacrificios y trabajo duro, el suelo estaba cada vez más empapado de sangre, sal y sueños de quienes vivían allí. La tradición del viñedo fue olvidada, pero el encanto perduró: generación tras generación, todos los que comieron las uvas o bebieron el vino —fueron los antiguos habitantes del bosque, esclavos traídos con grilletes debajo del látigo o aventureros ávidos de tierra, oro y plata —comenzaron a hablar, con amor y anhelo, aquella salada y dulce lengua portuguesa.



La niña preguntó si aquello de viñedo encantado era verdad, si es que había sucedido.  
—Ciertamente —respondió él.

—Entonces, ¿por qué la historia se llama *mito*? —pregunto ella.

—Porque sucedió y sucede hasta el día de hoy.

La niña fue enviada para la cama, pero sólo caminó hacia el escondite debajo de las escaleras, hundiéndose como una aguja en un carrete grueso y disimulando fácilmente su baja estatura en la tenue luz.

—Parece que nuestro Santiago finalmente tiene una compañera. ¡Bienvenida a la familia, Elizabeth! -dijo la madre, con la copa levantada.

La señorita agradeció y besó a Santiago en la mejilla. Él respondió con un beso en el cabello de ella, por encima de la oreja y la observó mientras ella hablaba con los anfitriones. Era una mirada ágrafa, imposible de atrapar en los cuadernos; él la contemplaba como si fuese la única mujer en el mundo, o todas las mujeres.

Después de muchas conversaciones emocionantes para la niña, quien, agachada y escondida, soñaba con crecer y ser sabia como la joven Atenea, la nueva pareja salió de la residencia de los Crástinos alrededor de la medianoche. Elizabeth tomó un taxi porque tenía que levantarse temprano al día siguiente y no quería que Santiago condujera después de haber bebido. La niña le gustó aún más la joven.

Mientras ponía los platos en el fregadero, el padre comentó:

—Me alegré de ver feliz a Santiago. Elizabeth es muy amable. Sólo me está molestando todo ese apego de la niña con él. Llego a la casa y ella apenas me saluda, pero cuando es Santiago, corre a abrazarlo.

—Si ese fuera el mayor de los males...- dijo la madre evasivamente, abriendo el grifo lentamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

—Cariño, te conozco desde hace mucho tiempo. Dilo rápido.

—Debe ser tontería mía. Es sólo que el día que llamé a Santiago para tratar sobre esta cena, él quería venir hasta aquí. No entendía bien por qué, podíamos hacerlo bien por teléfono, pero él insistió y no vi mal en eso. Tan pronto como llegó, comenzó una extraña conversación, preguntando si me acosaban en el gimnasio. Le dije que ni frecuentaba el gimnasio, pero luego me dijo que era una mujer maravillosa, habló sobre aquel día en la playa, algo sobre mi bikini y que eras un hombre afortunado.

—¡Pero qué absurdo! ¿Por qué no me dijiste?

—Quería evitar molestias.

—Tendré que hablar con él.

—Nada de eso. Él fue educado, tal vez sólo trató de ser amable.

—Si tú lo dices... Bueno, necesito terminar algunos informes para la próxima semana —dijo el padre, que ya se retiraba, con los hombros en forma de tienda de *campaña* con cuerdas y nudos sueltos.

La niña se estaba cepillando el diente dolorido, pero se detuvo, incrédula: la madre le contaba al padre historias modificadas, hablaba sobre cosas que Santiago no había dicho, y se equivocaba sobre quién llamó a quién. Tal vez estuviera practicando aquella cosa que a la niña no le gustaba y que nunca terminaba, aquella historia de todo el mundo cambiar las historias.

Ya en el dormitorio, el sueño de la niña andaba perezoso, como si no necesitara venir.

En la madrugada, mientras escuchaba al papá trabajar, la niña pensó en el mito y en la señorita.



Temprano en la mañana, con el salto del padre para la cama, la madre saltó para dentro de la ropa de *jogging*. De nuevo. Hizo todo como lo que había hecho en los días anteriores, fue a la puerta y aceptó la oferta de agua, sentándose en el sofá de la sala de Santiago, que no cerró la puerta. La niña rodeó la casa y se colocó debajo de la ventana abierta.

—Santiago, me gustaría agradecerle —dijo la madre, desatando su cola de caballo para luego hacerlo de nuevo con una demora irritante.

—¿Pero, por qué?

—Por todo lo que has hecho por nosotros. Nuestra familia está más unida gracias a ti y a las historias que le cuentas a la niña.

A la niña le gustó —sintió por primera vez un vínculo familiar, y no el papel arrugado; después hasta le daría un beso a la madre (pero sólo si su madre estuviera con una buena cara). De pie, Santiago se quedó unos segundos en silencio. Luego dijo en un tono pesaroso:

—No fui siempre eso que usted ve hoy, Louise. Colecciono actos de los que no me enorgullezco.

—Lo dudo.

—Créame, hice cosas terribles en mi juventud. Pagué caro por ellos, pero las cicatrices no nos abandonan.

—Olvide eso, no ha de ser nada.

—No puedo. Lo que hice no tiene reparación, y todavía hoy me atormenta. A veces incluso tengo pesadillas con persecuciones.

La madre se echó a reír antes de hablar:

—Discúlpeme Santiago, pero es difícil imaginar que usted tenga alguna fragilidad.

—Puedes estar segura de que tengo. Hice cosas muy malas, sufrí, y si superé algo de aquello, no fue por mérito, sino por la influencia de un viejo amigo y por los libros.

—Continúo sin creer que hayas hecho cosas tan malas. De cualquier manera, puede darse un descanso. Usted mismo dijo que eran cosas de cuando era joven, no puede culparse tanto así y...

—Por favor no continúe por ahí. —dijo Santiago. —A un hombre se le puede quitar todo, menos la responsabilidad de sus acciones.

—¿Por qué?

—Porque sin eso, se pierde lo que existe de humano en nosotros —dijo Santiago, mirando para las cortinas —Y si lo que es humano no está protegido, lo bestial aflora.

La madre se levantó y se le acercó.

—Venga aquí —dijo ella. Sabes que puedes contar conmigo, ¿no? Somos una familia —agregó, abrazándolo.

—Gracias —dijo él con ojos de hurón.

—Por nada. Ahora está mejor. Puedes abrazarme. Déjeme apenas quitarme esto que me está estorbando.

La madre colocó las manos debajo del *top* amarillo e hizo girar el frecuencímetro hasta que el cierre llegó al frente. Mostró cierta dificultad para poder abrirlo. Estaba nerviosa y le pidió a Santiago que lo abriese. Santiago ayudó, abrió el cierre, al dorso de sus manos rozando inevitablemente la piel que revelaba el escote.

—Continúe... -dijo la madre, dando un paso al frente y uniendo su cuerpo al de Santiago.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Eres *realmente* tan ingenuo o apenas finges serlo?

—La aparente ingenuidad puede ser mi manera respetuosa de decir que no, Louise. Pensé que ya te habías dado cuenta.

—Entonces finges y...

—Fingir de ingenuo suele ser una buena forma de evitar confusiones.

—Curioso... Mi madre decía algo similar. Pero ella también decía que, si alguien pasa mucho tiempo fingiendo ser algo, acaba transformándose en aquello.

—Espero que no.

—Y yo espero que sí —dijo la madre. —Continúe —provocó, repitiendo la orden, pero ahora apretándose aún más contra el cuerpo de Santiago y levantando la barbilla, como para recibir un beso de él.

Santiago parecía haber olvidado su mano en el escote. A pesar del rechazo verbal, él no se mostraba incómodo con la situación. Tal vez incluso lo estaba disfrutando. Pero luego apartó el cuerpo.

—Eso no va a suceder, Louise.

—Por qué, por supuesto que sucederá —reclamo ella, una vez más aferrando su cuerpo al de él y acurrucando su rostro en el pecho de Santiago.

Santiago estaba más estático que las columnas de su casa, con el tronco recto, las manos ahora abiertas y los brazos abandonados al lado del cuerpo, sin corresponder al abrazo forzado de la madre de la niña.

—¡Ah! ¡Yo pensé que tú eras un hombre serio, Santiago!

Era Beatriz que, irrumpiendo en la sala, gritaba.

La madre se alejó de Santiago y le preguntó qué historia era aquella, los ojos miraban a Beatriz, lo miraban a él. Ninguno de los dos respondió, insistió, y nada. Beatriz tenía una cara desfigurada, como si acabara de salir de una cueva de murciélagos. Dirigiéndose a Santiago, y sollozando ella gritó:

—¡Estás destruyendo a mi familia!

—¿Qué es eso, Beatriz?! ¿Hice algo mal? —se indignó Santiago.

—¿Ah, tú no lo sabes? Por supuesto que hiciste. Todo —dijo ella, cerrando las manos, con rabia, en los bordes de la minifalda.

—¿Como así?

—Todo: tus historias, esa atención a la mocosa, la amistad, el amor, lo que sea. Esas tonterías. Todo eso hace mal. Es horrible. ¡Es una maldición!

—Siempre fui auténtico con ustedes. Verdadero.

—Ese es el problema —replicó Beatriz.

—¿Que problema?

—La verdad.

—¿Que tiene la verdad? —preguntó Santiago, abandonándose en el sofá como si se rindiera ante el mundo.

Beatriz vaciló como si buscara palabras de un idioma desconocido. Luego respondió:

—La verdad es insoportable.

Se hizo silencio, y la madre, trató de decir alguna cosa, pero esta vez Beatriz la detuvo:

—Se lo diré a papá. Ya lo verás.

—¡Beatriz, vuelve aquí! ¡Vuelve! —gritó la madre.

Santiago quiso ir atrás, pero Louise lo contuvo. Dijo que era para él estar tranquilo, ella resolvería todo, todo estaría bien.

Algunos minutos después estaba en casa, con la niña en el rastro. La madre entró en la habitación y encontró a Beatriz tratando de despertar a su padre, pero no tenía sentido —cuando trabajaba en la madrugada y luego tomaba aquellos remedios para dormir, le tomaba horas para

dejar la cama. Madre e hija fueron juntas hasta la sala de estar, donde podían hablar sin prisas y, como adultas, lejos de la niña, dijo la madre; luego hablarían con el padre.

Mientras tanto, a través de la ventana se podía ver a Santiago metiendo una maleta en el auto y partiendo.

El mundo de la niña parecía estar invadido por algo incontrolable, como hacían la lluvia y el agua del mar en el camino de las ballenas. Se dio cuenta de que su madre y su hermana estaban compitiendo por Santiago, todo más evidente desde la ida a Vila do Conde, en una disputa incomprensible para la niña —justamente aquellas dos que ni les gustaban las historias. El pequeño mundo de la niña también parecía ganar una línea de tiempo, diferenciando los actos más distantes de los más cercanos, los más distantes con los padres y la hermana sin mucha prosa entre ellos, los más cercanos con la escalada de conversaciones belicosas. Y el mundo de la niña ahora parecía menos gentil que el bosque, menos tranquilo que el río, menos sincero que las comadrejas. La niña se dio cuenta de que, con su historia de gustarle las historias, ella era la excusa que su madre solía usar para atraer a Santiago a la casa y luego agarrarlo mientras la niña era arrojada a un lado como un felpudo rasgado. También se dio cuenta de que la fraternidad y la confianza que el padre había declarado a Santiago tal vez fuesen tan sólida como una nube. Se dio cuenta de que su madre y su hermana la tenían como un obstáculo a veces útil, sin otro uso que acercarlos a su vecino. Sí, la niña era invisible para Beatriz, papá y mamá: la primera la atropellaba por la casa, mientras que sus padres o no la veían, o se comportaban como si ella no existiera o, si la veían, no la escuchaban y, si la escuchaban, se olvidaban de ella (durante días la niña se había quejado de dolor en un diente, le dijo a sus padres, le pasaron un ungüento, y se olvidaron programar el turno con el dentista). Pero tal vez eso no era más que una tontería, asnerías de esas pensadas por niñas, una tontería engendrada por la imaginación de mocosa. Era todo sólo una confusión.

La niña pensó “cuanto más sabio se es, más complicado y doloroso es todo”, y sonrió, sin gustarle la pobre rima. Luego pensó que cuanto más aprendía del mundo con Santiago, más parecía conocer a los padres y a la hermana; y cuanto más los conocía, más los amaba; pero menos les gustaban.



## LA VERDADERA CONSPIRACIÓN

Un coche de policía estacionó frente a la casa de Santiago.

Dos hombres salieron del auto y pisotearon el jardín. La niña miró todo a través del aire opaco del día seco. Como nadie atendió la puerta, los uniformados fueron hasta la residencia de los Crástinos, y la madre informó haber visto a Santiago partir hace una hora; ella dijo que podía contactarlo si ellos querían y, como quisieron, llamó a Santiago. Él llegaría pronto, estaba en la carretera yendo para Cima-Corgo, pero hará media vuelta, informó la madre a los policías.

Cuando el auto de Santiago pasó junto a la casa de los Crástinos, los dos policías aún esperaban en la acera. Dijeron que era sólo una verificación de rutina: debido a una denuncia anónima sobre irregularidades, el Servicio de Extranjeros les había pedido que verificaran si su lugar de residencia coincidía con lo que figuraba en los archivos de concesión de visas. Ni siquiera entraron en la casa, quedando conformes en mirar algunos papeles exhibidos por Santiago.

Tan pronto como el automóvil se alejó, los Crástinos se solidarizaron con su vecino. Aún con sueño, el padre lo invitó a comer con ellos. Después de la comida, todos se sentaron en el portal. Acostada en el banco que hacía “nhec-nhec”, la niña se durmió con los aburridos asuntos de los adultos —hablaban sobre la nueva ley que prohibía la circulación del papel moneda; ahora sólo habría dinero electrónico.

La niña se despertó y, al escuchar la voz de Santiago, decidió echar un vistazo. Alrededor de la mesa con potes que desprendían aroma de damasco, los adultos decidieron que cabría otra botella de vino, y sí, excepcionalmente Beatriz podría acompañarlos.

Santiago reafirmó ser aquella su familia y que tener una familia era lo que más había deseado en su vida. Los Crástinos mayores lo abrazaron —la niña aún no se había revelado —y dijeron que lo amaban como si siempre hubiera sido de la familia, la casa era suya. Luego continuaron con el vino para incentivar verdades o engaños.

Su padre resultó ser el más débil y se excusó, había estado trabajando demasiado últimamente, había pasado noches sin dormir, tenía que dormir después de todo aquel vino. Sonó el teléfono celular de Beatriz y ella no quiso contestarlo, pero cuando volvió a sonar, su madre mandó a silenciar el ruido y que atendiera inmediatamente aquella basura. Beatriz se retiró para la sala de estar, cerca de donde estaba la niña; la amiga de Beatriz le contaba una novedad: ahora un amigo más infantil había muerto por causa de las piedras. La niña se entristeció incluso sin conocer al amigo —amigos no deberían morir. Beatriz, sin embargo, dijo al teléfono que aquello era un tema aburrido y colgó; entonces la niña se quedó aún más triste, ya que consideraba injusto estar tan desprovista de amigos, mientras que Beatriz, una completa pesada, los tenía a montones a pesar de que no se importaba con ellos.

Santiago dijo que llamaría a Elizabeth. No era una buena idea, advirtió la madre: él estaba borracho y ella se podría extrañar. Con un bostezo de risa, él estuvo de acuerdo. Momentos

después, Santiago fue al baño, y Beatriz, sintiéndose sedienta, a la cocina. Como tardaban en regresar, la madre la siguió, pero se detuvo en la escena: Santiago estaba en la puerta del baño y Beatriz bloqueaba el pasaje con una de las manos en el pecho del hombre. Oculta, la niña escuchaba sin comprender nada, pues Santiago le decía a Beatriz que parara con aquella conversación de atracción, que la tenía como una hija o como una hermana menor.

—Todo bien, yo ya sé, nunca estarás conmigo —dijo Beatriz, y nuevamente el balanceo de reptil se apoderaba de ella. —Pero necesito que me digas una cosa. Y prometas ser honesto — agregó, poniendo la punta de la lengua en el labio superior, luciendo aún más como una iguana.

—¿Qué es?

Beatriz se apoyó contra Santiago, sus rodillas rozando sus rodillas.

—Prometa

—¿Qué? Vamos volver ya

—Prometa

—Está bien.

—Responda: si tuviera que elegir una mujer para quedarse por el resto de la vida, y si las opciones fueran Elizabeth, mi madre y yo, ¿cuál elegiría?

—¿Qué broma loca es esa?

—Ya le dije, que no me gustan las bromas. Y tú lo prometiste.

—No prometí nada. Elizabeth es mi novia. Y no puedo hablar de estas cosas contigo.

—¿Y si las opciones fueran apenas mi mamá y yo? —Excluya a Elizabeth. Sólo por hipótesis... Ahora tienes que responder. ¿Cual?

—Basta con eso.

—Te lo hice fácil. ¿Cual de las dos?

—Detente.

—¿Cuál?

—De acuerdo, de acuerdo. ¡No vayas a quedarte triste, ¿eh?!

—No lo estaré.

—Te elegiría a ti. Ahora vamos.

—¿En serio?

—De verdad.

—¿Cien por ciento seguro?

—Cien por ciento seguro.

—¿Y si no fuera por el resto de tu vida, sino sólo una noche?

—Estamos borrachos. Debemos volver. Tu madre esta esperando.

Beatriz bloqueó el camino levantando una de las piernas, apoyando el enorme tacón del zapato sobre el yunque y mostrando gran parte de su muslo con el deslizar de la falda roja de crepé, sus piernas extendidas como un compás bien abierta.

—Para hoy en la noche ¿quién sería? Responda ya.

—Contestaré sólo para poner fin a esta locura. Tú también.

—Entonces llévame.

—¿Qué?

—A tu casa, llévame. ¿Crees que no me doy cuenta de cuánto te gusta esta conversación, de cuánto te excita?

—¿Estas loca? —preguntó él, pareciendo indignado con lo que ella decía.

Beatriz abrazó a Santiago.

—¿Tú me deseas, no? —pregunto ella.

—No voy a responder —dijo él, con la sonrisa sarcástica que traicionó un sí.

—Vamos —dijo Beatriz, frotándose contra él.

Santiago pareció deleitarse momentáneamente con aquello, como si hubiera olvidado todo lo que acababa de decir y sus palabras de indignación habían sido reemplazadas por una bestia pasiva que se prepara para el ataque mortal. Pero de repente Santiago se apartó, su semblante se convirtió en el de un fantasma, un Santiago desconocido, como perdido en las virilidades brutales, su rostro retorcido como una gran voluntad a la cual se le introduce opresión, púas y bridas.

—Necesito salir de aquí, Beatriz. Me veo como un *gángster* armado con una mazorca de maíz.

—Ahora eres tú quien está siendo un loco. ¿Qué significa eso?

—Nada... Una historia de un libro viejo... Nada...

—Estás realmente borracho.

Ella trató de besarlo, pero él la detuvo, sosteniendo sus hombros, en silencio.

—Mañana iré a tu casa —dijo Beatriz, levantando la barbilla.

—No... no puedes...

—¿Por qué?

—Elizabeth

—¿Qué tiene ella?

—Yo la amo...

—¿Y sólo por eso que no puedes traicionarla?

—Pero eso es obvio.

—Eres ridículo —dijo Beatriz, con una carcajada.

Salieron abrazándose, sin darse cuenta de que la madre estaba sondeando —la madre había escuchado todo con una cara de inicio aprensiva, luego abatida y luego enojada. Santiago y Beatriz regresaron al portal, donde la ausencia de vientos hizo un silencio mortal que hizo posible escuchar, a lo lejos, el graznido de un cuervo; permanecieron mudos esperando a la madre, que ya había subido las escaleras saltando escalones. La buscaron en la cocina y Beatriz sugirió que abrieran otro vino y lo bebieran en el jardín. Santiago se negó, dijo que era demasiado tarde y se arrastró hasta la puerta. Fingiendo tropezar, Beatriz se arrojó sobre él e intentó besarlo en la despedida, sin éxito. Él caminó hasta su casa y encendió algunas luces, que pronto se apagaron.

Pasaron sólo unos minutos antes de que la madre interceptara a la hija mayor. Su madre dijo que ella estaba siendo estúpida, ni siquiera se parecía a su hija genio, tenía que recordar todo lo que se había dicho por la mañana, eso era una tontería, no debería importarle, Santiago era demasiado viejo para ella, todo era una ilusión de adolescente, de las que desaparecen al amanecer. Como Beatriz se resistió, la madre sugirió usar la solución aleatoria, pero su hija argumentó que la madre siempre había estado en contra de aquello, escuchando como respuesta que, en situaciones graves, podría hacerse uso de esa parte de GATE —podría recurrirse a *Álea*. Beatriz escribió algo en su teléfono celular y leyó a la madre lo que decía la aplicación —que ella no estaba enamorada de Santiago. Confesó haber usado la aplicación anteriormente sobre Santiago y que el resultado siempre fue positivo; pero aquella prueba respaldada por la madre debió tener algo especial, y la respuesta negativa era probablemente la correcta, concluyó.

La niña había aprendido un poco sobre el tal Modelo GATE en la escuela. De algunas partes no entendía. De las que entendía, no le gustaba. No le gustaba resolver las cosas con la suerte. Y era aburrida aquella historia de historias siempre cambiantes.



La mañana del sábado siguiente apenas comenzaba cuando Santiago apareció sin corbata y una

historia que la niña encontró horrible. Parecía asustado como un niño temeroso —como si toda la experiencia que aparentaba tener hubiera desaparecido o nunca hubiera existido.

Los dos hombres se sentaron en un banco de hierro del jardín bajo el sol raquítico. Todavía usando el pijama de tortuga, la niña saludó a Santiago con un beso y se paró a unos metros de él, pero pronto se dio cuenta de que, según la narración, preferiría no saber detalles: ya en la partida la encontró una historia loca y sin sentido. Sin embargo, permaneció por allí, ladeada por las muñecas y el olor a polvo seco, escribiendo en el cuadernillo mientras escuchaba hablar a su caballero y la claridad marchitarse por el movimiento de las nubes.

Un hombre no identificado había contactado a Santiago por teléfono, contó. El interlocutor decía ser un fraile en Braga y que tenía asuntos muy serios a tratar, involucrando a Elizabeth, pero sin especificar qué. Santiago preguntó si sería posible rastrear la llamada, y el padre de la niña respondió que sí, pero para hacerlo legalmente tendría que formalizar la denuncia policial sobre un delito. No, el hombre al otro lado de la línea no había hecho una amenaza explícita: simplemente había dicho que tenía que encontrarlo, relató Santiago. Sin delito, no hay posibilidad de autorización judicial para rastrear la llamada, dijo el padre. Santiago tenía dudas sobre si encontrar o no al sujeto, y el padre de la niña luchó por convencerlo de que debía ir, seguramente no era nada. No, Cícero no podía ir con él: con una voz metálica, alterada seguramente por *software*, la persona que llamó había exigido que Santiago fuera sólo a Braga, y dijo que Elizabeth no podía saber del encuentro, de lo contrario estaría en riesgo.

—Realmente, no creo que debas decirle nada a Elizabeth. Especialmente porque ella está fuera del país —dijo Cícero. —Si existe una amenaza real, no hay razón para arriesgarla; y si la amenaza no era grave, Elizabeth se preocuparía por nada. En cualquiera de las hipótesis, no sería noble decirlo y...

—¿De verdad lo crees? —Santiago interrumpió, agarrándose fuertemente del brazo del padre de la niña y ahora pareciendo un niño pidiéndole consejo a un padre. —Esconder esto de ella sería... ¿noble?

—¡Por supuesto! ¡Una forma de preservarla! —enfaticó el padre de la niña mientras desenvolvía sus gafas y se limpiaba el sudor del cuello.

A la niña le gustaban las historias, pero no las de ese tipo. Especialmente porque estaba cortada en pedazos, sólo regresaría al día siguiente, después de que hubiera estado despierta toda la noche mientras la oscuridad dejaba caer su fea baba en el bosque.



Santiago regresó el domingo y encontró a los Crástinos bostezando. Mudos, el papá y la mamá desayunaban, mirándose más de lo habitual. Beatriz era simplemente irritación: había pasado el sábado en casa cuidando a la niña para que sus padres pudieran salir —una tontería, decía ella, después de todo, ellos eran viejos y no tenían motivos para cenar solos después de tantos años. La niña, todavía con camisola de dormir, corrió para abrazar a Santiago, que hoy tenía los ojos hundidos en su rostro pálido. Luego ella se sentó no tan cerca de las muñecas, extendió la mano y recogió su cuadernillo.

En el portal, Santiago contó la otra parte de la historia, en un relato que no coincidía con el sol, ni con el bosque, ni con nada. La niña tomaría a Santiago en su regazo si pudiera; sabía que algo andaba mal, quería protegerlo, rescatarlo como había hecho con el pajarito el día de su aniversario.

El abuelo de las letritas dijo que había ido a Braga por la carretera del “*voltinha da macadâmia*” y parado el automóvil en el Centro Viejo, cerca del Paço Episcopal. Debido a la

ansiedad había llegado demasiado pronto, deambuló por la ciudad, acabando por entrar en la Sé, donde pasó casi una hora observando las obras de arte, las lápidas, el órgano y leyendo folletos informativos. Desde allí fue al restaurante marcado, pero sonó su teléfono celular y el tal fraile dijo que el lugar estaba demasiado lleno y que tendrían que encontrarse en otro lugar. Santiago estaba molesto, dijo que se iba, y el tipo le aseguró que no habría más aplazamientos si él mismo indicaba una ubicación. Santiago sugirió un café en la Plaza de la República, y en el camino se perdió por callejones estrechos; incrementando el suspenso, narró que tropezó con una tubería y, al levantarse, haber visto dos figuras cruzando el callejón hasta que desaparecieron en las tinieblas. Al llegar al café, tomó una mesa en la terraza, pero la espera fue inútil: sonó su teléfono celular y ahora el sujeto le proponía a Santiago que se dirigiera al Santuario Bom Jesus do Monte y continuara hacia Sameiro, donde debería ingresar a una pequeña carretera rural. Santiago se enfureció, no iría a ninguna parte; pero el sujeto advirtió que la fortuna no libraría a nadie de problemas. Dudando de la identidad de este fraile, Santiago decidió usar un truco: dijo que sólo aceptaría la reunión si fuera en la Sé de Braga, y preguntó si podían encontrarse de frente a la tumba románica del Príncipe Gonçalo Pereira. Como hubo silencio, Santiago le preguntó al hombre si sabía de qué tumba estaba hablando, y la respuesta del supuesto fraile fue un tembloroso “Sí, por supuesto, uno de nuestros tesoros”. Un gran desliz de farsante: Santiago explicó que la tumba era gótica, no románica, y que D. Gonçalo Pereira había sido un arzobispo, no un príncipe —cosas que un verdadero fraile de Braga seguramente sabría. Entonces el tipo no era quien decía ser... Temeroso, Santiago salió corriendo de allí, evitó las calles más oscuras y regresó a Gaia por la autopista.

(La niña escuchó bien todo, dejando a las muñecas lejos para que no se asustaran; luego, copiando la agria pronunciación de Beatriz, dijo haber encontrado la historia “un lastre”)

El padre de la niña le quitó la idea a su vecino de denunciar el incidente a la Policía —todo podría haber sido una broma de mal gusto, reflexionó. Santiago se despidió de los Crástinos a toda prisa, sin tiempo para contar una historia infantil, y dijo que tenía documentos importantes que enviar a un abogado. Ya había dado algunos pasos rumbo a la mansión cuando la madre de la niña lo llamó. La niña se animó con la media vuelta de su vecino, pero su madre la mandó a entrar: el tiempo para las historias *realmente* había terminado.

Dos escalones por encima de Santiago, que estaba al nivel del jardín sobre las hojas marchitas, la madre informó haber encontrado un rincón especial en el bosque, en el que había tomado fotos interesantes, y tenía la intención de sorprender a Elizabeth; Sin embargo, había un ángulo desde el cual no podía fotografiar, y necesitaba ayuda para subir a un mirador natural; por eso le pedía a Santiago que la acompañara al lugar en la tarde del día siguiente. Santiago propuso ir de inmediato. No, dijo la madre: en aquella tarde de domingo ya tenía compromisos (lo cual, la niña sabía, era una mentira). La madre le explicó a Santiago cómo llegar: todo lo que tenía que hacer era caminar hasta la marca 3 del sendero del Bosque y luego bajar en dirección al río; ella estaría allí alrededor de las cuatro de la tarde. No, no era necesario ir juntos —tenía la intención de comenzar a tomar fotos temprano, dejando el mirador para el final. Tratándose de una sorpresa, Santiago estuvo de acuerdo en no decirle nada a su novia, se despidió de la madre y al darse cuenta de la niña, que desobediente se había quedado en la puerta, le dio un último abrazo.

Haciendo con los zuecos un ruido de cascos de Mujer de Mar, la madre subió hasta el escritorio donde trabajaba el padre, y se paró detrás de él, con las manos puntiagudas sobre los hombros sudorosos de su marido, acariciándolos como la niña no había visto hacía mucho tiempo. A la niña le gustaba aquello, le gustaba verlos juntos. Pero algo estaba fuera de lugar —como un espejo que reflejara la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba.

La niña sabía que algo desastroso rondaba por aquel pedazo del Edén en Gaia.

## LA NIÑA CRECE

El paisaje parecía un grito.

La niña regresaba de la escuela en compañía de la hermana, caminando paralelamente al muro agrietado, que ya se estaba derrumbando aquí y allá. Beatriz estaba furiosa: dijo que no soportaba a la niña, que no tenía la obligación de ser la niñera de una mocosa, todo era un lastre. Pero sus padres le habían ordenado que lo hiciera porque la niña insistía en venir por el bosque, aunque tenía prohibido caminar por allí. Las dos ahora estaban justo en frente del portón de bronce.

Una garza real cruzó el cielo amarillo plomo y la niña se sorprendió cuando tres gaviotas atacaron a aquella ave y la arrojaron a la orilla del río Febros.

Partes de las orillas desaparecían bajo la niebla malévola, y en ese tramo del río abierto las aguas eran agitadas. Tal vez fue sólo el viento. Quizás algo más.

Las aguas parecían fragmentos de espejo.

La niña quería ir a ver la garza caída, pero a su hermana le pareció absurdo. La niña insistió en ir para la casa por el bosque, después de todo ella siempre iba por allí. Beatriz se enfureció, dijo que no iría, que sus padres lo habían prohibido, eso también era un lastre. La niña dio una buena excusa, recordándole que por el bosque no había tanto viento y que habría refugio contra la llovizna que se avecinaba: fue suficiente para convencer a su hermana, que tenía las piernas alargadas y sólo su delgada camisa escolar sobre un *top* rojo. Pasado el portón, se deslizaron bajo las copas de los sauces, cruzaron el puente de piedra y siguieron el camino. La niña estaba encantada:

—¡Una comadreja!

—Ah claro. Sigue caminando —respondió la hermana.

—Pero es una comadreja. No he visto una en mucho tiempo.

La niña se quedó mirando al animal asustado; él también miraba para ella y parecía querer decir alguna cosa. La niña se quedó allí, la hermana caminando, la niña mirando. La niña realmente prefería la comadreja. Meneó los dedos de los pies dentro de sus zapatos.

Luego pensó que podría darse prisa: quería contar para Santiago que había visto una comadreja, y que podría contar alguna historia de comadreja, si la supiera.

Al darse cuenta de que su hermana se había ido, la niña reanudó su viaje. Caminó, caminó, y en un claro se agachó entre los troncos para recoger algunas bellotas del suelo, de aquellas tóxicas que sólo los cerditos podían comer. Cuando se levantó, vio las cenizas de un brasero y un cristal roto en el que la tenue luz del día hacía eco de los colores del bosque. Saltando las cenizas, dio unos pasos y se fue mirando, mirando, mirando y finalmente vio, cerca del río, a Beatriz en su hermoso uniforme. Ella sólo vio parcialmente a su hermana, porque los arbustos hacían unas listas en la imagen; pero ahí el uniforme era aún más hermoso. La niña salió del sendero y fue lentamente a ver lo que estaba haciendo la hermana. Beatriz usaba el teléfono celular para tomar fotos de algo en el piso.

La niña casi llegó y vio un pie. Dos pies. Alguien estaba acostado en el dique roto. Mostrando púas y clavos, el dique de madera formaba una rampa en dirección al río. Cuando la niña vio, era Santiago en el dique.

De espaldas para los destrozos del dique, Santiago tenía los pies bien juntos en la parte alta, las rodillas ligeramente dobladas y la espalda torcida hacia la izquierda. Con un codo apoyado en la madera, él hacía el soporte, por lo que el hombro del otro lado se hacía más alto. Él mirando hacia el río y, desde donde estaba la niña, parecía un espantapájaros maltratado, una muñeca arrojada de nuca en un tobogán.

Él se esforzaba por decir algo, pero su voz no salía. Su cara estaba limpia; ya el cabello, empapado con algo parecido a grasa vieja; una especie de brea goteaba detrás de su cuello. Manchada de rojo, su camisa blanca parecía una bandera. Santiago trataba de hablar y continuaba mirando al río y su voz aún no llegaba, el grito enterrado. Su hermana todavía estaba tomando fotos y escribiendo en su teléfono móvil. La niña trató de gritar, sorda y húmeda, y quería acercarse a Santiago, pero su hermana la abrazó firmemente con un brazo que no usaba en su teléfono celular. Santiago se retorció con los brazos bien abiertos y casi boca abajo sobre la madera, pareciendo el San Pedro crucificado que la niña había visto en un cuadro en el museo virtual.

En un mundo de señal invertida, eso sería realmente así.

La niña pateó a la mayor y logró liberarse. Corrió hacia Santiago y envolvió su bracito detrás de su cuello. Sintiendo una flema en el brazo —un vino de licor, algún día líquido, ahora pastoso— ella trató de poner su otra mano debajo del muslo de Santiago, como si fuera a cargarlo en sus brazos; pero estaba muy lejos. Ella quería levantarlo, correr con él hacia el grifo de agua fría, darle de beber en su pequeño pico, poner la cabeza de él bajo el agua, animarlo como hacía con los pajaritos que se golpeaban con las ventanas y ver a Santiago volar de nuevo. Pero no había manera.

La niña gritaba, y ahora era realmente un grito. Le gritaba a la hermana que llamara pronto y pidiera socorro, pero su hermana no respondía y sólo tecleaba con su teléfono celular. Retrocediendo unos metros, la niña buscó en la hierba el lugar donde había dejado caer sus cosas cuando vio a Santiago, y encontró la *tablet* entre las hojas de un árbol demacrado que parecía lana de oveja dispersa; llamó al número de emergencia y una mujer respondió. La niña no podía hablar, sólo gritó que Santiago estaba sangrando. La mujer le advirtió que si se trataba de una broma, la niña y sus padres tendrían problemas, pero la niña juró que era verdad, y cuando se jura el otro tiene que creer, porque cuando se jura se tiene que cumplir. La mujer dijo que había una ambulancia en camino. La niña regresó corriendo hacia Santiago y su hermana continuaba escribiendo, escribiendo, escribiendo. Santiago volvió a intentar hablar, pero no había voz en aquel lugar. Arrodillada, la niña lloraba y gritaba y la hermana sólo movía las puntas de los dedos, y Santiago se retorció apuntando con el dedo índice. La niña vio la chaqueta de él en una maleza baja y se acercó hasta allá, de donde miró para Santiago sin comprender —él seguía señalando, señalando, señalando, sólo que más hacia adelante, más en la dirección del río. Entonces vio el pequeño cuaderno de capa blanca que se balanceaba sobre un pequeño brazo de aguas tranquilas. El “cuaderno de Hilario Pena” se iba alejando de la orilla sin prisa, como si no quisiera irse, luciendo como una pequeña y cautelosa arca inundada. La niña corrió, se arrodilló en la orilla y extendió la mano, tocando el cuaderno. Pero su otro brazo sintió que el brazo de su hermana la tomaba por detrás y la arrastraba, la niña de espaldas a su hermana y de frente para el río y para Santiago. Él se retorció un poco más mirándola con ojos de comadreja y la niña mirándolo, ella debatiéndose y él retorciéndose, ella siendo arrastrada lejos de él y él lejos de



todo, la hermana gritando que tenían que irse pronto porque venían los hombres con las sirenas, la niña ahora también se retorció y Santiago todavía se retorció.

Entonces Santiago dejó de retorcerse.



La niña cruzó la sala gritando, llorando y retorciéndose. Beatriz vino atrás, aseguró a los padres que no les había pasado nada malo y, lloriqueando, les contó lo ocurrido, ella llorando, la madre llorando, el padre llorando, la niña sola en la habitación llorando y escuchándolos llorar. Beatriz no paraba de hablar, el padre la calmaba, la madre conversaba al teléfono con alguien de la Policía. Entonces la niña fue a la puerta de la sala y vio a Beatriz balbuceando entre sollozos:

—Es horrible... Es horrible, mamá.

—Lo siento mucho, hija —y la madre parecía conmovida por la tristeza de Beatriz, de una manera que la niña nunca había visto. —Pobre Santiago... Todos lo amábamos.

—Santiago... —titubeó Beatriz —No es sobre eso que hablo. Mira esto aquí, mira. Hace menos de quince minutos yo era la persona más popular en la red. Todos adoraban las fotos y videos. Entonces vino una anciana y dijo que yo debí haber ayudado a Santiago. Ahora están acabando conmigo. Más de cuarenta mil personas. Dicen que soy un monstruo. Estoy eliminada. Nunca más podré salir de la casa. Es horrible...

Beatriz se levantó y fue al espejo de la sala. Sus ojos se habían vuelto negros, todo el lápiz de ojo perdido en lágrimas, todo teñía su piel, convirtiéndola en una réplica delicada y diminuta de la criatura del Dr. Frankenstein. Apartó el portarretratos del aparador de vidrio y acero escobado y después lo viró boca abajo para que la imagen de los cuatro con Santiago en la noche de Navidad no se viera más; llegó más cerca del rombo reflectante y con una de las manos fue retirando cosas del rabillo del ojo, frotándose la cara arrugada, la otra mano apoyada en la cintura con el codo pareciendo la punta de un triángulo y ella, con el tronco curvado, parecía un abridor de latas; entonces salió tambaleándose de allí, y con sus manos sucias fue marcando la pared, marcando los muebles, marcando. Pronto la madre la reemplazó en la posición. La madre se arregló en el espejo los cabellos que ahora parecía serpientes delgadas y se quedó en una contemplación aterradora, una extraña madre hecha de piedra; repitió “es horrible... es horrible...” y se fue. Luego fue el turno del padre investigarse en el espejo. No estaba particularmente interesado en su rostro, pero se volvió de un lado a otro como si buscara algo en la parte de atrás, y sólo poco antes de subir las escaleras fue que se viró hacia atrás dando una mirada rápida a su propio rostro; estaba todo torcido, su cara como masticada; parecía que el papá iba a disolverse como un montón de cal.

La niña pensaba, y pensar dolía. Quería que Santiago fuera un viñedo, que con la senescencia de las hojas apenas *pareciese* muerto, para luego florecer y producir hermosos frutos. Pero no fue así. Quería saber si él sería ahora un Alma de Maestro. También quería gritar. Pero la voz no salía.



Todo le dolía a la niña cuando escuchó un golpe a la puerta. Ya con otra camisa, el padre atendió a los policías y le preguntó si se trataba del horrible incidente con el vecino. Ellos dijeron que era exactamente eso y explicaron el motivo de la diligencia: había una secuencia de fotos y videos en el *blog* de Beatriz; eran de la víctima moribunda y habían sido publicadas desde su teléfono celular; el *blog* había tenido miles de visitas en menos de diez minutos, y ella había

celebrado el inusual registro; pero los policías querían saber por qué la adolescente, que subió los archivos cuando la víctima aún estaba viva, no llamó al Servicio de Emergencia.

El padre preguntó si su hija estaba en problemas, y los Policías dijeron que aquello podría ser una omisión de socorro; por eso ella tendría que ir al Tribunal de Menores. El padre argumentó que la familia había quedado destrozada, que las niñas estaban en estado de choque, Beatriz se había encerrado en la habitación y la niña más pequeña sólo había intercambiado el llanto por sollozos. Se comprometió con los policías presentar la adolescente temprano en la mañana del día siguiente, y ellos estuvieron de acuerdo, tenían mucho que hacer: aún tenían que interrogar a los dos mendigos sorprendidos durmiendo en el bosque —se había encontrado la billetera de Santiago cerca de ellos, y aunque las pruebas para el gen de la criminalidad realizadas dieron negativas para ambos, siempre existiría la hipótesis del *gen-C* virtual.



La niña se acurrucó en la cama. Escuchó los ruidos y las voces de los miembros de la familia y lloraba bajito. La sábana se picaba como si tuviera urticarias, hormigas bravas y ralladores de queso. Cuando la casa quedó en silencio, salió de la habitación y flotando en sus calcetines, saltando las zapatillas largadas por el camino. La niña quiso hablar con su madre, y la madre abrió un poco la puerta de la habitación. La madre estaba vestida con una bonita túnica rosa, dijo que iba a tomar una ducha, necesitaba descansar, y no, la niña no debía pensar en Santiago, él era una buena persona que se había convertido en una estrella.

Al entrar a la cocina para beber agua, la niña vio que su pálido padre desenvolvía una cosa larga y que la estaba lavando en el tanque del área de servicio. Salía una cosa oscura de la cosa larga, parecía una mezcla de tierra con vino tinto, y su padre envolvió aquello en una toalla y subió con él las escaleras a la velocidad de un Caballo del Pensamiento. La niña fue atrás. Papá siempre colgaba bates de béisbol en la pared. Pero ese se quedó detrás del mueble.

La niña comenzó a entender la conversación que escuchó el día anterior.

En la víspera, el padre y la madre habían discutido, acusándose el uno del otro de ser el culpable de todo, de las fallas, por no haber salido bien el plan —no dijeron qué sería “el todo”, “las fallas” o “el plan”. La niña decidió revisar la discusión y encendió un dispositivo, localizando las grabaciones. Con las piernas cruzadas en la cama, colocó las muñecas de cara a la pared y observó la conversación que sus padres habían tenido en la víspera —un diálogo que en el futuro ella recordaría evocar una vieja obra de Shakespeare.

“No puedo hacer eso, querida. No es seguro” —decía el padre.

“Claro que puedes. Piensa en mí. Piensa en las chicas. A pesar de la bienvenida que le dimos, ¿qué recibimos a cambio? Me corteja, invade tu espacio, se insinúa ante Beatriz”.

“Pero es uno de los pocos amigos que tengo. Y el único que da valor a mis colecciones...”

“¡Ah! Colecciones... ¡Él quiere robarte tu vida, hombre! De una forma u otra, quiere a tu esposa y a tus hijas. Ahora sigue tus instintos. Hiciste la prueba al azar, ¿no? La respuesta fue sí, ¿no fue?”

“Sí... Pero no puedo... No podemos simplemente eliminar a todos los que ... Y si se hace de una vez... Pero hay consecuencias, hay Justicia... Y él es un buen hombre. Un buen amigo. No puedo ir tan lejos”.

“¿Justicia? Es sólo una abstracción. Debemos ser coherentes y buscar lo que es justo *para nosotros*. Veo que es bien frágil tu amor. Cuando conversamos sobre hacer esto, eras un hombre. Si continúas, serás aún más hombre”.

“¿Pero qué pasa si el nuevo plan falla?”

“No fallará. Por las tardes, los dos mendigos siempre están junto al río, inconscientes, borrachos. Naturalmente sospecharán...”

La niña, que no era genio ni nada, pero tampoco estúpida, se dio cuenta del ardid: la conversación que acababa de escuchar, la voz llamando a Santiago para ir Braga, la cena inusual de sus padres el sábado, la invitación de su madre a Santiago para las fotos, Santiago en el dique retorciéndose, su padre con el bate goteando una flema oscura.

Sólo ahora la niña entendía la extraña conversación de la víspera. En la víspera no lo había entendido, porque en la víspera aún no era sabia. En la víspera no era sabia, porque en la víspera aún no había crecido. En la víspera no había entendido porque nadie entiende nada el día anterior.

Pero la niña ahora entendía —ahora era sabia.

Ser sabia da un maldito dolor.



La niña trató de dormir, pero la imagen del Extranjero que contaba historias muriendo de punta-cabeza no le daba manos al sueño. Siempre había pensado que Santiago usaría una camisa invulnerable como la de las historias, pero ahora tenía que admitir que se había equivocado: aunque no era estúpida, podría haber sido tonta —como lo fue cuando pensó que el mar no le quitaría su pequeño cubo azul o al menos que lo devolvería. El mar nunca devuelve pequeños cubos azules.

El sueño se fue para siempre, la sed de la niña se agravó, sus amígdalas se secaron. Ella quería una fuente, pero como no tenía, fue sola a la cocina por más agua. Por el camino reflexionó sobre los padres, preguntándose si podría ser su hija; la duda creció y se multiplicó, y ahora ella tenía dudas sobre si era de día o de noche, si tenía frío o calor, si ella misma existía o no. Pensó en monstruos, recordando que los monstruos de las historias al menos tenían allí una lógica, aunque mera lógica de monstruos; pero los humanos que estaba conociendo revelaban una falta de lógica que, no pudiendo ser atribuida a su monstruosidad, sólo podía provenir de su humanidad. A la niña le gustaba la lógica, le gustaban las matemáticas, se había acostumbrado a ver el mundo casi siempre lógico y matemáticamente ordenado como un mapa, con la excepción de una belleza impar; pero ahora todo funcionaba al contrario y mal y muy loco —como una cuenta mal hecha con un resultado incorrecto por el signo intercambiado.

Al regresar de la cocina, la niña se topó con su hermana al pie de las escaleras. Con maquillaje borrado y con ropas largas de dormir, Beatriz parecía un fantasma mediocre. Hablaron en silencio, mirándose, la mayor distante, la menor, como si la hermana fuera una especie de monstruo.

Sabían que tenían prohibido subir las escaleras después de las once de la noche, pero los ruidos inusuales llegaron desde arriba, estaban en sus calcetines y estaban subiendo las escaleras. En el piso superior se volvieron a mirar, Beatriz con los ojos un poco menos cerrados, el jarrón de porcelana china con cabello de india americana reducido a una hermana embrujada.

La puerta de la habitación de sus padres estaba encostada, pero había un rayo de luz. Como un espectro materializado, Beatriz tocó la puerta, abriéndola sólo unos pocos grados. La habitación era la misma de siempre, aunque la tenue luz de los apliques pintaba las paredes de un naranja obscuro, como si la habitación hubiera masticado al sol y ahora lo escupiera en pequeños pedazos.

Allí estaban el padre y la madre, hombre y mujer, seres incógnitos deslizándose uno sobre otro. Las palmas de las manos del padre se deslizaban sobre las palmas de la mano de la madre, y la madre repetía el meneo, como si quisieran y no quisieran tocarse. La espalda del hombre hacía

movimientos extravagantes, como si quisiera darle la vuelta a la Tierra antes de que explotara. Él chillaba, y un volumen increíble de aire pasaba por sus fosas nasales. La mujer quitó la mano de la mano y la pasó por la frente y por los cabellos erizados de mujer. Luego colocó la palma de esa mano en la propia boca y mordió, cerrando los ojos. Luego ella quitó la otra mano y la puso en la cintura del hombre. Ella hablaba un idioma incomprensible y empujaba al hombre hacia sí, como si la vuelta al mundo pudiera ocurrir dentro de ella. Él respondió con otro lenguaje incomprensible. La niña y la hermana continuaron viendo y escuchando; hubo bailes, giros, saltos, escapes, ajustes; hubo gruñidos, aullidos, arrullos, balidos, mugido; había vasos y botellas rotas y un barril partiéndose. La mujer luego dio la vuelta al mundo y, con extrema lujuria, montó al hombre que relinchaba. La mujer tenía una de las manos sobre el pecho de él y la otra colocada detrás de la nuca en un juego de equilibrio dinámico. Ella se movía, y su movimiento hacía olas en el Atlántico. Ella gritaba, pero él cubría el grito. Entonces él gritaba, y él mismo detenía el grito. La espalda de la mujer brillaba, se movía, flotaba, se ensanchaba. Como si fueran llamas. Cenizas derramadas por el Vesubio. Agua para hacer café. Un dragón. Sobre otro dragón. El movimiento no paraba, inconcebible. Las posiciones se invertían, el hombre temblaba, la mujer se abría como una nuez y ambos se retorcían. El trote pasó al galope y el galope a saltos cadentes. Hubo contracción de rostros, temblores y el desmayo de uno sobre otro como lava desbordando de un volcán que se presagiaba apocalíptico, pero que resultó ser sólo cálido.

Luego cesó el incesante movimiento y se deshizo la amalgama bestial.

Ellos se quedaron uno al lado del otro, el rey y la reina mirándose como un terrible dios mitológico miraría a otro, uno traspasando al otro. Se dieron las manos. Se soltaron las manos. Suspiraban salvajemente, como si repudiaran la fantasía hasta ahora placentera. Se levantó y recogió su bata, se frotó los ojos, hizo una mueca de vómito. Ya él movió su propia cara de vómito y se dirigió hacia la puerta, impulsado por el deslizarse de cuatro calcetines imperceptibles en el piso de abajo.

Ocultas como dos figuras bajo la tenue luz de las escaleras, la niña y Beatriz escucharon el sonido de la computadora encenderse en la oficina del padre. Sin decir nada, cada una se fue a su habitación, la niña sabía que desde arriba no se la podía escuchar llorar.

Ella lloró mucho tiempo. Y se quedó dormida.

La niña se despertó por el sonido de los fuertes pasos de su padre bajando las escaleras. Al verlo frente a la puerta de su habitación, cerró los ojos y fingió estar dormida. Los pasos se alejaron hacia la cocina, y de allí llegó el inconfundible crujido de la puerta que conducía al sótano. Su padre bajó al sótano y por unos momentos quedó claro por el ruido que hacía algo con las latas. *Un montón de latas*. Luego la casa quedó en silencio y la niña fue tomada nuevamente por el sueño.

Estaba alta la noche en ese pedazo de Edén en Gaia.

Todos parecían dormir.



La noche era gris, el techo era bajo, la noche era roja, ya no había más techo.

Las nubes adquirieron un tono plomizo mezclado con naranja, reflejando en el cielo lo que estaba sucediendo en el suelo. El viento alimentaba las llamas y el fuego consumía la casa. De vez en cuando se oía un crujido, los vidrios se iban derritiendo, los lentes de las cámaras de vigilancia explotaban y las llamas se lanzaban peligrosamente como espadas afiladas en un palacio de cristal. El fuego se tragaba el papel de la pared y su patrón de símbolos estúpidos que no querían decir nada, que no significaban nada, que se repetían intentando, a martillazos, suplir el

vacío de la Nada. Los muebles saltaban y el aire espeso del incendio cambió los colores y las formas de la casa, la casa pareciendo un barco a la deriva durante la peor tormenta de la historia. Pero era el fuego que inundaba todo, lo mojaba todo, lo absorbió todo, liquidaba todo, disolvía todo en un vino de ira. En un punto u otro, la quema de un mueble le daba al conjunto del fuego matices de azul o verde. Pero el fuego se tragaba los colores, luego los vomitaba, y después sobraba de nuevo el color que no es escarlata, ni es naranja, no es nada parecido —es el color del fuego. El olor era de plumas y pieles en brasas, en un olor de carne quemada; el viento arrastraba el olor y los curiosos se iban amontonando de narices tapadas —algunos de ojos tapados -, el rostro del fuego siendo reflejado en los rostros de los curiosos, la casa en llamas penetrando en el alma de los que observaban, las almas intentando alzar el vuelo desde la casa en llamas, pero siendo capturadas nuevamente por el fuego indómito, la barbacoa indigente tomando volumen, el fuego extendiéndose, iluminando como relámpagos, ensordeciendo como trueno, quemando ropas coloridas o negras, quemando las escaleras, quemando barras, botellas, pantallas, césped y árboles circundantes.

Bajo la afluencia de cuatro vientos, las llamas dieron saltos acrobáticos y saltaron al límite. La cerca blanca pronto estaba al rojo vivo, y el camino de fuego continuó hasta la hoz que descansaba sobre la cerca, la hoz ahora del color que sólo se ve en las forjas. Como una antorcha

Los bomberos vinieron, pero pudieron hacer poco contra el fuego. Cuando el fuego es verdadero, el agua no puede hacer nada contra él. La llama, siempre diferente, y eternamente la misma.

Las explosiones tomaron forma, ritmo e intensidad, y los espectadores dieron un paso atrás, aterrorizados por los destellos en las tinieblas. El fuego alcanzó alturas inimaginables y ahora revelaba una luminosidad insólita, pareciendo una montaña sobrenatural y etérea intercalada con capas en movimiento, en terrazas en espiral ascendente. Ahora el vértice del fuego parecía tocar el cielo bajo. Ahora el fuego era una pira radiante. Ahora el fuego era el inverso de un abismo.

Mientras los bomberos intentaban acceder a la propiedad a través de las ventanas del piso superior, los gritos viniendo del interior de la casa traspasaron las llamas y fueron manejados por el viento.

Segundos después, una mujer y un chico se separaron del bloque de los curiosos anónimos y rompieron la puerta lateral, arrojándose al fuego como si fueran al mar, sangrando casi inútilmente, chamuscándose al arriesgarse por desconocidos. Tal vez se regocijaban por salvar; tal vez estaban locos; o tal vez simplemente tuvieron a alguien en su infancia contándoles algunas buenas historias.



Los noticieros de la mañana repetían la historia sobre el terrible incendio. El jefe del equipo forense había concedido una entrevista, relatando la presencia de varios focos iniciales (se encontraron latas de queroseno diseminadas por toda la sala) que, junto con la ausencia de marcas de intrusión, revelaban que se trataba de un incendio intencionado y que alguien de la propia casa había provocado todo aquello. Dos civiles habían prestado auxilio a los bomberos, ayudándoles a encontrar, entre los escombros, a una de las víctimas; no se sabía aún la identidad de tales colaboradores que, intoxicados con el humo, habían sido retirados a toda prisa y ahora estaban bien. El relato seguía trágico: habían sido encontrados tres cuerpos carbonizados y eran de los residentes de la casa; había bomberos heridos, algunos en estado grave. En el reportaje se veía que la mansión vecina estaba a oscuras; pero la iluminación del jardín se deslizaba en dirección al bosque, los siete postes de hierro fundido parecían siete estrellas en la oscuridad.

Mientras los reporteros hablaban, una grabación mostrando las llamas era alternada con dos imágenes fijas, fotografías hechas por algún transeúnte. En la primera, una oficial del Cuerpo de Bomberos sacaba a una niña para fuera de la casa, las llamas asustadoramente cerca, la niña con el rostro vuelto hacia atrás y su pequeña mano extendida como si quisiera atrapar algo del piso. En la siguiente foto, la oficial ya tenía a la niña en su regazo y debajo del hombro de la mujer de uniforme colgaban muñecas atadas entre sí en una cuerda atada a la mano de la niña; con el otro bracito, la niña envolvía alguna cosa, apretándolo contra su pecho —pero su cuello y su pequeña cabeza curvados no permitían ver de qué se trataba.

El fuego había sido controlado antes de golpear la residencia vecina, señalaba un periodista, pero el automóvil del propietario, estacionado próximo a la cerca, había sido envuelto en llamas, ya extinguido por la acción de los bomberos. En el baúl del vehículo, registrado a nombre del recientemente asesinado señor Santiago Pena de Jesús, había una caja, cuyo único lado preservado tenía un extraño diseño de ancla entrelazada por un delfín. La caja estaba llena de material prohibido: libros —ahora reducidos a cenizas encharcadas. Luego, el televisor volvería a mostrar las imágenes del incendio, y lo que tenía eran llamas de proporciones legendarias, explosiones, estallidos de vidrios y madera. Y gritos.

En la noche de fuego, no había más ningún libro para leer.

## EPÍLOGO

Era el trabajo más fascinante del mundo: dibujar los sueños de los otros, llenar los sueños con puertas y ventanas bien abiertas, y después ver los sueños volar del papel.

La oficina de Arquitectura era amplia, las paredes eran simétricas y el piso estaba formado por ocho filas de ocho cuadrados alternándose entre claro y oscuro como un tablero de ajedrez. En la esquina, el viejo tablero de diseño arquitectónico que tenía pequeños pliegues a los lados izando los escuadras, transportadores y escalímetros, y en él dormía, serena, la hoja virgen de papel vegetal —por si alguien quería diseñar de la forma antigua. La pared detrás del tablero de diseño estaba decorada con un cuadrito enmarcado en madera, en el cual, diseñado a punta de pluma y luego coloreado, el río de espejo fundido paseaba por el bosque, alcanzándose ver en primer plano la gata tricolor y, al lado de un dique, la comadreja semioculta entre las flores lilas moradas. Ya en la pared opuesta, justo encima de la mesa de trabajo con pantalla 3D, había otro cuadrito, cuyo marco, idéntico al primero, ostentaba el papel repleto de cicatrices por los pliegues del tiempo: era la “Lista de S.E.A.”.



Ella dejó la oficina por la puerta que conducía a la Avenida da Boavista y por las aceras azotadas por el viento caminó las tres cuadras hasta la Fundación A.S.A-Santiago, también conocida como Fundación A.S.A.S. En el camino, pasó delante del cartel oxidado que aún llevaba el mensaje sombrío: TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO. Irguió los ojos.

Después, en el séptimo piso del edificio de color arena, sede de la fundación, tomó asiento en su silla de presidente, con los nervios tensos por la batalla que se prenunciaba: en cuestión de



minutos tendrían que decidir si continuarían o no la campaña nacional por la derogación de la ley que prohibía los libros —durante casi dos décadas, la fundación había gastado enormes sumas de dinero para el regreso de los libros, sin lograr nada, y algunos miembros del consejo de curadores se mostraron reticentes. Sin embargo, el mes anterior, tres países habían liberado la circulación de los libros impresos y también de los digitales protegidos contra alteraciones, y en varios otros ganaba cuerpo el movimiento por el fin de la prohibición, que comenzaba a verse como el delirio de un pasado trágicamente adulto, para ser sepultado pronto —aunque nunca se sabe si está bien muerto. En aquel tiempo el abismo en “v” principiaba a invertirse, de forma que un día, tal vez, se convertiría en una montaña, con el pico en el lugar correcto. En aquel tiempo, al menos en algunos lugares, se abría la primera puerta. En aquel tiempo las palabras querían volver a dar las manos a la realidad, de modo que la “montaña” sería de nuevo montaña —y “abismo”, abismo.

Una discusión acalorada en la sala revestida de cedro fue seguida por la votación: tres consejeros se manifestaron a favor y los otros tres en contra. Ante el empate, le correspondía a la presidenta decidir valiéndose de su voto de Minerva, y por un instante, un brevísimo instante, ella recordó los pajarillos que arremetían contra los cristales de las ventanas y del pequeño acto que los hacía volar, del agua en sus pequeños picos que los regresaba de vuelta a la vida.

En la sala leñosa, el sí prevaleció con el voto de la joven.



Ella optó por no almorzar —los días decisivos le quitaban el hambre —e ir directamente al destino. Entrar en el camino siempre había sido una forma de acortar las esperas, que eran demasiado largas, aunque ya crecida, sabía las necesarias y las inevitables, y que no siempre se llega a un lugar, incluso esperando mucho; ya crecida, pensaba en las dudas que jamás espantaría, explicaciones que nunca tendría, respuestas que jamás alcanzaría —cosas intangibles, más allá de lo racionalmente superficial. Pero había un aliento, porque el no saber y no poder saber todo, se daban ahora en la comodidad de una serenidad agitada.

Conduciendo bajo el cielo azul con pinceladas blancas en puntillismo, ella tomó la autopista A4, condujo por la N101 y, después de adelantar a un autobús que estampaba en la ventana trasera la advertencia gubernamental sobre la esterilización preventiva de los portadores del *gen-C*, se detuvo en Peso da Régua, cerca del atracadero. Sentada en la baranda de un café, a través de la cortina de vapor que subía de su té, observó al pequeño colibrí que, sosteniéndose en el aire, golpeaba su pico en la carrocería de su automóvil, haciendo un ruido de máquina de coser. Luego, el animal posó en el borde de la placa frontal de identificación del automóvil —SEAS2045 —y se calmó.

Retomando la carretera, cambió de orilla del río Douro y condujo a lo largo de la N222, pasando bosques y granjas, puentes y casas, picos y valles, por la presa, por el restaurante en el río, por el tren que corría del otro lado, por más fincas, más un letrero TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO, por un caballo ensillado a la espera de quien lo montase, por otras fincas, y así fue hasta llegar a la desembocadura del río Torto. Se estacionó en la entrada del camino de tierra, sacó de la guantera el manojito de llaves, abrió el portón de hierro forjado, dejando atrás de sí, el león de doble cara y se detuvo a mirar las terrazas y sus viñedos en flor, los dos promontorios con las siluetas de la cubierta, el olivo secular. En el bosque, entusiasmados con la floración, las aves iniciaban en forma-sonata su concierto polifónico.

Paseando por la Finca de los Inmortales, el deslumbramiento siempre se apoderaba de ella, no pocas veces cayendo sobre el camino de piedras. Pero aquella tarde ella no cayó.

La llave giró y entró en la casita. Pasó los ojos por los instrumentos musicales, por los óleos

sobre lienzo, por la escultura *El Rapto de Proserpina* —el original que había comprado durante la ola de demolición de los museos -, y por los cuadros con diseños arquitectónicos. Apartó el sofá y bajó las escaleras.



En las entrañas de la tierra, debajo de los viñedos, bajo muchas capas, ella se estancó intoxicada por el aroma del más noble hijo de las uvas. Deslizándolo su dedo índice derecho sobre su muñeca izquierda, tocó las líneas precisas y paralelas de queloides, que, parecido a un tatuaje en alto relieve, formaba el dibujo rayado como una partitura. Como rasguños hechos con rastrillo. Como marcas de garras o rayas de tigre. Una vez le propusieron una cirugía plástica para remover. Rechazó. Después de todo, todos necesitan de cicatrices.

Con sus zapatos altos golpeando el piso de piedra, provocando eco en el techo abovedado, se dirigió por el pasillo de barriles alineados como soldados limpios. El cruce siempre traía los mismos recuerdos, y ella reconstruía su propia historia a partir de notas: unía las piezas, las interpretaba, formaba un rostro mítico y finalmente algo se hacía más claro, el pasado casi nítido, dos partes de reminiscencias y una parte de imaginación, estaba bastante segura de ello. (En realidad, no tenía tanta seguridad y tal vez la proporción era diferente, pero así era como le gustaba contar la historia).

Delante de la puerta se detuvo y, moviendo los dedos de los pies como bien gustaba, comenzó a pensar en Hilário, que murió Santiago, el hombre convertido en extranjero en su propio país y luego en el de ella, el forastero narrador de historias que le legara todo. Ella había crecido para imaginar que en su cama dura de Babel tal vez él hubiera soñado un futuro menos trágico para sí, y pensar que ella misma hubiera deseado haber reescrito varios actos de aquella historia. Ahora, crecida y quizás un poco más sabia, pensaba en Santiago como un río sereno que atraviesa los bosques de la infancia, un río de aguas tranquilas que ocasionalmente se tornan rápidas, un río que da vida y luego desemboca en otras aguas que descansarán en el mar. La muerte de Santiago no había sido un fin, ahora comprendía: como todas las muertes, había sido un disparo a su existencia, entonces tornada inmutable. Un epílogo eterno. Un río sereno yendo a encontrar el mar —el Abuelo de las Letritas era ahora un río sereno, como todo río que, al cortar bosques desde la infancia, deben ser sereno como un abuelo de las letritas.

También pensó en su abuela y en su tío, los primeros narradores de historias, que también debieron haber serenado en algún mar. Al revivir el pasado, también pensó en los mendigos del bosque, felizmente inocentes. Pensó en Elizabeth, la mujer que la había cuidado y que estaba en Brasil visitando ferias de libros —ahora reanudadas después de años de prohibición. También pensó en los dos anónimos que se arrojaron al fuego, arriesgándose por desconocidos, sangrando. Y pensó en su padre, en su madre y en su hermana (siempre había tenido este hábito incorregible de pensar), y si fuera el remordimiento, el odio o la locura que, en aquella noche de inversión insondable del mundo, había hecho de sangre, queroseno y del pedazo del Edén en Gaia, llamas, cenizas y polvo.

Ella traía en las manos apenas el cuaderno. La capa era blanca, los escritos centrales conocidos, y las hojas torcidas y los lados chamuscados revelaban haber pasado por un naufragio y un incendio. El “Hilário Pena” de la portada se había desvanecido, sobrando apenas una mancha azul, ahora cubierta por el símbolo igual al colgante alrededor de su cuello. Ella había prometido llevar siempre el cuaderno consigo —una de aquellas promesas que se hace y se cumple. Ya no tenía más edad para las muñecas, es verdad, pero todavía las guardaba en casa, con los pequeños cuadernillos en el vientre, y algunas de las pequeñas anotaciones fueron transcritas para el



cuaderno que ahora tenía en las manos, volviendo a contar para sí la historia —preservó las imágenes infantiles de quien más le gustaba y reformuló, con madurez, a las otras. Santiago había escrito en el cuaderno parte de su historia, pero como él había dejando en blanco las páginas iniciales y otras tantas al final, le correspondía a ella completarlas. Así ella puede juntar en un sólo lugar la historia de Hilário, que renació en Santiago, y la de ella propia. Como un río que desemboca en otro, en una vida reinventada, Hilário había sido un modesto río Torto, que luego desemboca y se transforma en Santiago, esplendoroso río Douro; y ella fuera el pequeño río Febros rociando sus aguas acuosas casi al final del camino, ya casi en la desembocadura del Douro —ya casi al final de la historia. Las aguas mezcladas, se juntaría a otros afluentes, modestos o exuberantes, y todo fluiría con risas y lágrimas en el mar salado, el océano se evaporaría para el cielo en pinturas, la sal se quedaría en las espumas para ser arrojada donde necesitase para formar esculturas de cristal, la lluvia caería sobre los nacientes haciendo música, comenzaría de nuevo, todo arquitectónicamente renacido —para ella, todo tenía que fluir en el Arte, porque todo lo que muere y renace en el Arte vive para siempre.

Pasando los dedos sobre la cubierta y las hojas maltratadas, comenzó a recordar la tarde y noche longincuas: al levantar el cuaderno del río, aferrándose a él mientras era arrastrada para lejos de todo, a la última vista vio, en la expresión retorcida de Santiago, un resplandor de vitalidad en la muerte, un destello de la eternidad en aquel que se desvanecía; no muchas horas después, salvar el cuaderno la noche del incendio le rindiera a ella una quemadura, y la extraña cicatriz de una terrible simetría.

Al emerger de los recuerdos de aquel mundo al revés, se aferró al amuleto del cuello —el ancla con el delfín —haciendo al colgante deslizar en la gargantilla de un lado para el otro como un péndulo mágico; era un habito que venía de la infancia, un escudo contra el mundo, un escudo contra las ausencias.

Sacando del bolso una vieja pluma estilográfica, escribió el título —*El silencio de los libros* —y decidió que allí mismo, en pié entre los barriles, lanzaría en el cuaderno las últimas anotaciones —tal como lo hace *exactamente ahora*.

Luego Alice da unos pasos más —precisos, resueltos, invulnerables. Conoce la expresión, conoce todas las letras, pronuncia la contraseña:

—Apresúrate lentamente. Sabes qué hacer para abrir la próxima puerta.

FIN



**Fausto Luciano Panicacci** es escritor con estudios en Fotografía, Historia del Cine e Historia del Arte. Autor de *El silencio de los libros* (romance), *Naufragios* (una colección de cuentos y poemas), y de obra jurídica. Integra los grupos literarios *O que restou* y *Library*. Doctor en Ciencias Jurídicas, fue profesor de postgrado en Derecho. Actualmente es Fiscal del Ministerio Público (Fiscalía).

# Tabla de Contenidos

1. [Portada](#)
2. [Primera parte](#)
3. [El SILENCIO DE LOS LIBROS](#)
4. [Segunda parte](#)
  1. [1 —RÉQUIEM](#)
  2. [2 —CASTIGO](#)
  3. [3 —LA GRAN CONSPIRACIÓN](#)
  4. [4 —ARQUITECTURA DEL SILENCIO](#)
  5. [5 —QUIEN LLEGA SIEMPRE TRAE ALGO](#)
  6. [6 —LA BIBLIOTECA DE BABEL](#)
  7. [7 —AUSENCIAS](#)
  8. [8 —NUEVO EL MUNDO, VIEJO EL HOMBRE](#)
  9. [9 —LA NUEVA BABEL](#)
  10. [10 —EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS](#)
5. [Tercera parte](#)
  1. [1 —BÚSQUEDAS](#)
  2. [2 —FESTINA LENTE](#)
  3. [3 —UN PEDAZO DEL EDÉN EN GAIA](#)
  4. [4 —PERTURBACIONES EN EL EDÉN](#)
  5. [5 —ARENA Y CICATRICES](#)
  6. [6 —ALEATORIO](#)
  7. [7 —REGRESOS Y COMPLICACIONES](#)
  8. [8 —EL MITO Y LA VERDAD](#)
  9. [9 —LA VERDADERA CONSPIRACIÓN](#)
  10. [10 —LA NIÑA CRECE](#)
6. [Autor](#)

# Landmarks

1. [Cover](#)

# Table of Contents

## Primera parte

EL SILENCIO DE LOS LIBROS

## Segunda parte

1 —RÉQUIEM

2 —CASTIGO

3 —LA GRAN CONSPIRACIÓN

4 —ARQUITECTURA DEL SILENCIO

5 —QUIEN LLEGA SIEMPRE TRAE ALGO

6 —LA BIBLIOTECA DE BABEL

7 —AUSENCIAS

8 —NUEVO EL MUNDO, VIEJO EL HOMBRE

9 —LA NUEVA BABEL

10 —EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS

## Tercera parte

1 —BÚSQUEDAS

2 —FESTINA LENTE

3 —UN PEDAZO DEL EDÉN EN GAIA

4 —PERTURBACIONES EN EL EDÉN

5 —ARENA Y CICATRICES

6 —ALEATORIO

7 —REGRESOS Y COMPLICACIONES

8 —EL MITO Y LA VERDAD

9 —LA VERDADERA CONSPIRACIÓN

10 —LA NIÑA CRECE

## Autor